

COMENTARIO MACARTHUR DEL NUEVO TESTAMENTO

COLOSENSES

JOHN MACARTHUR

“Una joya poco común que incluye los aspectos exegéticos, teológicos, y expositivos. Escrita durante más de treinta y seis años, esta hazaña monumental refleja una amplitud y profundidad de gran valor espiritual”.

RICHARD MAYHUE, doctor en Teología
Vicepresidente ejecutivo, *The Master's College and Seminary*

COMENTARIO MACARTHUR DEL NUEVO TESTAMENTO

COLOSENSES

JOHN MACARTHUR

“Una joya poco común que incluye los aspectos exegéticos, teológicos, y expositivos. Escrita durante más de treinta y seis años, esta hazaña monumental refleja una amplitud y profundidad de gran valor espiritual”.

RICHARD MAYHUE, doctor en Teología
Vicepresidente ejecutivo, *The Master's College and Seminary*

COMENTARIO
MACARTHUR
DEL
NUEVO
TESTAMENTO

COLOSENSES

JOHN MACARTHUR



La misión de *Editorial Portavoz* consiste en proporcionar productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

Título del original: *The MacArthur New Testament Commentary: Colossians* © 1992 por John MacArthur y publicado por Moody Publishers, 820 N. LaSalle Boulevard, Chicago, IL 60610. Traducido con permiso.

Edición en castellano: *Comentario MacArthur del Nuevo Testamento: Colosenses* © 2012 por Editorial Portavoz, filial de Kregel Publications, Grand Rapids, Michigan 49501. Todos los derechos reservados.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación de datos, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de los editores, con la excepción de citas breves o reseñas.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso. Reina-Valera 1960™ es una marca registrada de la American Bible Society, y puede ser usada solamente bajo licencia.

EDITORIAL PORTAVOZ

P.O. Box 2607

Grand Rapids, Michigan 49501 USA

Visítenos en: www.portavoz.com

ISBN 978-0-8254-1805-1 (rústica)

ISBN 978-0-8254-6467-6 (Kindle)

ISBN 978-0-8254-8620-3 (epub)

Realización ePub: produccioneditorial.com

Dedicatoria

A Clayton Erb, quien sigue a mi lado dirigiendo a nuestra congregación en la música y la adoración gloriosas, preparando así los corazones para la predicación de la Palabra.

Contenido

[Cubierta](#)

[Portada](#)

[Créditos](#)

[Dedicatoria](#)

[Prólogo](#)

[Introducción a Colosenses](#)

[1. La verdad del evangelio](#)

[2. Pablo ora por los colosenses —Primera parte](#)

[3. Pablo ora por los colosenses —Segunda parte](#)

[4. La preeminencia de Jesucristo](#)

[5. Reconciliados con Dios](#)

[6. La visión de Pablo acerca del ministerio](#)

[7. El amor de Pablo por la iglesia](#)

[8. ¿Filosofía o Cristo?](#)

[9. Completos en Cristo](#)

[10. Intimidación espiritual](#)

[11. Viviendo la vida resucitada](#)

[12. Hacer morir el pecado](#)

[13. Vestir el nuevo hombre](#)

[14. El nuevo hombre edifica un nuevo hogar](#)

[15. La conversación del nuevo hombre](#)

[16. Con un poco de ayuda de mis amigos](#)

[Bibliografía](#)

[Índice de palabras griegas](#)

[Índice temático](#)

Prólogo

La predicación expositiva del Nuevo Testamento sigue significando para mí una gratificante comunión con Dios. Mi meta es tener siempre una comunión profunda con el Señor en la comprensión de su Palabra, y basado en esa experiencia, explicarle a su pueblo el significado de un pasaje. En palabras de Nehemías 8:8, mi intención es “ponerle el sentido” a fin de que puedan escuchar a Dios hablar, y de esta manera, corresponderle.

Es evidente que el pueblo de Dios necesita entenderlo a Él, y esto exige conocer su Palabra de verdad (2 Ti. 2:15) y permitir que more en abundancia en nosotros (Col. 3:16). La principal razón de ser de mi ministerio es contribuir a que la Palabra viviente de Dios cobre vida para su pueblo. Esta es una aventura siempre refrescante.

Esta serie de comentarios del Nuevo Testamento refleja la búsqueda de este objetivo que consiste en explicar y aplicar las Escrituras. Algunos comentarios son en esencia lingüísticos, otros de enfoque teológico, y otros homiléticos. El presente comentario es básicamente explicativo, o expositivo. Aunque no se especializa en la lingüística recurre a ella en los casos que requieren una adecuada interpretación. Tampoco se extiende en lo teológico, aunque se centra en las principales doctrinas presentes en cada texto y en su relación con las Escrituras en su conjunto. Y aunque no es en esencia homilético, cada unidad de pensamiento abarca por lo general un capítulo con un bosquejo claro y un orden de ideas lógico. La mayoría de los conceptos están ilustrados y aplicados con base en otros pasajes de las Escrituras. Tras haber establecido el contexto de un pasaje, me he esforzado en seguir de cerca la evolución argumentativa y el razonamiento del escritor.

Mi oración es que cada lector pueda entender a plenitud lo que el Espíritu Santo dice a través de este pasaje de la Palabra, de manera que su revelación pueda fijarse en la mente de los creyentes y producir en ellos una mayor obediencia y fidelidad, para la gloria de nuestro gran Dios.

Introducción a Colosenses

Desde cualquier punto de vista que escojamos para observar nuestra era, descubriremos que Colosenses es de gran actualidad. Aunque fue escrita cerca de 2.000 años atrás, su eterno mensaje aborda los conflictos que enfrentamos hoy día. Presenta a Jesucristo como la respuesta a todos los problemas y crisis de nuestra era.

La nuestra es una era científica. El noventa y cinco por ciento de los científicos que han existido viven en la actualidad. El siglo pasado experimentó un extraordinario aumento del conocimiento en todas las áreas de la ciencia y la tecnología, desde la microbiología hasta la astrofísica. Millones de páginas de literatura científica y tecnológica son publicadas cada año. Incluso los especialistas consideran difícil mantenerse al frente ante la afluencia de descubrimientos en sus propias áreas.

La velocidad con la que avanzan los descubrimientos científicos nos lleva a cuestionarnos acerca de la manera como Dios se relaciona con el universo. ¿Es parte del universo creado o es su Creador? ¿El universo evolucionó o fue creado? Colosenses responde a estas preguntas. Colosenses 1:16 dice: “Porque en él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de él y para él”.

Nuestra era se caracteriza también por el ecumenismo. Muchas personas se esfuerzan por unificar las religiones del mundo. Algunas buscan la unidad mediante la acción política y social, otras la buscan basadas en experiencias comunes. Se esfuerzan no solo por unir a protestantes y católicos, sino a religiones tan diversas como el islamismo, el hinduismo y el budismo. Semejante fusión religiosa resultaría en un cuerpo sin cabeza. No puede haber unidad aparte de la verdad.

Colosenses nos muestra la perspectiva de Dios en cuanto a la necesidad de una iglesia mundial. Nos dice que solo hay una iglesia verdadera cuya cabeza es Cristo: “y él es la cabeza del cuerpo que es la iglesia” (1:18). La verdadera unidad solo puede existir entre los miembros del Cuerpo de Cristo.

Otra característica de nuestra era es la rebelión contra todas las formas de autoridad. Se niegan los absolutos. La verdad, y en especial la verdad religiosa, se concibe como relativa. Se piensa que todas las tradiciones religiosas tienen el mismo valor, y llegar a afirmar que una religión es la única verdad se considera el colmo de la intolerancia y del fanatismo. En semejante ambiente religioso, Jesús es tan solo otro hombre sabio. No es más que un gran maestro moral, al igual que Moisés, Mahoma, Confucio o Buda.

Colosenses muestra la verdadera identidad de Jesús. Lejos de ser un líder religioso más, Él es “la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación” (1:15), y aquel en quien “habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad” (2:9). Siendo Dios hecho carne, su Palabra tiene completa autoridad, es absoluta y es la única verdad.

Nuestra era es también una era de pragmatismo. La pregunta que las personas hacen acerca de la religión o la filosofía no se dirige a saber si éstas son verdaderas o no, sino si éstas funcionan. Quieren saber si harán algún cambio en la vida de cada una de ellas. Las personas hacen preguntas pragmáticas respecto al cristianismo. ¿En verdad Cristo puede cambiar vidas? ¿Puede dar paz, gozo y felicidad? ¿Conocer a Cristo da significado, esperanza y propósito a la vida? Colosenses responde a esas preguntas:

- “en su cuerpo de carne, por medio de la muerte, para presentaros santos y sin mancha e irreprochables delante de él” (1:22). Cristo hace que los pecadores sean santos y sin mancha a los ojos de Dios. Él cambia vidas.
- “Por tanto, de la manera que habéis recibido al Señor Jesucristo, andad en él; arraigados y sobreedificados en él, y confirmados en la fe, así como habéis sido enseñados, abundando en acciones de gracias” (2:6-7). Conocer a Cristo trae estabilidad a nuestra vida, haciendo que seamos agradecidos.
- “y vosotros estáis completos en él” (2:10). Cristo satisface todas nuestras necesidades para que nada nos falte.
- “Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios” (3:3). Conocer a Cristo nos transforma

de manera tan radical que nuestra vida pasada está muerta.

Nuestra era también está marcada por la frustración en las relaciones. A pesar de que las personas anhelan establecer relaciones significativas, la gran mayoría no logra tenerlas. Muchas personas no saben cómo relacionarse con su pareja, con sus hijos, o con sus colegas de trabajo.

Colosenses habla con claridad al respecto. Los capítulos 3 y 4 nos dicen cómo los esposos y esposas, los padres y los hijos, los jefes y los empleados pueden mantener buenas relaciones. Colosenses ofrece un mensaje de esperanza para las personas solitarias y enajenadas de nuestra época.

Para terminar, nuestra era es una era escatológica. Las amenazas de guerra y de desastre ambiental son un peligro inminente sobre nuestra generación, como espadas de Damocles. Las personas temen que el fin del mundo pueda estar cerca. Libros con títulos tan siniestros como *La bomba biológica de tiempo*, *El conflicto futuro*, *El libro del día del juicio final* y *La bomba humana* presagian fatalidad inminente.

Colosenses tiene algo que decir acerca de nuestro destino: “Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria” (3:4). La era actual no culminará con el desastre nuclear o ambiental, sino con el regreso de Cristo en toda su gloria.

AUTOR

Desde los tiempos apostólicos hasta el surgimiento de la alta crítica liberal en el siglo XIX, la iglesia aceptó a Pablo como el autor de Colosenses. Los argumentos contrarios a la autenticidad de Colosenses carecen de base convincente. No pueden mantenerse ante la evidencia interna y externa de la autoría de Pablo.

La evidencia externa de la autenticidad de Colosenses es aplastante.

Líderes de la iglesia primitiva como Eusebio, Orígenes, Clemente de Alejandría, Tertuliano e Ireneo, dan fe de la autoría de Pablo.

No existe evidencia alguna de que alguien haya puesto en duda la autenticidad de Colosenses antes del siglo XIX.

Encontramos evidencia adicional de la autoría de Pablo en su cercanía con la Epístola a Filemón. Ambas epístolas mencionan a Timoteo en el saludo. Aristarco, Marcos, Epafras, Lucas y Demas, otros compañeros de Pablo, también se mencionan en ambas epístolas. Ambas cartas contienen un mensaje para Arquipo. Onésimo, el esclavo del que habla Filemón, se menciona en Colosenses. Tanto Colosenses como Filemón hablan de Pablo en prisión.

La evidencia muestra que Colosenses y Filemón fueron escritas por el mismo autor y alrededor de la misma época. En vista de que se acepta casi por todo el mundo que Pablo escribió Filemón, podemos afirmar que existe suficiente evidencia de que también escribió Colosenses.

FECHA Y LUGAR

La fecha y el lugar en los cuales se escribió la carta tienen mucho que ver el uno con el otro. La fecha asignada para el escrito depende del lugar en el cual se encontraba Pablo encarcelado en el momento de escribir Colosenses. (Colosenses, Filipenses, Efesios y Filemón se conocen como las epístolas de prisión). Se han sugerido tres lugares de prisión: Cesarea, Éfeso y Roma.

La primera propuesta del encarcelamiento de Pablo en Cesarea tuvo lugar a principios del siglo XIX. Sin embargo, esta posición no alude a los sucesos del encarcelamiento de Pablo tal como se registran en las epístolas de prisión. En Colosenses 4:2-4, él menciona la oportunidad de predicar el evangelio (cp. Ef. 6:18-20; Fil. 1:14-18). En Cesarea, sin embargo, Pablo fue guardado bajo estricta vigilancia (cp. Hch. 23:35), y tales oportunidades serían restringidas con severidad. En Roma, Pablo permaneció al menos la mitad del tiempo en su propia casa alquilada (Hch. 28:30) y gozaba de libertad para recibir visitantes (Hch. 28:23-31). También guardaba la esperanza de un veredicto a su favor (Fil. 1:25; 2:24) que le concediera la libertad para visitar Colosas (Flm. 22). Pero en Cesarea la única esperanza de liberación de Pablo yacía en un soborno a Félix (Hch. 24:26) o en la aceptación de la solicitud de Festo de ser juzgado en Jerusalén (Hch. 25:9). Pablo, por supuesto, rechazó ambas alternativas. Confiaba además que la decisión en su caso, sin importar cuál fuera, sería definitiva (Fil. 1:20-23; 2:17, 23). En su calidad de ciudadano romano Pablo tenía la opción de apelar al César, así que ninguna decisión final podría tomarse en Cesarea (o Éfeso). Y en efecto, Pablo apeló al César desde Cesarea (Hch. 25:11). Estas consideraciones parecen descartar a Cesarea como el lugar en el cual fueron escritas las epístolas de prisión.

Una alternativa de mayor acogida es que Pablo fue encarcelado en Éfeso durante su tercer viaje misionero, cuando escribió las epístolas de prisión. Esta opción, no obstante, también suscita serias dificultades. La que resulta más evidente, es que Hechos no menciona un encarcelamiento en Éfeso. Lucas consagra un capítulo entero (19) al relato del ministerio de Pablo en Éfeso. Es inconcebible que haya omitido una mención de Pablo encarcelado. En tanto que Lucas estaba con Pablo cuando se escribió Colosenses (Col. 4:14), parece que no estuvo con él en Éfeso. Hechos 19 no es un texto que hable de “nosotros”, como en las ocasiones en las cuales Lucas viajaba con Pablo. Por otro lado, Onésimo, el esclavo fugitivo que conoció a Cristo gracias a Pablo durante su encarcelamiento, hubiera huido a Roma y no a Éfeso. Roma estaba a más de 1.600 kilómetros de distancia de su amo en Colosas, mientras que Éfeso lo estaba apenas unos 160 kilómetros. A esto se agrega el hecho de que Roma era mucho más grande que Éfeso, lo cual hubiera facilitado que Onésimo se ocultara entre la multitud. Roma era conocida como un refugio para esclavos fugitivos.

En vista de lo anterior, no existe razón convincente para rechazar la afirmación tradicional de que Pablo escribió las epístolas de prisión desde Roma.

LA CIUDAD DE COLOSAS

Colosas estaba ubicada en la región de Frigia, en la provincia romana de Asia, que hoy día forma parte de Turquía. Estaba próxima a Laodicea y a Hierápolis y era parte de una tríada de ciudades en el valle del río Lico, a unos 160 kilómetros al este de Éfeso. Colosas estaba situada cerca del río Lico, muy próxima al lugar donde confluye con el río Meandro. En Colosas, el valle Lico se estrechaba hasta unos 3.600 metros, y el monte Cadmio, de unos 2.400 metros de altura, se elevaba sobre la ciudad.

Colosas ya era una gran ciudad cuando el rey persa Jerjes (el Asuero del libro de Ester) pasó por ahí en el 481 (a.C.). Estaba situada en el cruce de las principales vías de comercio desde el este hacia Éfeso y desde el norte hasta Pérgamo. En tiempos del Imperio Romano, sin embargo, el camino hacia Pérgamo fue desviado hacia Laodicea, pasando por Colosas. Estos hechos, junto con el surgimiento de Laodicea y Hierápolis, llevaron a Colosas a decaer en importancia. En los días de Pablo era una ciudad pequeña, opacada en todo por sus ciudades vecinas más prósperas. Tras ser abandonada en gran manera hacia el siglo VIII, Colosas fue destruida en el siglo XII. Los arqueólogos han encontrado los restos de la acrópolis, del teatro y de la iglesia. El lugar se encuentra deshabitado en la actualidad.

El área era propensa a los terremotos. Colosas, Laodicea y Hierápolis fueron devastadas cerca del 60 d.C., aunque no tardaron en reconstruirlas. En su mejor época, Colosas fue un importante centro de la industria de la lana. Las ovejas pacían en los campos fértiles de las afueras de la ciudad y se hacían tinturas a partir de la extracción de los depósitos de cal cercanos.

La población de Colosas era en su gran mayoría gentil (cp. 2:13), pero existía una comunidad judía considerable. Antíoco el Grande (223-187 a.C.) desterró a algunos pobladores judíos a la región. Otros judíos llegaron como resultado del comercio de lana y diversos negocios, y otros en busca de los baños minerales cercanos a Hierápolis. Ya que Colosas tenía una población mezclada de gentiles y judíos, no resulta sorprendente que la herejía que amenazaba a la iglesia colosense incluía elementos tanto judíos como paganos.

LA IGLESIA DE COLOSAS

Según Lucas, cuando Pablo estuvo en Éfeso por un período de tres años en su tercer viaje misionero, “todos los que habitaban en Asia, judíos y griegos, oyeron la palabra del Señor Jesús”. Fue durante este tiempo que se fundaron las iglesias de Laodicea, Hierápolis y Colosas. Pablo no fue su fundador, puesto que incluyó a los laodicenses y a los colosenses entre quienes nunca lo habían visto en persona (2:1). El libro de Hechos tampoco menciona a Pablo como el fundador de la iglesia de Colosas y tampoco sugiere que la haya visitado. El hombre que Dios usó para fundar la iglesia de Colosas fue Epafras. En Colosenses 1:5-7 vemos que es él quien les predicó el evangelio. Epafras era nacido en Colosas (4:12) y es posible que se haya convertido a Cristo en su visita a Éfeso cuando Pablo estuvo allí. Luego regresó a su ciudad y fundó la iglesia.

LA HEREJÍA COLOSENSE

A pesar del trabajo diligente de Epafras, la iglesia de Colosas estaba en riesgo. Había surgido una peligrosa herejía y Epafras estaba tan preocupado, que emprendió un viaje de casi 2.000 kilómetros hacia Roma para visitar a Pablo en prisión. La iglesia colosense aún no había sido infectada por la herejía, y Pablo les escribe para advertirlos acerca del peligro. De manera que Colosenses es una carta preventiva.

Como se acaba de mencionar, la ciudad de Colosas tenía una mezcla de habitantes judíos y gentiles. Así que no resulta extraño saber que la herejía que los amenazaba contenía elementos del paganismo y del judaísmo.

La cultura pagana que rodeaba a la iglesia colosense adoraba a muchos dioses. Algunos de los dioses durante la época

del Imperio Romano fueron Isis, Serapis, Helios, Demetrio y Artemisa. Es indudable que los creyentes de Colosas se sentían bastante presionados por su antiguo estilo de vida. El primer peligro que enfrentaba la iglesia era recaer en el paganismo.

Pablo les advirtió acerca de este peligro y los exhortó a perseverar en la fe: “si en verdad permanecéis fundados y firmes en la fe, y sin moveros de la esperanza del evangelio que habéis oído” (1:23). “Por tanto, de la manera que habéis recibido al Señor Jesucristo, andad en él” (2:6). “Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra” (3:2).

El mundo y la carne ejercían una presión muy fuerte sobre los colosenses. No obstante, una amenaza mayor provenía de Satanás, el autor de todas las falsas enseñanzas. Así que el principal objetivo de la carta de Pablo es contrarrestar el influjo de las falsas doctrinas.

Algunos han visto en la herejía colosense elementos de lo que en el siglo I se convirtió en el gnosticismo. Otros han observado similitudes con las enseñanzas de la secta judía de los esenios. La herejía colosense, sin embargo, no se puede ligar a ningún sistema histórico en particular. Contenía dos elementos básicos: la falsa filosofía griega, y el legalismo y ceremonial judaico.

FALSA FILOSOFÍA

Los griegos amaban el conocimiento y se enorgullecían de sus sistemas filosóficos sofisticados. Menospreciaban el mensaje del evangelio al considerarlo demasiado simple (cp. 1 Co. 1:22-23). En su opinión, Jesucristo solo era insuficiente; la salvación debía incluir a Cristo y también al conocimiento. Aseguraban haber recibido visiones en las cuales basaban la superioridad de su conocimiento (cp. 2:18), y creían que estas supuestas visiones los dotaba de un discernimiento más profundo para los misterios divinos que el de otras personas. Lo que Pablo afirma acerca de este misticismo es que “sus mentes carnales estaban vanamente hinchadas” (2:18). Esta declaración de conocimiento superior alcanzó su máximo apogeo en el siglo I con la peligrosa herejía conocida como gnosticismo. El nombre procede de la palabra griega para conocimiento, gnōsis. Aunque la herejía colosense no era gnosticismo, sí incluía algunos conceptos similares.

Según la herejía colosense, Dios era bueno pero la materia era mala. Puesto que el buen Dios era incapaz de haber creado la maligna materia, afirmaba la existencia de una serie descendente de emanaciones procedentes del ser divino. Una de las más bajas emanaciones, bastante alejada de Dios, fue la que creó la materia.

Según este concepto, Jesús era solo una de las emanaciones más elevadas. Él era una de las buenas emanaciones, o ángeles, a diferencia de las malas emanaciones o demonios. Estos demonios formaban una barrera entre el hombre y Dios. Solo a través del conocimiento superior y de la ayuda de las buenas emanaciones, era posible salir adelante. De ahí que los ángeles fueran objeto de adoración (2:18), pues su ayuda resulta indispensable para la salvación.

Los herejes de Colosas negaban la humanidad de Cristo. Puesto que la materia era considerada mala, era inconcebible que una emanación buena pudiera ocupar un cuerpo humano. Para rebatir esta enseñanza, Pablo declara que Jesús se hizo hombre: “en su cuerpo de carne, por medio de la muerte, para presentaros santos y sin mancha e irreprochables delante de él” (1:22).

La enseñanza colosense también negaba la divinidad de Cristo. Dado que Dios, siendo bueno, era la antítesis de la maligna materia, era imposible que se hiciera hombre. Por su parte, Pablo, hablando de Cristo, dice: “Porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad” (2:9).

La herejía colosense también niega que Cristo sea suficiente para la salvación. Pablo ataca esa falsa enseñanza repetidas veces. Manifestó su deseo de “presentar perfecto en Cristo Jesús a todo hombre” (1:28). Es en Cristo “en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento” (2:3). “Porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad” (2:9). Pablo resume la suficiencia de Cristo declarando que “vosotros estáis completos en él” (2:10).

EL LEGALISMO JUDAICO

Los herejes de Colosas también adoptaron elementos del ceremonial judaico. Enseñaban que la circuncisión era necesaria para la salvación. Al igual que la doctrina del conocimiento superior como requisito para la salvación, ésta enseñanza negaba la suficiencia de Cristo. Añadía las obras para obtener la salvación, a lo cual Pablo se opuso declarando: “en él [Cristo] también fuisteis circuncidados con circuncisión no hecha a mano, al echar de vosotros el cuerpo pecaminoso carnal, en la circuncisión de Cristo” (2:11; cp. 3:11).

Los que cayeron en este error también defendían el ascetismo cuya práctica contempla la estricta negación del yo y el duro trato al cuerpo. Pablo cuestiona: “Pues si habéis muerto con Cristo en cuanto a los rudimentos del mundo, ¿por qué, como si vivieseis en el mundo, os sometéis a preceptos tales como: No manejes, ni gustes, ni aun toques (en

conformidad a mandamientos y doctrinas de hombres), cosas que todas se destruyen con el uso?” (2:20-22). Se burló de tales enseñanzas diciendo que: “Tales cosas tienen a la verdad cierta reputación de sabiduría en culto voluntario, en humildad y en duro trato del cuerpo; pero no tienen valor alguno contra los apetitos de la carne” (2:23). El ascetismo no tiene cabida en la salvación.

Otro aspecto de la herejía colosense era la insistencia en observar las leyes judías de la dieta, los días santos tales como el día de descanso, las fiestas y la luna nueva. Pablo dice a los colosenses que no sientan temor. Dichas costumbres ceremoniales no eran necesarias para la salvación. “Por tanto, nadie os juzgue en comida o en bebida, o en cuanto a días de fiesta, luna nueva o días de reposo” (2:16). Estas cosas, sostiene Pablo, no eran más que una sombra de lo que ha de venir. La realidad se encuentra en Cristo (2:17).

La herejía que amenazaba a la iglesia colosense era pues una extraña mezcla de filosofía griega y legalismo judío. Aunque esta mezcla parezca bastante inusual, existía un precedente. Una de las más grandes sectas del judaísmo del primer siglo fue la de los esenios. Al igual que los herejes de Colosas, eran ascetas rigurosos y compartían su creencia de que la materia era mala y el espíritu bueno, tal como los gnósticos. Eran legalistas estrictos, sobrepasando incluso a los fariseos. El historiador judío Josefo, que fuera en una época miembro de los esenios, menciona que practicaban la adoración a los ángeles, así como el vegetarianismo riguroso.

Aunque no existe evidencia suficiente para considerar a los herejes de Colosas idénticos a los esenios, es innegable que existen paralelos entre los dos. Por lo menos la existencia de los esenios demuestra la posibilidad de mezclar la filosofía griega y el legalismo judío. Y en vista de que ambos grupos negaban la suficiencia de Cristo, la respuesta para éstos es la misma: Cristo es suficiente.

LA TEMÁTICA DE COLOSENSES

Aunque la herejía colosense contenía muchos elementos diversos, en su esencia era la negación de la suficiencia de Cristo para la salvación. Es de esperarse que el tema central de Colosenses sea la suficiencia de Cristo. Los herejes buscaban a Dios, pero en Cristo “habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad” (2:9). Buscaban el conocimiento superior para alcanzar la salvación, pero en Cristo están escondidos “todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento” (2:3). Adoraban a los ángeles, pensando que podrían ayudarlos a alcanzar la salvación, pero Pablo declaró que los creyentes están completos en Cristo (2:10). Practicaban el ascetismo y observaban los días santos del judaísmo, pero estas cosas son solo una sombra, en tanto que Cristo es la sustancia (2:17).

El tema del libro puede resumirse en las palabras de Colosenses 3:11: “Cristo es el todo, y en todos”. Él es Dios (2:9), el Creador (1:16), el Salvador (1:20; 2:13-14) y la cabeza de la iglesia (1:18). El anhelo de Pablo al escribir Colosenses era que reconozcamos que Cristo “en todo tenga la preeminencia” (1:18).

BOSQUEJO

I. Personal (1:1-14)

A. Salutación (1:1-2)

B. Agradecimiento (1:3-8)

C. Oración por la iglesia (1:9-14)

II. Doctrinal (1:15-2:23)

A. La persona y la obra de Cristo (1:15-23)

B. El ministerio de Pablo (1:24-2:7)

C. La suficiencia de Cristo frente a las filosofías paganas (2:8-23)

III. Práctico (caps. 3-4)

A. Vivir la vida resucitada (3:1-9)

B. Vestir el nuevo hombre (3:9-17)

C. Administración del hogar cristiano (3:18-4:1)

D. El proceder en la conversación (4:2-6)

E. Saludos y despedida (4:7-17)

1. La verdad del evangelio

Pablo, apóstol de Jesucristo por la voluntad de Dios, y el hermano Timoteo, a los santos y fieles hermanos en Cristo que están en Colosas: Gracia y paz sean a vosotros, de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo. Siempre orando por vosotros, damos gracias a Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, habiendo oído de vuestra fe en Cristo Jesús, y del amor que tenéis a todos los santos, a causa de la esperanza que os está guardada en los cielos, de la cual ya habéis oído por la palabra verdadera del evangelio, que ha llegado hasta vosotros, así como a todo el mundo, y lleva fruto y crece también en vosotros, desde el día que oísteis y conocisteis la gracia de Dios en verdad, como lo habéis aprendido de Epafras, nuestro consiervo amado, que es un fiel ministro de Cristo para vosotros, quien también nos ha declarado vuestro amor en el Espíritu. (1:1-8)

Las Escrituras se refieren al evangelio de diversas maneras: el “evangelio de la gracia de Dios” (Hch. 20:24), “el evangelio de su Hijo” (Ro. 1:9), el “evangelio de Cristo” (1 Co. 9:12), “el evangelio de Dios” (Ro. 15:16), el “evangelio de la gloria de Cristo” (2 Co. 4:4), el “evangelio de la paz” (Ef. 6:15), “el evangelio eterno” (Ap. 14:6).

También se la llama “la palabra verdadera” (Col. 1:5) o “la palabra de verdad” (Ef. 1:13). Estas expresiones dieron origen al conocido enunciado “la verdad del evangelio”. Las personas lo utilizan para resaltar su credibilidad.

Y aunque algunas personas lo utilizan a menudo con ligereza, la verdad del evangelio es una realidad. **Evangelio** (v. 5) es la palabra griega euangelion, de la cual se deriva la palabra evangelizar. Su significado exacto es “buenas nuevas”. En el griego clásico se usó con frecuencia al hablar de las victorias logradas en batalla. El evangelio consiste en las buenas nuevas de la victoria de Jesús sobre Satanás, el pecado y la muerte. Asimismo, las buenas nuevas de nuestra propia victoria sobre estos enemigos para siempre gracias a Él.

Primera Corintios 15:1-4 ofrece un breve resumen del contenido histórico del evangelio: “Además os declaro, hermanos, el evangelio que os he predicado, el cual también recibisteis, en el cual también perseveráis; por el cual asimismo, si retenéis la palabra que os he predicado, sois salvos, si no creísteis en vano. Porque primeramente os he enseñado lo que asimismo recibí: Que Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras; y que fue sepultado, y que resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras”. El evangelio consiste en las buenas nuevas de la muerte de Jesucristo para el perdón de todos nuestros pecados, y de su resurrección de los muertos para que los que crean en Él tengan vida eterna.

Esta gloriosa y sublime verdad exige por parte de los cristianos una respuesta acorde con cada descripción del evangelio. En primer lugar, debemos proclamar las buenas nuevas siguiendo el ejemplo de Jesús (Mt. 4:23), de los apóstoles, los profetas, los evangelistas, los maestros y los creyentes de todas las épocas.

En segundo lugar, debemos defender la veracidad del evangelio. Pablo se describe a sí mismo como alguien que está “puesto para la defensa del evangelio” (Fil. 1:16). Pedro les dijo a sus lectores: “estad siempre preparados para presentar defensa con mansedumbre y reverencia ante todo el que os demande razón de la esperanza que hay en vosotros” (1 P. 3:15).

En tercer lugar, debemos trabajar con diligencia en la difusión del evangelio. Pablo exhorta a los filipenses a permanecer firmes “combatiendo unánimes por la fe del evangelio” (Fil. 1:27). El evangelio exige de nuestra parte disciplina y arduo esfuerzo.

En cuarto lugar, debemos buscar la comunión con otros que comparten nuestra fe en el evangelio. El fervor por la comunión fraternal caracterizó a la iglesia primitiva (Hch. 2:42). Pablo expresó con frecuencia su gratitud por quienes habían recibido el evangelio (cp. Fil. 1:3-5).

En quinto lugar, debemos estar dispuestos a sufrir por causa del evangelio. Pablo exhortó a Timoteo diciendo: “no te avergüences de dar testimonio de nuestro Señor, ni de mí, preso suyo, sino participa de las aflicciones por el evangelio según el poder de Dios” (2 Ti. 1:8).

En sexto lugar, debemos tomar todas las medidas necesarias para que nuestra vida no sea tropiezo para el evangelio. Pablo les dijo a los corintios que prefería ceder su derecho a recibir el justo pago por su ministerio para no poner ningún obstáculo al evangelio de Cristo (1 Co. 9:12).

En séptimo lugar, nunca debemos avergonzarnos del evangelio. Pablo dijo: “Porque no me avergüenzo del evangelio, porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree; al judío primeramente, y también al griego” (Ro. 1:16).

En último lugar, debemos saber que el evangelio nos brinda todo el poder que necesitamos de parte de Dios. Pablo escribió a los tesalonicenses: “nuestro evangelio no llegó a vosotros en palabras solamente, sino también en poder, en el Espíritu Santo” (1 Ts. 1:5). El poder del evangelio no proviene de nuestra inteligencia o capacidad de persuasión, sino del Espíritu Santo.

Este maravilloso evangelio es lo que motiva el agradecimiento expresado por Pablo en Colosenses 1:3-8. Regocijado por la fe de los colosenses tras haber recibido el informe de Epafras, el fundador de la iglesia de Colosas, expresa su gratitud al saber que escucharon el evangelio y que este produjo fruto en la vida de cada uno de ellos.

Después del saludo de los versículos 1 y 2, las palabras de Pablo en los versículos 3-8 sugieren siete aspectos acerca del evangelio: se recibe por la fe, produce amor, permanece en la esperanza, alcanza al mundo, lleva fruto, está arraigado en la gracia, y se anuncia por las personas. Antes de pasar a considerar estos aspectos, miremos algunos términos comunes a otras epístolas que utiliza Pablo en su saludo de apertura.

SALUTACIÓN

Pablo, apóstol de Jesucristo por la voluntad de Dios, y el hermano Timoteo, a los santos y fieles hermanos en Cristo que están en Colosas: Gracia y paz sean a vosotros, de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo. (1:1-2)

Pablo comienza la carta con su nombre según las normas epistolares de la época. Pablo fue la persona de mayor importancia e influencia en la historia después de nuestro Señor Jesucristo. Su personalidad era una extraordinaria combinación de una mente brillante, una voluntad recia y un corazón tierno. De procedencia judía, un “hebreo de hebreos” (Fil. 3:5), era fariseo (Fil. 3:5). Pablo recibió su educación a los pies de Gamaliel (Hch. 22:3), que fue uno de los principales rabinos de ese tiempo. También era ciudadano romano de nacimiento (Hch. 22:28) y vivió bajo el influjo de la cultura griega en su hogar en Tarso. Este trasfondo hacía de él una persona dotada de privilegios para comunicar el evangelio al mundo grecorromano. Fue en gran medida su ministerio lo que permitió al cristianismo pasar de ser una pequeña secta palestina a convertirse en una religión que contaba con creyentes en todo el Imperio Romano. Como iglesia recibiríamos gran bendición al tener en nuestras manos tan solo una carta de este gran hombre, por no hablar de las trece cartas en el Nuevo Testamento.

Para despejar cualquier duda concerniente a su autoridad, Pablo se describe a sí mismo como **un apóstol de Jesucristo**. No es tan solo un mensajero, sino un representante oficial de aquel que lo envió. Lo que él escribe en su carta no es su opinión personal, sino la Palabra inmutable de Dios.

Pablo no se convirtió en apóstol mediante sus propios esfuerzos, ni fue nombrado en ese cargo por organización humana alguna. Pablo era un apóstol **por la voluntad de Dios**. Dios lo escogió hacía mucho tiempo por una decisión soberana, la cual llevó a cabo en la impresionante conversión en el camino a Damasco (Hch. 9:1-9). Esta elección divina culminó al ser apartado para el servicio misionero por el Espíritu Santo (Hch. 13:2).

Como era su costumbre, Pablo menciona a un colaborador que lo acompañaba en el momento de escribir: **el hermano Timoteo**. (También menciona a Timoteo como compañero en la introducción a 2 de Corintios, Filipenses, 1 y 2 Tesalonicenses y Filemón.) Esto no significa que Timoteo sea coautor de las epístolas. Pedro afirma sin duda que las epístolas a nombre de Pablo fueron escritas por él (2 P. 3:15-16).

Pablo prodigaba un afecto y una confianza especial hacia Timoteo. Timoteo lo había servido durante muchos años desde que se conocieron por primera vez en su segundo viaje misionero (Hch. 19:22). Aunque Pablo estaba ahora encarcelado, el fiel Timoteo seguía a su lado. Tal vez ningún otro pasaje exprese los sentimientos de Pablo hacia su joven amigo con mayor claridad que Filipenses 2:19-22: “Espero en el Señor Jesús enviaros pronto a Timoteo, para que yo también esté de buen ánimo al saber de vuestro estado; pues a ninguno tengo del mismo ánimo, y que tan sinceramente se interese por vosotros. Porque todos buscan lo suyo propio, no lo que es de Cristo Jesús. Pero ya conocéis los méritos de él, que como hijo a padre ha servido conmigo en el evangelio”.

A pesar de sus numerosas fortalezas, Timoteo poseía una constitución física delicada y se enfermaba con frecuencia (1 Ti. 5:23). También se presentó un suceso en Éfeso en el cual se mostró tímido, indeciso y tal vez avergonzado y desleal a su don y a su deber, necesitando ánimo y fortaleza (cp. 2 Ti. 1:5-14). Con todo, nadie sirvió a Pablo con tanta fidelidad en la difusión del evangelio (Fil. 2:22). Fue su verdadero hijo en la fe (1 Co. 4:17) y el destinatario de la última carta escrita por Pablo (2 Timoteo). Por último, es Timoteo a quien Pablo delega su manto de liderazgo (2 Ti. 4).

Pablo se refiere a sus lectores como **los santos y fieles hermanos en Cristo que están en Colosas**. **Santos y fieles hermanos** no son dos grupos diferentes, pues los términos significan lo mismo. Además, *kai* podría traducirse “igual”. *Hagios*, el término que traduce **santos**, alude a separación, y en este caso, se refiere a ser separado del pecado y consagrado a Dios. **Fieles** indica el origen de esa separación: la fe para salvación. Los únicos verdaderos santos son los creyentes. **Gracia y paz sean a vosotros** es el saludo que Pablo utiliza para comenzar cada una de sus trece cartas. En vista de que Dios es la fuente de ambas bendiciones, Pablo declara que provienen de nuestro gran Dios y Padre.

LA VERDAD DEL EVANGELIO SE RECIBE POR LA FE

Siempre orando por vosotros, damos gracias a Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, habiendo oído de vuestra fe en Cristo Jesús, (1:3-4a)

Aunque Pablo admiraba su fe verdadera y perseverante que los había separado del pecado y unido a Dios, no comienza su carta elogiando a los colosenses. Da **gracias a Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo**. Pablo reconoce que quien merece nuestra gratitud es Dios, pues la salvación es solo un don suyo (Ef. 2:8-9).

Siempre corresponde a la frase, **damos gracias a Dios**, y no a **orando por vosotros**. Pablo no estaba orando en todo tiempo por los colosenses. Antes bien, en cada ocasión que oraba por ellos, daba gracias a Dios.

Pablo está agradecido con Dios por su fe en Jesucristo. Los colosenses no eran como algunos que pervertían el evangelio (Gá. 1:7), o que lo desobedecían (1 P. 4:17). Los tales enfrentarán la horrenda experiencia de ver que “se manifieste el Señor Jesús desde el cielo con los ángeles de su poder, en llama de fuego, para dar retribución a los que no conocieron a Dios, ni obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesucristo; los cuales sufrirán pena de eterna perdición, excluidos de la presencia del Señor y de la gloria de su poder” (2 Ts. 1:7-9). Los colosenses eran hermanos santos en Cristo que habían creído en el Señor del evangelio.

DEFINICIÓN DE FE

Pistis (**fe**) significa estar persuadido de que algo es verdad y creerlo. Es mucho más que una simple aceptación intelectual, pues implica obediencia. Pistis viene de la palabra peithō (“obedecer”). Los conceptos de obediencia y fe son usados de manera equiparable a lo largo del Nuevo Testamento (cp. Jn. 3:36; Hch. 6:7; Ro. 15:18; 2 Ts. 1:8; He. 5:9; 1 P. 4:17). La Biblia también habla de la obediencia de la fe (Hch. 6:7; Ro. 1:5; 16:26).

La fe bíblica no es un “salto al vacío”. Está basada en hechos y fundamentada en la evidencia. Se define en Hebreos 11:1 como “la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve”. La fe confiere seguridad y certeza a las realidades aún no vistas.

A menudo tengo la oportunidad de conducir por vías desconocidas. No sé lo que voy a encontrar al final de cada curva, y la vía bien podría terminar en un despeñadero con una caída de 160 metros. Tampoco conozco en persona a quienes la construyeron. Sin embargo, sé que las autopistas fueron construidas para ser fiables. Algunas veces también voy a un restaurante que nunca he visitado antes, y creo que la comida es buena porque confío en los procedimientos de inspección y preparación.

Confiamos que las autopistas y restaurantes son seguros basándonos en la evidencia. Lo mismo sucede en el caso de nuestra fe en Dios. Está respaldada por evidencia convincente tanto de las Escrituras como del testimonio de cristianos que nos han precedido.

Las Escrituras definen con precisión la fe salvadora y así debemos entenderla, puesto que existe una fe muerta, que no salva y que proporciona una falsa seguridad (Stg. 2:14-26). La verdadera fe salvadora contiene el arrepentimiento y la obediencia como sus elementos.

El arrepentimiento es el componente inicial de la fe salvadora, pero no puede limitarse a un término más para referirse a la fe. La palabra griega que traduce “arrepentimiento” es metanoia, de meta “después”, y noeō “entender”. Significa en el original “nueva idea” o “cambio de mente”, pero desde el punto de vista bíblico su significado no se queda ahí. Cuando el Nuevo Testamento usa el término metanoia, habla siempre de un cambio de dirección, en especial apartarse o volverse del pecado. De manera más precisa, el arrepentimiento requiere el repudio de la vida vieja y un volverse a Dios en búsqueda de salvación (1 Ts. 1:9). El arrepentimiento de la fe salvadora incluye tres componentes: volverse a Dios, apartarse del pecado y querer servir a Dios. Ningún cambio de mente puede considerarse verdadero arrepentimiento sin estos tres componentes. El arrepentimiento no solo consiste en sentirse avergonzado o triste a causa del pecado, aunque el genuino arrepentimiento siempre contiene un elemento de compunción. Se basa en tomar una nueva dirección en la voluntad, una decisión intencional de abandonar toda impiedad y de perseguir a cambio la justicia. Dios es el que concede la fe (Hch. 11:18; 2 Ti. 2:25). De hecho, Dios es el que concede la totalidad de la fe salvadora: “Porque por gracia sois salvos por medio de *la fe*; y esto no de vosotros, pues *es don de Dios*; no por obras, para que nadie se gloríe” (Ef. 2:8-9, cursivas añadidas; cp. Fil. 1:29).

Si bien es cierto que Jesús dijo: “El que cree en mí, tiene vida eterna” (Jn. 6:47), también dijo: “Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere” (Jn. 6:44). Dios atrae con poder a los pecadores hacia Cristo y les concede la capacidad de ejercitar la fe salvadora (cp. Mt. 16:17).

La fe que Dios otorga es permanente en todos aquellos que la reciben. Pasajes como Habacuc 2:4, Romanos 1:17,

Gálatas 3:11, Filipenses 1:6 y Hebreos 10:38 enseñan que la fe salvadora genuina nunca desaparece.

La fe salvadora no solo incluye el arrepentimiento, sino también la obediencia. La fe que salva va mucho más allá de una aceptación intelectual o una convicción emocional. Abarca la decisión de la voluntad de obedecer a Dios y sus leyes.

La obediencia es el sello distintivo del verdadero creyente. “Cuando una persona obedece a Dios da con ello la única evidencia posible de que su corazón cree en Dios” (Vine, W. E. *Diccionario expositivo de palabras del Nuevo Testamento*. Tarrasa: Editorial Clie, 1984, 3:73). Dicha obediencia no alcanzará aún su plenitud ya que la carne asomará siempre su horrible cabeza (cp. Ro. 7:14-25). Aunque el creyente no alcance la perfección en su vida, con toda seguridad irá en la dirección correcta.

La fe, por tanto, nunca debe separarse de las obras. Martín Lutero resumió la perspectiva bíblica de la conexión entre la fe salvadora y las buenas obras en estas palabras: “las buenas obras no hacen bueno a un hombre, pero un hombre bueno hace buenas obras” (citado en Dowley, Tim. *Handbook to the History of Christianity* [Manual de historia del cristianismo] [Grand Rapids: Eerdmans, 1987], p. 362).

EL OBJETIVO DE LA FE

Cualquier definición de fe queda incompleta si no se toma en consideración su objetivo. A diferencia de la fe vacía que prevalece en nuestra cultura, la fe salvadora tiene como objetivo a Jesucristo. La relación de fe con Jesucristo se enuncia en el Nuevo Testamento con varias preposiciones griegas. Hechos 16:31 utiliza la preposición *epi*, que sugiere el descanso sobre un fundamento. En Hechos 20:21 se utiliza *eis*, que significa “encontrar un lugar para morar”, “entrar en”, “habitar en” o “encontrar un hogar”. En este caso “**en**” tiene la connotación de venir a un lugar de seguridad y soporte. Nuestra fe, al tener como objetivo a Cristo, es tan segura como una casa construida sobre un fundamento sólido, o como un barco anclado con firmeza.

Carlos Spurgeon ilustró la importancia del objetivo de la fe con la historia de dos hombres en un barco. Cuando se encontraban envueltos en violentas corrientes, fueron arrastrados hacia una catarata. Algunos hombres que estaban en la orilla trataron de salvarlos lanzándoles una soga. Uno de los hombres logró atraparla y fue empujado a salvo a la orilla. El otro, debido al pánico del momento, se asió con fuerza de un tronco que flotaba cerca y que aparentaba ser sólido. Este hombre fue arrastrado por la violenta corriente y desapareció para siempre. La fe, representada por la soga atada a la orilla, nos une a Jesucristo brindándonos seguridad. Las buenas obras aparte de la fe verdadera representan en la historia el tronco, que solo lleva a la ruina.

LA VERDAD DEL EVANGELIO PRODUCE AMOR

y del amor que tenéis a todos los santos, (1:4b)

La fe genuina no existe en el vacío, sino que resulta siempre en una vida transformada. Uno de los frutos visibles y firmes de la verdadera fe salvadora es el amor por los hermanos creyentes (cp. Jn. 13:34-35). El apóstol Juan recalca esta verdad repetidas veces en su primera epístola:

El que dice que está en la luz, y aborrece a su hermano, está todavía en tinieblas. El que ama a su hermano, permanece en la luz, y en él no hay tropiezo. Pero el que aborrece a su hermano está en tinieblas, y anda en tinieblas, y no sabe a dónde va, porque las tinieblas le han cegado los ojos. (2:9-11)

En esto se manifiestan los hijos de Dios, y los hijos de Satanás: todo aquel que no hace justicia, y que no ama a su hermano, no es de Dios. (3:10)

Nosotros sabemos que hemos pasado de muerte a vida, en que amamos a los hermanos. El que no ama a su hermano, permanece en muerte. Todo aquel que aborrece a su hermano es homicida; y sabéis que ningún homicida tiene vida eterna permanente en él. (3:14-15)

Si alguno dice: Yo amo a Dios, y aborrece a su hermano, es mentiroso. Pues el que no ama a su hermano a quien ha visto, ¿cómo puede amar a Dios a quien no ha visto? (4:20)

Un verdadero hijo de Dios amará a sus hermanos creyentes. La fe en Cristo nos limpia del egoísmo y de la fascinación que podamos sentir hacia los no creyentes, y nos permite experimentar una nueva afinidad con el pueblo de Dios. Nuestro amor por los hermanos cristianos es un reflejo de su amor por nosotros. También muestra nuestra obediencia a su mandamiento: “que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros” (Jn. 13:34).

Pablo da gracias porque los colosenses aman a todos los santos. Su amor no hacía acepción de personas. Por lo visto, en Colosas no había grupos partidistas como los que quebrantaban la unidad de la iglesia de Corinto. El amor de Cristo no solamente unió a los colosenses con Él mismo, sino que trajo unidad entre ellos.

Esto no significa que debamos sentir el mismo afecto hacia todas las personas. El verdadero amor bíblico es mucho más que una emoción; significa servirlos de manera sacrificada según sus necesidades. Demostramos verdadero amor hacia alguien cuando nos sacrificamos para suplir sus necesidades.

El verdadero amor divino se ilustra en Juan 13. El versículo 1 dice que Jesús, “como había amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin”. Luego les demostró lo que ese amor significaba al lavarles los pies (vv. 4-5). Dios no espera que sintamos afecto hacia todas las personas y en todo tiempo. Espera que nos sirvamos unos a otros (Gá. 5:13).

La vida cristiana tiene dos facetas, ambas cruciales: la fe y el amor. El verdadero creyente se caracteriza por la fe pura en la verdad y la manifestación del amor hacia los hermanos. Somos salvos por la fe y somos salvos para amar. La fe salvadora auténtica es más que una convicción mental. Transforma el corazón para amar.

LA VERDAD DEL EVANGELIO PERMANECE EN LA ESPERANZA

a causa de la esperanza que os está guardada en los cielos, de la cual ya habéis oído por la palabra verdadera del evangelio, (1:5)

La esperanza es uno de los componentes de la gran tríada de virtudes cristianas, junto con la fe y el amor. “Y ahora permanecen la fe, la esperanza y el amor, estos tres; pero el mayor de ellos es el amor” (1 Co. 13:13; cp. 1 Ts. 1:3; 5:8).

Pablo muestra su gratitud no solo por la fe y el amor de los colosenses, sino también por su esperanza. La fe y la esperanza están unidos y son inseparables. Creemos, y por lo tanto esperamos.

Pablo describe la esperanza como una reserva para nosotros en el cielo. Apokeimai (**reserva**) significa “guardado” o “reservado”. Pedro habla de “una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible, reservada en los cielos para vosotros” (1 P. 1:4). El autor de Hebreos dice “que hemos acudido para asirnos de la esperanza puesta delante de nosotros. La cual tenemos como segura y firme ancla del alma, y que penetra hasta dentro del velo” (He. 6:18-19). La esperanza es el ancla del cristiano que lo une de manera inseparable al trono de Dios.

Dios estableció nuestra esperanza al hacernos sus hijos. Los colosenses se hicieron hijos de Dios por la fe en el mensaje de la palabra de verdad, el evangelio, que habían escuchado. Primera Juan 3:1 dice: “Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios”. Él cumplirá nuestra esperanza al hacernos como su Hijo: “Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es” (v. 2).

Uno de los resultados de nuestra esperanza es el deseo de sacrificar lo presente en el altar del futuro. Esto va en contra de la naturaleza humana. Los niños pequeños, por ejemplo, tienen dificultades para esperar recibir lo que desean. Cuando era niño, mi padre me advertía sin cesar que no sacrificara el futuro en el altar de lo inmediato. Lo que el mundo desea, desea tenerlo de inmediato.

El cristiano no piensa igual. Está dispuesto a despojarse de la gloria presente, de la comodidad y la satisfacción del mundo actual con miras a disfrutar la gloria futura que tiene en Cristo. A diferencia de la actitud de “disfrute ahora y pague después” que se impone en el mundo, el cristiano está dispuesto a pagar ahora y disfrutar después. ¿Por qué los cristianos estamos dispuestos a hacer tales sacrificios? Porque nuestra esperanza se basa en la fe de que el futuro traerá cosas mejores que las presentes. Pablo escribe en Romanos 8:18: “pues tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse”.

Moisés es un buen ejemplo de alguien que estuvo dispuesto a sacrificar el presente por la promesa de su esperanza futura. Hebreos 11:24-27 nos relata su historia: “Por la fe Moisés, hecho ya grande, rehusó llamarse hijo de la hija de Faraón, escogiendo antes ser maltratado con el pueblo de Dios, que gozar de los deleites temporales del pecado, teniendo por mayores riquezas el vituperio de Cristo que los tesoros de los egipcios; porque tenía puesta la mirada en el galardón. Por la fe dejó a Egipto, no temiendo la ira del rey; porque se sostuvo como viendo al Invisible”.

En su calidad de hijo adoptivo de la hija del Faraón, Moisés tenía acceso a toda la riqueza y el poder de la corte. Sin embargo, él renunció a todo eso y se identificó con el pueblo de Dios que sufría y estaba en afrenta y necesidad. Moisés se negó a aprovechar el momento y disfrutar de los placeres del pecado. Sacrificó sus oportunidades presentes en aras de una esperanza futura. Tomó la decisión de ayudar a los israelitas oprimidos, lo cual lo llevó luego a asesinar a un guardia egipcio y por último huir de Egipto. Perdió todo poder y gloria terrenales y a cambio pastoreó un rebaño de ovejas en el desierto para su suegro, Jetro.

¿Por qué estuvo dispuesto Moisés a hacer tales sacrificios? “Porque tenía puesta la mirada en el galardón” (He. 11:26). ¿Por qué estuvo dispuesto a renunciar a las riquezas y al poder que le pertenecían en Egipto? “Porque se sostuvo como

viendo al Invisible” (He. 11:27). Moisés sabía que aunque sufriría pérdidas en el presente, Dios lo recompensaría con riquezas en el futuro.

Al igual que Moisés, los creyentes aguardan una esperanza que está en los cielos. Vivimos con los ojos puestos en la eternidad, sabiendo que nuestra ciudadanía está en el cielo (Fil. 3:20). Servimos al Señor sacrificando cosas en el presente para reservar un tesoro en el cielo. Como Pablo, dejamos de lado nuestros privilegios para obedecer la voluntad de Dios y disciplinarnos a nosotros mismos a fin de ganar una corona incorruptible (cp. 2 Ti. 4:8).

De la misma manera que Jim Elliot, misionero y mártir entre los indígenas araucanos, debemos darnos cuenta de que “no está loco quien para ganar lo que no puede perder entrega lo que no puede conservar” (citado en Elliot, Elisabeth. *Shadow of the Almighty* [La sombra del Todopoderoso] [San Francisco: Harper & Row, 1979], p. 108).

LA VERDAD DEL EVANGELIO ALCANZA AL MUNDO

que ha llegado hasta vosotros, así como a todo el mundo, (1:6a)

El evangelio es universal; **ha llegado hasta vosotros, así como a todo el mundo**. El cristianismo no es una pequeña secta más en el Imperio Romano. No era un culto más como los otros en Colosas. Era y es en la actualidad las buenas nuevas para todo el mundo. El evangelio trasciende todas las fronteras étnicas, geográficas, culturales y políticas.

El carácter universal del evangelio es subrayado repetidamente a lo largo de las Escrituras:

Será predicado este evangelio del reino en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones; y entonces vendrá el fin. (Mt. 24:14)

Otra vez Jesús les habló, diciendo: Yo soy la luz del mundo; el que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida. (Jn. 8:12)

Primeramente doy gracias a mi Dios mediante Jesucristo con respecto a todos vosotros, de que vuestra fe se divulga por todo el mundo. Porque no me avergüenzo del evangelio, porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree; al judío primeramente, y también al griego. (Ro. 1:8, 16)

Pero digo: ¿No han oído? Antes bien, por toda la tierra ha salido la voz de ellos, y hasta los fines de la tierra sus palabras. (Ro. 10:18)

Porque partiendo de vosotros ha sido divulgada la palabra del Señor, no solo en Macedonia y Acaya, sino que también en todo lugar vuestra fe en Dios se ha extendido, de modo que nosotros no tenemos necesidad de hablar nada. (1 Ts. 1:8)

Después de esto miré, y he aquí una gran multitud, la cual nadie podía contar, de todas naciones y tribus y pueblos y lenguas, que estaban delante del trono y en la presencia del Cordero, vestidos de ropas blancas, y con palmas en las manos; y clamaban a gran voz, diciendo: La salvación pertenece a nuestro Dios que está sentado en el trono, y al Cordero. (Ap. 7:9-10)

La difusión del evangelio a todo lo largo y ancho del Imperio Romano fue un presagio de su difusión en todo el mundo. Es un mensaje de esperanza para todos los pueblos de todas las culturas. La verdadera iglesia, el Cuerpo de Cristo, está conformada por personas de todo el mundo (cp. Ap. 4:9-11).

LA VERDAD DEL EVANGELIO LLEVA FRUTO

y lleva fruto y crece también en vosotros, desde el día que oísteis (1:6b)

El evangelio no es un sistema ético estático, sino una realidad viva, en continuo movimiento y crecimiento. Lleva fruto y se expande. Hebreos 4:12 dice: “Porque la palabra de Dios es viva y eficaz”. Cuando el evangelio entra en un corazón preparado por Dios, lleva fruto (Mt. 13:3-8). Posee un poder divino que lo impulsa a crecer de la misma manera que una semilla de mostaza crece hasta convertirse en un árbol (Mt. 13:31-32). Pedro dice que el evangelio produce crecimiento espiritual (1 P. 2:2).

El evangelio comprende un aspecto individual y otro general. Ambos llevan fruto y crecen. Pablo les dice a los colosenses que está agradecido por todo lo que el evangelio ha producido en ellos **desde el día que oísteis**. Se muestra agradecido porque creyeron el mensaje del evangelio cuando Epafras lo compartió con ellos.

El evangelio produce fruto tanto en la transformación interna de los individuos como en el crecimiento externo de la

iglesia. Ambas realidades interactúan. El crecimiento espiritual de los individuos traerá a otros a la conversión a Cristo. Esta era la norma en la iglesia primitiva. Hechos 9:31 nos dice que “las iglesias tenían paz por toda Judea, Galilea y Samaria; y eran edificadas, andando en el temor del Señor... fortalecidas por el Espíritu Santo”, y como resultado, “se acrecentaban”. Primera Tesalonicenses 1:6 habla del crecimiento espiritual de los tesalonicenses por imitar a Pablo y al Señor. A raíz de esto, “ha sido divulgada la palabra del Señor, no solo en Macedonia y Acaya, sino que también en todo lugar vuestra fe en Dios se ha extendido, de modo que nosotros no tenemos necesidad de hablar nada” (v. 8).

El evangelio viviente es el poder que transforma. Al hacerlo, el testimonio de las vidas transformadas lleva fruto trayendo nuevos creyentes. Así que a medida que el evangelio produce fruto en la vida de los individuos, su poder de influencia se acrecienta.

LA VERDAD DEL EVANGELIO ESTÁ ARRAIGADA EN LA GRACIA

y conocisteis la gracia de Dios en verdad, (1:6c)

La gracia es el corazón mismo del evangelio. Es el regalo gratuito de Dios que nos concede el perdón de pecados y la vida eterna, los cuales no merecemos ni podemos alcanzar. El cristianismo contrasta vivamente con otras religiones que predicán la salvación del hombre por sus propios medios y obras. Nada se enseña con mayor claridad en las Escrituras que esta verdad: “por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe” (Ef. 2:8-9).

Después de escuchar el relato de Pedro acerca de la conversión de Cornelio, los demás apóstoles exclamaron: “¡De manera que también a los gentiles ha dado Dios arrepentimiento para vida!” (Hch. 11:18). Lidia recibió la salvación después de que “el Señor abrió el corazón de ella para que estuviese atenta a lo que Pablo decía” (Hch. 16:14). Pablo les dijo a los tesalonicenses que estaba agradecido “de que Dios os haya escogido desde el principio para salvación, mediante la santificación por el Espíritu y la fe en la verdad” (2 Ts. 2:13). Escribió a Tito: “Porque la gracia de Dios se ha manifestado para salvación a todos los hombres, enseñándonos que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente” (Tit. 2:11-12). La salvación es un acto de gracia de parte de Dios (vea también Hch. 15:11; 18:27; Ro. 3:24; 4:1-8).

Pablo describe la gracia salvadora como **la gracia de Dios en verdad**. La frase **en verdad** alude al sentido de autenticidad. Es la verdadera **gracia de Dios**, a diferencia de cualquier otra pretensión del evangelio. Dios concede su gracia de manera gratuita, soberana y perdonadora. Nada podemos hacer para alcanzar nuestra propia salvación. Dios nos salva solo por su gracia. El himno “Jesús todo pagó” lo expresa en estas sencillas palabras:

Porque nada bueno hay en mí
para tu gracia pedir.
Mis vestidos limpiaré
en la sangre del Cordero inmolado.
Jesús todo pagó,
se lo debo todo a Él;
El pecado que de carmesí manchó
Blanco como la nieve Él dejó.

LA VERDAD DEL EVANGELIO SE ANUNCIA POR LAS PERSONAS

como lo habéis aprendido de Epafras, nuestro consero amado, que es un fiel ministro de Cristo para vosotros, quien también nos ha declarado vuestro amor en el Espíritu. (1:7-8)

Aunque la salvación solo se alcanza por la gracia de Dios, Él usa a las personas como instrumentos de su gracia. Jesús les dijo a sus discípulos en Hechos 1:8 que serían sus testigos mediante el poder del Espíritu Santo. Primera Corintios 1:21 habla a quienes creyeron tras haber escuchado la predicación del mensaje. Pero tal vez el pasaje que resalta con más fuerza esta verdad es Romanos 10:14: “¿Cómo, pues, invocarán a aquel en el cual no han creído? ¿Y cómo creerán en aquel de quien no han oído? ¿Y cómo oirán sin haber quien les predique?”

Como vimos en la introducción, Epafras trajo las buenas nuevas de la gracia de Dios a la iglesia de Colosas. Fue él quien se las anunció. A menudo Pablo se refiere a sí mismo como un *doulos* (**esclavo**) de Cristo (Ro. 1:1; Fil. 1:1; Gá.

1:10; Tit. 1:1). Al referirse a Epafras como su **consiervo** (*sundoulos*) y **fiel ministro de Cristo** para nosotros, Pablo relaciona su ministerio con el de Epafras. Epafras era el representante de Pablo en Colosas, y contaba con el respaldo de la autoridad de este último y del Señor Jesús. En tanto que Pablo estaba encarcelado y no podía ir a los colosenses, Epafras le sirvió actuando en su nombre. También informó a Pablo acerca del **amor en el Espíritu** de los colosenses, una noticia que sin duda regocijó el corazón de Pablo. Pablo dio gracias por el evangelio y por los colosenses que lo recibieron.

Dios nos concede el maravilloso privilegio y la seria responsabilidad de ser sus representantes en la proclamación del evangelio de su gracia. Es mi anhelo que podamos ser fieles en anunciar a otros este evangelio de inestimable valor.

2. Pablo ora por los colosenses —Primera parte

Por lo cual también nosotros, desde el día que lo oímos, no cesamos de orar por vosotros, y de pedir que seáis llenos del conocimiento de su voluntad en toda sabiduría e inteligencia espiritual, para que andéis como es digno del Señor, agradándole en todo, llevando fruto en toda buena obra, y creciendo en el conocimiento de Dios; fortalecidos con todo poder, conforme a la potencia de su gloria, para toda paciencia y longanimidad; (1:9-11)

A pesar de no tener a su disposición todas las facilidades que ofrecen la tecnología y la ciencia, todo cristiano está capacitado para servir al bienestar de otros creyentes a quienes no puede ver o con quienes no puede hablar. Podemos contribuir a su crecimiento espiritual y garantizar las bendiciones de Dios para la vida de cada uno de ellos. La extraordinaria herramienta que permite hacerlo es la oración.

El ministerio de un apóstol se consagraba en principio a la enseñanza de la Palabra y a la oración (Hch. 6:4). Pablo da abundante instrucción a los colosenses y también comparte algunas de sus oraciones por ellos. Sus palabras llenas de emoción contienen dos elementos: petición (vv. 9-11) y alabanza (vv. 12-14).

Pablo era consciente de la importancia de las oraciones de otros en su propio ministerio: “cooperando también vosotros a favor nuestro con la oración, para que por muchas personas sean dadas gracias a favor nuestro por el don concedido a nosotros por medio de muchos” (2 Co. 1:11); “Porque sé que por vuestra oración y la suministración del Espíritu de Jesucristo, esto resultará en mi liberación” (Fil. 1:19); “Prepárame también alojamiento; porque espero que por vuestras oraciones os seré concedido” (Flm. 22).

Por lo anterior, no resulta sorprendente que el Nuevo Testamento nos exhorte a orar unos por otros. Leemos en Efesios 6:18: “orando en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu, y velando en ello con toda perseverancia y súplica por todos los santos”. Pablo escribe en 1 Timoteo 2:1: “Exhorto ante todo, a que se hagan rogativas, oraciones, peticiones y acciones de gracias, por todos los hombres”. El autor de Hebreos les pidió a sus lectores: “Orad por nosotros; pues confiamos en que tenemos buena conciencia, deseando conducirnos bien en todo” (13:18).

La Biblia está colmada de ejemplos de oración de unos por otros en el pueblo de Dios:

- Job oró por sus amigos (Job 42:10).
- Moisés oró por Aarón (Dt. 9:20) y por María (Nm. 12:13).
- Samuel oró por Israel (1 S. 7:5, 9).
- David oró por Israel (2 S. 24:17) y por Salomón (1 Cr. 28:18-19).
- Ezequías oró por Judá (2 R. 19:14-19).
- Isaías oró por el pueblo de Dios (Is. 63:15—64:12).
- Daniel oró por Israel (Dn. 9:3-19).
- Ezequiel oró por Israel (Ez. 9:8).
- Nehemías oró por Judá (Neh. 1:4-11).
- Jesús oró por sus discípulos (Jn. 17:9-24).
- La iglesia de Jerusalén oró para que Pedro fuera liberado de la cárcel (Hch. 12:5).
- Pablo oró por los cristianos (Ro. 1:9-10; Ef. 1:16-19).
- Epafras oró por los colosenses (Col. 4:12).

Puesto que la oración es tan importante, Pablo empieza su carta dando a conocer sus oraciones por los colosenses antes de presentar su enseñanza. Hay dos elementos que componen su oración: la petición (vv. 9-11) y la alabanza (vv. 12-14).

LA PETICIÓN

Por lo cual también nosotros, desde el día que lo oímos, no cesamos de orar por vosotros, y de pedir que seáis llenos del conocimiento de su voluntad en toda sabiduría e inteligencia espiritual, (1:9)

Por lo cual alude al informe favorable que Pablo había recibido de Epafras (v. 8). Desde el día en el que había escuchado este informe había estado orando por los colosenses. Podría parecer innecesario orar por quienes están bien. La mayoría de nuestras oraciones se concentran en quienes están sufriendo, enfrentando dificultades o padeciendo enfermedad. Pablo, sin embargo, sabía que no debemos dejar de orar por quienes están progresando en la fe. Por el contrario, su progreso debería animarnos a orar para que alcancen un mayor crecimiento. El enemigo puede alistar su mayor oposición contra quienes tienen una mayor capacidad para expandir la obra de Dios en el mundo.

Esta oración incesante y reiterativa (1 Ts. 5:17) requiere de nuestra parte, ante todo, una actitud consciente de la presencia de Dios. Esto no significa que debamos orar todo el tiempo, sino que veamos cada situación en la vida relacionada con Dios. Por ejemplo, si conocemos a alguien, podemos meditar en su condición delante de Dios. Si recibimos malas noticias, podemos reaccionar orando para que Dios intervenga sabiendo que lo hará. Si recibimos buenas noticias, podemos responder en alabanza a Dios porque sabemos que esto lo glorifica. Cuando Pablo miraba el mundo a su alrededor, todo lo que veía le impulsaba a orar de alguna manera. Cuando pensaba o recibía noticias acerca de una de sus amadas iglesias, esto lo llevaba a la comunión con Dios.

Nehemías es un ejemplo de alguien que oraba sin cesar. Después que el rey Artajerjes le preguntó el motivo de su tristeza, Nehemías le habló acerca de la destrucción de Jerusalén. Entonces el rey indagó su petición al respecto, y Nehemías hizo una breve oración antes de responder (Neh. 2:4). En medio de una situación tan tensa, Nehemías era consciente del carácter y del propósito de Dios.

Un segundo aspecto de la oración incesante es el conocimiento de las personas. No podemos orar de manera eficaz por las personas a menos que nos percatemos de sus necesidades. Pablo exhortó a los colosenses a perseverar en la oración (4:2), y a los efesios les escribió: “orando en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu, y velando en ello con toda perseverancia y súplica por todos los santos” (Ef. 6:18).

Los dos elementos de la oración incesante estuvieron presentes en la vida de oración de Pablo. Su amor por Dios lo llevó a buscar una comunión permanente con Él. Su amor por las personas lo llevó a orar sin cesar por ellas. Las oraciones de Pablo registradas en sus cartas son un legado de gran valor. Revelan su corazón y son un ejemplo que debemos seguir. Este texto registra la primera de estas oraciones.

Pablo pide que los colosenses sean **lentos del conocimiento de su voluntad**. **Plēroō (lento)** significa estar completamente lleno, o controlado. El corazón de cada uno de los discípulos se llenó de dolor cuando Jesús les mencionó su partida (Jn. 16:6). Lucas 5:26 dice que la multitud estaba llena de temor después que Jesús sanó al paralítico. Los escribas y los fariseos estaban llenos de ira cuando Jesús sanó en el día sábado (Lc. 6:11). Los discípulos fueron llenos del Espíritu Santo (Hch. 4:31), y Esteban estaba lleno de fe (Hch. 6:5). En cada caso, estaban bajo el control absoluto de lo que los llenaba.

Pablo deseaba que los colosenses estuvieran totalmente controlados por el **conocimiento**. **Epignōsis (conocimiento)** está compuesto por la palabra griega traducida como *conocimiento* (gnōsis) y una preposición adicional (epi), que refuerza su significado. El conocimiento que Pablo anhelaba ver en los colosenses es un conocimiento profundo y pleno.

El conocimiento es un tema central en los escritos de Pablo. Él dijo a los corintios: “porque en todas las cosas fuisteis enriquecidos en él, en toda palabra y en toda ciencia” (1 Co. 1:5). Oró porque “el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria” diera a los efesios “espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él” (Ef. 1:17). A los filipenses escribió: “Y esto pido en oración, que vuestro amor abunde aun más y más en ciencia y en todo conocimiento” (Fil. 1:9). En Colosenses 2:3 vemos que todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento están escondidos en Cristo. Nuestro nuevo hombre “se va renovando hasta el conocimiento pleno” (Col. 3:10). Como lo indican estos versículos, el conocimiento bíblico verdadero no es teórico sino que trae como resultado la obediencia.

La negación de los absolutos, y en especial de los absolutos morales, es una característica de la sociedad actual. Casi se acepta cualquier cosa, puesto que no existe una fuente de autoridad que dictamine normas absolutas. Lo que reviste de validez a los valores morales es a menudo arbitrario y basado tan solo en opiniones humanas. Pero para el cristiano, la Palabra de Dios revestida de toda autoridad es la que determina los absolutos. Estos absolutos son la base sobre la cual se establece toda la verdad acerca de Dios y todas las normas de fe y conducta. Dado que el conocimiento de estos absolutos es la base para corregir la conducta y determinar el juicio, es vital que los cristianos conozcamos la verdad revelada de Dios. La ignorancia no trae felicidad, y nadie puede agradar a Dios si desconoce sus principios establecidos.

De manera que la Biblia considera el conocimiento de los absolutos doctrinales como la base para una vida piadosa. La mayoría de las cartas de Pablo comienzan estableciendo un fundamento doctrinal antes de pasar a las exhortaciones prácticas. Por ejemplo, Pablo dedica once capítulos a la doctrina en Romanos, antes de hablar de la vida que agrada a Dios en el capítulo 12. Los capítulos 1 al 4 de Gálatas son doctrinales, mientras que los capítulos 5 y 6 son prácticos. Los tres primeros capítulos de Efesios subrayan nuestra posición en Cristo, mientras que los últimos tres capítulos nos exhortan a vivir conforme a ella. Filipenses y Colosenses también siguen el mismo esquema de doctrina que precede a la

exhortación práctica. En las Escrituras, la vida que agrada a Dios siempre está relacionada con el conocimiento de la verdad doctrinal.

La Biblia nos advierte acerca del peligro de la falta de conocimiento. Proverbios 19:2 dice: “El alma sin ciencia no es buena”. Fue la falta de conocimiento lo que llevó a Israel al exilio (Is. 5:13), y Dios dice en Oseas 4:6: “Mi pueblo fue destruido, porque le faltó conocimiento”. Primera Corintios 14:20 nos amonesta así: “Hermanos, no seáis niños en el modo de pensar, sino sed niños en la malicia, pero maduros en el modo de pensar”. Efesios 4:13-14 nos dice que la falta de conocimiento produce “niños fluctuantes, llevados por doquiera de todo viento de doctrina, por estratagema de hombres que para engañar emplean con astucia las artimañas del error”. El versículo 18 dice acerca de los no creyentes: “teniendo el entendimiento entenebrecido, ajenos de la vida de Dios por la ignorancia que en ellos hay”.

¿Cómo se obtiene conocimiento? En primer lugar, deseándolo. En Juan 7:17 Jesús dice: “El que quiera hacer la voluntad de Dios, conocerá si la doctrina es de Dios, o si yo hablo por mi propia cuenta”. Este mismo pensamiento se refleja en Oseas 6:3: “conoceremos, y proseguiremos en conocer a Jehová”. En segundo lugar, se requiere depender del Espíritu Santo, pues es Él quien nos da a conocer las cosas que Dios nos ha revelado (cp. 1 Co. 2:10-12). Por último, es necesario estudiar las Escrituras que hacen al creyente “perfecto, enteramente preparado para toda buena obra” (2 Ti. 3:16-17). Tal vez el pasaje que mejor ilustra la búsqueda de la verdad divina es Job 28.

Pablo ora para que alcancemos el conocimiento de la voluntad de Dios. Y su voluntad no es un secreto, sino que nos ha sido revelada en su Palabra. Por ejemplo, es la voluntad de Dios que una persona se salve (1 Ti. 2:4; 2 P. 3:9). Una vez que alguien se salva, es la voluntad de Dios que sea lleno del Espíritu. Efesios 5:17-18 dice: “no seáis insensatos, sino entendidos de cuál sea la voluntad del Señor. No os embriaguéis con vino, en lo cual hay disolución; antes bien sed llenos del Espíritu”. Además, la voluntad de Dios es la santificación: “pues la voluntad de Dios es vuestra santificación” (1 Ts. 4:3). Dios también desea que el creyente se someta a las autoridades del gobierno. Pedro escribe: “someteos a toda institución humana... porque esta es la voluntad de Dios” (1 P. 2:13, 15). El sufrimiento puede también formar parte de la voluntad de Dios para el creyente: “que los que padecen según la voluntad de Dios, encomienden sus almas al fiel Creador, y hagan el bien” (1 P. 4:19). Por último, la voluntad de Dios es que demos gracias. Pablo escribe: “Dad gracias en todo, porque esta es la voluntad de Dios para con vosotros en Cristo Jesús” (1 Ts. 5:18).

Permitir que el conocimiento de la Palabra de Dios controle nuestra mente es la clave para alcanzar una vida justa. Lo que controla nuestros pensamientos controlará nuestro comportamiento. El control de sí mismo es el resultado del control de la mente, que a su vez depende del conocimiento. El conocimiento de la Palabra de Dios nos llevará a **toda sabiduría y entendimiento espiritual**. Aunque los términos **sabiduría** y **entendimiento** parezcan sinónimos, *sophia* (**sabiduría**) podría considerarse como el término más amplio. Se refiere a la habilidad para almacenar y recopilar los principios de las Escrituras. *Sunesis* (**entendimiento**) podría considerarse un término más especializado que se refiere a la aplicación de los principios a la vida cotidiana. Ambos términos, *sophia* y *sunesis*, son espirituales. Tienen que ver con el reino espiritual y su fuente es el Espíritu Santo.

El estudio de la Biblia basado en la fe y el sometimiento lleva al conocimiento de la voluntad de Dios. Una mente saturada de dicho conocimiento tendrá la capacidad de comprender los principios generales de una conducta recta y piadosa. La sabiduría proveerá el entendimiento para aplicar estos principios a las diferentes circunstancias de la vida. Esta progresión dará como resultado natural un carácter y una vida en rectitud.

LOS RESULTADOS

para que andéis como es digno del Señor, agradándole en todo, llevando fruto en toda buena obra, y creciendo en el conocimiento de Dios; fortalecidos con todo poder, conforme a la potencia de su gloria, para toda paciencia y longanimidad; (1:10-11)

En los versículos 10 al 11, Pablo enumera cinco propósitos que se cumplen mediante ese conocimiento espiritual.

UN ANDAR DIGNO

para que andéis como es digno del Señor, agradándole en todo, (1:10a)

En la Biblia, **andar** se refiere a la pauta de conducta cotidiana. Una mente controlada por el conocimiento, la sabiduría y el entendimiento produce una vida **digna del Señor**. Aunque parezca imposible que alguien pueda andar como es digno del Señor, eso es lo que la Biblia nos enseña. Pablo manifestó este deseo a los tesalonicenses: “que anduviéseris como es digno de Dios, que os llamó a su reino y gloria” (1 Ts. 2:12). También exhortó a los efesios: “que andéis como es digno de la vocación con que fuisteis llamados” (Ef. 4:1). Y les dijo a los filipenses: “que os comportéis como es digno del evangelio de Cristo” (Fil. 1:27).

Dios no nos ha dejado solos en la tarea de andar de una manera digna de Él. Pablo escribió a los gálatas: “Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Gá. 2:20). Cristo habita en nosotros en la persona del Espíritu Santo. Pablo oró así por los efesios: “para que os dé, conforme a las riquezas de su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu; para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones” (Ef. 3:16-17). Tratar de andar de una manera digna de Dios en nuestras propias fuerzas es una tarea condenada al fracaso. Martín Lutero lo declaró con claridad en su himno “Castillo fuerte es nuestro Dios”.

Nuestro valor es nada aquí,
Con él todo es perdido;
Mas con nosotros luchará
De Dios el Escogido.
Es nuestro Rey Jesús,
El que venció en la cruz,
Señor y Salvador,
Y siendo Él solo Dios,
Él triunfa en la batalla.

(Traducción al castellano de J. B Cabrera. En: *Himnario Bautista*. El Paso, Texas: Casa Bautista de Publicaciones, 1989).

El Nuevo Testamento describe varias características del andar digno de Dios. Debemos andar en humildad (Ef. 4:1-3), en pureza (Ro. 13:13), en contentamiento (1 Co. 7:17), por la fe (2 Co. 5:7), en buenas obras (Ef. 2:10), de manera distinta al mundo (Ef. 4:17-32), en amor (Ef. 5:2), en luz (Ef. 5:8), en sabiduría (Ef. 5:15), y en verdad (3 Jn. 3-4). Este andar agrada a Dios en todo aspecto.

UNA VIDA FRUCTÍFERA

llevando fruto en toda buena obra, (1:10b)

Dar fruto también es un resultado del conocimiento. El fruto es producto de la justicia y el sello de cada persona redimida. Jesús dijo en Juan 15:8: “En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto, y seáis así mis discípulos” (cp. vv. 2, 5-6). Pablo les dijo a los romanos: “Así también vosotros, hermanos míos, habéis muerto a la ley mediante el cuerpo de Cristo, para que seáis de otro, del que resucitó de los muertos, a fin de que llevemos fruto para Dios” (Ro. 7:4).

La Biblia define **fruto** de diversas maneras. Aquí Pablo habla de **llevar fruto en toda buena obra**. Las personas convertidas se consideran fruto. Pablo se refirió a la familia de Estéfanos como “las primicias de Acaya” (1 Co. 16. 15). También Pablo buscaba fruto en los romanos (Ro. 1:13). Hebreos 13:15 define la alabanza como fruto: “Así que, ofrezcamos siempre a Dios, por medio de él, sacrificio de alabanza, es decir, fruto de labios que confiesen su nombre”. Dar dinero es también un fruto (Ro. 15:26-28). Una vida justa es fruto, tal como lo indica el autor de Hebreos al hablar del resultado de la disciplina divina: “fruto apacible de justicia” (He. 12:11). Por último, se mencionan las actitudes piadosas en Gálatas 5:22-23 como “el fruto del Espíritu”.

¿Qué produce el fruto en la vida de los creyentes? En primer lugar, la unión con Cristo. Jesús dijo en Juan 15:4-5: “Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí. Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer”.

En segundo lugar, la sabiduría es un requisito previo para dar fruto. “Pero la sabiduría que es de lo alto es primeramente pura, después pacífica, amable, benigna, llena de misericordia y de buenos frutos, sin incertidumbre ni hipocresía” (Stg. 3:17). La falta de fruto está ligada a la falta de sabiduría espiritual. Por último, se requiere el esfuerzo diligente del cristiano, como lo anota Pedro:

“poniendo toda diligencia por esto mismo, añadid a vuestra fe virtud; a la virtud, conocimiento; al conocimiento, dominio propio; al dominio propio, paciencia; a la paciencia, piedad; a la piedad, afecto fraternal; y al afecto fraternal, amor. Porque si estas cosas están en vosotros, y abundan, no os dejarán estar ociosos ni sin fruto en cuanto al conocimiento de nuestro Señor Jesucristo”. (2 P. 1:5-8)

CRECIMIENTO

y creciendo en el conocimiento de Dios; (1:10c)

Un tercer resultado del conocimiento es el crecimiento espiritual. El crecimiento espiritual progresa **en el conocimiento de Dios**. Tē epignōsei (**en el conocimiento**) es un caso de dativo instrumental. Indica el medio por el cual ocurre el crecimiento. El conocimiento de Dios revelado en su Palabra es crucial para el crecimiento espiritual. Pedro escribió: “desead, como niños recién nacidos, la leche espiritual no adulterada, para que por ella crezcáis para salvación” (1 P. 2:2). Como siempre, el Espíritu Santo infunde la gracia de Dios a nuestros propios esfuerzos (2 P. 3:18), sin la cual nosotros no podríamos crecer.

La primera evidencia del crecimiento espiritual es un amor profundo por la Palabra de Dios. “¡Oh, cuánto amo yo tu ley! Todo el día es ella mi meditación” (Sal. 119:97).

Segundo, el crecimiento espiritual se refleja en una obediencia más perfecta.

Y en esto sabemos que nosotros le conocemos, si guardamos sus mandamientos. El que dice: Yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso, y la verdad no está en él; pero el que guarda su palabra, en éste verdaderamente el amor de Dios se ha perfeccionado. (1 Jn. 2:3-5)

Tercero, el crecimiento espiritual produce una fe creciente. “Debemos siempre dar gracias a Dios por vosotros, hermanos, como es digno, por cuanto vuestra fe va creciendo, y el amor de todos y cada uno de vosotros abunda para con los demás” (2 Ts. 1:3; cp. 2 Co. 10:15).

Una cuarta evidencia del crecimiento espiritual es un amor mayor: “Y esto pido en oración, que vuestro amor abunde aun más y más en ciencia y en todo conocimiento” (Fil. 1:9).

FORTALEZA

fortalecidos con todo poder, conforme a la potencia de su gloria, (1:11a)

Un cuarto resultado del conocimiento es la fortaleza espiritual. *Dunamoumenoi* (“fortalecido”) es un participio presente que indica una acción continua. Dios no actúa como un cohete que da a los creyentes un primer impulso de poder para luego dejarnos volar a nuestro propio riesgo. Los creyentes somos **fortalecidos con todo poder** a lo largo de toda nuestra vida cristiana.

La medida de ese poder se conforma a **la potencia de su gloria**. **Gloria** viene de *doxa*, y se refiere a la manifestación de los atributos de Dios. **Potencia** es la traducción de *kratos*, que denota fuerza en acción. Once de las doce veces que se usa este término en el Nuevo Testamento, hace referencia a Dios. El **poder** que está a nuestra disposición es el poder ilimitado de Dios mismo.

El poder de Dios se manifiesta en nosotros a través del ministerio del Espíritu Santo. Nuestro Señor les dijo a los discípulos que recibirían poder con la venida del Espíritu Santo sobre ellos (Hch. 1:8). Pablo oró por los efesios para “ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu” (Ef. 3:16). A los romanos escribió: “Y el Dios de esperanza os llene de todo gozo y paz en el creer, para que abundéis en esperanza por el poder del Espíritu Santo” (Ro. 15:13). Este poder está a disposición del creyente lleno del conocimiento de la Palabra de Dios.

PACIENCIA

para toda paciencia y longanimidad; (1:11b)

Pablo anota un último resultado del verdadero conocimiento espiritual: soportar con gozo y paciencia las pruebas. El conocimiento de las promesas y propósitos de Dios revelados en las Escrituras nos da fortaleza para soportar las pruebas y el sufrimiento. Hupomonē (**paciencia**) y makrotumia (**longanimidad**) están íntimamente relacionados. En cuanto a la diferencia entre los dos términos, hupomonē se refiere a ser paciente en medio de las circunstancias, mientras que makrotumia se refiere a ser paciente con las personas (Trench, R. C. *Synonyms of the New Testament* [Sinónimos del Nuevo Testamento] [Grand Rapids: Eerdmans, 1983], p. 198). Ambos aluden a la paciencia para soportar las pruebas.

Pablo no está hablando de una paciencia estoica que rechine los dientes. La fortaleza que proporciona el conocimiento de la Palabra de Dios faculta al creyente para soportar las pruebas con gozo (*meta charis*). Los comentaristas no están todos de acuerdo en su opinión acerca de si *meta charis* corresponde a **paciencia** y **longanimidad** en el versículo 11, o a **dando gracias** en el versículo 12. No obstante, parece más adecuado relacionarlo con la frase del versículo 11.

Dando gracias (v. 12) ya contiene el ingrediente de gozo. El conocimiento de la verdad de Dios nos confiere la capacidad para soportar las pruebas con gozo, como sucedió en la vida de Pablo (cp. Hch. 16:25).

La oración constante de Pablo por los colosenses es que fueran llenos del conocimiento de la voluntad de Dios. Él sabía que los creyentes solo podían andar de una manera digna del Señor y agradable a Él si eran dirigidos por este conocimiento. Pablo sabía además que dicho conocimiento era indispensable para una vida fructífera, para el crecimiento espiritual y para soportar con gozo las pruebas.

3. Pablo ora por los colosenses —Segunda parte

con gozo dando gracias al Padre que nos hizo aptos para participar de la herencia de los santos en luz; el cual nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo, en quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados. (1:12-14)

La oración de Pablo constituye un modelo a seguir para todos los creyentes. Al igual que sus oraciones, las nuestras deben incluir tanto la alabanza como las peticiones. Pablo escribió a los filipenses: “Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias” (Fil. 4:6). En 1 Timoteo 2:1 exhortó a “que se hagan rogativas, oraciones, peticiones y acciones de gracias, por todos los hombres”. Más adelante dijo a los colosenses: “Perseverad en la oración, velando en ella con acción de gracias” (Col. 4:2). Pablo daba gracias sin cesar en sus oraciones (cp. Hch. 27:35; Ro. 1:8; 1 Ti. 1:12).

[Dar] gracias es desechado a un segundo plano en las oraciones del pueblo cristiano con demasiada frecuencia. Nuestra actitud al acercarnos a Dios nos recuerda a menudo las hijas de la sanguijuela que dicen: “¡Dame! ¡dame!” (Pr. 30:15). Somos prontos para pedir y lentos para dar gracias a Dios. Esperamos que responda a nuestras oraciones porque eso es lo que suele hacer. Olvidamos que es solo por gracia que recibimos todo de Él.

La Biblia reitera la importancia de dar gracias. “Sacrifica a Dios alabanza” (Sal. 50:14). “Alaben la misericordia de Jehová, y sus maravillas para con los hijos de los hombres; ofrezcan sacrificios de alabanza, y publiquen sus obras con júbilo” (Sal. 107:21-22). “Bueno es alabarte, oh Jehová, y cantar salmos a tu nombre, oh Altísimo” (Sal. 92:1). “Dando siempre gracias por todo al Dios y Padre, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo” (Ef. 5:20). “Y todo lo que hacéis, sea de palabra o de hecho, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él” (Col. 3:17). “Así que, ofrezcamos siempre a Dios, por medio de él, sacrificio de alabanza, es decir, fruto de labios que confiesan su nombre” (He. 13:15). La gratitud debe impregnar nuestra conversación, nuestros cantos y nuestras oraciones.

Nuestro Señor sabía la importancia de dar gracias. En Mateo 11:25 dijo: “Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas de los sabios y de los entendidos, y las revelaste a los niños”. Antes de alimentar a los cinco mil, Jesús “habiendo dado gracias, los repartió entre los discípulos, y los discípulos entre los que estaban recostados” (Jn. 6:11). Antes de resucitar a Lázaro, “Jesús, alzando los ojos a lo alto, dijo: Padre, gracias te doy por haberme oído” (Jn. 11:41).

Apocalipsis 7:11 nos dice que los ángeles dan gracias: “Y todos los ángeles estaban en pie alrededor del trono, y de los ancianos y de los cuatro seres vivientes; y se postraron sobre sus rostros delante del trono, y adoraron a Dios, diciendo: Amén. La bendición y la gloria y la sabiduría y la acción de gracias y la honra y el poder y la fortaleza, sean a nuestro Dios por los siglos de los siglos. Amén”.

David (2 S. 22:50; Sal. 28:7), los levitas (1 Cr. 16:4; Neh. 12:24), Asaf y sus familiares (1 Cr. 16:7), Daniel (Dn. 6:10), los sacerdotes, los levitas y los descendientes de Asaf (Esd. 3:10-11) también dieron gracias a Dios.

En contraste con estos buenos ejemplos, la Biblia enseña que la ingratitud caracteriza al impío. Una acusación contra los incrédulos es que “habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias” (Ro. 1:21). Los malvados se caracterizan por no dar gracias (Lc. 6:35; 2 Ti. 3:2).

Las Escrituras nos enseñan a dar gracias a Dios por muchos motivos. Debemos darle gracias por ser quien es. El Salmo 30:4 dice: “Cantad a Jehová, vosotros sus santos, y celebrad la memoria de su santidad” (cp. Sal. 97:12). También debemos dar gracias a Dios por su cercanía: “Gracias te damos, oh Dios, gracias te damos, pues cercano está tu nombre; los hombres cuentan tus maravillas” (Sal. 75:1). Pablo da gracias a Dios por su salvación y por la oportunidad de servirle: “Doy gracias al que me fortaleció, a Cristo Jesús nuestro Señor, porque me tuvo por fiel, poniéndome en el ministerio, habiendo yo sido antes blasfemo, perseguidor e injuriador; mas fui recibido a misericordia porque lo hice por ignorancia, en incredulidad” (1 Ti. 1:12-13).

También el apóstol da gracias por el crecimiento espiritual de otros: “Debemos siempre dar gracias a Dios por vosotros, hermanos, como es digno, por cuanto vuestra fe va creciendo, y el amor de todos y cada uno de vosotros abunda para con los demás” (2 Ts. 1:3).

Hasta las cosas terrenales como el alimento deben ser motivo de acción de gracias (1 Ti. 4:3-4). Primera Tesalonicenses 5:18 lo resume así: “Dad gracias en todo, porque esta es la voluntad de Dios para con vosotros en Cristo Jesús”.

El mayor motivo de gratitud para los cristianos es la obra de Cristo. En 2 Corintios 9:15, Pablo exclama: “¡Gracias a Dios por su don inefable!”. Dio gracias por la salvación

que es el resultado de la obra de Cristo (cp. 1 Co. 1:4). Ese también es el tema que trata en Colosenses 1:12-14. Pablo resume la doctrina de la salvación en tres grandes verdades: la herencia, la liberación y el traslado. Todos abarcan la salvación y son motivo de agradecimiento para nosotros. En estos versículos, Pablo expone los detalles de su gratitud.

LA HERENCIA

con gozo dando gracias al Padre que nos hizo aptos para participar de la herencia de los santos en luz; (1:12)

Padre resalta el aspecto personal y el tipo de relación que tenemos con Dios al estar unidos a Él. Antes de recibir la salvación, Dios era nuestro juez. Estábamos bajo condenación por haber violado sus leyes justas y santas. Pero en el momento en el que por la gracia de Dios pusimos nuestra fe en Cristo, Dios dejó de ser para nosotros un juez que condena y se convirtió en nuestro Padre lleno de gracia.

Dios no solo nos adoptó como hijos suyos, sino que también nos **hizo aptos para participar de la herencia de los santos en luz**. **Aptos** viene de hikanoō, una palabra usada solo en este caso y en 2 Corintios 3:6 en el Nuevo Testamento. Significa “adiestrar, facultar, autorizar, habilitar”. No somos aptos en nuestras propias fuerzas. Dios nos ha hecho aptos mediante la obra consumada de Cristo.

Antes de que Dios nos salvara por su gracia éramos incapaces de recibir nuestra herencia. Varios pasajes en Efesios describen nuestra incapacidad:

Y él os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados, en los cuales anduvisteis en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia, entre los cuales también todos nosotros vivimos en otro tiempo en los deseos de nuestra carne, haciendo la voluntad de la carne y de los pensamientos, y éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás. (2:1-3)

En aquel tiempo estabais sin Cristo, alejados de la ciudadanía de Israel y ajenos a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo. (2:12)

Esto, pues, digo y requiero en el Señor: que ya no andéis como los otros gentiles, que andan en la vanidad de su mente, teniendo el entendimiento entenebrecido, ajenos de la vida de Dios por la ignorancia que en ellos hay, por la dureza de su corazón; los cuales, después que perdieron toda sensibilidad, se entregaron a la lascivia para cometer con avidez toda clase de impureza. (4:17-19)

Antes de recibir la salvación estábamos bajo el dominio del sistema maligno del mundo, de Satanás, su malvado gobernante, y de nuestra naturaleza humana caída y pecaminosa. Estábamos sin Cristo, sin identidad, sin pacto, sin esperanza y sin Dios. Nuestra mente estaba envanecida y nuestro entendimiento entenebrecido. Estábamos apartados de la vida de Dios, ignorantes, endurecidos en nuestro corazón, insensibles, inmorales, impuros y llenos de codicia. Lo único que éramos capaces de recibir de Dios es su ira. Y es solo eso lo que habríamos recibido si Dios no hubiera tenido misericordia de nosotros.

Por su gracia, Dios ha hecho **aptos** a los incapaces, a fin de concederles su herencia. El texto original griego dice textualmente: “para la porción del terreno” (eis tēn merida tou klērou). El genitivo partitivo (tou klērou) da a entender que cada uno de nosotros recibe su propia parte o porción del total de la herencia. Aquí Pablo alude a la partición de la herencia de Israel en Canaán (cp. Nm. 26:52-56; 33:51-54; Jos. 14:1-2). De igual modo que los israelitas recibieron su herencia en la Tierra Prometida, nosotros recibimos nuestra porción de la herencia espiritual.

La Biblia dice mucho acerca de nuestra **herencia**. En primer lugar, nuestra herencia comprende la vida eterna. Jesús dijo en Mateo 19:29: “Y cualquiera que haya dejado casas, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o mujer, o hijos, o tierras, por mi nombre, recibirá cien veces más, y heredará la vida eterna”. La vida eterna es mucho más que una existencia sin límite en el tiempo. Es una calidad de vida que radica en la vida de Cristo mismo manifestada en la vida del creyente (Gá. 2:20; cp. 1 Jn. 5:20). En segundo lugar, nuestra herencia comprende la posesión de la tierra. En el Sermón del Monte, nuestro Señor afirmó que los creyentes heredarían la tierra (Mt. 5:5). Este aspecto se centra en el aspecto futuro de nuestra herencia, el día en el que reinaremos junto con Cristo en el milenio (Ap. 20:6). Saber que heredaremos una tierra restaurada debería liberarnos de cualquier afán presente por las posesiones materiales. Algún día recibiremos mucho más de lo que jamás hayamos obtenido en esta vida. En tercer lugar, heredamos todas las promesas de Dios. El autor de Hebreos nos exhorta a ser “imitadores de aquellos que por la fe y la paciencia heredan las

promesas” (He. 6:12).

¿Cuándo recibiremos nuestra herencia? El participio presente hikanōsanti (**aptos**) señala que es nuestra en el presente (cp. Ef. 1:11). Ya hemos sido trasladados de la potestad de las tinieblas al reino de Cristo (Col. 1:13). Ya somos coherederos con Cristo (Ro. 8:16-17). No obstante, la posesión completa de esta herencia, tendrá lugar en el futuro. Pablo se refiere a ella como una “herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible, reservada en los cielos para vosotros” (1 P. 1:4). Será nuestra para siempre. Hebreos 9:15 la describe como una herencia eterna.

Asimismo, Pablo define nuestra herencia como **la herencia de los santos en luz**. Hagiōn (**santos**) se refiere a quienes han sido separados del mundo y apartados para Dios. La herencia solo les pertenece a ellos. Primera Corintios 6:9-10 declara: “¿No sabéis que los injustos no heredarán el reino de Dios? No erréis; ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los que se echan con varones, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los maldicientes, ni los estafadores, heredarán el reino de Dios”.

Asimismo, Efesios 5:5 reitera: “Porque sabéis esto, que ningún fornicario, o inmundo, o avaro, que es idólatra, tiene herencia en el reino de Cristo y de Dios”. Y Gálatas 5:21 añade: “que los que practican tales cosas no heredarán el reino de Dios”.

La herencia de los santos es **en luz**. En la Biblia, la luz representa dos cosas. Desde el punto de vista intelectual representa la verdad (Sal. 119:130). Y desde el punto de vista moral representa la pureza (Ef. 5:8-14). Mientras que la herencia de Israel fue terrenal, la herencia de los santos es en luz: en el reino espiritual de verdad y pureza donde Dios mismo habita (1 Ti. 6:16). En su defensa ante el rey Agripa en Hechos 26, Pablo habló del mandato de Dios de predicar a los gentiles. El Señor le dijo a Pablo que lo enviaba “para que abras sus ojos, para que se conviertan de las tinieblas a la luz, y de la potestad de Satanás a Dios; para que reciban, por la fe que es en mí, perdón de pecados y herencia entre los santificados” (v. 18). Sin duda alguna, Pablo tenía en mente este suceso al escribir Colosenses 1:12-14. Los santos son quienes se han convertido de las tinieblas pecaminosas a la luz de justicia (cp. Ef. 5:8; 1 Jn. 1:7).

Dios, en su gracia, nos ha dado la garantía de nuestra herencia. La garantía es el Espíritu Santo que mora en nosotros. En Efesios 1:13-14, Pablo escribe: “en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa, que es las arras de nuestra herencia”. “Arras” es la traducción de arrabōn, un término similar al del griego moderno para referirse a un anillo de compromiso. Arrabōn también puede traducirse como “garantía” o “pago inicial”. Dios nos ha dado el Espíritu Santo como un adelanto de nuestra herencia futura. Se trata de un hecho objetivo que no depende de nuestros sentimientos. El estudio de “la palabra de su gracia, que tiene poder para sobreedificaros y daros herencia con todos los santificados” (Hch. 20:32) nos lleva a entender mejor nuestra herencia gloriosa.

Dios nos ha dado el Espíritu y la Palabra de tal manera que tengamos confianza y entendimiento de nuestra herencia. No es de extrañarse que Pablo orara: “para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él, alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál es la esperanza a que él os ha llamado, y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos” (Ef. 1:18).

LA LIBERACIÓN

el cual nos ha librado de la potestad de las tinieblas, (1:13a)

Un segundo motivo para dar gracias es nuestra liberación espiritual. **Librado** viene de *ruomai*, que significa “traer hacia sí mismo” o “rescatar”. Dios nos sacó del reino de Satanás y nos trajo hacia Él. Este suceso es el nuevo nacimiento. No somos liberados del poder de Satanás de manera progresiva. Tan pronto como pusimos nuestra fe en Cristo, fuimos liberados. “De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas” (2 Co. 5:17). Los creyentes no necesitan ser liberados del poder del pecado y de Satanás sino conducirse como quienes ya han sido liberados (cp. Ro. 6:2, 7, 11).

Los que recibieron al Señor Jesucristo han sido rescatados **de la potestad de las tinieblas**. *Exousias* (**potestad**) podría traducirse como “poder”, “jurisdicción” o “autoridad”. Nuestro Señor usó la frase **potestad de las tinieblas** (*exousias tou skotous*) para referirse a los poderes sobrenaturales de Satanás organizados en su contra en el momento de su arresto (Lc. 22:53). No obstante, el triunfo del poder de las tinieblas fue breve. Pocas horas después, Jesús aniquiló el poder de Satanás mediante su muerte en la cruz. No hay que temer a este poder, puesto que “mayor es el que está en vosotros, que el que está en el mundo” (1 Jn. 4:4). Por medio de su muerte en la cruz, Jesús aplastó a Satanás y nos libró de su reino de tinieblas.

EL TRASLADO

y trasladado al reino de su amado Hijo, en quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados. (1:13b,

Pablo prosigue con la lista de bendiciones que despertaron su agradecimiento mencionando el nuevo reino al que pertenecemos. **Methistēmi (trasladado)** significa remover o cambiar. En Hechos 13:22 se usa al hablar de Saúl cuando fue quitado como rey. Se utilizaba en el mundo antiguo para referirse al desplazamiento de un pueblo conquistado a un nuevo territorio. El verbo habla aquí de nuestro total traslado del dominio de las tinieblas satánicas a la gloriosa luz del reino de Cristo.

La palabra **reino** abarca mucho más que el futuro reino del milenio, cuando Jesús reinará sobre la tierra por un período de mil años. Tampoco se refiere al simple gobierno de Dios sobre su creación. El reino es una realidad actual. Pablo lo define en Romanos 14:17: “porque el reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo”. El reino consiste en la relación única que tenemos las personas con Dios a través de Jesucristo. Un reino, en su acepción más simple, es un grupo de personas bajo el gobierno de un rey. Los cristianos hemos reconocido a Cristo como nuestro Rey, y somos ciudadanos de su reino. Hemos sido **trasladados al reino de su amado Hijo**. El texto griego dice de forma literal: “el Hijo de su amor” (tou huiou tēs agapēs autou). El Padre entrega el reino al Hijo a quien ama, y luego a todo aquel que ama al Hijo (Lc. 12:32).

Aunque Cristo aún no reina en la tierra, no significa que no sea Rey. A la pregunta de Pilato: “¿Eres tú el Rey de los judíos?”, Jesús contestó: “Tú lo dices” (Mt. 27:11). Él reina en la eternidad, reina ahora mismo en su iglesia, y un día regresará para reinar sobre la tierra como Rey de reyes.

Una gran responsabilidad se deriva de nuestra pertenencia al reino de Cristo. Como ciudadanos de su reino, debemos representar al Rey de manera digna. Pablo amonestó así a los tesalonicenses: “que anduviéseris como es digno de Dios, que os llamó a su reino y gloria” (1 Ts. 2:12). Aun la persecución que padecían indicaba el justo juicio de Dios para ser considerados dignos de su reino, por el cual estaban sufriendo (2 Ts. 1:5). El autor de Hebreos nos recuerda: “Así que, recibiendo nosotros un reino incommovible, tengamos gratitud, y mediante ella sirvamos a Dios agradándole con temor y reverencia; porque nuestro Dios es fuego consumidor” (He. 12:28).

Antes de ser aceptados como ciudadanos del reino de Cristo, necesitábamos **redención por su sangre, el perdón de pecados**. **Apolutrōsis (redención)** es una de las grandiosas palabras del Nuevo Testamento para describir un bendito aspecto de la obra de Cristo por nosotros. Al igual que otros términos como *sacrificio, ofrenda, propiciación, rescate, justificación, adopción y reconciliación*, describe las riquezas de nuestra salvación. Significa “liberar mediante el pago de un rescate”, y era utilizado para referirse a la liberación de los esclavos del cautiverio. El término *apolutrōsis* se puede traducir *emancipación*. La versión Septuaginta usa una palabra similar para referirse a la liberación del pueblo de Israel del cautiverio en Egipto. *Apolutrōsis* se utiliza en varias ocasiones en el Nuevo Testamento para referirse a la libertad que nos dio Cristo, de la esclavitud del pecado. En Efesios 1:7, Pablo escribe: “en quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados según las riquezas de su gracia”. Asimismo, escribió a los corintios: “Mas por él estáis vosotros en Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención” (1 Co. 1:30). En uno de los pasajes tal vez más soteriológicos del Nuevo Testamento, Pablo escribe: “siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús” (Ro. 3:24).

La redención trae como resultado **el perdón de pecados**. **Aphesin (perdón)** significa absolver, remitir una pena. Es un término compuesto por dos palabras griegas: *apo*, “desde”, y *hiēmi*, “enviar”. Puesto que Cristo nos redimió, Dios ha enviado lejos nuestros pecados y nunca más se hallarán. “Cuanto está lejos el oriente del occidente, hizo alejar de nosotros nuestras rebeliones” (Sal. 103:12). “El volverá a tener misericordia de nosotros; sepultará nuestras iniquidades, y echará en lo profundo del mar todos nuestros pecados” (Mi. 7:19).

De manera que la muerte de Cristo por nosotros pagó el precio por nuestra redención. Sobre esa base, Dios perdonó nuestros pecados, nos concedió una herencia, nos libró del poder de las tinieblas, y nos hizo ciudadanos del reino de Cristo. Estas verdades maravillosas deben suscitar en nosotros un agradecimiento continuo a Dios, tal como Pablo lo manifestó en su oración. Y al meditar en todo lo que hizo por nosotros, ¿cómo podemos hacer menos que orar para ser llenos del conocimiento de su voluntad?

4. La preeminencia de Jesucristo

El es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación. Porque en él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de él y para él. Y él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en él subsisten; y él es la cabeza del cuerpo que es la iglesia, él que es el principio, el primogénito de entre los muertos, para que en todo tenga la preeminencia; por cuanto agradó al Padre que en él habitase toda plenitud, (1:15-19)

El libro por excelencia que habla del Señor Jesucristo es la Biblia. El Antiguo Testamento registra la preparación para su venida. Los Evangelios lo presentan como Dios hecho carne que vino al mundo para salvar a los pecadores. En Hechos, el mensaje salvador de Cristo comienza a expandirse por todo el mundo. Las epístolas explican la teología de la obra de Cristo y su personificación en su cuerpo, la iglesia. Al final, Apocalipsis muestra a Cristo en el trono reinando como Rey de reyes y Señor de señores.

Cada pasaje de las Escrituras da testimonio de Jesucristo. Lucas 24:27 dice: “Y comenzando desde Moisés, y siguiendo por todos los profetas, les declaraba en todas las Escrituras lo que de él decían”. En Juan 5:39, Jesús dijo de las Escrituras: “ellas son las que dan testimonio de mí”. Felipe usó el libro de Isaías para hablar de Cristo al etíope (Hch. 8:35).

Pero de todas las enseñanzas acerca de Jesucristo, ninguna es tan reveladora como Colosenses 1:15-19. Este tremendo y poderoso pasaje destruye por completo cualquier duda o confusión sobre la verdadera identidad de Jesús. Es crucial para entender correctamente la fe cristiana.

Como se mencionó en la introducción, gran parte de la herejía que amenazaba a la iglesia de Colosas se centraba en la persona de Cristo. Los herejes negaban su humanidad argumentando que Cristo era uno entre muchos de los espíritus que emanaban de Dios. Enseñaban una forma de dualismo filosófico suponiendo que el espíritu era bueno y la materia mala. De ahí que una emanación buena como Cristo nunca podría encarnarse en la materia que se consideraba mala. La idea de que Dios pudiera hacerse hombre les parecía absurda. De esta manera negaban también su deidad.

Según los herejes, Cristo tampoco era suficiente para alcanzar la salvación. Además del evangelio de Cristo, ésta requería un conocimiento superior, místico y oculto. Practicaban la adoración a las emanaciones buenas (ángeles) y observaban las leyes ceremoniales judías.

En los tres primeros capítulos de Colosenses, Pablo ataca de frente la herejía colosense. Refuta su negación de la humanidad de Cristo, señalando que en Él “habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad” (2:9). Asimismo, desecha su adoración a los ángeles (2:18) y sus ritos (2:16-17). Niega por completo la necesidad de cualquier conocimiento oculto para la salvación, declarando que en Cristo “están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento” (2:3; cp. 1:27; 3:1-4).

Sin duda, el aspecto más grave de la herejía colosense era su rechazo a la deidad de Cristo. Antes de tratar otros temas, Pablo defiende con fuerza esta crucial doctrina. Los cristianos debemos seguir el modelo que dejó Pablo para confrontar las herejías. El punto central de la discusión debe ser la deidad de Jesucristo.

En Colosenses 1:15-19, Pablo revela la verdadera identidad de nuestro Señor en su relación con Dios, el universo, el mundo invisible y la iglesia.

JESUCRISTO EN RELACIÓN CON DIOS

Él es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación. (1:15)

Como ya se ha visto, los herejes consideraban a Jesús como uno más dentro de la serie descendiente de espíritus emanados de Dios. Pablo desmiente esta afirmación con dos poderosas descripciones de la verdadera identidad de Jesús. En primer lugar, lo describe como **la imagen del Dios invisible**. Eikōn (**imagen**) significa “imagen” o “semejanza”. De este se origina el término *icono*, que se refiere a una estatua. Está presente en Mateo 22:20 al referirse a la imagen de César en una moneda y en Apocalipsis 13:14 a la estatua del anticristo.

Aunque el hombre es también eikōn de Dios (1 Co. 11:7; cp. Gn. 1:26-27), no es su imagen total. Su personalidad racional evidencia que fue hecho a la imagen de Dios, y al igual que Dios, posee inteligencia, emociones y voluntad que le permiten pensar, sentir y decidir. Sin embargo, los seres humanos no somos la imagen de Dios en lo moral, puesto que Él es santo y nosotros pecadores. Tampoco en nuestra esencia somos creados a su imagen. No poseemos atributos exclusivos de Dios tales como su omnipotencia, inmutabilidad u omnipresencia. Somos humanos, no divinos.

La caída desfiguró la imagen original de Dios en el hombre. Antes de la caída, Adán y Eva eran inocentes, libres de

pecado e inmortales. Perdieron estas cualidades en el momento de pecar. No obstante, cuando una persona pone su fe en Cristo, recibe la promesa de que la imagen de Dios será restaurada en ella. “Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo” (Ro. 8:29; cp. 2 Co. 3:18; Col. 3:10). Cuando los creyentes hayamos finalmente alcanzado la vida eterna, Dios nos hará libres de pecado como Cristo.

A diferencia del hombre, Jesucristo es perfecto y la imagen exacta de Dios. No adoptó la imagen de Dios en el momento de la encarnación, sino que ha sido su imagen desde la eternidad. Hebreos 1:3 define a Jesús como “el resplandor de su gloria [de Dios]”. Cristo refleja los atributos de Dios de la misma manera que los rayos solares reflejan al sol. Más aún, Cristo es “la imagen misma de su sustancia [de Dios]”. Charaktēr (“la imagen misma”) se refiere a un grabado o un sello. Jesús es la imagen exacta de Dios. En todo es como Dios (Fil. 2:6). Es por eso que podía afirmar: “El que me ha visto a mí, ha visto al Padre” (Jn. 14:9). En Cristo el Dios invisible se hizo visible, “y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre” (Jn. 1:14).

Al usar el término eikōn, Pablo recalca que Jesús es tanto la imagen como la manifestación de Dios. Es la revelación completa, definitiva y plena de Dios. Es Dios en carne humana. Esto fue lo que Cristo mismo declaró (Jn. 8:58; 10:30-33) y es el testimonio unánime de las Escrituras (cp. Jn. 1:1; 20:28; Ro. 9:5; Fil. 2:6; Col. 2:9; Tit. 2:13; He. 1:8; 2 P. 1:1). Pensar menos de Cristo es blasfemia, y evidencia una mente cegada por Satanás (2 Co. 4:4).

Pablo describe también a Cristo como **el primogénito de toda creación**. Desde los arrianos hasta los Testigos de Jehová de nuestros días, aquellos que niegan la deidad del Señor han buscado justificarse con esta frase. Argumentan que Cristo es un ser creado y que, por lo tanto, no puede ser el Dios eterno. Esta interpretación desvirtúa por completo el sentido de prōtotokos (**primogénito**) y desconoce el contexto.

Si bien prōtotokos puede referirse al primogénito en orden cronológico (Lc. 2:7), su principal significado se relaciona con la posición o el rango. Tanto en la cultura griega como en la judía, el primogénito era el hijo con derecho a la herencia. No era siempre el que había nacido en primer lugar. Aunque Esaú nació primero en orden cronológico, fue Jacob el “primogénito” que recibió la herencia. Jesús es aquel que tiene el derecho a la herencia de toda la creación (cp. He. 1:2; Ap. 5:1-7, 13).

Israel es llamado el primogénito de Dios en Éxodo 4:22 y Jeremías 31:9. Aunque no fue el primer pueblo en nacer, ocupó el primer lugar a los ojos de Dios entre todas las demás naciones. En Salmo 89:27 Dios dice del Mesías: “Yo también le pondré por primogénito”, y luego afirma lo que significa: “El más excelso de los reyes de la tierra”. En Apocalipsis 1:5 Jesús es llamado “el primogénito de los muertos”, aunque no haya sido la primera persona en resucitar en orden cronológico. Él es preeminente entre todos los resucitados. Romanos 8:29 habla de Él como el primogénito en relación con la iglesia. En todos los casos anteriores, primogénito señala sin duda la superioridad en rango, no el orden al ser creado.

Hay muchas más razones para refutar la idea de que **primogénito** señala a Jesús como un ser creado. Dicha interpretación contradice por completo la descripción de Jesús como monogenēs (“unigénito” o “único”) en Juan 1:18. Junto con Teodoreto, padre de la iglesia primitiva, podríamos preguntarnos: “si Cristo fue unigénito, ¿podría ser primogénito? Y luego, si fuera primogénito, ¿cómo podría ser unigénito?”. ¿Cómo es posible que sea el primero entre muchos de su clase y al mismo tiempo el único miembro de su clase? No obstante, resulta fácil confundirse si asumimos el significado de “creado primero” o “nacido primero”. Además de eso, cuando el prōtotokos forma parte de la clase a la cual se refiere, ésta es plural (cp. Col. 1:18; Ro. 8:29). No obstante, creación es singular. Por último, si Pablo quisiera sugerir que Cristo era el primer ser creado, ¿por qué no utilizó la palabra griega prōtoktistos, que significa “creado primero”?

Esta interpretación de prōtotokos también desconoce el contexto: tanto el contexto general de la epístola como el contexto específico del pasaje. Si Pablo estuviera enseñando aquí que Cristo es un ser creado, estaría aceptando el punto central de la herejía colosense. Ésta enseñaba que Cristo era un ser creado, la más prominente de las emanaciones de Dios. Dicha enseñanza estaría en franca contradicción con el objetivo de su epístola, que era refutar las falsas enseñanzas en Colosas.

Interpretar prōtotokos para señalar que Cristo es un ser creado choca también con la armonía del contexto inmediato. Pablo acaba de describir a Cristo como la imagen perfecta y completa de Dios. En el versículo siguiente se refiere a Él como el Creador de todo lo que existe. ¿Cómo es posible que fuera Él mismo un ser creado? Más aún, el versículo 17 declara: “él es antes de todas las cosas”. Cristo existía antes de que todo fuera creado (cp. Mi. 5:2). Y solo Dios existía antes de la creación.

Lejos de ser una entre muchas emanaciones procedentes de Dios, Jesús es su imagen perfecta. Es el heredero preeminente sobre toda la creación (el genitivo ktiseōs se traduce mejor “sobre” y no “de”). Jesús existía desde antes de la creación, y también es exaltado en rango sobre ella. Estas verdades determinan quién es en relación con Dios. También rebaten los planteamientos de los falsos maestros. Pero Pablo no ha terminado aún; el siguiente punto refuta

otra falsa enseñanza de los herejes colosenses.

JESUCRISTO EN RELACIÓN CON EL UNIVERSO

Porque en él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de él y para él. Y él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en él subsisten; (1:16-17)

Pablo cita tres razones que confirman la primacía de Jesús sobre la creación. En primer lugar, Él es el Creador. Los falsos maestros de Colosas consideraban a Jesús como la primera y más importante de todas las emanaciones de Dios, pero creían asimismo que solo un ser muy por debajo de su nivel pudo haber creado el universo material. Pablo refuta esta blasfemia insistiendo que por Él fueron creadas todas las cosas. Esta verdad es ratificada por el apóstol Juan (Jn. 1:3) y por el autor de Hebreos (He. 1:2). Puesto que los herejes de Colosas pensaban que la materia era mala, declaraban que era imposible que Dios, siendo bueno, o cualquier emanación buena, pudiera haberla creado. Pero Pablo sostiene que Jesús creó todas las cosas, en los cielos y en la tierra, visibles e invisibles. Niega la falsa filosofía del dualismo de la herejía colosense. Jesús es Dios, y creó el universo material.

Al estudiar la creación, podemos hacernos una idea del poder, del conocimiento y de la sabiduría del Creador. La sola dimensión del universo es asombrosa. El sol, por ejemplo, tiene un diámetro de casi 1.400.000 kilómetros (cien veces más que la Tierra) y podría contener 1,3 millones de planetas del tamaño de la Tierra. Por otro lado, la estrella Betelgeuse tiene un diámetro de 160 millones de kilómetros, una distancia mayor a la órbita de la Tierra alrededor del sol. La luz del sol se desplaza a 300.000 kilómetros por segundo y requiere 8,5 minutos para llegar a la Tierra. Ahora bien, esa misma luz tardaría más de cuatro años en llegar a la estrella más cercana, Alfa de Centauro, ubicada a unos 38 trillones de kilómetros de la Tierra. La galaxia a la cual pertenece nuestro sol, la Vía Láctea, abarca cientos de billones de estrellas. Los astrónomos estiman que hay millones y aun billones de galaxias. Lo que han observado les permite calcular el número de estrellas en el universo en 10^{25} . Eso es aproximadamente el número total de granos de arena de todas las playas del mundo.

El universo también da testimonio de la grandiosa sabiduría y conocimiento de su Creador. Los científicos ahora hablan del principio antrópico que declara: “Parece que el universo fue diseñado con gran esmero para preservar el bienestar de la humanidad” (Donald B. DeYoung, “Design in Nature: The Anthropic Principle” [Diseño en la naturaleza: el principio antrópico], *Impact*, no. 149, noviembre de 1985, p. ii). Un simple cambio en la velocidad de rotación de la Tierra alrededor del sol o en su eje resultaría catastrófico. La Tierra podría calentarse o enfriarse demasiado para hacer posible la vida. Si la luna estuviera mucho más cerca de la Tierra, enormes olas inundarían los continentes. Una variación en la composición de los gases de la atmósfera sería también mortífera para la vida. Un ligero cambio en la masa del protón resultaría en la desintegración de los átomos de hidrógeno, lo cual llevaría a la destrucción del universo pues el hidrógeno es su principal elemento.

La creación atestigua en silencio la inteligencia de su Creador. Max Planck, ganador del Premio Nobel y uno de los fundadores de la física moderna, escribió: “Según nuestra comprensión global de las cosas mediante las ciencias exactas, cierto orden prevalece en el inmenso reino de la naturaleza, independiente de la mente humana... este orden puede definirse en términos de una actividad con propósito determinado. Existe evidencia de un orden inteligente en el universo, al cual tanto el hombre como la naturaleza están subordinados” (citado en DeYoung, “Design in Nature” [Diseño en la naturaleza], p. ii). No resulta sorprendente que el salmista haya escrito: “Los cielos cuentan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos. Un día emite palabra a otro día, y una noche a otra noche declara sabiduría. No hay lenguaje, ni palabras, ni es oída su voz. Por toda la tierra salió su voz, y hasta el extremo del mundo sus palabras” (Sal. 19:1-4).

El testimonio de la naturaleza acerca de su Creador es tan evidente que solo la incredulidad obstinada podría desecharlo. Pablo escribe en Romanos 1:20: “Porque las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa”. Al igual que quienes niegan la deidad de Cristo, los que lo rechazan como Creador exhiben una mente entenebrecida por el pecado y cegada por Satanás.

Jesús también tiene primacía sobre la creación porque Él es antes de todas las cosas. Antes de que el universo comenzara, Él ya existía (Jn. 1:1-2; 1 Jn. 1:1). Jesús les dijo a los judíos en Juan 8:58: “De cierto, de cierto os digo: Antes que Abraham fuese, yo soy” (no dijo: “yo era”). Así afirma que Él es Yahvé, el Dios eterno. El profeta Miqueas dijo de Él: “sus salidas son desde el principio, desde los días de la eternidad” (Mi. 5:2). Apocalipsis 22:13 lo describe como “el Alfa y la Omega, el principio y el fin, el primero y el último”. Como se mencionó anteriormente, cualquiera que existiera antes de que el tiempo comenzara en la creación, es eterno. Y solo Dios es eterno.

Una tercera razón que evidencia la primacía de Jesús sobre la creación es que en Él subsisten todas las cosas. Jesús no solo creó el universo, sino que también lo sustenta. Podría decirse que Él mantiene unidas todas las cosas. Es el poder que subyace tras el universo. Es la fuerza de gravedad, centrífuga y centrípeta. Es quien mantiene a todos los cuerpos del espacio en movimiento. Es la energía del universo. En su libro *The Atom Speaks* [El átomo habla], D. Lee Chesnut describe el problema de por qué el núcleo del átomo se mantiene unido:

Imagine la dificultad que enfrenta el físico nuclear cuando al fin contempla en absoluta estupefacción el patrón trazado del núcleo de oxígeno... pues allí hay ocho protones de carga positiva unidos estrechamente en los límites de su diminuto núcleo. Junto con ellos hay ocho neutrones: un total de dieciséis partículas, ocho con carga positiva, y ocho sin carga.

Los primeros físicos descubrieron que las cargas de electricidad similares y los polos magnéticos similares se repelen, y que las cargas o polos opuestos se atraen. Toda la historia del fenómeno y del equipamiento eléctrico se ha construido sobre estos principios conocidos como la ley *Coulomb* de la fuerza electrostática, sobre la ley del magnetismo. ¿Qué sucedió? ¿Qué mantiene unido al núcleo? ¿Por qué no se desintegra? Y aun más, ¿por qué todos los átomos no se desintegran? ([San Diego: Creation-Science Research Center, 1973], pp. 31-33).

Chesnut prosigue describiendo los experimentos realizados en los años veinte y treinta del siglo XX que confirmaban la ley de Coulomb aplicada al núcleo del átomo. Se utilizaron poderosos desintegradores de átomos para lanzar protones al núcleo de los átomos. De esta manera los científicos entendieron mejor la increíble fuerza poderosa que mantiene unidos a los protones en el núcleo, a la que llamaron “la poderosa fuerza nuclear”, pero no han logrado dar razón de su existencia. El físico George Gamow, uno de los fundadores de la teoría de la gran explosión sobre el origen del universo, escribió:

El hecho de vivir en un mundo donde casi todos los objetos pueden ser explosivos nucleares, sin volar en pedazos, se debe a la extrema dificultad de lograr dar inicio a una reacción nuclear (citado en Chesnut, *The Atom Speaks* [El átomo habla], p. 38).

Karl K. Darrow, físico de los laboratorios Bell (AT & T), añade:

“Usted entiende lo que esto significa. Significa que no existe razón alguna que justifique la existencia del núcleo. En efecto, no podría haber sido creado. Y si lo fue, hubiera explotado de inmediato. Con todo, ahí subsisten. Algún impedimento inexorable los mantiene unidos. La naturaleza de este impedimento es un misterio... uno que la naturaleza se ha reservado para sí” (citado en Chesnut, *The Atom Speaks* [El átomo habla], p. 38).

Un día, Dios desintegrará la poderosa fuerza nuclear. Pedro describe ese día como uno en el cual “los cielos pasarán con grande estruendo, y los elementos ardiendo serán deshechos, y la tierra y las obras que en ella hay serán quemadas” (2 P. 3:10). Una vez que la poderosa fuerza nuclear deje de operar, la ley de Coulomb entrará en acción, y el núcleo de los átomos será disparado. En sentido literal, el universo explotará. Mientras ese día llega, podemos dar gracias al saber que Cristo “sustenta todas las cosas con la palabra de su poder” (He. 1:3). Jesucristo debe ser Dios. Él creó el universo, existía aparte y antes de este, y lo preserva.

JESUCRISTO EN RELACIÓN CON EL MUNDO INVISIBLE

sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; (1:16b)

Tronos, dominios, principados y potestades son las diversas jerarquías de ángeles. Jesús no es un ángel, como pretendían enseñar los herejes, sino que Él mismo creó a los ángeles. El autor de Hebreos también hace esta importante distinción entre Cristo y los ángeles: “Ciertamente de los ángeles dice: El que hace a sus ángeles espíritus, y a sus ministros llama de fuego. Mas del Hijo dice: Tu trono, oh Dios, por el siglo del siglo; cetro de equidad es el cetro de tu reino” (He. 1:7-8). Jesús ha sido exaltado “sobre todo principado y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no solo en este siglo, sino también en el venidero” (Ef. 1:21). Esto, “para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra” (Fil. 2:10). Pedro se une a esta verdad diciendo: “quien [Cristo] habiendo subido al cielo está a la diestra de Dios; y a él están sujetos ángeles, autoridades y potestades” (1 P. 3:22).

Las Escrituras son claras al afirmar que Jesús no es un ángel, sino el Creador de los ángeles. Está por encima de los ángeles, que en realidad lo adoran y están bajo su autoridad. La relación de Jesús con el mundo invisible, al igual que su relación con el universo visible, prueba que Él es Dios.

JESUCRISTO EN RELACIÓN CON LA IGLESIA

y él es la cabeza del cuerpo que es la iglesia, él que es el principio, el primogénito de entre los muertos, para que en todo tenga la preeminencia; (1:18)

En este versículo, Pablo presenta cuatro grandes verdades acerca de la relación de Cristo con la iglesia.

CRISTO ES LA CABEZA DE LA IGLESIA

Hay muchas imágenes utilizadas en las Escrituras para describir a la iglesia. Se la compara con una familia, un reino, un viñedo, un rebaño, un edificio y una novia. Pero la imagen más profunda, sin paralelo en el Antiguo Testamento, es la del cuerpo. La iglesia es un cuerpo, y Cristo es su Cabeza. Este concepto no se usa en el sentido de la cabeza de una compañía, sino que señala a la iglesia como un organismo viviente, unido de manera inseparable por Cristo. Él controla cada parte del cuerpo y le da vida y dirección. Su vida expresada a través de cada miembro del cuerpo le confiere unidad (cp. 1 Co. 12:12-20). Él fortalece y coordina la diversidad de dones y ministerios al interior del cuerpo (1 Co. 12:4-13). De la misma manera dirige al cuerpo a la reciprocidad, pues cada miembro sostiene a los demás y les sirve (1 Co. 12:15-27).

Cristo no es un ángel que sirve a la iglesia (cp. He. 1:14). Él es la cabeza de su iglesia.

CRISTO ES EL PRINCIPIO DE LA IGLESIA

Archē (**principio**) se usa aquí en el doble sentido de origen y de primacía. La iglesia se origina en Jesús. Dios “nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él” (Ef. 1:4). Es Él quien da vida a su iglesia. Su muerte en sacrificio y su resurrección por nosotros nos dieron vida nueva. Jesús, como Cabeza del Cuerpo, tiene la posición suprema, la jerarquía más alta en la iglesia. Siendo su principio, es Él quien le dio origen.

CRISTO ES EL PRIMOGÉNITO DE ENTRE LOS MUERTOS

Una vez más, **primogénito** traduce prōtotokos. De entre todos los que han resucitado de la muerte o que lo harán, Cristo es supremo en jerarquía.

Cristo es preeminente

Como resultado de su muerte y resurrección, Jesús tiene el primer lugar en todo. Pablo lo recalca resumiéndolo en el versículo 18. Quiere insistir, tanto como le es posible, que Jesús no es una simple emanación de Dios, porque:

Se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz... Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre. (Fil. 2:8-11)

Jesús reina soberano en el mundo visible, en el mundo invisible y en la iglesia. Pablo recopila su argumento en el versículo 19: **por cuanto agradó al Padre que en él habitase toda plenitud**. Plērōma (**plenitud**) fue un término utilizado por los posteriores gnósticos para referirse a los poderes y atributos divinos, que, según sus creencias, se subdividían en diversas emanaciones. Los herejes de Colosas también lo utilizaban en este sentido. Pablo se opone a esta falsa enseñanza declarando que toda la plenitud de la deidad no está fraccionada ni dividida en pequeñas partes para un grupo variado de espíritus, sino que habita en su totalidad en Cristo y solo en Él (cp. 2:9). El comentarista J. B. Lightfoot escribió acerca del uso que Pablo da al término plērōma en este pasaje:

Por un lado, en relación con la deidad, Él es la imagen visible del Dios invisible. No es tan solo la manifestación suprema de la naturaleza divina: Él contiene toda la deidad. En Él residen todos los poderes y atributos divinos. Los maestros gnósticos tenían una locución técnica para referirse a esta totalidad, que es plērōma o plenitud... a diferencia de su doctrina, [Pablo] reitera que la plērōma habita total y plenamente en Cristo que es la Palabra de Dios. Toda la luz se concentra en Él. (*St. Paul's Epistles to the Colossians and to Philemon* [Las epístolas de San Pablo a los colosenses y a Filemón] [1879, Grand Rapids: Zondervan, 1959, reimpresión], p. 102).

Pablo les dice a los colosenses que no es necesario recurrir a los ángeles para alcanzar la salvación. En cambio, en

Cristo, y solo en Él, ellos están completos (2:10). Los cristianos somos partícipes de su plenitud: “Porque de su plenitud tomamos todos, y gracia sobre gracia” (Jn. 1:16). Toda la plenitud de Cristo está disponible para los creyentes.

¿Cuál debe ser entonces nuestra respuesta ante las gloriosas verdades de Cristo en este pasaje? El puritano John Owen escribió con gran agudeza:

La revelación de Cristo en el bendito evangelio supera sin medida en excelencia, gloria, sabiduría divina y bondad a toda la creación y a su correcta y posible comprensión. Sin este conocimiento la mente humana, aunque insista en ufanarse de sus descubrimientos e invenciones, permanece envuelta en tinieblas y confusión.

Esta revelación exige, por lo tanto, la más grande exigencia de nuestro pensamiento, la más excelente de nuestras meditaciones y la suma diligencia de nuestra parte. Porque si nuestra felicidad y gloria radican en vivir donde Él vive, y contemplar su gloria, ¿qué mejor preparación para esto, sino la previa y constante contemplación de esa gloria tal como ha sido revelada en el evangelio, y ser luego transformados en su misma gloria? (John Owen, *The Glory of Christ* [La gloria de Cristo] [Chicago: Moody, 1949, reimpresión], pp. 25-26).

5. Reconciliados con Dios

y por medio de él reconciliar consigo todas las cosas, así las que están en la tierra como las que están en los cielos, haciendo la paz mediante la sangre de su cruz. Y a vosotros también, que erais en otro tiempo extraños y enemigos en vuestra mente, haciendo malas obras, ahora os ha reconciliado en su cuerpo de carne, por medio de la muerte, para presentaros santos y sin mancha e irreprochables delante de él; si en verdad permanecéis fundados y firmes en la fe, y sin moveros de la esperanza del evangelio que habéis oído, el cual se predica en toda la creación que está debajo del cielo; del cual yo Pablo fui hecho ministro. (1:20-23)

La palabra *reconciliar* es uno de los términos de mayor significado y poder descriptivo en las Escrituras. Es una de las cinco palabras clave utilizadas en el Nuevo Testamento para describir las riquezas de la salvación de Cristo, junto con *justificación*, *redención*, *perdón* y *adopción*.

La justificación hace posible que un pecador, considerado culpable y condenado delante de Dios, sea declarado justo (Ro. 8:33). Mediante la redención, el pecador que a los ojos de Dios es un esclavo, recibe la libertad gratuita (Ro. 6:18-22). Gracias al perdón, el pecador que tiene una deuda con Dios, recibe el beneficio del pago y el olvido de ésta (Ef. 1:7). Por medio de la reconciliación, el pecador que era enemigo de Dios, se convierte en su amigo (2 Co. 5:18-20). Y en la adopción, el pecador que era un extraño y advenedizo es recibido como hijo (Ef. 1:5). La completa comprensión de la doctrina de la salvación requiere el estudio detallado de cada uno de éstos términos. En Colosenses 1:20-23 Pablo lanza una breve mirada a la reconciliación.

El verbo *katallassō* (**reconciliar**) significa “cambiar” o “intercambiar”. Su uso en el Nuevo Testamento señala el cambio en una relación. En 1 Corintios 7:11 se aplica a la reconciliación de una esposa con su esposo. En Romanos 5:10 y 2 Corintios 5:18-20, los otros dos pasajes donde se usa este verbo, se refiere a la reconciliación entre Dios y el hombre. Cuando las personas dejan de vivir en enemistad y comienzan a relacionarse en paz, se dice que han sido reconciliadas. De la misma manera, cuando la Biblia habla de reconciliación, se refiere a la restauración de una relación correcta y justa entre Dios y el hombre.

Existe otra palabra para hablar de reconciliación que aparece en Colosenses 1:20, 22. Se trata de *apokatallassō*. Es una palabra compuesta a partir del término de base para reconciliación, *katallassō*, y de una preposición añadida para resaltar aún más su significado. Así, denota una reconciliación completa, total y cabal. No cabe duda que Pablo utilizó en Colosenses este término de mayor fuerza como estrategia para impugnar y combatir las falsas enseñanzas. Éstas, al sostener que Cristo era un espíritu más dentro de la serie de emanaciones procedentes de Dios, negaban también la posibilidad de reconciliación con Dios solo por medio de Cristo. Al refutar esta idea, Pablo insiste en que a través del Señor Jesús alcanzamos una completa, total y plena reconciliación con Dios. Por cuanto Él posee toda la plenitud de la deidad (1:19; 2:9), puede reconciliar plenamente al hombre pecador con Dios (1:20).

Pablo defiende la suficiencia de Cristo para reconciliar al hombre con Dios al tratar en su argumento cuatro aspectos de la reconciliación, a saber: el plan de reconciliación, los medios de la reconciliación, el propósito de la reconciliación y la evidencia de la reconciliación.

EL PLAN DE RECONCILIACIÓN

y por medio de él reconciliar consigo todas las cosas, así las que están en la tierra como las que están en los cielos, haciendo la paz mediante la sangre de su cruz. Y a vosotros también, que erais en otro tiempo extraños y enemigos en vuestra mente, haciendo malas obras, ahora os ha reconciliado (1:20-21)

La finalidad última del plan de Dios consiste en **reconciliar consigo todas las cosas** mediante Jesucristo. Cuando culminó su obra en la creación “vio Dios todo lo que había hecho, y he aquí que era bueno en gran manera” (Gn. 1:31). Sin embargo, esta creación que era buena a los ojos de Dios se echó a perder casi de inmediato a causa del pecado. La caída no solo desencadenó una tragedia nefasta y mortal para la humanidad, sino que trastornó la creación entera. El pecado destruyó la armonía perfecta que existía entre las criaturas, y entre toda la creación y su Creador. La creación fue “sujetada a vanidad” (Ro. 8:20) y “gime a una, y a una está con dolores de parto hasta ahora” (Ro. 8:22). Una evidencia de este estado lo constituye la segunda ley de termodinámica, según la cual el universo está perdiendo su energía disponible. Si Dios no interviene, el universo podría al fin sufrir una muerte por problemas de temperatura: en caso de que toda la energía fuera consumida, el universo terminaría completamente frío y oscuro.

Vivimos en una tierra y en un universo sujetos a maldición. Ambos se encuentran bajo la maligna influencia de Satanás, que es “el Dios de este siglo” (2 Co. 4:4), y el “príncipe de la potestad del aire” (Ef. 2:2). Los efectos devastadores de la maldición y de la influencia satánica llegarán a un aterrador clímax en el período de la tribulación. Algunos de los juicios que se ejecutarán y que están representados por las copas, la trompeta y los sellos del Apocalipsis

son demoníacos, en tanto que otros representan catástrofes naturales que se producen al desatarse la ira de Dios. En el punto culminante de ese período de caos y destrucción, Cristo regresará y establecerá su reino. Durante el reinado de Cristo en el milenio, los efectos de la maldición comenzarán a anularse. La Biblia nos permite vislumbrar un poco lo que será la creación tras su restauración.

Se producirán cambios dramáticos en el mundo animal. En Isaías la Palabra nos dice:

Morará el lobo con el cordero, y el leopardo con el cabrito se acostará; el becerro y el león y la bestia doméstica andarán juntos, y un niño los pastoreará. La vaca y la osa pacerán, sus crías se echarán juntas; y el león como el buey comerá paja. Y el niño de pecho jugará sobre la cueva del áspid, y el recién destetado extenderá su mano sobre la caverna de la víbora. No harán mal ni dañarán en todo mi santo monte. (Is. 11:6-9)

El lobo y el cordero serán apacentados juntos, y el león comerá paja como el buey; y el polvo será el alimento de la serpiente. No afligirán, ni harán mal en todo mi santo monte, dijo Jehová. (Is. 65:25)

Los cambios en el mundo animal serán acompañados por cambios en la tierra y en el sistema solar:

La luna se avergonzará, y el sol se confundirá, cuando Jehová de los ejércitos reine en el monte de Sion y en Jerusalén, y delante de sus ancianos sea glorioso. (Is. 24:23)

Y la luz de la luna será como la luz del sol, y la luz del sol siete veces mayor, como la luz de siete días, el día que vendare Jehová la herida de su pueblo, y curare la llaga que él causó. (Is. 30:26)

El sol nunca más te servirá de luz para el día, ni el resplandor de la luna te alumbrará, sino que Jehová te será por luz perpetua, y el Dios tuyo por tu gloria. No se pondrá jamás tu sol, ni menguará tu luna; porque Jehová te será por luz perpetua. (Is. 60:19-20)

Habrán cambios impresionantes y dramáticos que marcarán la reconciliación entre el mundo y Dios. Pablo escribe: “porque también la creación misma será libertada de la esclavitud de corrupción” (Ro. 8:21). Dios y la creación serán reconciliados, y la maldición de Génesis 3 será revocada. Podría decirse que Dios y el universo serán amigos otra vez. El universo será restaurado a una relación correcta con su Creador. Finalmente, después del reinado en el milenio, habrá con toda seguridad un nuevo cielo y una nueva tierra, tal como Pedro y Juan lo declaran:

Pero nosotros esperamos, según sus promesas, cielos nuevos y tierra nueva, en los cuales mora la justicia. (2 P. 3:13)

Vi un cielo nuevo y una tierra nueva; porque el primer cielo y la primera tierra pasaron, y el mar ya no existía más. (Ap. 21:1)

El Señor hará nuevas todas las cosas.

Pablo apunta de nuevo y de manera directa al falso dualismo filosófico de los herejes de Colosas cuya enseñanza se basaba en el postulado de que toda la materia era mala y el espíritu bueno. Según su teoría, Dios no creó el universo material, y por supuesto no estaría interesado en lo más mínimo en reconciliarse con él. Pablo declara que Dios, sin duda alguna, reconciliará al mundo material consigo mismo, y además, que lo hará mediante su Hijo Jesucristo. Lejos de ser una emanación por completo indiferente con la maligna materia, Jesús es el instrumento mediante el cual Dios llevará a cabo la reconciliación del universo. El teólogo alemán Erich Sauer comenta:

La ofrenda que tuvo lugar en el Gólgota despliega su influjo en la historia universal. La salvación de la humanidad es tan solo *una parte* de los propósitos de envergadura universal de Dios... las “cosas celestiales” serán también purificadas a través del sacrificio de Cristo (He. 9:23). Es necesaria una “purificación” de los lugares celestiales pues han sido la morada de los espíritus caídos (Ef. 6:12; 2:2); debido a que Satanás, su jefe, ha tenido acceso durante siglos a las altas esferas del mundo celestial... la dimensión celestial entra en escena, y la

eternidad viene a transformar el tiempo y esta tierra. La escena culminante de la redención es la instauración del reino universal de Dios. (*The Triumph of the Crucified* [El triunfo del crucificado, se encuentra publicado en castellano por Editorial Portavoz] [Grand Rapids: Eerdmans, 1960], pp. 179-180).

Algunos han planteado que **todas las cosas** incluye a los hombres y a los ángeles caídos, y sobre esa base, han defendido el universalismo, que argumenta la salvación final de todas las criaturas. Sin embargo, esta posición desconoce una regla fundamental de la interpretación, la *analogia Scriptura*. Este principio establece que ningún pasaje de las Escrituras, interpretado como debe ser, puede contradecir a otro. Cuando dejamos que las Escrituras se interpreten a sí mismas es evidente que desde todo punto de vista “todas las cosas” incluye para Pablo solo aquellas que han entrado en la reconciliación. Los ángeles caídos y los hombres no regenerados pasarán la eternidad en el infierno, tal como nos lo enseña con insistencia la Palabra. Nuestro Señor se dirigirá un día a los no creyentes para decirles: “Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles”, y éstos “irán al castigo eterno” (Mt. 25:41, 46). En Apocalipsis 20:10-15, el apóstol Juan escribe:

Y el diablo que los engañaba fue lanzado en el lago de fuego y azufre, donde estaban la bestia y el falso profeta; y serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos. Y vi un gran trono blanco y al que estaba sentado en él, de delante del cual huyeron la tierra y el cielo, y ningún lugar se encontró para ellos. Y vi a los muertos, grandes y pequeños, de pie ante Dios; y los libros fueron abiertos, y otro libro fue abierto, el cual es el libro de la vida; y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras. Y el mar entregó los muertos que había en él; y la muerte y el Hades entregaron los muertos que había en ellos; y fueron juzgados cada uno según sus obras. Y la muerte y el Hades fueron lanzados al lago de fuego. Esta es la muerte segunda. Y el que no se halló inscrito en el libro de la vida fue lanzado al lago de fuego.

Por otro lado, sí existe un sentido que admite la reconciliación entre los ángeles caídos y los hombres irredentos con Dios, pero solo en el ámbito del juicio: en el sentido de someterse a Él para recibir la sentencia final. Su relación con Dios pasará de enemistad a juicio. Serán sentenciados al infierno, y allí ya no podrán hacer más daño a la creación de Dios. Serán despojados de su poder y obligados a inclinarse en sumisión a Dios. Pablo escribe en Colosenses 2:15: “[Cristo], despojando a los principados y a las potestades [ángeles caídos], los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz”. Es así como “el Dios de paz aplastará en breve a Satanás bajo vuestros pies” (Ro. 16:20). Además, “en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra” (Fil. 2:10). Dios exaltó a Cristo sobre todas las cosas, tanto en el cielo como en la tierra. Pablo escribe a los efesios: “[Dios] resucitándole de los muertos y sentándole a su diestra en los lugares celestiales, sobre todo principado y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no solo en este siglo, sino también en el venidero; y sometió todas las cosas bajo sus pies” (Ef. 1:21-22).

Aunque por medio del sacrificio de Cristo, Dios hizo posible la salvación para todo el mundo (cp. Jn. 3:16; 1 Jn. 2:2), no todas las personas alcanzarán la reconciliación con Él en el sentido de recibir la redención. Solo quienes han decidido creer en la expiación de Cristo para salvación gozarán de sus beneficios.

Después de abordar el plan general de Dios para alcanzar la reconciliación con todas las cosas, Pablo continúa con el tema de la reconciliación específica de los creyentes como los colosenses. Su reconciliación con Dios podía demostrar que Cristo era suficiente para reconciliar a todos los hombres con Él. Esta reconciliación prefiguraba la reconciliación final del universo.

Con el fin de impartir en ellos el poder de Cristo para reconciliar a los hombres con Dios, Pablo les recuerda a los colosenses su condición antes de ser reconciliados. Ellos eran **extraños y enemigos en [la] mente, haciendo malas obras**. *Apallotriō (extraños)* significa “alienados”, “separados” o “aislados”. Antes de ser reconciliados con Dios, los colosenses eran por completo extraños para Él. En un pasaje similar, Pablo escribe: “En aquel tiempo estabais sin Cristo, alejados de la ciudadanía de Israel y ajenos a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo. Pero ahora en Cristo Jesús, vosotros que en otro tiempo estabais lejos, habéis sido hechos cercanos por la sangre de Cristo” (Ef. 2:12-13). Los no creyentes están separados de Dios por causa del pecado; no existen de ninguna manera los “paganos inocentes”, pues todos los no creyentes padecen esta separación de Dios, a menos que reciban la reconciliación provista por Él mediante Jesucristo.

Los colosenses también habían sido **enemigos en su mente**. *Echthros (enemigos)* también podría traducirse “aborrecible”. Los no creyentes no solo están separados de Dios debido a su condición, sino que son aborrecibles por causa de su actitud. Odian a Dios y repudian sus normas de santidad y sus mandamientos debido a que están **haciendo malas obras**. Las Escrituras enseñan que los no creyentes “amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas. Porque todo aquel que hace lo malo, aborrece la luz y no viene a la luz, para que sus obras no sean reprendidas” (Jn. 3:19-20). El problema de ellos no es la ignorancia, sino el amor obstinado por el pecado.

Pues habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias, sino que se envanecieron en sus razonamientos, y su necio corazón fue entenebrecido. Profesando ser sabios, se hicieron necios, y cambiaron

la gloria del Dios incorruptible en semejanza de imagen de hombre corruptible, de aves, de cuadrúpedos y de reptiles. Por lo cual también Dios los entregó a la inmundicia, en las concupiscencias de sus corazones, de modo que deshonraron entre sí sus propios cuerpos. (Ro. 1:21-24)

Aunque “lo que de Dios se conoce les es manifiesto, pues Dios se lo manifestó” (Ro. 1:19), ellos “detienen con injusticia la verdad” (Ro. 1:18). Isaías también escribió de Israel en su desobediencia y obstinación: “pero vuestras iniquidades han hecho división entre vosotros y vuestro Dios, y vuestros pecados han hecho ocultar de vosotros su rostro para no oír” (Is. 59:2). La raíz de la separación entre el hombre y Dios es el pecado. Y puesto que Dios no puede tener comunión con el pecado (cp. Hab. 1:13; 1 Jn. 1:6), es indispensable tratar con el pecado antes de que Dios y el hombre puedan ser reconciliados.

Podría surgir la pregunta de si es el hombre que se reconcilia con Dios o Dios con el hombre. En un sentido, ambas reconciliaciones operan. Dado que “los designios de la carne son enemistad contra Dios” (Ro. 8:7), y que “los que viven según la carne no pueden agradar a Dios” (Ro. 8:8), es imposible lograr la reconciliación sin que antes el hombre sea transformado. “De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas. Y todo esto proviene de Dios, quien nos reconcilió consigo mismo por Cristo, y nos dio el ministerio de la reconciliación” (2 Co. 5:17-18).

Veamos también la reconciliación desde la óptica de Dios. Desde su perspectiva de santidad, su justa ira provocada por el pecado requiere ser aplacada. Lejos de ser el abuelo tolerante e inofensivo que muchos imaginan hoy día, en realidad “Jehová es Dios celoso y vengador” (Nah. 1:2). “Mas Jehová es el Dios verdadero; él es Dios vivo y Rey eterno; a su ira tiembla la tierra, y las naciones no pueden sufrir su indignación” (Jer. 10:10). Quien rehúse obedecer al Hijo descubrirá que “la ira de Dios está sobre él” (Jn. 3:36). Por causa del pecado, “viene la ira de Dios sobre los hijos de desobediencia” (Ef. 5:6). La reconciliación entre Dios y el hombre sería imposible si primero no fuera aplacada su ira. La solución a este problema fue provista mediante el sacrificio de Cristo. “Pues mucho más, estando ya justificados en su sangre, por él seremos salvos de la ira” (Ro. 5:9). Es “Jesús, quien nos libra de la ira venidera” (1 Ts. 1:10). Jesús soportó todo el furor de la ira de Dios que fue suscitada por nuestros pecados (cp. 2 Co. 5:21; 1 P. 2:24). Después de todo “no nos ha puesto Dios para ira, sino para alcanzar salvación por medio de nuestro Señor Jesucristo” (1 Ts. 5:9).

La muerte de Cristo en la cruz nos reconcilió con Dios (Ef. 2:16), y esto es algo que jamás podríamos haber alcanzado por nuestros propios medios. En Romanos 5:6-10, Pablo nos explica el porqué. En primer lugar, porque carecemos del poder necesario: “éramos débiles” (v. 6). En segundo lugar, porque carecemos de cualquier mérito: éramos “impíos” (v. 6). En tercer lugar, porque carecemos de toda justicia: “éramos pecadores” (v. 8). Y por último, nos hacía falta estar en paz con Dios pues éramos “enemigos” (v. 10). Solo mediante la obra expiatoria del Señor Jesucristo podemos recibir la reconciliación (v. 11).

LOS MEDIOS DE LA RECONCILIACIÓN

haciendo la paz mediante la sangre de su cruz... en su cuerpo de carne, por medio de la muerte, para presentarnos santos y sin mancha e irreprochables delante de él; (1:20b, 22a)

Estas dos frases encierran los dos medios por los cuales Cristo llevó a cabo nuestra reconciliación con Dios. Primero, Pablo dice que Cristo hizo la paz entre Dios y el hombre mediante la sangre de su cruz. La sangre alude a la expiación, y vincula la muerte de Cristo con el sistema de sacrificios del Antiguo Testamento (cp. 1 P. 1:18-19). Es también una expresión que denota una muerte violenta, tal como la padecían los animales sacrificados. Los innumerables animales que fueron sacrificados bajo el antiguo pacto anunciaban la muerte que sufriría el Cordero en sacrificio al derramar su sangre. El autor de Hebreos nos dice que “los cuerpos de aquellos animales cuya sangre a causa del pecado es introducida en el santuario por el sumo sacerdote, son quemados fuera del campamento. Por lo cual también Jesús, para santificar al pueblo mediante su propia sangre, padeció fuera de la puerta” (He. 13:11-12).

La mención de la sangre de Cristo permite establecer esta relación directa entre su muerte violenta y aquella que padecían los animales sacrificados en el antiguo pacto. Sin embargo, a diferencia de la mayoría de ellos, Jesús no vertió su sangre hasta morir (cp. Jn. 19:34). Ningún hombre acabó con su vida. Él no fue una víctima, sino que ofreció voluntariamente su vida a Dios.

Por eso me ama el Padre, porque yo pongo mi vida, para volverla a tomar. Nadie me la quita, sino que yo de mí mismo la pongo. Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar. Este mandamiento recibí de mi Padre. (Jn. 10:17-18)

Jesús eligió el momento de su muerte: “Cuando Jesús hubo tomado el vinagre, dijo: Consumado es. Y habiendo inclinado la cabeza, entregó el espíritu” (Jn. 19:30).

No obstante, la sangre de Cristo no es un elemento místico. Nos salva en el sentido que su muerte fue el sacrificio del

Cordero definitivo. Su muerte fue lo que permitió nuestra reconciliación con Dios (Ro. 5:10).

Una correcta enseñanza bíblica señala simplemente que la sangre de Cristo, en su estado físico o material no tiene poder salvador mágico. No es alguna muestra milagrosa de sangre de Cristo la que nos limpia de nuestros pecados. La sangre de Cristo se aplica de manera simbólica al creyente, mediante la fe, de la misma manera que “vemos” a Cristo por la fe y estamos sentados con Él en los lugares celestiales, no en un sentido físico.

¿Cómo podrían aplicarse en sentido literal los glóbulos blancos y rojos a la vida del creyente para salvación? ¿O a su cuerpo físico? ¿Podría ser de otro modo con la sangre literal? ¿En qué lugar se conservó esta sangre tangible? ¿En qué medida es posible aplicarla sin que se agote? De cualquier forma, tenemos que reconocer que las Escrituras hablan de la sangre en un sentido simbólico. Si no es así, caeríamos en alguna doctrina no bíblica, como es el caso de la transustanciación, al explicar la acción de la sangre en la vida del creyente en sentido literal. (¡Hace poco escuché que algunos mantenían la creencia de que la sangre de Jesús se preservaba en una botella en el cielo, de donde se usaba para aplicarla al alma!).

Una interpretación de las Escrituras ceñida al aspecto físico en lo relacionado con la sangre de Cristo sería incapaz de tratar adecuadamente un pasaje como Juan 6:53-54: “Jesús les dijo: De cierto, de cierto os digo: Si no coméis la carne del Hijo del Hombre, y bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero”.

Asimismo, sería incapaz de dar cuenta de la aplicación literal de la sangre física en Mateo 23:30-35 (“no hubiéramos sido sus cómplices en la sangre de los profetas”); 27:24-25 (“Su sangre sea sobre nosotros, y sobre nuestros hijos”); Hechos 5:28 (“y queréis echar sobre nosotros la sangre de ese hombre”), 18:6 (“Vuestra sangre sea sobre vuestra propia cabeza”); 20:26, 28 (“estoy limpio de la sangre de todos”) y 1 Corintios 10:16 (“la copa de bendición... ¿no es la comunión de la sangre de Cristo?”).

La sangre física de Cristo fue vertida en el polvo y la tierra, y no hay evidencia alguna en las Escrituras que sugiera su existencia en cualquier forma tangible o visible. El vino que bebemos en la Santa Cena no se transforma en sangre. No es posible aplicar la sangre de Cristo a nuestra vida en sentido literal. Debemos entender que el rociamiento con sangre del cual habla el nuevo pacto es simbólico.

“Sin derramamiento de sangre no se hace remisión” (He. 9:22). Siempre he declarado esta verdad y nunca la he negado. Pero la expresión “derramamiento de sangre” en las Escrituras significa mucho más que el simple rociar la sangre. Se refiere a una muerte violenta en sacrificio. Si solo la acción de derramar sangre trajera la salvación, ¿por qué Jesús no solo derramó su sangre sin llegar a morir? Su muerte era indispensable para alcanzar un sacrificio completo, pues sin ella no se hubiera logrado nuestra redención por su sangre.

Lo que las Escrituras nos enseñan acerca de este tema no excede nuestra comprensión. Romanos 5:9-10 arroja luz sobre este punto. Estos dos versículos muestran que ser “justificados en su sangre” (v. 9) es lo mismo que haber sido “reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo” (v. 10). El punto culminante de la salvación es la muerte en sacrificio de Cristo por nosotros. El derramamiento de sangre fue la manifestación visible de la entrega total de su vida en sacrificio, y de forma reiterada las Escrituras utilizan el término “derramamiento de sangre” como una metonimia de su muerte expiatoria. (La metonimia es una figura literaria que consiste en mencionar una parte para designar el todo).

El derramamiento de sangre fue instituido por Dios para todos los sacrificios del Antiguo Testamento. Estos animales vertían su sangre hasta morir, en vez de ser golpeados o quemados. Dios concibió esta muerte en sacrificio mediante la pérdida de la sangre como una manifestación vívida del derramamiento de la vida misma (“la vida de la carne en la sangre está”). No obstante, a quienes se encontraban en extrema pobreza y en la imposibilidad de ofrecer animales para el sacrificio, se les permitía ofrecer la décima parte de un efa (alrededor de dos litros) de flor de harina para expiación (Lv. 5:11). Sus pecados eran cubiertos al igual que en el caso de quienes tenían los medios para ofrecer un cordero, una cabra, un palomino o una tórtola (Lv. 5:6-7). La sangre de Cristo era invaluable, pero aun así, solo al ser ofrecida en la muerte podía pagar el rescate por nuestro pecado.

En vista de lo anterior, si Cristo hubiera derramado su sangre sin culminar en la muerte, la salvación no se habría alcanzado. En ese sentido, no es su sangre, sino su muerte la que nos da la salvación. Y cuando las Escrituras hablan del derramamiento de sangre, no se refieren simplemente a rociar la sangre, sino a la muerte violenta como sacrificio. Esto no es una herejía, y tampoco existe antecedente alguno en la iglesia protestante de que lo sea. La única religión importante que predica la aplicación literal de la sangre es la Iglesia Católica Romana.

Cristo murió no solo como un sacrificio, sino como nuestro sustituto. Nos concedió la reconciliación mediante la muerte sufrida en su propio cuerpo. En Romanos 8:3, Pablo nos dice: “Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne”. Él tomó el lugar de los pecadores, padeciendo una muerte sustitutiva que canceló toda la pena por el pecado de cada creyente. Su sacrificio satisfizo las exigencias de la ira

de Dios. Una vez más, Pablo da un duro golpe a la falsa enseñanza de los herejes colosenses en su creencia de que Cristo era solo un ser espiritual. Por el contrario, Pablo insiste en afirmar que Cristo murió como hombre por todos los hombres. Si esto no fuera cierto, no habría posibilidad de reconciliación para persona alguna.

EL PROPÓSITO DE LA RECONCILIACIÓN

para presentaros santos y sin mancha e irrepreensibles delante de él; (1:22b)

El propósito final de Dios para la reconciliación es presentar a sus elegidos santos y puros delante de Él. Pablo expresó el mismo deseo para los corintios: “porque os celo con celo de Dios; pues os he desposado con un solo esposo, para presentaros como una virgen pura a Cristo” (2 Co. 11:2). Judas, por su parte, dice que un día seremos presentados “sin mancha delante de su gloria con gran alegría” (Jud. 24). Esta purificación es imperiosa si los hombres en su pecaminosidad han de permanecer en la presencia de un Dios santo.

Santo (*hagios*) significa estar separado del pecado y apartado para Dios. Corresponde a la relación del creyente con Dios. En virtud de su unión con Jesucristo por medio de la fe, Dios lo considera tan santo como su propio Hijo. Dios “nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él” (Ef. 1:4). “Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él” (2 Co. 5:21).

Sin mancha (*amōmos*) quiere decir intachable. Es un término utilizado en la versión Septuaginta para hablar de los animales ofrecidos en sacrificio (Nm. 6:14) y en el Nuevo Testamento al referirse a Cristo como el Cordero de Dios sin mancha (He. 9:14; 1 P. 1:19). Al referirse a nosotros, indica que la reconciliación nos reviste de un carácter intachable.

Irrepreensible (*anegklētos*) se extiende aún más en el sentido de intachable o inmaculado. Significa no solo que estamos libres de mancha, sino que nadie puede presentar cargos en nuestra contra (cp. Ro. 8:33). Satanás, el acusador de los hermanos (Ap. 12:10), no puede siquiera presentar la más mínima imputación contra quienes han sido reconciliados en Cristo.

La reconciliación que se obtuvo gracias a la obra de Cristo convierte a los creyentes en seres santos, intachables e irrepreensibles **delante de Él**. Dios nos ve en este momento como si estuviéramos en el cielo tras ser glorificados. Nos ve revestidos con la misma justicia de Jesucristo. El proceso de crecimiento espiritual consiste entonces en apropiarse en la práctica de todo lo que en verdad somos a los ojos de Dios. Cada creyente debe ser “revestido del nuevo [hombre], el cual conforme a la imagen del que lo creó se va renovando hasta el conocimiento pleno” (Col. 3:10). La vida cristiana encierra esta maravillosa realidad: “mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor [que nos cubre delante de Dios], somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor” (2 Co. 3:18).

LA EVIDENCIA DE LA RECONCILIACIÓN

si en verdad permanecéis fundados y firmes en la fe, y sin moveros de la esperanza del evangelio que habéis oído, el cual se predica en toda la creación que está debajo del cielo; del cual yo Pablo fui hecho ministro. (1:23)

Una de las verdades más serias que presenta la Biblia es el hecho de que no todos los que profesan ser cristianos son en realidad salvos. Nuestro Señor nos advirtió: “Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad” (Mt. 7:22-23).

De entre todas las señales que presenta la Palabra como evidencia de un genuino carácter cristiano, ninguno es más relevante que el mencionado por Pablo en este pasaje. Los hombres muestran en verdad que han sido reconciliados con Dios cuando **permanecen fundados y firmes en la fe y sin moverse de la esperanza del evangelio**. La Biblia asegura repetidamente que quienes han sido verdaderamente reconciliados con Dios permanecerán en la fe. En la parábola del sembrador, Jesús describió a quienes representaban el terreno pedregoso como “los que habiendo oído, reciben la palabra con gozo; pero éstos no tienen raíces; creen por algún tiempo, y en el tiempo de la prueba se apartan” (Lc. 8:13). Al apartarse, confirmaron que en realidad no habían sido salvos. En Juan 8:31: “Dijo entonces Jesús a los judíos que habían creído en él: Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos”. Señalando a los apóstatas, el apóstol Juan escribe en 1 Juan 2:19: “Salieron de nosotros, pero no eran de nosotros; porque si hubiesen sido de nosotros, habrían permanecido con nosotros; pero salieron para que se manifestase que no todos son de nosotros”.

Tras haber escuchado la predicación seria y desafiante de Jesús, muchos que parecían ser sus discípulos “volvieron atrás, y ya no andaban con él” (Jn. 6:66). Al actuar de esa manera solo demostraron que nunca habían sido sus

verdaderos discípulos. La perseverancia es el sello distintivo de un verdadero santo. (Un examen más profundo de este punto se encuentra en mis libros *The Gospel According to Jesus* [El evangelio según Jesús] [Grand Rapids: Zondervan, 1988] y *Saved Without a Doubt* [Salvo sin duda alguna] [Wheaton, Ill.: Victor, 1992]).

Para que no haya confusión sobre el fundamento de su perseverancia, Pablo presenta en detalle el contenido de su fe como el **evangelio que habéis oído, el cual se predica en toda la creación que está debajo del cielo; del cual yo Pablo fui hecho ministro**. Los colosenses están llamados a asirse del evangelio apostólico que oyeron; el evangelio que había sido proclamado por todo el mundo; el evangelio del cual Pablo fue hecho ministro y mediante el cual fue enviado a predicar. Quienes prediquen cualquier otro evangelio, como lo hicieron los herejes de Colosas en su tiempo, caerán bajo la maldición de Dios (Gá. 1:8).

Quizás no exista otro pasaje que insista tanto sobre la importancia de la reconciliación como 2 Corintios 5:17-21:

De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas. Y todo esto proviene de Dios, quien nos reconcilió consigo mismo por Cristo, y nos dio el ministerio de la reconciliación; que Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomádoles en cuenta a los hombres sus pecados, y nos encargó a nosotros la palabra de la reconciliación. Así que, somos embajadores en nombre de Cristo, como si Dios rogase por medio de nosotros; os rogamos en nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios. Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él.

A partir de este poderoso pasaje podemos extraer cinco verdades acerca de la reconciliación. Primero, la reconciliación transforma a los hombres: “si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas” (v. 17). Segundo, la reconciliación aplaca la ira divina: “Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él” (v. 21). Tercero, que la reconciliación viene por medio de Cristo: “Y todo esto proviene de Dios, quien nos reconcilió consigo mismo por Cristo” (v. 18). Cuarto, que está disponible para todos los que creen: “Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo” (v. 19). Y por último, que cada creyente ha recibido el ministerio de proclamar el mensaje de la reconciliación: Dios “nos dio el ministerio de la reconciliación” (v. 18) y “nos encargó a nosotros la palabra de la reconciliación” (v. 19).

Dios envía a su pueblo como su embajador ante un mundo caído y perdido, como portador de extraordinarias buenas nuevas. Las personas por doquier se encuentran sin esperanza, perdidas y condenadas, separadas de Dios por el pecado. Pero Dios ha provisto el medio para alcanzar la reconciliación, y es la muerte de su Hijo. Nuestra misión es suplicar para que las personas se reconcilien con Dios, antes de que sea demasiado tarde. La actitud de Pablo, expresada en el versículo 20, debería caracterizar a cada cristiano: “Así que, somos embajadores en nombre de Cristo, como si Dios rogase por medio de nosotros; os rogamos en nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios”.

6. La visión de Pablo acerca del ministerio

Ahora me gozo en lo que padezco por vosotros, y cumplo en mi carne lo que falta de las aflicciones de Cristo por su cuerpo, que es la iglesia; de la cual fui hecho ministro, según la administración de Dios que me fue dada para con vosotros, para que anuncie cumplidamente la palabra de Dios, el misterio que había estado oculto desde los siglos y edades, pero que ahora ha sido manifestado a sus santos, a quienes Dios quiso dar a conocer las riquezas de la gloria de este misterio entre los gentiles; que es Cristo en vosotros, la esperanza de gloria, a quien anunciamos, amonestando a todo hombre, y enseñando a todo hombre en toda sabiduría, a fin de presentar perfecto en Cristo Jesús a todo hombre; para lo cual también trabajo, luchando según la potencia de él, la cual actúa poderosamente en mí. (1:24-29)

El ministerio es un tema muy cercano al corazón del apóstol Pablo, y uno del cual habla con bastante frecuencia en sus cartas. Nunca dejó de maravillarse ante el hecho de haber sido llamado por Dios al ministerio y nunca se cansó de repetirlo. Cuando se acercaba al final de sus días, escribió a Timoteo, su querido compañero de ministerio: “Doy gracias al que me fortaleció, a Cristo Jesús nuestro Señor, porque me tuvo por fiel, poniéndome en el ministerio, habiendo yo sido antes blasfemo, perseguidor e injuriador” (1 Ti. 1:12-13).

Al igual que Jeremías, que se refirió a la Palabra de Dios como a un fuego que ardía en sus huesos (Jer. 20:9), Pablo se sentía constreñido a cumplir con su ministerio. Escribió a los corintios: “Pues si anuncio el evangelio, no tengo por qué gloriarme; porque me es impuesta necesidad; y ¡ay de mí si no anunciare el evangelio!” (1 Co. 9:16).

En muchas ocasiones Pablo habló de su ministerio, en especial cuando veía la necesidad de afirmar su autoridad y credibilidad. No cabe duda que en este pasaje esa fue su intención. El principal objetivo de Pablo al escribir Colosenses era impugnar las falsas enseñanzas, y para lograrlo era indispensable defender su autoridad al hablar en nombre de Dios. De lo contrario, los falsos maestros habrían considerado sus palabras solo como su opinión personal. Después de haber comenzado su carta declarando su autoridad apostólica (1:1), Pablo prosigue hablando en detalle acerca del carácter divino de su ministerio. Para hacerlo, menciona ocho aspectos del mismo: el origen de su ministerio, el espíritu del ministerio, el sufrimiento en el ministerio, el alcance del ministerio, el tema del ministerio, el estilo del ministerio, la meta del ministerio y la fuerza del ministerio.

EL ORIGEN DEL MINISTERIO

del cual yo Pablo fui hecho ministro... la iglesia; de la cual fui hecho ministro, según la administración de Dios que me fue dada para con vosotros, (1:23c, 25a)

Pablo finalizó la última sección describiendo el evangelio, que es el objeto de la fe de los colosenses y la verdad salvadora de la cual él fue **hecho ministro** (1:23). En 1:25 Pablo recalca esta idea reiterando que fue **hecho ministro** de la iglesia de Cristo. El origen de su ministerio fue Dios.

Convertirse en ministro de Jesucristo no es precisamente lo que Saulo de Tarso había planificado hacer en su vida. Por el contrario, mostraba una marcada inclinación a avanzar en su carrera en el judaísmo. Sus credenciales eran impresionantes. Pablo era “circuncidado al octavo día, del linaje de Israel, de la tribu de Benjamín, hebreo de hebreos; en cuanto a la ley, fariseo; en cuanto a celo, perseguidor de la iglesia; en cuanto a la justicia que es en la ley, irreprochable” (Fil. 3:5-6). Aunque había nacido en Tarso, fue criado en Jerusalén e “instruido a los pies de Gamaliel, estrictamente conforme a la ley de nuestros padres, celoso de Dios” (Hch. 22:3). También añadió: “y en el judaísmo aventajaba a muchos de mis contemporáneos en mi nación, siendo mucho más celoso de las tradiciones de mis padres” (Gá. 1:14). Fue su celo el que lo llevó a convertirse en perseguidor de los cristianos.

Los creyentes del Nuevo Testamento ya habían conocido a Pablo con su nombre judío, Saulo, en ocasión de la muerte de Esteban como mártir. “Y echándole fuera de la ciudad, le apedrearon; y los testigos pusieron sus ropas a los pies de un joven que se llamaba Saulo” (Hch. 7:58). Pablo no se sentía satisfecho cumpliendo una labor de apoyo en la persecución contra la iglesia, así que asumió su liderazgo: “Saulo, respirando aún amenazas y muerte contra los discípulos del Señor, vino al sumo sacerdote, y le pidió cartas para las sinagogas de Damasco, a fin de que si hallase algunos hombres o mujeres de este Camino, los trajese presos a Jerusalén” (Hch. 9:1-2). Él perseguía “este Camino hasta la muerte, prendiendo y entregando en cárceles a hombres y mujeres” (Hch. 22:4). De esto dio testimonio ante el rey

Agripa:

Yo ciertamente había creído mi deber hacer muchas cosas contra el nombre de Jesús de Nazaret; lo cual también hice en Jerusalén. Yo encerré en cárceles a muchos de los santos, habiendo recibido poderes de los principales sacerdotes; y cuando los mataron, yo di mi voto. Y muchas veces, castigándolos en todas las sinagogas, los forcé a blasfemar; y enfurecido sobremanera contra ellos, los perseguí hasta en las ciudades extranjeras. (Hch. 26:9-11)

En medio de esta furia encaminada a aniquilar la iglesia, Pablo vivió la experiencia que dio un giro total a su vida:

Ocupado en esto, iba yo a Damasco con poderes y en comisión de los principales sacerdotes, cuando a mediodía, oh rey, yendo por el camino, vi una luz del cielo que sobrepasaba el resplandor del sol, la cual me rodeó a mí y a los que iban conmigo. Y habiendo caído todos nosotros en tierra, oí una voz que me hablaba, y decía en lengua hebrea: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Dura cosa te es dar coces contra el agujón. Yo entonces dije: ¿Quién eres, Señor? Y el Señor dijo: Yo soy Jesús, a quien tú persigues. Pero levántate, y ponte sobre tus pies; porque para esto he aparecido a ti, para ponerte por ministro y testigo de las cosas que has visto, y de aquellas en que me apareceré a ti, librándote de tu pueblo, y de los gentiles, a quienes ahora te envío, para que abras sus ojos, para que se conviertan de las tinieblas a la luz, y de la potestad de Satanás a Dios; para que reciban, por la fe que es en mí, perdón de pecados y herencia entre los santificados. (Hch. 26:12-18)

Pablo no se ofreció como voluntario para ser ministro de Jesucristo, sino que fue designado por el Señor mismo. Cuando fue deslumbrado y aterrorizado por la majestad de la visión gloriosa de Cristo, lo único que pudo decir fue: “¿Qué haré, Señor?” (Hch. 22:10).

Pablo señalaba de forma reiterada la maravillosa realidad de haber sido escogido por Dios para el ministerio. Escribió a los romanos que era ministro a los gentiles por la elección de Dios por su gracia: “Mas os he escrito, hermanos, en parte con atrevimiento, como para haceros recordar, por la gracia que de Dios me es dada para ser ministro de Jesucristo a los gentiles, ministrando el evangelio de Dios, para que los gentiles le sean ofrenda agradable, santificada por el Espíritu Santo” (Ro. 15:15-16). Estaba siempre dispuesto a declarar que fue Dios quien le confió el ministerio de la reconciliación (2 Co. 5:18) y quien lo puso al servicio de Jesucristo (1 Ti. 1:12). También le dijo a Timoteo: “Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre, el cual se dio a sí mismo en rescate por todos, de lo cual se dio testimonio a su debido tiempo. Para esto yo fui constituido predicador y apóstol (digo verdad en Cristo, no miento), y maestro de los gentiles en fe y verdad” (1 Ti. 2:5-7; cp. 2 Ti. 1:11).

Todos los cristianos estamos llamados a servir a Dios de alguna manera. Así como en su soberanía Dios nos ha llamado a la salvación, también nos ha llamado a servirle. El Espíritu Santo imparte dones espirituales que nos habilitan para el servicio al cual hemos sido llamados, conforme a su soberana voluntad (1 Co. 12:11). Al igual que en el caso de Pablo, la responsabilidad del creyente estriba en obedecer a ese llamado (Hch. 26:19).

Ya que Pablo fue hecho ministro por un llamado soberano de Dios, consideraba el ministerio como una **administración de Dios**. **Administración** viene del término griego *oikonomia*, una palabra compuesta a partir de *oikos* (“casa”) y *nemō* (“administrar”). Significa administrar una casa en calidad de mayordomo de las posesiones de otra persona. El mayordomo o administrador era el encargado de supervisar a los demás siervos y de manejar los negocios y asuntos financieros de la casa. Esto le permitía al dueño de la casa gozar de una mayor libertad para viajar y dedicarse a otras actividades. En el mundo antiguo, el cargo de mayordomo era una posición de gran responsabilidad que exigía un elevado grado de confianza.

A diferencia de muchos que han ostentado altas posiciones a lo largo de la historia de la iglesia, Pablo no buscaba la gloria para sí mismo. La manera como Pablo quería ser visto se indica en esta frase: “Así, pues, téngannos los hombres por servidores de Cristo, y administradores de los misterios de Dios. Ahora bien, se requiere de los administradores, que cada uno sea hallado fiel” (1 Co. 4:1-2). Había recibido de parte de Dios una tarea para cumplir, y se sentía compelido a hacerlo (cp. 1 Co. 9:16-17; Gá. 2:7; Ef. 3:2, 7-8). No hay otro pasaje que revele la firme determinación de Pablo en cuanto al llamado divino en su vida como 1 Corintios 9:16-17, donde escribe: “Pues si anuncio el evangelio, no tengo por qué gloriarme; porque me es impuesta necesidad; y ¡ay de mí si no anunciare el evangelio! Por lo cual, si lo hago de buena voluntad, recompensa tendré; pero si de mala voluntad, la comisión me ha sido encomendada”. La frase “me es impuesta necesidad” denota un lenguaje muy fuerte, pero lo es más aún la expresión: “¡ay de mí!”. Pablo obró de esa manera conociendo de antemano la comisión divina que en ningún momento surgió de su voluntad. Todos aquellos que están llamados a predicar deberían sentir, como Pablo, la misma imposición, el temor del juicio, y el sentido de administración delegada por Dios.

La iglesia es la casa de Dios (1 Ti. 3:15), y todos los creyentes tienen la responsabilidad de administrar el ministerio que el Señor les ha confiado. A diferencia de la creencia que se impone en la actualidad, nuestros dones espirituales no fueron asignados para nuestra propia edificación. Fueron dados con el fin de adiestrarnos para servir y ayudar a otros.

Pablo les dijo a los colosenses: “según la **administración** de Dios que me fue dada **para con vosotros**”. Pedro se une a esta verdad al escribir: “Cada uno según el don que ha recibido, minístrelo a los otros, como buenos administradores de la multiforme gracia de Dios” (1 P. 4:10). Los líderes, como administradores, son responsables del llamado especial que se les ha confiado: “Porque es necesario que el obispo sea irreprochable, como administrador de Dios” (Tit. 1:7). Un día, cada cristiano en persona dará cuenta de su administración ante Cristo. Que ninguno de nosotros sea hallado malo como administrador, como le sucedió al siervo perezoso en la parábola de los talentos (Mt. 25:24-25).

EL ESPÍRITU DEL MINISTERIO

Ahora me gozo (1:24a)

Aunque el ministerio resulte exigente y desafiante, nunca fue planificado para convertirse en una carga gravosa ni insoportable. La actitud gozosa de Pablo frente al ministerio debería estar presente en el espíritu de cada cristiano. La triste realidad es, sin embargo, que muchos cristianos (y aun pastores) han perdido el gozo de servir al Señor. Cumplen con sus responsabilidades de mala gana, haciendo mala cara y con un corazón compungido. Al igual que Jonás, se muestran indecisos, enojados, amargados y resentidos. A menudo nos recuerdan a Elías, quien “deseando morir, dijo: Basta ya, oh Jehová, quítame la vida, pues no soy yo mejor que mis padres” (1 R. 19:4).

El autor de Hebreos reprende a cualquiera que se haga pasar por un mártir en términos muy precisos. Les recuerda que: “Jesús, el autor y consumidor de la fe, el cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios. Considerad a aquel que sufrió tal contradicción de pecadores contra sí mismo, para que vuestro ánimo no se canse hasta desmayar” (He. 12:2-3). Jesús nunca perdió el gozo de su ministerio, aun cuando enfrentaba la horrenda realidad de la cruz. Y, a diferencia de Él, muchos cristianos aún no han “resistido hasta la sangre, combatiendo contra el pecado” (v. 4). Cuando un cristiano pierde el gozo de servir en el ministerio, demuestra que se encuentra mal en su comunión con Dios, no que sus circunstancias sean el problema. El gozo de servir a Cristo no se pierde, a menos que la comunión con Él esté fallando.

El gozo cristiano es eterno. En ocasiones Pablo se sentía desanimado debido a las circunstancias, pero siempre conservaba su gozo. Decía acerca de sí mismo: “que estamos atribulados en todo, mas no angustiados; en apuros, mas no desesperados; perseguidos, mas no desamparados; derribados, pero no destruidos” (2 Co. 4:8-9). También afirmó: “tengo gran tristeza y continuo dolor en mi corazón” (Ro. 9:2) al pensar en la incredulidad de Israel. Pero a pesar de cualquier circunstancia que tuvo que enfrentar, Pablo jamás perdió la profunda certeza de que Dios tenía el control de todas las cosas.

El gozo nace de la humildad. Las personas pierden el gozo cuando se centran en sí mismas y llegan a pensar que merecen mejores circunstancias o un mejor trato del que están recibiendo. Pablo nunca asumió esa actitud. Como todos los grandes siervos de Dios, era consciente de su indignidad. Mientras se encontraba encarcelado en Roma y otros predicadores obtenían gloria y fama, él escribió: “Cristo es anunciado; y en esto me gozo, y me gozaré aún” (Fil. 1:18). Al verse frente a la posibilidad de padecer el martirio, escribió: “Y aunque sea derramado en libación sobre el sacrificio y servicio de vuestra fe, me gozo y regocijo con todos vosotros” (Fil. 2:17). Cuando fue golpeado y encarcelado en Filipos cantó himnos de alabanza a Dios (Hch. 16:25). Pablo estaba convencido de que no merecía cosa alguna, y esto lo llevaba a vivir en una actitud permanente de confianza y de gozo al saber que Dios tenía el control de su vida (cp. Col. 2:5; 1 Ts. 2:19-20; Flm. 7).

El gozo de la iglesia primitiva fue un testimonio muy eficaz para el mundo. Arístides, el apologista del siglo I, envió al emperador romano Antonio Pío, una descripción de los cristianos afirmando que los tales se regocijaban y daban gracias a Dios cuando uno de ellos partía de este mundo. Cuando una familia cristiana recibía a un nuevo niño, alababan a Dios. Y si este moría siendo aún pequeño, según informaba Arístides, los padres alababan con más devoción a Dios porque entendían que el niño había partido de este mundo sin experimentar el pecado. (vea *The Apology of Aristides* [La apología de Arístides], trad. Rendel Harris [Londres: Cambridge, 1893]).

Lo que más tiende a robar el gozo del ministerio son las circunstancias, las personas y las preocupaciones. Por el contrario, la humildad, la devoción a Cristo y la confianza en Dios protegen el gozo que es el legado de Cristo para cada cristiano (cp. Jn. 15:11; 17:13).

EL SUFRIMIENTO EN EL MINISTERIO

en lo que padezco por vosotros, y cumplo en mi carne lo que falta de las aflicciones de Cristo por su cuerpo, que es la iglesia; (1:24b)

Para dejar claro que el gozo no depende de las circunstancias, Pablo les dice a los colosenses que se regocija en lo que

padece por ellos. Este padecimiento se refiere a su encarcelamiento (Hch. 28:16, 30), condición en la cual se encontraba al escribir Colosenses. Pablo podía regocijarse a pesar de su encarcelamiento porque siempre se vio a sí mismo como un prisionero de Jesucristo, no del Imperio Romano (cp. Flm. 1, 9, 23).

La iglesia primitiva tenía en gran estima el sufrimiento por causa del nombre de Cristo. En Hechos 5:41 los apóstoles “salieron de la presencia del concilio, gozosos de haber sido tenidos por dignos de padecer afrenta por causa del Nombre”. Pablo escribió a los filipenses: “Porque a vosotros os es concedido a causa de Cristo, no solo que creáis en él, sino también que padezcáis por él” (Fil. 1:29). ¿Por qué razón el sufrimiento era una fuente de gozo? El Nuevo Testamento señala al menos cinco razones.

Primero, el sufrimiento acerca a los creyentes a Cristo. Pablo escribió: “a fin de conocerle, y el poder de su resurrección, y la participación de sus padecimientos, llegando a ser semejante a él en su muerte” (Fil. 3:10). El fruto que produce el sufrimiento por causa de Cristo es una comprensión más profunda de lo que Cristo mismo experimentó al sufrir.

Segundo, el sufrimiento es garantía de que el creyente pertenece a Cristo. Jesús dijo: “Si el mundo os aborrece, sabed que a mí me ha aborrecido antes que a vosotros” (Jn. 15:18). Puesto que “el discípulo no es más que su maestro, ni el siervo más que su señor” (Mt. 10:24), nosotros también experimentaremos sufrimiento. Pablo previno a Timoteo acerca de esto: “Y también todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerán persecución” (2 Ti. 3:12). Pedro, hablando a los cristianos que sufren, dice: “Si sois vituperados por el nombre de Cristo, sois bienaventurados, porque el glorioso Espíritu de Dios reposa sobre vosotros” (1 P. 4:14). El sufrimiento hace que los cristianos sintamos la presencia del Espíritu Santo en nuestra vida, el cual es garantía de nuestra salvación.

Tercero, el sufrimiento trae una recompensa futura, “si es que padecemos juntamente con él [Cristo], para que juntamente con él seamos glorificados. Pues tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse” (Ro. 8:17-18). “Por esto mismo os he enviado a Timoteo, que es mi hijo amado y fiel en el Señor, el cual os recordará mi proceder en Cristo, de la manera que enseñé en todas partes y en todas las iglesias” (2 Co. 4:17).

Cuarto, el sufrimiento puede redundar en la salvación de otros. La historia de la iglesia contiene innumerables casos de personas que han venido al conocimiento de Cristo tras haber visto a otros cristianos soportar el sufrimiento.

Quinto, el sufrimiento produce frustración en Satanás. Él desea que el sufrimiento nos desplome, pero Dios hace que de este salga lo bueno.

La frase **y cumpro en mi carne lo que falta de las aflicciones de Cristo por su cuerpo, que es la iglesia**, ha sido objeto de múltiples controversias. Los católicos han llegado a pensar que se trata de una referencia a los sufrimientos de los cristianos en el purgatorio. Sostienen que el sufrimiento de Cristo no fue suficiente para limpiar nuestros pecados por completo. Corresponde entonces a los cristianos completar lo que hizo falta del sufrimiento de Cristo por ellos mediante su propio sufrimiento después de la muerte. Sin embargo, esta teoría no puede ajustarse al pensamiento de Pablo, que acaba de demostrar que Cristo, y solo Él, es suficiente para reconciliarnos con Dios (1:20-23). Dar marcha atrás en este punto para enseñar que los cristianos debemos pagar por nuestros propios pecados arruinaría por completo su argumento. El Nuevo Testamento declara con vehemencia que los sufrimientos de Cristo no requieren añadidura alguna. La obra de salvación fue completa mediante la muerte de Cristo en la cruz. Debemos recordar también que los herejes colosenses enseñaban que las obras del hombre eran necesarias para la salvación. De manera que enseñar a los creyentes la necesidad del sufrimiento para expiar los pecados, sería caer por completo en manos de los herejes. La idea de que Pablo se refiere al sufrimiento en el purgatorio queda por completo descartada al examinar el contenido general de la epístola, el contexto inmediato del pasaje y al notar la total ausencia de referencias al purgatorio en las Escrituras. Por último, *thlipsis* (**aflicciones**) no se utiliza en el Nuevo Testamento para referirse a los sufrimientos de Cristo.

En mi carne indica el sufrimiento físico de Pablo. Cuando dice **“y cumpro en mi carne lo que falta de las aflicciones de Cristo por su cuerpo, que es la iglesia”**, señala que el sufrimiento físico que padece a manos de quienes por odio persiguen a Cristo, es el resultado de su actividad en aras del beneficio y crecimiento de la iglesia. No fue su personalidad lo que produjo las ofensas y la hostilidad en contra de él, sino su ministerio para con el Cuerpo de Cristo.

¿En qué sentido los sufrimientos de Pablo completaban **lo que falta de las aflicciones de Cristo**? En el sentido que Pablo estaba experimentando la persecución de la cual Cristo mismo sería objeto. Jesús, habiendo ascendido al cielo, estaba fuera del alcance de sus opositores. Pero no quedando satisfechos con el sufrimiento que le produjeron, sus enemigos prosiguieron con el mismo odio contra quienes predicaban su mensaje. Fue en este sentido que Pablo cumplió lo que faltaba de las aflicciones de Cristo. En 2 Corintios 1:5, Pablo escribió: “Porque de la manera que abundan en nosotros las aflicciones de Cristo, así abunda también por el mismo Cristo nuestra consolación”. Pablo llevaba en su cuerpo las marcas de la persecución que iba dirigida a Cristo (Gá. 6:17; cp. 2 Co. 11:23-28). No solo Pablo sufrió por Cristo, sino también por causa de la iglesia (2 Ti. 2:10). Quienes desean representar a Cristo y servir a su iglesia deben

estar dispuestos a sufrir por causa de su nombre.

EL ALCANCE DEL MINISTERIO

para que anuncie cumplidamente la palabra de Dios, (1:25b)

Pablo fue guiado al cumplimiento de su ministerio. Les dijo a los ancianos en Éfeso: “Pero de ninguna cosa hago caso, ni estimo preciosa mi vida para mí mismo, con tal que acabe mi carrera con gozo, y el ministerio que recibí del Señor Jesús, para dar testimonio del evangelio de la gracia de Dios” (Hch. 20:24). Este ministerio consistía primordialmente en anunciar **la palabra de Dios** y **todo el consejo de Dios** (Hch. 20:27). Y Pablo lo cumplió a plenitud. Cuando se acercaba al final de sus días exclamó en tono triunfante: “He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe” (2 Ti. 4:7). La manera sabia como administró sus fuerzas, su fiel devoción, y su consagración total a la tarea que Dios le había encomendado le permitieron cumplir plenamente su ministerio. Se propuso hacer solo la voluntad de Dios, y nada más que eso, permaneciendo aferrado y firme a su propósito. Quiso predicar todo el consejo de Dios a quienes fue llamado a hacerlo, sin eludir su deber ni alterar el mensaje divino.

Algunas personas al servicio de Dios piensan que han sido asignadas para ganar al mundo entero. Como resultado, tratan de hacer muchas cosas a la vez y logran muy poco. Pablo fue guiado por el Espíritu Santo para realizar solo tres viajes misioneros, todos dirigidos hacia la misma área global. Con todo, pocas personas en la historia han logrado afectar al mundo de la misma manera que Pablo lo hizo. Jesús nunca salió de los límites de Palestina, y aún así nadie se ha acercado siquiera al efecto que Él produjo en el mundo. El ministerio de Jesús fue eficaz porque limitó su ministerio para hacer solamente lo que Dios quería.

En primer lugar, Jesús limitó su ministerio a la voluntad de Dios. Dijo en Juan 5:30: “no busco mi voluntad, sino la voluntad del que me envió, la del Padre”. Demasiados hombres y mujeres en el ministerio están ocupados construyendo su propio imperio, en vez de buscar el cumplimiento de la voluntad de Dios.

En segundo lugar, Jesús limitó su ministerio al tiempo establecido por Dios. El Evangelio de Juan menciona en varias ocasiones que aún no había llegado la hora de Jesús para actuar (cp. 2:4; 7:30; 8:20; 12:27; 13:1; 17:1). Jesús llevó a cabo su ministerio plenamente consciente del tiempo de Dios. Sólo hizo las cosas en el tiempo indicado.

En tercer lugar, Jesús limitó su ministerio al objetivo trazado por Dios. Él sabía que Dios no lo había enviado a alcanzar al mundo entero por sí solo. En Mateo 15:24 dice: “No soy enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel”.

En cuarto lugar, Jesús limitó su ministerio al reino de Dios. Se negó a participar en controversias políticas de su época. En ocasiones en las cuales sus opositores intentaban enredarlo en tales controversias, Él les dijo: “Dad, pues, a César lo que es de César, y a Dios lo que es de Dios” (Mt. 22:21). Mantuvo siempre separados los asuntos del reino espiritual y del ámbito político. Esta es una lección que muchas personas en la iglesia contemporánea parecen haber pasado por alto.

En quinto lugar, Jesús se limitó a sí mismo centrándose en el pueblo de Dios. Supo muy bien que solo podía transmitir su vida a un grupo limitado de hombres. De entre todos sus seguidores escogió a doce, y a ellos consagró la mayor parte de su tiempo. Y aun de entre los doce, dedicó más tiempo a Pedro, a Jacobo y a Juan.

Quienes deseen tener ministerios verdaderamente eficaces deben aprender la importancia de los límites. Si se concentran en la profundidad de sus ministerios, Dios se encargará de su anchura, o del alcance del mismo.

EL TEMA DEL MINISTERIO

el misterio que había estado oculto desde los siglos y edades, pero que ahora ha sido manifestado a sus santos, a quienes Dios quiso dar a conocer las riquezas de la gloria de este misterio entre los gentiles; que es Cristo en vosotros, la esperanza de gloria, (1:26-27)

El mensaje que Pablo proclamaba en su ministerio era **el misterio que había estado oculto desde los siglos y edades, pero que ahora ha sido manifestado a sus santos**. Hay algunas cosas que Dios se reserva para sí y no revela. Deuteronomio 29:29 dice: “Las cosas secretas pertenecen a Jehová nuestro Dios”. Y hay otras que solo revela a ciertas personas. “La comunión íntima de Jehová es con los que le temen, y a ellos hará conocer su pacto” (Sal. 25:14). En Proverbios 3:32 leemos: “Mas su comunión íntima es con los justos”. También hay algunas cosas que fueron ocultas en el Antiguo Testamento y que ahora son reveladas en el Nuevo. El Nuevo Testamento las denomina misterios (mysterion). El uso que Pablo da a esta palabra no sugiere una enseñanza oculta o un rito o ceremonia revelados solo a una élite de iniciados (como suele hacerse en las religiones místicas), sino que se refiere a la verdad revelada a todos los creyentes en el Nuevo Testamento. Esta verdad o misterio, que **ahora ha sido manifestado a sus santos, había estado**

oculto desde los siglos y edades, es decir, desde la era y los pueblos del Antiguo Testamento. **Ahora** denota el tiempo en el cual fue escrito el Nuevo Testamento. Esta nueva verdad revelada encierra el misterio de Dios encarnado (Col. 2:2-3, 9), de la incredulidad de Israel (Ro. 11:25), de la impiedad (2 Ts. 2:7; cp. Ap. 17:5, 7), de la unidad de judíos y gentiles en la iglesia (Ef. 3:3-6), y del rapto (1 Co. 15:51). Esta verdad misteriosa está solo a disposición de los santos: los verdaderos creyentes (cp. 1 Co. 2:7-16). La frase **a quienes Dios quiso dar a conocer** señala sin duda que los misterios no se descubren por el ingenio humano, sino que son revelados por la voluntad expresa y la acción de Dios. El propósito de Dios es que su pueblo conozca esta verdad.

De entre todos los misterios revelados por Dios en el Nuevo Testamento el más profundo es **Cristo en vosotros, la esperanza de gloria**. El Antiguo Testamento predijo la venida del Mesías. Pero la verdad de que viviría en su iglesia redimida, conformada en su gran mayoría por gentiles, aún no había sido revelada. El Nuevo Testamento dice con toda claridad que Cristo, por el Espíritu Santo, mora en permanencia en cada creyente (cp. Ro. 8:9; 1 Co. 6:19-20; Ef. 2:22). La revelación de las riquezas de la gloria de este misterio entre los gentiles estaba reservada para el Nuevo Testamento (Ef. 3:3-6). Los creyentes, tanto judíos como gentiles, poseen ahora las excelentes riquezas de Cristo morando en ellos (Jn. 14:23; Ro. 8:9-10; Gá. 2:20; Ef. 1:7, 17-18; 3:8-10, 16-19; Fil. 4:19). Se habla de la iglesia en términos de “el templo del Dios viviente, como Dios dijo: Habitaré y andaré entre ellos, Y seré su Dios, Y ellos serán mi pueblo” (2 Co. 6:16). El hecho de que Cristo more en todos los creyentes es la fuente de su **esperanza de gloria** y es el tema del ministerio del evangelio. Lo que atrae del mensaje del evangelio no es solo su promesa de gozo y bendición para el presente, sino la promesa de honra, bendición y gloria eternas. Cuando Cristo viene a morar en la vida del creyente, su presencia es como el ancla de la promesa del cielo: la garantía de la dicha eterna venidera (cp. 2 Co. 5:1-5; Ef. 1:13-14). La nueva vida y la esperanza de gloria eterna en la vida del cristiano reside en la maravillosa realidad de Cristo viviendo en él.

EL ESTILO DEL MINISTERIO

a quien anunciamos, amonestando a todo hombre, y enseñando a todo hombre en toda sabiduría, (1:28a)

Lo que llenaba de entusiasmo a Pablo era anunciar a Cristo, el cual había hecho tanto por él. Katangellō (**anunciamos**) significa declarar en público una verdad o un suceso en su totalidad. Se trata de un término general que no se limita a la predicación formal. El anuncio de Pablo comprendía dos aspectos, uno negativo y otro positivo.

Amonestando viene de noutheteō y denota un consejo de ánimo dirigido a tratar con el pecado y con el juicio que este acarrea. Ésta es una responsabilidad que corresponde a los líderes espirituales. En Hechos 20:31 Pablo describe así su ministerio en Éfeso: “por tres años, de noche y de día, no he cesado de amonestar con lágrimas a cada uno”. Es también la responsabilidad de cada creyente. Pablo escribió a los tesalonicenses: “Si alguno no obedece a lo que decimos por medio de esta carta, a ése señaladlo, y no os juntéis con él, para que se avergüence. Mas no lo tengáis por enemigo, sino amonestadle como a hermano” (2 Ts. 3:14-15).

En Colosenses 3:16, Pablo hace un mandato: “La palabra de Cristo more en abundancia en vosotros, enseñándoos y exhortándoos unos a otros”. Pablo expresó con convicción que los romanos estaban “llenos de bondad, llenos de todo conocimiento, de tal manera que podéis amonestaros los unos a los otros” (Ro. 15:14). Si un creyente está en pecado, los otros creyentes tienen la responsabilidad de amonestarlo en amor y mansedumbre, con el fin de que abandone su pecado.

Enseñando se refiere a impartir la verdad. Esta también es una responsabilidad de cada creyente (Col. 3:16), y es parte de la Gran Comisión (Mt. 28:20). Es, en especial, la responsabilidad de los líderes de la iglesia. “Pero es necesario que el obispo sea... apto para enseñar” (1 Ti. 3:2).

Amonestar y enseñar son responsabilidades que deben ejercerse **en toda sabiduría**. Este es el contexto más amplio del pasaje. Como vimos en el capítulo 2, la sabiduría es el discernimiento práctico: la comprensión de los principios bíblicos aplicados a una conducta santa. El modelo permanente de Pablo en su ministerio consistía en unir la enseñanza y la exhortación, presentándolas dentro del conjunto de las verdades doctrinales de la Palabra. Este debe ser también el modelo a seguir en todos los ministerios.

LA META DEL MINISTERIO

a fin de presentar perfecto en Cristo Jesús a todo hombre; (1:28b)

La meta del ministerio es lograr la madurez de los santos. Pablo lo expresó con claridad en Efesios 4:11-13: “Y él mismo [Cristo] constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros, a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del Cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de

Cristo”.

Esta fue la misma meta que persiguió Epafroditos, el fundador de la iglesia en Colosas: “Epafroditos, el cual es uno de vosotros, siervo de Cristo, siempre rogando encarecidamente por vosotros en sus oraciones, para que estéis firmes, perfectos y completos en todo lo que Dios quiere” (Col. 4:12). Nuestra meta no es tan solo ganar a las personas para Cristo, sino llevarlas hasta la madurez espiritual. Así estarán en la capacidad de reproducir su fe en otros. En 2 Timoteo 2:2 Pablo le encarga a Timoteo: “Lo que has oído de mí ante muchos testigos, esto encarga a hombres fieles que sean idóneos para enseñar también a otros”.

Ser **perfecto** o maduro es ser como Cristo. Aunque todos los cristianos se esfuerzan por alcanzar esta elevada meta, nadie en la tierra lo ha logrado aún (cp. Fil. 3:12). Cada creyente, sin embargo, lo alcanzará un día. “Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es” (1 Jn. 3:2). Los cristianos progresamos en nuestra madurez al alimentarnos con la Palabra de Dios: “Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra” (2 Ti. 3:16-17).

Los herejes de Colosas creían que la perfección estaba reservada para una élite. Esta misma creencia ha tenido muchos adeptos a todo lo largo de la historia. El periodista norteamericano Walter Lippmann escribió:

Hasta el presente no ha existido maestro alguno que sea tan sabio como para lograr transmitir su sabiduría a toda la humanidad. En efecto, los grandes maestros ni siquiera han aspirado alcanzar algo tan utópico. Eran bastante conscientes de lo difícil que resulta la sabiduría para la gran mayoría de los hombres, y llegaron a confesar que la vida perfecta estaba reservada a unos pocos elegidos.

En franca discrepancia con esta declaración, Cristo ofrece madurez espiritual a cada hombre y a cada mujer.

LA FUERZA DEL MINISTERIO

para lo cual también trabajo, luchando según la potencia de él, la cual actúa poderosamente en mí. (1:29)

Kopiaō (**trabajo**) denota un trabajo que lleva al agotamiento. Las personas opinan que a veces trabajo demasiado. Pero si me comparo con Pablo, en realidad debo reconocer que no trabajo lo suficiente. Me entristece mucho escuchar que pastores o estudiantes de seminario va a la búsqueda de un pastorado fácil. Cuando era un joven pastor, una dama (que desconocía mi condición de pastor) me aconsejó participar en el ministerio. Cuando le pregunté el motivo de su observación, me respondió que los ministros no tenían que hacer mucho y que además podían ganar mucho dinero.

Nadie podría llegar a pensar algo semejante al observar la vida de Pablo. Acerca de quienes desprestigiaban su ministerio, él escribió:

¿Son ministros de Cristo? (Como si estuviera loco hablo.) Yo más; en trabajos más abundante; en azotes sin número; en cárceles más; en peligros de muerte muchas veces. De los judíos cinco veces he recibido cuarenta azotes menos uno. Tres veces he sido azotado con varas; una vez apedreado; tres veces he padecido naufragio; una noche y un día he estado como náufrago en alta mar; en caminos muchas veces; en peligros de ríos, peligros de ladrones, peligros de los de mi nación, peligros de los gentiles, peligros en la ciudad, peligros en el desierto, peligros en el mar, peligros entre falsos hermanos; en trabajo y fatiga, en muchos desvelos, en hambre y sed, en muchos ayunos, en frío y en desnudez; y además de otras cosas, lo que sobre mí se agolpa cada día, la preocupación por todas las iglesias. ¿Quién enferma, y yo no enfermo? ¿A quién se le hace tropezar, y yo no me indigno? (2 Co. 11:23-29)

Nadie puede servir a Jesucristo con eficacia sin trabajar duro. Los pastores, líderes cristianos o laicos perezosos nunca cumplirán con el ministerio al cual Dios les ha llamado. **Luchando** viene de agōnizomai, que se refiere a competir en

una carrera atlética. La palabra *agonizar* viene de este término. El éxito en el servicio a Dios, al igual que el éxito en el deporte, se produce como resultado del máximo esfuerzo.

Para evitar cualquier tipo de mala interpretación, Pablo dice que su lucha es **“según la potencia de él, la cual actúa poderosamente en mí”**. Todo su trabajo arduo y esforzado sería inútil aparte del poder de Dios actuando en su vida. Escribió además a los corintios: “pero por la gracia de Dios soy lo que soy; y su gracia no ha sido en vano para conmigo, antes he trabajado más que todos ellos; pero no yo, sino la gracia de Dios conmigo” (1 Co. 15:10). Dios le dio a Pablo la fortaleza para trabajar con empeño en su ministerio. Gálatas 2:20 resume con gran acierto los dos componentes de esta interacción humana y divina: “Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí”.

Los anteriores ocho aspectos del ministerio de Pablo deberían estar presentes en cada creyente, pues cada uno sirve a Cristo de alguna manera. El mensaje de Pablo para todos en este pasaje es: “Lo que aprendisteis y recibisteis y oísteis y visteis en mí, esto haced” (Fil. 4:9).

7. El amor de Pablo por la iglesia

Porque quiero que sepáis cuán gran lucha sostengo por vosotros, y por los que están en Laodicea, y por todos los que nunca han visto mi rostro; para que sean consolados sus corazones, unidos en amor, hasta alcanzar todas las riquezas de pleno entendimiento, a fin de conocer el misterio de Dios el Padre, y de Cristo, en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento. Y esto lo digo para que nadie os engañe con palabras persuasivas. Porque aunque estoy ausente en cuerpo, no obstante en espíritu estoy con vosotros, gozándome y mirando vuestro buen orden y la firmeza de vuestra fe en Cristo. Por tanto, de la manera que habéis recibido al Señor Jesucristo, andad en él; arraigados y sobreedificados en él, y confirmados en la fe, así como habéis sido enseñados, abundando en acciones de gracias. (2:1-7)

Si alguien le pidiera a usted mencionar la cualidad más importante que un ministro debe poseer, quizás sugeriría la inteligencia, la preparación, la capacidad de liderazgo, la valentía, la santidad, o la elocuencia. Aunque todos éstos son elementos importantes, tal vez el ingrediente más importante en la vida de cualquier ministro de Jesucristo es el amor por la iglesia. Nadie puede realmente servir a Dios en la iglesia sin esta motivación.

Jesús amó tanto a la iglesia que entregó su vida por ella. Pablo le encargó a los ancianos de Éfeso: “apacentar la iglesia del Señor, la cual él ganó por su propia sangre” (Hch. 20:28). En Efesios 5:25, dice que los esposos deben amar a sus esposas “así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella”.

Pablo, a su vez, tenía un amor profundo por la iglesia y entregó su vida en su servicio a ella. A menudo manifestó su amor en sus cartas. A los corintios escribió: “nuestras cartas sois vosotros, escritas en nuestros corazones, conocidas y leídas por todos los hombres” (2 Co. 3:2), “nuestra boca se ha abierto a vosotros, oh corintios; nuestro corazón se ha ensanchado” (2 Co. 6:11), “y yo con el mayor placer gastaré lo mío, y aun yo mismo me gastaré del todo por amor de vuestras almas, aunque amándoos más, sea amado menos” (2 Co. 12:15). También dijo a los filipenses: “os tengo en el corazón” (Fil. 1:7).

El amor de Pablo por la iglesia surge de su amor por Cristo. Él conocía bien la verdad expresada en 1 Juan 4:21: “Y nosotros tenemos este mandamiento de él: El que ama a Dios, ame también a su hermano”. Fue su amor por Cristo y por su iglesia lo que le permitió a Pablo soportar el sufrimiento físico que experimentó (cp. 2 Co. 11:23-27). Este amor también lo habilitó para llevar cada día la carga de su “preocupación por todas las iglesias” (2 Co. 11:28). Gracias a ese amor, Pablo pudo sobrellevar el abandono, los falsos maestros y el maltrato. En efecto, él decía: “todo lo soporto por amor de los escogidos, para que ellos también obtengan la salvación que es en Cristo Jesús con gloria eterna” (2 Ti. 2:10).

El amor de Pablo por la iglesia lo llevó a escribir esta carta a las iglesias del valle del Lico (cp. 4:15-16). Quería que conocieran las grandes pruebas que enfrentaba por ellos y por su iglesia hermana en Laodicea, a pesar de que nunca lo habían visto en persona. El amor de Pablo no era excluyente, pues amaba a toda la iglesia, no solo a quienes conocía de manera personal o a los más cercanos a él. Esta clase de amor desinteresado debería ser la característica distintiva de todo líder espiritual. **Lucha** viene de *agōn*, término del cual proviene la palabra *agonía*. Se trata de una acepción de la misma palabra utilizada en 1:29 al hablar de sus luchas en el ministerio. El profundo amor de Pablo, que se extendía incluso a quienes jamás había visto, refleja su amor por Cristo mismo, que es la Cabeza de la iglesia.

De la misma manera que los padres amorosos se proponen metas con sus hijos, Pablo se trazaba metas para la iglesia. En este pasaje nombra cinco de ellas, por las cuales él luchaba. Pablo anhelaba que los colosenses fueran consolados en su corazón, unidos en amor, plenos en su entendimiento, que anduvieran en Jesucristo y abundaran en acciones de gracias.

CONSOLIDADOS EN SU CORAZÓN

para que sean consolados sus corazones, (2:2a)

El significado básico de *parakaleō* (**consolidados**) es “llamar al lado”. Dado que una persona puede ser “llamada al lado” con fines muy diversos, la palabra tenía una amplia gama de significados, entre los cuales están: implorar, atraer, llamar, alentar, exhortar o animar. En este contexto, no obstante, podría traducirse “fortalecido”, ya que los colosenses estaban rodeados de falsos maestros y necesitaban ser más bien fortalecidos que consolidados.

El comentarista William Barclay cita un ejemplo de *parakaleō* que viene del griego clásico y que permite ver un uso semejante.

Se trataba de un regimiento griego que había caído en el desánimo y en el completo desaliento. El general envió a

un líder para dirigirles unas palabras a estos hombres con el fin de devolverles el valor y prepararlos de nuevo para actuar como héroes. Eso es lo que [*parakaleō*] significa en este pasaje. En su oración, Pablo implora que la iglesia sea llena de la valentía que le permita afrontar cualquier situación. (*The Letters to the Philippians, Colossians, and Thessalonians* [Las cartas a los filipenses, colosenses y tesalonicenses] [Louisville, Ky.: Westminster, 1975], p. 129).

Cuando Pablo manifestó su deseo de ver el corazón de cada uno de los colosenses fortalecido no se refería solo a sus emociones. Los escritores bíblicos asociaban las emociones con lo que algunas versiones denominan en sentido figurado “las entrañas” (cp. Sal. 22:14; Cnt. 5:4; Lm. 2:11; 1 Jn. 3:17). Usaban esta imagen porque las emociones fuertes producen reacciones físicas en la parte baja del abdomen. Aun hoy día una persona en estado de ansiedad suele decir que siente mariposas en el estómago. Las emociones, que son un concepto abstracto, eran definidas en términos de sus efectos físicos.

Al ser utilizado en sentido figurado en la Biblia, el término *corazón* es por lo general más amplio y se refiere al ser interior, al centro de la vida. A menudo es utilizado como sinónimo de mente. En Apocalipsis 2:23 el Señor se describe a sí mismo diciendo: “yo soy el que escudriña la mente y el corazón; y os daré a cada uno según vuestras obras”. Siguiendo este mismo sentido de *corazón* como el término general para la facultad del pensamiento, Jeremías 17:9 dice: “Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso; ¿quién lo conocerá?”. Apocalipsis 18:7 dice de Babilonia: “porque dice en su corazón: yo estoy sentada como reina, y no soy viuda, y no veré llanto”. El Salmo 53:1 añade: “Dice el necio en su corazón: no hay Dios”. Tal como lo indican estos versículos, el corazón se refiere a la mente donde tiene lugar el pensamiento (cp. Is. 47:8; Sof. 2:15; Mt. 24:48).

Las emociones son la respuesta a lo que sucede en el corazón y a lo que la mente percibe. La manera de controlar las emociones es pues, a través de la mente. Cuando la mente está llena de la verdad bíblica, las emociones responden de forma adecuada. Es por eso que la Biblia nos aconseja: “Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón; porque de él mana la vida” (Pr. 4:23). Asimismo nos dice: “endereza tu corazón al camino” (Pr. 23:19). Los creyentes debemos guiar nuestro corazón de manera que sigamos el camino agradable a Dios, pero para lograrlo necesitamos su ayuda. “Escudríname, oh Jehová, y pruébame; examina mis íntimos pensamientos y mi corazón” (Sal. 26:2). “Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón; pruébame y conoce mis pensamientos; y ve si hay en mí camino de perversidad, y guíame en el camino eterno” (Sal. 139:23-24). Lo que llena el corazón será sin duda lo que se verá reflejado en la conducta. “¡Generación de víboras! ¿Cómo podéis hablar lo bueno, siendo malos? Porque de la abundancia del corazón habla la boca” (Mt. 12:34-35).

¿Cómo es posible lograr una mente fortalecida? Efesios 3:16 dice: “para que os dé, conforme a las riquezas de su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu”. El Espíritu fortalece el corazón de quienes someten su vida bajo su control. Uno de los nombres para el Espíritu Santo es *ayudador* (cp. Jn. 14:16, 26; 15:26; 16:7). El término *ayudador* corresponde en griego a la forma nominal de *parakaleō* y en estos pasajes podría traducirse “Fortalecedor”. La verdadera fortaleza interior solo se produce por la llenura del Espíritu.

Después de su conversión, Pablo disfrutó la experiencia de ser fortalecido: “Pero Saulo mucho más se esforzaba, y confundía a los judíos que moraban en Damasco, demostrando que Jesús era el Cristo” (Hch. 9:22). Recibió fortaleza al vivir su vida en el poder del Espíritu Santo. Y con el tiempo pudo afirmar: “estamos atribulados en todo, mas no angustiados; en apuros, mas no desesperados; perseguidos, mas no desamparados; derribados, pero no destruidos” (2 Co. 4:8-9). Fue capaz de soportar todas estas pruebas porque su corazón estaba fortalecido.

Aunque el Espíritu es el que nos fortalece, también se vale de las personas como sus instrumentos. Jesús le dijo a Pedro: “pero yo he rogado por ti, que tu fe no falte; y tú, una vez vuelto, confirma a tus hermanos” (Lc. 22:32). “Y Judas y Silas, como ellos también eran profetas, consolaron y confirmaron a los hermanos con abundancia de palabras” (Hch. 15:32). Pablo envió a Timoteo a los tesalonicenses con el fin de fortalecerlos en su fe (1 Ts. 3:2). Una parte importante del ministerio de Pablo comprendía el fortalecimiento de los creyentes. Hechos 15:41 registra sus viajes por “Siria y Cilicia, confirmando a las iglesias” (cp. Hch. 14:21-22; 18:23). Dios se valió de hombres dotados para enseñar y fortalecer a la iglesia (cp. Ef. 4:11-14).

Un corazón fortalecido redundará en una vida cristiana llena de poder. Cuando los creyentes son fortalecidos por el Espíritu, Cristo viene a habitar en sus corazones. También son arraigados y cimentados en amor, son capaces de comprender el amor de Cristo y son llenos de toda la plenitud de Dios (Ef. 3:16-19). Luego Cristo, a través de ellos, “es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros” (Ef. 3:20).

UNIDOS EN AMOR

unidos en amor, (2:2b)

El amor ferviente es lo que permite lograr el equilibrio con una mente fortalecida. La vida cristiana no se basa en un entusiasmo irracional ni en una ortodoxia intelectual sin vida. Pablo declara la importancia del amor con gran elocuencia en 1 Corintios 13:1-3:

Si yo hablase lenguas humanas y angélicas, y no tengo amor, vengo a ser como metal que resuena, o címbalo que retiñe. Y si tuviese profecía, y entendiese todos los misterios y toda ciencia, y si tuviese toda la fe, de tal manera que trasladase los montes, y no tengo amor, nada soy. Y si repartiese todos mis bienes para dar de comer a los pobres, y si entregase mi cuerpo para ser quemado, y no tengo amor, de nada me sirve.

Sumbibazō (**unidos**) significa vinculados o reunidos. El participio aoristo permite explicar el verbo de la expresión principal (**para que sean fortalecidos**) al definir el corazón fortalecido como un corazón lleno de amor. En Efesios 4:16 y Colosenses 2:19 se refiere a las diferentes partes que se unen para formar el cuerpo humano. Los creyentes comparten una vida común cuyo fundamento es el amor. Todos los creyentes poseen la misma vida eterna, todos llegan a Cristo por el mismo camino, y todos son puestos en el cuerpo de Cristo por el mismo Espíritu (cp. 1 Co. 12:11-13). La unidad de la iglesia no descansa en una estrategia organizativa, sino orgánica. Los creyentes son “uno en Cristo Jesús” (Gá. 3:28; cp. Ro. 10:12).

Con toda seguridad, esta oración de Jesús recibió respuesta con la unidad del cuerpo:

Mas no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste. La gloria que me diste, yo les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno. Yo en ellos, y tú en mí, para que sean perfectos en unidad, para que el mundo conozca que tú me enviaste, y que los has amado a ellos como también a mí me has amado. (Jn. 17:20-23)

Francis Schaeffer denominó la unidad de la iglesia “la última defensa” ante el mundo como espectador (*The Mark of the Christian* [La marca del cristiano] [Downers Grove, Ill.: InterVarsity, 1970], p. 15). Luego añadió:

Lo que entendemos en Juan 13 es que si un cristiano no manifiesta amor hacia otros verdaderos cristianos, el mundo tiene derecho a juzgarle y a dictaminar que no lo es en realidad. En este pasaje [Juan 17:21] Jesús afirma una realidad mucho más cortante y profunda: no podemos esperar que el mundo crea que el Padre envió al Hijo, que las palabras de Jesús son verdad y que el cristianismo es verdadero, a menos que vea en nosotros una muestra real de la unidad como verdaderos cristianos. Esto es alarmante. ¿Acaso no debería hacernos sentir un poco conmocionados? (*The Mark of the Christian* [La marca del cristiano], p. 15).

La constante preocupación de Pablo consistía en hacer que los cristianos desplegaran su unidad en la vida práctica. Escribió a los corintios, a quienes les gustaba reñir: “Os ruego, pues, hermanos, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que habléis todos una misma cosa, y que no haya entre vosotros divisiones, sino que estéis perfectamente unidos en una misma mente y en un mismo parecer” (1 Co. 1:10). Una vez más, al final de su segunda carta a los corintios, les mandó: “sed de un mismo sentir, y vivid en paz” (2 Co. 13:11). Amonestó del mismo modo a los filipenses al decirles: “Solamente que os comportéis como es digno del evangelio de Cristo, para que o sea que vaya a veros, o que esté ausente, oiga de vosotros que estáis firmes en un mismo espíritu, combatiendo unánimes por la fe del evangelio... completad mi gozo, sintiendo lo mismo, teniendo el mismo amor, unánimes, sintiendo una misma cosa” (Fil. 1:27; 2:2).

La clave para alcanzar la unidad en su manifestación práctica se encuentra en Efesios 4:3: “solícitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz”. La manera de preservar la unidad que el Espíritu nos ha concedido es convirtiéndonos en pacificadores. Los pacificadores se aman, y este amor se demuestra cuando los creyentes cumplen estas palabras: “Vestíos, pues, como escogidos de Dios, santos y amados, de entrañable misericordia, de benignidad, de humildad, de mansedumbre, de paciencia; soportándoos unos a otros, y perdonándoos unos a otros si alguno tuviere queja contra otro. De la manera que Cristo os perdonó, así también hacedlo vosotros” (Col. 3:12-13).

Esta clase de amor humilde y práctico es “el vínculo perfecto” (Col. 3:14). El amor siempre está ligado a la humildad, porque solo las personas humildes pueden llegar a amar. Tras haber exhortado a los filipenses a buscar la unidad en Filipenses 2:2, Pablo prosiguió explicando la manera de lograrlo en los versículos 3 al 8:

Nada hagáis por contienda o por vanagloria; antes bien con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo; no mirando cada uno por lo suyo propio, sino cada cual también por lo de los otros. Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús, el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz.

La humildad es la llave que abre la puerta al amor y a la unidad. La ilustración perfecta de este principio es la manera

como Cristo se despojó a sí mismo y obedeció hasta la muerte. Cuando los cristianos practican dicha humildad terminarán “sintiendo lo mismo, teniendo el mismo amor, unánimes, sintiendo una misma cosa” (Fil. 2:2).

El apóstol Juan también consideró el sacrificio de Cristo como el ejemplo supremo de amor: “En esto hemos conocido el amor, en que él puso su vida por nosotros; también nosotros debemos poner nuestras vidas por los hermanos” (1 Jn. 3:16). No obstante, teniendo en cuenta que la mayoría de cristianos no tendrán la ocasión de morir por otros, Juan ofrece una prueba de amor más práctica: “Pero el que tiene bienes de este mundo y ve a su hermano tener necesidad, y cierra contra él su corazón, ¿cómo mora el amor de Dios en él? Hijitos míos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de hecho y en verdad” (1 Jn. 3:17-18).

Amar no significa sentir aprecio hacia las personas, sino más bien satisfacer sus necesidades de manera práctica. La última vez que usted hizo un sacrificio por otra persona fue la última vez que usted la amó. El amor es ante todo una acción, que es seguida de las emociones. De manera que un corazón fortalecido es un corazón que ha aprendido a amar.

PLENOS EN SU ENTENDIMIENTO

hasta alcanzar todas las riquezas de pleno entendimiento, a fin de conocer el misterio de Dios el Padre, y de Cristo, en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento. Y esto lo digo para que nadie os engañe con palabras persuasivas. Porque aunque estoy ausente en cuerpo, no obstante en espíritu estoy con vosotros, gozándome y mirando vuestro buen orden y la firmeza de vuestra fe en Cristo. (2:2c-5)

Pablo desea que los colosenses también experimenten **todas las riquezas** que provienen del **pleno entendimiento**. Sin este entendimiento los creyentes son incapaces de disfrutar todas las bendiciones que les pertenecen en Cristo. Por ejemplo, una persona que duda si va a ir al cielo no puede aguardar con esperanza las bendiciones que allí recibiría. Por esa razón Pedro dice: “Por lo cual, hermanos, tanto más procurad hacer firme vuestra vocación y elección; porque haciendo estas cosas, no caeréis jamás” (2 P. 1:10). ¿Cómo hacerlo?

Poniendo toda diligencia por esto mismo, añadid a vuestra fe virtud; a la virtud, conocimiento; al conocimiento, dominio propio; al dominio propio, paciencia; a la paciencia, piedad; a la piedad, afecto fraternal; y al afecto fraternal, amor. Porque si estas cosas están en vosotros, y abundan, no os dejarán estar ociosos ni sin fruto en cuanto al conocimiento de nuestro Señor Jesucristo. (2 P. 1:5-8)

Sunesis (entendimiento) se refiere a la aplicación cotidiana de los principios bíblicos. Se trata de una propiedad exclusiva de los cristianos, pues “el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente” (1 Co. 2:14). Puesto que “los que son de la carne piensan en las cosas de la carne; pero los que son del Espíritu, en las cosas del Espíritu” (Ro. 8:5), los incrédulos tienen “el entendimiento entenebrecido, ajenos de la vida de Dios por la ignorancia que en ellos hay, por la dureza de su corazón” (Ef. 4:18).

Cuando el creyente vive de manera práctica, la verdad llega a comprenderla en realidad y esto a su vez le confiere la seguridad de su salvación. El Nuevo Testamento concluye que el conocimiento de la verdad y la puesta en práctica de la misma resulta en un **pleno entendimiento**. A menudo, las personas comentan conmigo ciertas inquietudes acerca de su salvación aun cuando han leído libros que les dan seguridad. El mayor problema que evidencian no es la falta de conocimiento, sino la falta de aplicación práctica de las verdades que ya conocen. La verdad que está cimentada en un corazón fortalecido y se manifiesta en amor a los otros creyentes produce una profunda convicción. Esta es la base de la seguridad.

En vista de la herejía que los sitiaba, Pablo les señala con insistencia a los colosenses que el entendimiento implica **conocer el misterio de Dios el Padre, y de Cristo, en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento**. Para lograr ese entendimiento es necesario haber establecido la convicción de la deidad y de la suficiencia de Cristo. En Cristo mismo, el Dios que estaba oculto se hizo manifiesto a la humanidad. En ese sentido Él es el misterio de Dios. Primera Timoteo 3:16 registra lo que pudo ser un himno del primer siglo:

E indiscutiblemente,
grande es el misterio de la piedad:
Dios fue manifestado en carne,
Justificado en el Espíritu,
Visto de los ángeles,

Predicado a los gentiles,
Creído en el mundo,
Recibido arriba en gloria.

Todas estas frases apuntan a Cristo. En la iglesia primitiva, así como en nuestros días, era de vital importancia comprender la deidad de Cristo. Nadie podía ser cristiano sin el conocimiento verdadero de Cristo como Dios encarnado. A pesar de esto, muchos cristianos que declaran la deidad de Cristo viven como si Él no fuera suficiente.

Jesús es aquel en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento. Él es suficiente por sí solo. **Escondidos** viene de *apokryphos*, término del cual proviene la palabra apócrifo. Los herejes lo utilizaban para referirse a los escritos que contenían su conocimiento secreto. Pero ningún conocimiento espiritual oculto es necesario para alcanzar la salvación ni la santificación aparte de Cristo. No obstante, los tesoros de la sabiduría y del conocimiento en Cristo están escondidos para todo el mundo, excepto para los cristianos.

Ya que Cristo es suficiente, no se necesitan escritos de culto, filosofía o psicología alguna para complementar la Biblia. Cristo es la fuente de todo conocimiento espiritual verdadero. Este conocimiento es también crucial para lograr la seguridad, pues cualquier duda acerca de la suficiencia de Cristo pondría en tela de juicio su capacidad para cumplir sus promesas.

Pablo manifiesta la razón de su interés en profundizar en el conocimiento de Cristo en el versículo 4: **Y esto lo digo para que nadie os engañe con palabras persuasivas**. Lightfoot parafrasea la idea de Pablo de la siguiente manera: “quisiera alertarlos acerca de cualquiera que quiera desviarlos mediante argumentos engañosos y palabrería persuasiva” (*St. Paul’s Epistles to the Colossians and to Philemon* [Las epístolas de San Pablo a los colosenses y a Filemón] [1879, Grand Rapids: Zondervan, 1959, reimpresión], p. 175). La principal arma de ataque de todos los sistemas de falsa doctrina a lo largo de la historia ha sido negar la deidad de Cristo, y en ocasiones también su suficiencia para salvar y santificar. Cualquier grupo o persona que pretenda hacerlo es culpable de enseñar “doctrinas de demonios” (1 Ti. 4:1). Como todos los que suministran otro evangelio, están bajo maldición (Gá. 1:8). Los creyentes deben tener una profunda convicción de la deidad y suficiencia de Cristo para poder permanecer ante los asaltos de dichas enseñanzas falsas.

Tras haber amonestado a los colosenses a permanecer firmes, Pablo se regocija al saber que lo están cumpliendo. Aunque está **ausente en cuerpo**, debido a su encarcelamiento, Pablo estaba con ellos **en espíritu**. El **buen orden y la firmeza de la fe en Cristo** de los colosenses era motivo de gozo para él. *Taxis* (**buen orden**) y *stereōma* (**firmeza**) son términos militares que sugieren quizás la cercanía de Pablo con los soldados romanos en prisión (cp. Hch. 28:16; Fil. 1:13). *Taxis* se refiere a una fila ordenada de soldados listos para salir a la guerra, en tanto que *stereōma* corresponde a la solidez de una formación de soldados. Al considerar ambos términos, vemos que Pablo expresa su gozo al saber que tanto en el ámbito individual como colectivo los colosenses permanecían firmes contra los ataques de las falsas enseñanzas. Pablo se había propuesto lograr que ellos permanecieran arraigados en su verdadero entendimiento y que no cedieran a la duda en vista de los ataques.

ANDAR EN JESUCRISTO

Por tanto, de la manera que habéis recibido al Señor Jesucristo, andad en él; arraigados y sobreedificados en él, y confirmados en la fe, así como habéis sido enseñados, (2:6-7a)

Por tanto sustenta la exhortación final de lo que dijo Pablo en los versículos 2 al 5. Los colosenses habían recibido a Jesucristo el Señor, habían afirmado sus convicciones acerca de su deidad y suficiencia, y permanecían firmes contra los ataques de los falsos maestros, de manera que debían andar **en él**. **Andar** es un término conocido que se refiere a la conducta cotidiana. En este contexto significa ante todo continuar creyendo la verdad acerca de Cristo sin titubear en su cristología.

No obstante, en términos más amplios, andar en Cristo significa vivir en unión con Él, vivir como Él vivió. “El que dice que permanece en él”, dice el apóstol Juan, “debe andar como él anduvo” (1 Jn. 2:6). Cuando los cristianos enfrentan dilemas en la vida diaria, la pauta a seguir debería consistir en preguntarse: “¿Qué haría Jesús en esta situación?”. El himno “Oh, ser como tú” (O to Be Like Thee) expresa lo que debería ser el anhelo de cada cristiano:

¡Oh, ser como tú!

Bendito Redentor, este es mi constante anhelo y oración;

Con gozo abandono todas las riquezas terrenales,

Para vestir tu semejanza, Jesús.

¡Oh, ser como tú!

¡Oh, ser como tú, bendito Redentor, tan puro como tú!

Ven con tu dulzura, ven en plenitud;

Pon tu imagen como un sello indeleble en mi corazón.

Al igual que un árbol arraigado con fuerza en un terreno propicio, los creyentes debemos estar **arraigados** con firmeza en Cristo. El momento de ser plantados se llevó a cabo en la salvación, tal como lo sugiere el tiempo perfecto del participio *errizōmenoi* (**arraigados**). Luego Cristo se convirtió en la fuente de nuestro alimento espiritual, de nuestro crecimiento y de nuestro fruto. Al andar en Cristo, somos **sobreedificados en Él**. Esto indica el proceso de llegar a ser cada vez más como Él. *Epoikodomoumenoi* (**sobreedificados**) es un participio presente que señala una acción continua. Al estudiar “la palabra de su gracia, que tiene poder para sobreedificaros” (Hch. 20:32), los creyentes crecerán “en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo” (2 P. 3:18). Y entonces llegarán “a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo” (Ef. 4:13).

Estar arraigados con firmeza en Cristo y creciendo en Él trae como resultado en los creyentes el ser **confirmados en la fe**. La voz pasiva del participio *bebaioumenoi* (**confirmados**) indica que es Dios el que confirma a los creyentes. Tener un fundamento firme para la fe basado en el andar en Cristo es un requisito indispensable para lograr una vida cristiana saludable (cp. Ro. 16:25; 2 Ts. 2:16-17; 1 P. 5:10; Jud. 24).

ABUNDAR EN ACCIONES DE GRACIAS

abundando en acciones de gracias. (2:7b)

El último de los cuatro participios utilizados en el versículo 7, *perisseuontes* (**abundando**), es el único que se encuentra en voz activa. Se trata de una respuesta a los otros tres. Los creyentes, arraigados en Cristo, sobreedificados en Él y confirmados en la fe, abundarán en acciones de gracias a Dios. “Así que, ofrezcamos siempre a Dios, por medio de él, sacrificio de alabanza, es decir, fruto de labios que confiesan su nombre” (He. 13:15). Un corazón agradecido por todo lo que Dios nos ha dado en Cristo nos permitirá asirnos con más fuerza a la verdad.

La alabanza cierra el círculo mediante el cual las bendiciones que Dios nos concede regresan a Él en forma de alabanza y adoración. Al asimilar la verdad de la Palabra, los creyentes adquirimos una mente fortalecida. Luego, al vivir en lo cotidiano esa verdad, recibimos la completa seguridad de que Cristo es quien dijo ser. Seguros de esto, podemos entonces apropiarnos de las riquezas que son el legado de Dios para los creyentes y andar en Él. Entonces, en la medida en que anden en Él, crecerán en Él y serán confirmados en su fe. Y como resultado final, darán gracias a Dios

8. ¿Filosofía o Cristo?

Mirad que nadie os engañe por medio de filosofías y huecas sutilezas, según las tradiciones de los hombres, conforme a los rudimentos del mundo, y no según Cristo. Porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad, y vosotros estáis completos en él, que es la cabeza de todo principado y potestad. (2:8-10)

Desde los albores de la historia conocida, el hombre se ha cuestionado acerca de su realidad última. Ha buscado la explicación para los sucesos del universo que lo rodea y el significado de su propia existencia. Preguntas tales como: ¿Quién soy? ¿Por qué estoy aquí? ¿Adónde voy? han sido una constante en toda la humanidad. Y las filosofías del mundo han tratado de responder con necedad a estas profundas interrogantes.

El término **filosofías** viene de dos palabras griegas, *phileō* (amar) y *sophia* (sabiduría). La filosofía es pues el amor y la búsqueda de la verdad. Puesto que cada individuo posee su propia visión del mundo, podría decirse que cada persona es un filósofo. A lo largo de la historia, también han existido quienes se especializan en la filosofía como una disciplina académica. Por lo general se considera que Tales, el pensador griego que vivió en la misma época del profeta Jeremías, fue el primer filósofo en términos modernos. Desde ese tiempo hasta nuestros días han existido cientos de filósofos, y cada uno ha expuesto su propia explicación del universo.

Recuerdo cuando tomé un curso de filosofía europea en la universidad. La mayoría de los filósofos que estudiamos negaban la existencia de Dios o sostenían una visión no bíblica de Él, como en el caso del deísmo y del panteísmo. El estudio del pensamiento de hombres que no han sido regenerados en su desesperada búsqueda de la verdad absoluta aparte de Dios, resultó ser una experiencia muy frustrante. Como Francis Schaeffer señaló en nuestra propia generación: “El hombre no puede empezar el camino en sí mismo y pretender llegar a la realidad última de las cosas” (cp. *The God Who Is There* [El Dios que está presente], *Escape from Reason* [Escape a la razón] y *He Is There and He Is Not Silent* [Él está presente y no calla]).

El apóstol Pablo estuvo de acuerdo con esta apreciación. Escribió en 1 Corintios 2:9 que la verdad última no se descubre mediante el empirismo ni el racionalismo: “cosas que ojo no vio, ni oído oyó [empirismo], ni han subido en corazón de hombre [racionalismo], son las que Dios ha preparado para los que le aman”.

Os Guinness habló acerca de lo vana que resulta la búsqueda de la verdad aparte de Dios:

El hombre contemporáneo, con su visión peculiar de la sociedad como una “habitación cerrada” y sin salida, termina atrapado en su metafísica y en su sociología. En medio de la oscuridad de la habitación, sin ventanas y quizás sin puertas, el hombre anda a tientas dando vueltas sin fin. ¿Acaso será posible visualizar alguna luz aparte de la impotente chispa que él mismo ha fabricado? ¿Persistirá en su obstinación al seguir andando el camino estéril de premisas vanas? (*The Dust of Death* [El polvo de la muerte] [Downers Grove, Ill.: InterVarsity, 1973], p. 148).

Es de esperar que muchos filósofos hayan llegado hasta el punto de reconocer esta vanidad. David Hume, filósofo británico del siglo XVII, lo expresó de esta manera: “Estoy aterrado y confundido con esta desdichada soledad en la cual he terminado en mi filosofía” (citado en Guinness, *The Dust of Death* [El polvo de la muerte], p. 22).

Friedrich Nietzsche, filósofo alemán del siglo XIX, hablaba con desdén del cristianismo refiriéndose a él como la religión para los débiles. Fue uno de los primeros en proclamar que Dios estaba muerto. Con todo, nunca pudo vivir de manera consecuente con su filosofía. Guinness escribe: “para que Nietzsche pudiera vivir de manera consistente con su filosofía le era necesario convertirse en su propio superhombre, pero sus ideas sobrepasaban su propia capacidad. Ya balanceándose al borde del abismo se estremeció frente al horror de llegar ser “responsable por todo lo viviente”. Ante la imposibilidad de esta situación, la locura resultaría la única opción para salir libre de semejante responsabilidad. “¡Ay de mí! ayúdame, locura” (*The Dust of Death*, p. 24). De manera trágica, a Nietzsche se le concedió su deseo. Pasó los últimos once años de su vida como un demente.

Uno de los principales filósofos del siglo XX fue el existencialista francés Jean-Paul Sartre, que también era ateo. En su novela *Nausea* [Náusea], él mismo es su protagonista, Roquentin, que dice: “Todo lo que existe surgió sin razón, continúa viviendo en debilidad y muere por accidente” (citado en Robert Denoon Cumming, ed., *The Philosophy of Jean-Paul Sartre* [La filosofía de Jean-Paul Sartre] [Nueva York: Random House, 1965], pp. 66-67). Roquentin expresa la creencia de Sartre de que, aparte de Dios, el hombre carece por completo de sentido:

Éramos un montón de seres, molestos, incómodos consigo mismos, sin una razón mínima para estar ahí, ninguno de nosotros, todos confundidos, vagamente perturbados, sintiéndose insignificantes en relación con los otros. Yo mismo... *era también insignificante*... soñaba si acaso poner fin a mi vida para aniquilar al menos uno de estos

seres insignificantes. Pero ni siquiera mi muerte hubiera resultado *insignificante* (en *The Philosophy of Jean-Paul Sartre* [La filosofía de Jean-Paul Sartre], pp. 61-62, cursivas en el original).

Haciendo un comentario a la visión de Sartre que plantea como absurda la existencia del hombre sin Dios, William Barrett escribe: “El ateísmo de Sartre declara con claridad... que el hombre es un extraño en el universo, injustificado e injustificable, absurdo en el sentido más simple pues no hay... razón suficiente para explicar por qué él mismo o su universo existen” (*Irrational Man* [Hombre irracional] [Garden City, N.Y.: Doubleday, 1962], p. 262).

Según Francis Schaeffer, la rebelión del hombre contra Dios le ha llevado al borde de la desesperación. En palabras del apóstol Pablo: “Pues habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias, sino que se envanecieron en sus razonamientos, y su necio corazón fue entenebrecido. Profesando ser sabios, se hicieron necios” (Ro. 1:21-22). Al sacar a Dios y a su revelación del panorama, la filosofía moderna hundió al hombre en el abismo de la oscuridad ignorante y de la desesperación sin remedio.

La ciudad de Colosas también contaba con sus propios filósofos. Allí, la iglesia enfrentaba el peligro de abrigar falsos maestros infiltrados, al igual que sucede en nuestros días. A todo lo largo de su existencia la iglesia ha tenido que batallar para mantener su pureza doctrinal. La gran preocupación de Pablo era que los colosenses lo hicieran, y es así como el capítulo 2, versículos 8-23, se convierte en el corazón de la epístola. En este pasaje, que es la sección polémica de Colosenses, Pablo ataca de frente a los falsos maestros.

La herejía específica que amenazaba a los colosenses se desconoce, pues Pablo no la nombra como tal. Sin embargo, podemos reconstruir algunos de sus dogmas a partir del pasaje 2:8-23. Sabemos que contenía elementos de filosofía (2:8-15), de legalismo (2:16-17), de misticismo (2:18-19) y de ascetismo (2:20-23). Puesto que esas mismas creencias existían en la secta del siglo I conocida como los esenios, como vimos anteriormente, es probable que éstos (o un grupo portador de creencias similares) fueran quienes amenazaban la fe de los colosenses.

Esta herejía también contenía elementos de una forma primitiva de gnosticismo, la creencia de que existe un tipo de conocimiento superior que trasciende la doctrina cristiana y que está reservada solo a una elite de iniciados que han ascendido hasta ese nivel. Aun más letal que esta doctrina era su enseñanza de que Jesús no era Dios ni la fuente de toda verdad. Este era un ataque directo a su deidad y suficiencia.

En 2:1-7 Pablo exhorta a los colosenses a mantenerse fieles a ambas doctrinas: la deidad y la absoluta suficiencia de Jesucristo. Les recuerda que, a diferencia de las proclamas de los falsos maestros, en Cristo “están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento” (2:3), una declaración que resume con profundidad la suficiencia del Señor Jesús. Esta enseñanza en el sentido positivo se equilibra con el mandato privativo de advertencia de Pablo en 2:8-23. Con esto, Pablo refuta en su totalidad las creencias de los herejes colosenses. Contrario a la creencia en un conocimiento superior y oculto, Pablo ya señaló que no existe conocimiento escondido aparte de Cristo (2:3). En refutación de la enseñanza acerca de seres inferiores emanados de Dios, Pablo insiste que en Cristo “habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad” (2:9). Ellos adoraban esas emanaciones, que Pablo describe en 2:15 como seres demoníacos a quienes Cristo ya venció. Pablo se opone al falso ceremonial, al legalismo ritual y al misticismo en 2:16-19. Por último, en 2:20-23 Pablo desapruueba sus prácticas de ascetismo, pues “no tienen valor alguno contra los apetitos de la carne” (2:23).

Pablo establece en este pasaje un parámetro para enfrentar la herejía. No denuncia la herejía utilizando su nombre exacto ni en una actitud de disgusto. Ni siquiera le concede un nombre, cualquiera que este fuera. Tampoco expone en detalle las creencias heréticas. En cambio, enfrenta la herejía haciendo hincapié en las verdades a las cuales éstas y otras posibles herejías se oponen. El comentarista Charles R. Erdman escribió: “cuando llega al corazón mismo de su epístola, el apóstol se extiende con tanta elocuencia en la deidad de Cristo y en la dignidad y entereza de los creyentes, que el lector difícilmente se percataría de la falsa doctrina de la cual debían cuidarse los colosenses” (*The Epistles of Paul to the Colossians and to Philemon* [Las epístolas de Pablo a los colosenses y a Filemón] [Filadelfia: Westminster, 1956], p. 73). Cualquier sistema de falsa enseñanza se desploma al ser confrontado con la verdad.

En 2:8-10, Pablo comienza a rebatir el primer elemento de la herejía colosense: la falsa filosofía. A manera de advertencia, establece el contraste entre la deficiencia de la filosofía y la suficiencia de Cristo.

LA DEFICIENCIA DE LA FILOSOFÍA

Mirad que nadie os engañe por medio de filosofías y huecas sutilezas, según las tradiciones de los hombres, conforme a los rudimentos del mundo, y no según Cristo. (2:8)

A Pablo le interesaba que quienes han pasado del dominio de Satanás al reino de Cristo, nunca vuelvan a someterse al yugo de la esclavitud. Expresa esta misma inquietud en Gálatas 5:1: “Estad, pues, firmes en la libertad con que Cristo nos hizo libres, y no estéis otra vez sujetos al yugo de esclavitud”. Lo que indica el uso del imperativo presente *blepō*

(mirad) es que Pablo les pide a los colosenses que velen sin cesar debido al peligro que les rodea. La iglesia enfrenta constantemente la amenaza de los falsos maestros. Jesús dice en Mateo 7:15: “Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros con vestidos de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces”. Luego en Mateo 16:6 nos advierte: “Mirad, guardaos de la levadura de los fariseos y de los saduceos”.

Los apóstoles también advirtieron a la iglesia contra los falsos maestros. Pablo previno a los ancianos de la iglesia de Éfeso diciendo: “después de mi partida entrarán en medio de vosotros lobos rapaces, que no perdonarán al rebaño. Y de vosotros mismos se levantarán hombres que hablen cosas perversas para arrastrar tras sí a los discípulos. Por tanto, velad” (Hch. 20:29-31). A los filipenses escribió: “Guardaos de los perros, guardaos de los malos obreros, guardaos de los mutiladores del cuerpo” (Fil. 3:2). Pedro también advierte acerca del peligro de los falsos maestros. Escribe en 2 Pedro 3:1: “Amados, esta es la segunda carta que os escribo, y en ambas despierto con exhortación vuestro limpio entendimiento”.

De manera específica Pablo amonesta a que nadie los **engañe**. Esta expresión viene de *sulagōgeō*, una palabra rara que aparece solo en el Nuevo Testamento y en ningún escrito griego profano hasta un tiempo muy posterior a la época de Pablo. *Sulagōgeō* es una palabra compuesta a partir de *sulē*, “presa” y *agō*, “llevarse”. Su sentido textual es “secuestrar” o “capturar como presa o botín de guerra”. El mismo concepto se encuentra en 2 Timoteo 3:6, donde Pablo advierte acerca de “los que se meten en las casas y llevan cautivas a las mujercillas cargadas de pecados, arrastradas por diversas concupiscencias”. Para Pablo, era inaceptable que quienes habían sido rescatados y redimidos estuvieran en riesgo por la ignorancia, y en medio de la guerra espiritual terminaran siendo víctimas de algún depredador por una falsa doctrina.

Un motivo de gran dolor para el corazón de cualquier pastor es sin duda saber que los hijos espirituales terminen siendo víctimas de las peligrosas falsas doctrinas, cayendo en falsos cultos por causa de su inmadurez. Con todo, muchos han caído víctimas del engaño por falsas doctrinas que aparentaban ser verdaderas. Uno de los deberes primordiales de los líderes de la iglesia es proteger al rebaño de los lobos y los hombres perversos (Hch. 20:28-32) que atacan al rebaño para arrastrarlos y llevarlos cautivos.

Acerca de los medios que utilizan los falsos maestros para engañar a los colosenses, Pablo es claro en mencionar las **filosofías y huecas sutilezas**. El término *philosophia* (**filosofía**) aparece solo en este versículo en el Nuevo Testamento. Como hemos visto, significa “amor por la sabiduría”. En este pasaje se utiliza en un sentido mucho más amplio que en el ámbito académico, ya que “la filosofía no se limita a las especulaciones judías y gnósticas acerca de las cuales Pablo advirtió a los cristianos de Colosas” (Mark M. Hanna, *Crucial Questions in Apologetics* [Preguntas cruciales de apologética] [Grand Rapids: Baker, 1981], p. 11). El historiador Adolf Schlatter anotó: “Todo lo relacionado con las teorías acerca de Dios, del mundo y del significado de la vida humana era denominado en ese tiempo ‘filosofía’, no solo en las escuelas seculares, sino en las escuelas judías ubicadas en las ciudades griegas” (*The Church in the New Testament Period* [La iglesia en el período del Nuevo Testamento] [Londres: SPCK, 1955, reimpresión], pp. 150-154).

Josefo, el historiador judío del siglo I escribió: “Existen tres sectas filosóficas entre los judíos. Los seguidores de la primera se denominan fariseos, los de la segunda saduceos y los de la tercera secta, cuya pretensión es ejercer una disciplina más severa, son los esenios” (*Guerras judías*, 2.8.2). Así que el término en griego era lo bastante amplio como para abarcar todas las sectas religiosas. El uso del artículo definido junto con la palabra **filosofías**, indica que Pablo se refería aquí a las creencias específicas de los herejes colosenses. Lo más probable es que se refiera al conocimiento superior y trascendental que ellos pretendían alcanzar mediante la experiencia mística.

Pablo prosigue describiendo esta filosofía como **huecas sutilezas**. Lightfoot escribió al respecto: “La ausencia tanto de la preposición como del artículo en la segunda cláusula señala que *kenēs apatēs* [**huecas sutilezas**] describe y califica a *philosophia*” (*St. Paul’s Epistles to the Colossians and to Philemon* [Epístolas de San Pablo a los colosenses y a Filemón] [1879, Grand Rapids: Zondervan, 1959, reimpresión], p. 178). A su vez, tradujo la frase de la siguiente manera: “a través de su filosofía que es un fraude hueco” (p. 178). Aunque los falsos maestros de Colosas consideraban que sus ideas eran el compendio de la sabiduría, Pablo las desecha como **huecas sutilezas**.

Apatēs (**sutilezas**) significa “un engaño, un fraude, un artificio”. La filosofía de los falsos maestros de Colosas no era lo que parecía ser. Sonaba bien y seducía la mente de aquellos a quienes engañaba, pero era una mera ilusión insulsa. Dicha filosofía humana y especulativa carece por completo de valor, sin importar cuán profunda y religiosa parezca.

El comentarista Herbert Carson expresa una advertencia muy apropiada:

No cabe la menor duda de que la filosofía sería aceptada por Pablo en el sentido simple de un amor por el conocimiento y un anhelo por la verdad. No obstante, ante la filosofía en su sentido más avanzado que subraya la primacía de la razón humana, Pablo se opondría rotundamente... por ende, aunque el cristiano puede evaluar de cierta manera negativa la filosofía especulativa, permanecerá vigilante no sea que termine estudiando la revelación no como un creyente, sino como un humanista. Esto no significa que deba mantener una fe ciega e

irracional. Pero sí que, en vez de estudiar las Escrituras a la luz de los supuestos filosóficos y así perjudicar su interpretación, acepte los límites de su intelecto y sea consciente del hecho de que su propia mente actúa bajo la influencia de su naturaleza pecaminosa. De este modo estará en disposición de ser enseñado por el Espíritu Santo y reconocerá que la Palabra de Dios, y no su propia razón, es quien dictamina la verdad (*The Epistles of Paul to the Colossians and Philemon* [Las epístolas de Pablo a los colosenses y a Filemón] [Grand Rapids: Eerdmans, 1976], p. 62).

Pablo menciona dos fuentes de las cuales brotan las huecas sutilezas. La primera se basa en **las tradiciones de los hombres**. **Tradición** viene de *paradosis*, y se refiere a aquello que se transmite de una persona a otra. El simple hecho de que las personas hayan creído en algo transmitiéndolo a través de los años, no significa que sea verdad. Muy a menudo la tradición solo sirve para perpetuar el error.

Un estudio de la historia de la filosofía sirve para ilustrar este punto. La mayoría de los filósofos han basado su trabajo en la obra de otros filósofos que les han precedido, ya sea para perfeccionar su sistema o para rebatirlo. Francis Schaeffer señaló: “Un hombre podría trazar un círculo y decir ‘usted puede vivir en este círculo’. Otro hombre podría tacharlo y trazar un nuevo círculo. Luego vendría otro a hacer lo mismo dibujando su propio círculo y así sucesivamente hasta el infinito”. (*The God Who Is There* [El Dios que está presente] [Downers Grove, Ill.: InterVarsity, 1973], p. 17).

El judaísmo del primer siglo es otro ejemplo de los efectos de la tradición. Los líderes y maestros judíos habían introducido tantas costumbres, rituales y enseñanzas a la Palabra de Dios, que ya no era posible distinguirla de las tradiciones de los hombres. Marcos 7 relata una conversación entre los escribas, los fariseos y Jesús acerca de este tema. En el versículo 5 le preguntaron a Jesús: “¿Por qué tus discípulos no andan conforme a la tradición de los ancianos?”. Jesús les responde en los versículos 8 al 9: “porque dejando el mandamiento de Dios, os aferráis a la tradición de los hombres... bien invalidáis el mandamiento de Dios para guardar vuestra tradición”.

Los gentiles también tenían sus tradiciones. Pedro utilizó la misma palabra griega en otro contexto al escribir a los gentiles en 1 Pedro 1:18: “sabiendo que fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir, la cual recibisteis [mediante la tradición] de vuestros padres”. Aun en nuestros días se suele utilizar como argumento a favor de la evolución la falsa declaración de que “es lo que los científicos han creído desde siempre”. En todos los ejemplos anteriores, la tradición no era más que ignorancia y falsedad transmitidas de generación en generación. Se trata de tradiciones de hombres y no de Dios (2 Ts. 3:6), que es la única fuente de verdad.

Una segunda fuente de esta falsa filosofía se encuentra en **los rudimentos del mundo**. Resulta difícil reconstruir el sentido exacto de esta frase. *Stoicheia* (**rudimentos**) se refiere en su sentido más simple a las letras del alfabeto. Textualmente significa “cosas en serie”. De ahí que Pablo pudiera describir el sistema de falsa doctrina de los herejes colosenses en términos de algo demasiado elemental y simple como para convenir a adultos espiritualmente maduros. Aceptar sus enseñanzas equivaldría a rebajarse y retroceder en la enseñanza madura de las Escrituras basada en una sabiduría y pensamiento avanzados hasta una enseñanza infantil que corresponde a una religión inmadura basada en pensamientos pueriles.

Abandonar la verdad bíblica por abrazar una filosofía hueca es como regresar a los cursos para preescolares después de haber alcanzado un doctorado. Pablo escribe:

Porque la palabra de la cruz es locura a los que se pierden; pero a los que se salvan, esto es, a nosotros, es poder de Dios. Pues está escrito: Destruiré la sabiduría de los sabios, Y desecharé el entendimiento de los entendidos. ¿Dónde está el sabio? ¿Dónde está el escriba? ¿Dónde está el disputador de este siglo? ¿No ha enloquecido Dios la sabiduría del mundo? Pues ya que en la sabiduría de Dios, el mundo no conoció a Dios mediante la sabiduría, agradó a Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación. (1 Co. 1:18-21)

La misma frase se encuentra en Gálatas 4:3: “Así también nosotros, cuando éramos niños, estábamos en esclavitud bajo los rudimentos del mundo”. Una vez más resulta evidente aquí el elemento de inmadurez. Sea que hablemos del judaísmo del primer siglo como es el caso en Gálatas, o de la falsa enseñanza que amenazaba a los colosenses, la religión humana es siempre retrógrada, trivial, superficial, inferior, primitiva y carente de trascendencia. No imparte una verdad nueva ni profunda. Y lo más nefasto de todo es que en su esencia misma pretende alcanzar la salvación por obras.

Existe un segundo sentido para *stoicheia*, aunque menos probable. Podría referirse a espíritus elementales; ya sea supuestas emanaciones de Dios o seres espirituales que las personas en la antigüedad relacionaban con las estrellas y los planetas. La astrología no es algo nuevo. Muchos de los grandes hombres del mundo antiguo, tales como Alejandro Magno y Julio César creían en ella de manera tácita. Las personas que creían en la astrología caían en las garras de un determinismo rígido. El movimiento de las estrellas y de los planetas controlaba su destino, a menos que tuvieran el conocimiento oculto necesario para escapar de su control. Este conocimiento secreto es el mismo que pretendían poseer los falsos maestros. Ya que muchos de los colosenses habían creído en la astrología antes de llegar a la salvación, Pablo estaba también previniéndolos acerca de esta falsa enseñanza. En cualquiera de los dos casos, lo que los herejes ofrecían

no era un progreso en el conocimiento espiritual, sino un retroceso a un estado espiritual pueril y a una doctrina de demonios (cp. 1 Ti. 4:1).

LA SUFICIENCIA DE CRISTO

y no según Cristo. Porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad, y vosotros estáis completos en él, que es la cabeza de todo principado y potestad. (2:8b-10)

Este es uno de los pasajes más benditos de todas las Escrituras. Presenta la majestad gloriosa de la persona de Cristo y su completa suficiencia. El versículo 9 constituye quizás la declaración más contundente de la deidad de Cristo que se encuentra en las epístolas. Es la roca sobre la cual todos los intentos de negar la deidad de Cristo quedan hechos pedazos. Resulta obvio que los herejes negaban que Cristo fuera Dios, y este era el elemento más funesto y perturbador de su “satanología”, como lo es en cualquier sistema de falsa doctrina.

Esta falsa doctrina formaba parte del sistema religioso ideado por Satanás y difundido por las personas cuyo contenido estaba en franca contradicción a la revelación de las Escrituras acerca de Cristo. Como todos los sistemas religiosos falsos, es incapaz de salvar. Este es el punto culminante de su carácter letal. Solo en Cristo **habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad**. Solo Él tiene el poder para salvar. *Plērōma* (**plenitud**) es la misma palabra utilizada en 1:19. Como vimos en el estudio de ese pasaje, era un término utilizado por los herejes colosenses. Estos creían que la *plērōma* divina estaba dividida en su manifestación a través de sus diversas emanaciones. Cada una tenía una parte según su posición dentro de la escalera descendente de lo bueno a lo malo. Pablo, sin embargo, insiste en afirmar que toda la plenitud **de la Deidad**, no una parte de ella, está en Cristo. *Katoikeō* (**habita**) significa “radicarse y estar en casa”. El tiempo presente utilizado indica que la esencia de la deidad habita continuamente en Cristo. Deidad es una palabra que recalca la naturaleza divina. Esta naturaleza divina que habitó en permanencia en Jesucristo no fue alguna luz divina que lo alumbró durante un tiempo, sino que era suya. Él es Dios en toda su dimensión, y lo es para siempre. Y siendo quien posee toda la plenitud de la deidad, Cristo **es la cabeza de todo principado y potestad**. Él no es uno más entre otros seres de una serie de emanaciones que proceden de Dios, como suponían los falsos maestros. Antes bien, Él es Dios mismo y, como tal, la Cabeza sobre todo el reino angelical.

Como hemos visto, parece que los falsos maestros de Colosas también enseñaban una forma de dualismo filosófico mediante el cual postulaban que el espíritu era bueno y la materia mala. Por esto para ellos era impensable que Dios habitara un cuerpo humano. Pablo refuta esta falsa doctrina señalando que toda la plenitud de la deidad habita en Cristo **corporalmente**. Aquel que se revistió de naturaleza humana en Belén conservará esa humanidad por toda la eternidad. Será para siempre Dios-hombre.

Puesto que Cristo es quien es, nosotros estamos **completos en él**. Él nos imparte su plenitud. *Peplērōmenoi* (**estar completos**) es una forma del verbo *plēroō*, del cual procede el sustantivo *plērōma*. Cristo es la *plērōma* de Dios, y nosotros estamos llenos de su *plērōma*. Juan escribió: “Porque de su plenitud tomamos todos, y gracia sobre gracia” (Jn. 1:16). El tiempo perfecto del participio *peplērōmenoi* indica que la llenura que hemos recibido es eterna.

Después de la caída, el hombre quedó incompleto. Está espiritualmente incompleto porque se encuentra en total separación de Dios, sin posibilidades de comunión con Él. Está moralmente incompleto porque vive aparte de la voluntad de Dios. Está mentalmente incompleto porque desconoce la verdad suprema.

Al experimentar la salvación, los creyentes se convierten en “participantes de la naturaleza divina” (2 P. 1:4) y están completos. Los creyentes están espiritualmente completos porque tienen comunión con Dios. Están moralmente completos por reconocer la autoridad de la voluntad de Dios, y están mentalmente completos porque conocen la verdad acerca de la realidad última.

Sostener que quienes están completos en Cristo aún carecen de algo, como lo hicieron los herejes colosenses, resulta inadmisibles. Quienes son “participantes de la naturaleza divina” han recibido “todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad” mediante “su divino poder” (2 P. 1:3). Todos los creyentes verdaderos estamos completos en Cristo y no necesitamos enseñanza alguna de falsos maestros o de falsos cultos.

Cada persona tiene la libertad de escoger entre dos alternativas: seguir la sabiduría humana o venir a Cristo. Seguir la sabiduría humana significa ser arrastrado por los emisarios de Satanás y por su falso sistema que dejan a cualquier persona incompleta en su espíritu. Venir a Cristo significa venir al único que puede ofrecerle al hombre estar completo. Los que hemos encontrado a Cristo jamás dudemos de su suficiencia apartándonos en pos de la sabiduría humana. (Si desea profundizar en el tema de nuestra suficiencia en Cristo, puede ver mi libro *Our Sufficiency in Christ* [Nuestra suficiencia en Cristo] [Dallas: Word, 1991]).

9. Completos en Cristo

En él también fuisteis circuncidados con circuncisión no hecha a mano, al echar de vosotros el cuerpo pecaminoso carnal, en la circuncisión de Cristo; sepultados con él en el bautismo, en el cual fuisteis también resucitados con él, mediante la fe en el poder de Dios que le levantó de los muertos. Y a vosotros, estando muertos en pecados y en la incircuncisión de vuestra carne, os dio vida juntamente con él, perdonándoos todos los pecados, anulando el acta de los decretos que había contra nosotros, que nos era contraria, quitándola de en medio y clavándola en la cruz, y despojando a los principados y a las potestades, los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz. (2:11-15)

La sanidad física fue un aspecto esencial del ministerio del Señor en esta tierra. A través de ella afirmó sus credenciales mesiánicas, hizo manifiesta la tierna compasión de Dios y anunció el reino del milenio en el que todas las enfermedades dejarán de existir. Las sanidades que nuestro Señor obró, también ilustran un principio importante acerca de la salvación. Cuando Jesús sanaba a una persona, restablecía por completo su salud física. En Mateo 9:22 leemos: “Pero Jesús, volviéndose y mirándola, dijo: Ten ánimo, hija; tu fe te ha salvado. Y la mujer fue salva desde aquella hora”. Mateo 15:28 relata la sanidad de la hija de una mujer cananea: “Entonces respondiendo Jesús, dijo: Oh mujer, grande es tu fe; hágase contigo como quieres. Y su hija fue sanada desde aquella hora”. Cuando el siervo del centurión regresó a la casa “hallaron sano al siervo que había estado enfermo” (Lc. 7:10). Jesús dijo a la multitud en el templo: “si recibe el hombre la circuncisión en el día de reposo, para que la ley de Moisés no sea quebrantada, ¿os enojáis conmigo porque en el día de reposo sané completamente a un hombre?” (Jn. 7:23). El ministerio de sanidad de nuestro Señor podría resumirse en las palabras de Mateo 15:31: “de manera que la multitud se maravillaba, viendo a los mudos hablar, a los mancos sanados, a los cojos andar, y a los ciegos ver; y glorificaban al Dios de Israel”.

De la misma manera que Jesús restableció por completo a las personas que sanó en su cuerpo, Él provee salvación completa cuando sana el espíritu. Esta salvación no requiere elementos adicionales de falsa filosofía humana o de psicología, de ritualismo, misticismo, negación del yo, o cualquier otra obra humana. En Cristo estamos “completos” (Col. 2:10; cp. 2 P. 1:3). Cuando una persona viene a Cristo mediante la fe salvadora en Él, se convierte en una “nueva criatura”, y sucede que “las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas” (2 Co. 5:17; cp. Gá. 6:15).

Tras haber establecido en 2:10 la verdad de que los cristianos están completos en Cristo, Pablo señala tres aspectos de ese estado en 2:11-15. En Cristo tenemos salvación completa, perdón completo y victoria completa.

SALVACIÓN COMPLETA

En él también fuisteis circuncidados con circuncisión no hecha a mano, al echar de vosotros el cuerpo pecaminoso carnal, en la circuncisión de Cristo; sepultados con él en el bautismo, en el cual fuisteis también resucitados con él, mediante la fe en el poder de Dios que le levantó de los muertos. (2:11-12)

Como ya hemos estudiado, la herejía colosense era una combinación de filosofía pagana y legalismo judío. Era de esperarse que los falsos maestros de Colosas, al igual que los judaizantes que Pablo había confrontado en Galacia, enseñaran la necesidad de la circuncisión para alcanzar la salvación.

Cada niño judío era circuncidado al octavo día de su nacimiento (Lv. 12:2-3). Esa era la señal de que pertenecía a la nación del pacto (Gn. 17:10-14). En la historia de Israel han existido dos escuelas de pensamiento en lo que a la circuncisión se refiere. La primera sostenía que la circuncisión era suficiente para la salvación, ya que garantizaba la afiliación a la nación del pacto. No obstante, esta posición estaba errada, puesto que “no todos los que descienden de Israel son israelitas” (Ro. 9:6). La afiliación a la comunidad del pacto no garantizaba la salvación individual. Pablo escribe en Romanos 2:25, 28: “Pues en verdad la circuncisión aprovecha, si guardas la ley; pero si eres transgresor de la ley, tu circuncisión viene a ser incircuncisión... Pues no es judío el que lo es exteriormente, ni es la circuncisión la que se hace exteriormente en la carne”.

La segunda posición sostenía que la circuncisión era solo una demostración exterior de que el hombre había nacido en pecado y necesitaba ser limpio. El corte del prepucio del órgano sexual masculino era una manera gráfica de demostrar que el hombre necesitaba ser limpio hasta lo más profundo de su ser. Ninguna otra parte del cuerpo humano hace tan evidente la profundidad del pecado por cuanto representa la parte del hombre que genera vida, y todo lo que genera es pecaminoso. Esta es la posición bíblica. Desde el principio, la circuncisión fue utilizada como un símbolo para ilustrar la necesidad desesperada del hombre de ser limpio en su corazón. En Deuteronomio 10:16 Moisés mandó al pueblo de

Israel, diciendo: “Circuncidad, pues, el prepucio de vuestro corazón, y no endurezcáis más vuestra cerviz”. Deuteronomio 30:6 añade: “Y circuncidará Jehová tu Dios tu corazón, y el corazón de tu descendencia, para que ames a Jehová tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma, a fin de que vivas”. El Señor ordenó a los israelitas de la época de Jeremías a circuncidarse para el Señor y quitar el prepucio de sus corazones (Jer. 4:4; cp. 9:26). Dios siempre se ha interesado por el corazón, no por el rito físico.

La experiencia de Abraham esclarece la verdad de que la circuncisión no salva. Pablo escribe en Romanos 4:11 que Abraham “recibió la circuncisión como señal, como sello de la justicia de la fe que tuvo estando aún incircunciso”. Abraham se circuncidó muchos años después que “creyó a Jehová, y le fue contado por justicia” (Gn. 15:6). Su circuncisión fue la señal externa de un corazón justificado por la fe.

El Nuevo Testamento también recalca la circuncisión del corazón. Esteban acusó al sanedrín de ser “incircuncisos de corazón y de oídos” (Hch. 7:51). Pablo definió la verdadera circuncisión en Romanos 2:29: “sino que es judío el que lo es en lo interior, y la circuncisión es la del corazón”.

Para los cristianos, el rito físico de la circuncisión es innecesario puesto que ya hemos sido **circuncidados con circuncisión no hecha a mano**. El propósito de la circuncisión de Cristo es remover **el cuerpo pecaminoso carnal**. Este se refiere a la remoción de la naturaleza pecaminosa y caída que existe en cada ser humano y que lo domina antes de experimentar la salvación, como en el caso del creyente. Los cristianos han sido limpiados de ese dominio pecaminoso y se les ha concedido una nueva naturaleza creada en justicia, habiendo sido **circuncidados con circuncisión no hecha a mano**, es decir, no física, sino espiritual. Al experimentar la salvación “nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado” (Ro. 6:6). Como resultado, “si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas” (2 Co. 5:17). En ningún otro pasaje se expresa con tanta claridad este aspecto como en las palabras de Pablo en Filipenses 3:3: “Porque nosotros somos la circuncisión, los que en espíritu servimos a Dios y nos gloriamos en Cristo Jesús, no teniendo confianza en la carne”. Los creyentes han sido liberados de la dominación del pecado y del juicio, aunque aún siguen expuestos a su presencia.

Surge una pregunta respecto a si los cristianos, habiendo muerto a su naturaleza pecaminosa, todavía pueden pecar. Pablo responde a esta inquietud con un toque muy personal en Romanos 7:15-23:

Porque lo que hago, no lo entiendo; pues no hago lo que quiero, sino lo que aborrezco, eso hago. Y si lo que no quiero, esto hago, apruebo que la ley es buena. De manera que ya no soy yo quien hace aquello, sino el pecado que mora en mí. Y yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien; porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo. Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago. Y si hago lo que no quiero, ya no lo hago yo, sino el pecado que mora en mí. Así que, queriendo yo hacer el bien, hallo esta ley: que el mal está en mí. Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios; pero veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros.

El nuevo carácter que desea hacer el bien y obedecer a Dios habita de todas formas en una carne no redimida: su aspecto humano. Esa carne todavía es susceptible a la tentación de “todo lo que hay en el mundo, los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida” (1 Jn. 2:16). El nuevo hombre de Pablo deseaba obedecer a Dios, pero con todo dijo: “veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros” (Ro. 7:23). La nueva creación es pura y santa. Como creyentes debemos aguardar aún la redención de nuestros cuerpos (Ro. 8:23) cuando estarán listos para heredar el cielo. (Un estudio más completo de esta maravillosa verdad se encuentra en uno de mis comentarios de esta serie, *Romanos 1-8*, en la sección que trata los capítulos 6 al 8).

Cuando concebimos **el bautismo** como un rito necesario para la salvación resulta tan superficial y vano como la circuncisión. Algunos encuentran razones para argumentar la regeneración mediante el bautismo en 2:12, pero es improbable que Pablo descartara un rito para remplazarlo por otro (cp. 1 Co. 1:13-17). Pablo tomaría partido con los mismos ritualistas a quienes está rebatiendo si propusiera el paso de la muerte a la vida espiritual mediante el bautismo en agua. A la luz de 2:12, este no tiene otro significado diferente al de la circuncisión física mencionada en 2:11. Ambos versículos se refieren a realidades espirituales.

El bautismo simboliza la unión del creyente con Cristo. Al ser sepultado con Él en el bautismo, la unión del creyente con Cristo se lleva a cabo mediante la salvación (cp. 1 Co. 12:13). El bautismo es solo un símbolo de esa realidad. Simboliza la identificación del creyente con la muerte, la sepultura y la resurrección de Cristo (cp. Ro. 6:3-4).

La transformación espiritual solo puede lograrse **mediante la fe en el poder de Dios**. Poder es la traducción de la palabra griega *energeia*, de la cual deriva el término *energía*. Se refiere al poder activo de Dios: el mismo poder que **levantó de los muertos** a Cristo. Quienes creen que Dios resucitó a Jesús de entre los muertos también serán resucitados con Él: “que si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo” (Ro. 10:9).

PERDÓN COMPLETO

Y a vosotros, estando muertos en pecados y en la incircuncisión de vuestra carne, os dio vida juntamente con él, perdonándoos todos los pecados, anulando el acta de los decretos que había contra nosotros, que nos era contraria, quitándola de en medio y clavándola en la cruz, (2:13-14)

Aquí Pablo aborda desde una óptica diferente la misma verdad tratada en 2:11-12. Allí subrayó que la salvación es completa y que no requiere ritual religioso alguno. En los versículos siguientes hace hincapié en el perdón completo que no requiere obras por parte del hombre. El perdón es quizás la doctrina más emocionante y reconfortante que contienen las Escrituras, pues es lo que necesitan los pecadores que viven bajo la culpa para ser justificados ante Dios.

Al igual que toda la humanidad pecadora, los colosenses estaban **muertos en pecados** antes de su salvación (cp. Ef. 2:1). La construcción en el griego es un locativo de esfera. Los no creyentes existen en la esfera o el reino de la muerte espiritual. Estar espiritualmente muerto significa estar desprovisto de todo sentido, ser incapaz de responder a estímulos espirituales de la misma manera que la muerte física supone la incapacidad de responder a estímulos físicos. Estar muerto en el espíritu es estar tan bloqueado por el dominio del pecado que no es posible responder a Dios. La Biblia y la verdad espiritual carecen de sentido para una persona en ese estado. Quienes están muertos espiritualmente están dominados por el mundo, la carne y Satanás, y no tienen vida espiritual ni vida eterna.

Pablo describe a los colosenses en su estado anterior como muertos en sus pecados, y también como muertos “**en la incircuncisión de vuestra carne**”. Esta frase se refiere a los gentiles, cuya condición de incircuncisión era la prueba de que estaban excluidos del pacto. Pablo escribió de ellos en Efesios 2:11-12: “Por tanto, acordaos de que en otro tiempo vosotros, los gentiles en cuanto a la carne, erais llamados incircuncisión por la llamada circuncisión hecha con mano en la carne. En aquel tiempo estabais sin Cristo, alejados de la ciudadanía de Israel y ajenos a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo”. De manera que los gentiles se encontraban en un estado mucho más desventajoso que el de los judíos no creyentes, que al menos pertenecían a la comunidad del pacto a la cual se le había confiado la ley de Dios. Así que no resulta sorprendente que Pablo los describiera como personas “sin esperanza y sin Dios en el mundo” (Ef. 2:12).

Pero por fortuna, la historia no termina ahí. Puesto que Dios es “rico en misericordia” (Ef. 2:4), nos **dio vida juntamente con él**. De nuevo, Pablo subraya la unión del creyente con Cristo (cp. 2:10, “en Él”; 2:11, “en Él”; 2:12, “con Él”). Quienes estaban muertos en sus pecados y sin esperanza recibieron nueva vida mediante esa unión. Dios toma la iniciativa en el proceso de salvación porque las personas muertas espiritualmente son incapaces de darse vida a sí mismas.

Como resultado de haber recibido vida juntamente con Cristo, los creyentes hemos sido perdonados de **todos los pecados**. Saber que todos nuestros pecados han sido perdonados es motivo de gran gozo. “Bienaventurado aquel cuya transgresión ha sido perdonada, y cubierto su pecado” (Sal. 32:1).

La verdad más importante de las Escrituras es que Dios perdona los pecados de quienes confían en Él y los hace partícipes de su reino eterno y su gloria. El salmista escribió: “JAH, si mirares a los pecados, ¿quién, oh Señor, podrá mantenerse? Pero en ti hay perdón, para que seas reverenciado” (Sal. 130:3-4). En Isaías 1:18 está escrito: “Venid luego, dice Jehová, y estemos a cuenta: si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; si fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana”. Asimismo dice Isaías en 55:7: “Deje el impío su camino, y el hombre inicuo sus pensamientos, y vuélvase a Jehová, el cual tendrá de él misericordia, y al Dios nuestro, el cual será amplio en perdonar”. “¿Qué Dios como tú, que perdona la maldad, y olvida el pecado del remanente de su heredad?”, exclama a su vez el profeta Miqueas (Mi. 7:18).

El perdón de Dios es un tema sobresaliente en el Nuevo Testamento. Nuestro Señor les dijo a sus discípulos en la última cena: “porque esto es mi sangre del nuevo pacto, que por muchos es derramada para remisión de los pecados”

(Mt. 26:28). Pedro les dijo a quienes estaban reunidos en la casa de Cornelio que “todos los que en él creyeren, recibirán perdón de pecados por su nombre” (Hch. 10:43). En Hechos 13:38-39, Pablo dijo: “Sabed, pues, esto, varones hermanos: que por medio de él se os anuncia perdón de pecados, y que de todo aquello de que por la ley de Moisés no pudisteis ser justificados, en él es justificado todo aquel que cree”. Asimismo escribió a los efesios: “en quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados según las riquezas de su gracia” (Ef. 1:7). En Hebreos 8:12, el Señor dice: “Porque seré propicio a sus injusticias, y nunca más me acordaré de sus pecados y de sus iniquidades”.

¿Cuáles son las características del perdón de Dios? En primer lugar, es lleno de gracia. No es algo que pueda ganarse por méritos, sino que es un don gratuito. Romanos 3:24 dice que somos “justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús”. Pablo refuerza esta declaración en Tito 3:4-7: “Pero cuando se manifestó la bondad de Dios nuestro Salvador, y su amor para con los hombres, nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia, por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo, el cual derramó en nosotros abundantemente por Jesucristo nuestro Salvador, para que justificados por su gracia, viniésemos a ser herederos conforme a la esperanza de la vida eterna”.

En segundo lugar, el perdón de Dios es completo. El perdón, según Efesios 1:7, se recibe “según las riquezas de su gracia”. La gracia de Dios siempre superará al pecado, porque “cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia” (Ro. 5:20). El apóstol Juan declara de plano: “Os escribo a vosotros, hijitos, porque vuestros pecados os han sido perdonados por su nombre” (1 Jn. 2:12).

En tercer lugar, el perdón es un anhelo de Dios. “¿Quiero yo la muerte del impío? dice Jehová el Señor. ¿No vivirá, si se apartare de sus caminos?” (Ez. 18:23; cp. 33:11). “Porque tú, Señor, eres bueno y perdonador, y grande en misericordia para con todos los que te invocan” (Sal. 86:5). Lejos de otorgar su perdón de mala voluntad, Dios anhela y desea con ansias perdonar.

En cuarto lugar, el perdón de Dios es seguro. En Hechos 26:18 Pablo dice que Dios lo envió a los gentiles “para que se conviertan de las tinieblas a la luz, y de la potestad de Satanás a Dios; para que reciban, por la fe que es en mí [Jesús], perdón de pecados y herencia entre los santificados”. El perdón de Dios es seguro porque se basa en las promesas de Dios.

En quinto lugar, el perdón de Dios es incomparable. El profeta Miqueas dijo: “¿Qué Dios como tú, que perdona la maldad, y olvida el pecado del remanente de su heredad? No retuvo para siempre su enojo, porque se deleita en misericordia” (Mi. 7:18). La respuesta a esta pregunta es no, ningún dios es igual a Él. Ningún dios de cualquier religión falsa ofrece dicho perdón.

En sexto lugar, el perdón nos mueve a perdonar. Efesios 4:32 nos ordena: “Antes sed benignos unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros, como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo”. Dios nos ha perdonado la enorme deuda que teníamos con Él y que éramos incapaces de pagar. ¿Cómo podemos hacer menos que perdonar a otros las insignificantes deudas que tienen con nosotros? (cp. Mt. 18:23-35). Este versículo es además la confirmación del perdón completo de Dios. ¿Cómo podría ordenarnos perdonar a otros si Él no nos hubiera perdonado?

Para finalizar, Pablo ilustra el perdón de Dios. Cuando Dios nos perdona, lo hace **anulando el acta de los decretos que había contra nosotros, que nos era contraria, quitándola de en medio y clavándola en la cruz. El acta de los decretos** traduce *cheirographos*, cuyo significado literal es “manuscrito” o “autógrafo”. Se utilizaba para referirse a un certificado escrito a mano cuyo fin era reconocer la obligación en una deuda. Pablo describe ese certificado como **decretos que había contra nosotros. Dogmasin (decretos)** se refiere a la ley mosaica (cp. Ef. 2:15). Todas las personas (incluso los gentiles, cp. Ro. 2:14-15) son deudores ante Dios porque han infringido su ley. El certificado **nos era contrario**, lo cual significa que era suficiente para condenarnos al juicio y al infierno, porque escrito está: “Maldito todo aquel que no permaneciere en todas las cosas escritas en el libro de la ley, para hacerlas” (Gá. 3:10). **Exaleiphō (quitándola de en medio)** significa “quitar frotando”, como cuando se borra un tablero. Los documentos antiguos se escribían con frecuencia en papiro, un material parecido al papel, hecho a partir de juncos o vitelas sacadas de piel de animal. La tinta usada no debía contener ácido ni mojar el material escrito. Ya que la tinta permanecía en la superficie, podía ser quitada frotando en caso de que el escriba deseara reutilizar el material. Pablo dice aquí que Dios borró nuestro certificado o acta de deuda, **clavándola luego en la cruz**. No queda el más mínimo rastro en nuestra contra. Nuestro perdón es completo.

VICTORIA COMPLETA

y despojando a los principados y a las potestades, los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz. (2:15)

Despojando (lit. “desnudando”) **a los principados y a las potestades** (ángeles caídos), **los exhibió públicamente,**

triunfando sobre ellos en la cruz. El lenguaje utilizado en este pasaje permite imaginar la escena de un general romano después de haber obtenido la victoria, exhibiendo en un desfile público los cautivos que acaba de derrotar a todo lo largo de las calles de Roma. La victoria de Cristo en la cruz despojó por completo a Satanás de todo su poder y acabó con los planes demoníacos cuyo fin es detener su obra redentora. Hebreos 2:14 dice: “Así que, por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, él también participó de lo mismo, para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo”.

Adorar a seres tan humillados y derrotados como los que Cristo derrotó sería el colmo de la locura. La cruz es la respuesta a los herejes colosenses que insistían en la adoración a los seres angelicales. Por medio del Señor Jesús y de su obra en la cruz (cp. Ef. 1:20-23; 3:10) Dios canceló la deuda del creyente, derrotando a Satanás y a sus ángeles caídos. Esa es la razón por la cual Pablo puede declarar en Romanos 8:37-39: “Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó. Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro”. Aunque aún debemos luchar contra las fuerzas del mal (Ef. 6:12), éstas no pueden vencernos. Cristo, el Señor de todos que fue crucificado y resucitó, reina soberano en el universo. Estar unido a Él es estar libre del dominio de Satanás.

La muerte de Cristo nos concede transformación, perdón y victoria. Todo esto resulta en una salvación completa con un perdón completo y una victoria completa. Con toda razón Pablo dijo: “Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo” (Gá. 6:14).

10. Intimidación espiritual

Por tanto, nadie os juzgue en comida o en bebida, o en cuanto a días de fiesta, luna nueva o días de reposo, todo lo cual es sombra de lo que ha de venir; pero el cuerpo es de Cristo. Nadie os prive de vuestro premio, afectando humildad y culto a los ángeles, entremetiéndose en lo que no ha visto, vanamente hinchado por su propia mente carnal, y no asiéndose de la Cabeza, en virtud de quien todo el cuerpo, nutriéndose y uniéndose por las coyunturas y ligamentos, crece con el crecimiento que da Dios. Pues si habéis muerto con Cristo en cuanto a los rudimentos del mundo, ¿por qué, como si vivieseis en el mundo, os sometéis a preceptos tales como: No manejes, ni gustes, ni aun toques (en conformidad a mandamientos y doctrinas de hombres), cosas que todas se destruyen con el uso? Tales cosas tienen a la verdad cierta reputación de sabiduría en culto voluntario, en humildad y en duro trato del cuerpo; pero no tienen valor alguno contra los apetitos de la carne. (2:16-23)

Hoy día, con la avanzada capacidad de difusión de los medios nos vemos asaltados por la falsa enseñanza en una proporción sin precedentes. Por todos lados, de manera manifiesta o implícita, se niega la suficiencia de Jesucristo. La falsa filosofía se ha infiltrado en la iglesia disfrazada de psicología, la cual se considera con demasiada frecuencia como un complemento necesario de la Palabra de Dios. Muchos se inclinan por el misticismo alegando recibir visiones de revelaciones no bíblicas. Otros son legalistas equiparando la santidad con la observancia de una serie de rituales culturales. Otros optan por practicar el ascetismo argumentando que la pobreza o la privación física son el camino a la santidad. Y con frecuencia los pastores, ancianos y otros líderes de la iglesia, que tienen a su cargo la responsabilidad de advertir a la iglesia acerca del peligro de estas falsas enseñanzas, son los mismos que proclaman semejantes errores.

Las iglesias del valle del Lico también enfrentaban el peligro de la intimidación espiritual. Los falsos maestros les decían que Jesucristo no era suficiente y que necesitaban algo más. Esas personas creían estar en un nivel superior de conocimiento espiritual y conocer los secretos de la iluminación espiritual. Esa verdad superior y oculta iba más allá de la persona de Jesucristo y de la Palabra. Estos herejes formaron una élite o grupo exclusivo que menospreciaba a los “no iluminados” e “ingenuos” cristianos, y llegaron a engañar a algunos apartándolos de la fe exclusiva en Cristo. El “elemento adicional” que ofrecían los falsos maestros consistía en un sincretismo de filosofía pagana, legalismo judío, misticismo y ascetismo. Como vimos antes, Pablo escribió a los colosenses para refutar estas falsas enseñanzas y presentar la absoluta suficiencia de Jesucristo para la salvación y la santificación. Puesto que los colosenses tenían a Cristo, y Él es suficiente, no debían sentirse intimidados por los falsos maestros.

En 2:8-23 Pablo refuerza su ataque contra los falsos maestros. En los versículos anteriores ya ha confrontado la filosofía (2:8-10) y presentado la suficiencia de Cristo (2:11-15). Ahora prosigue su refutación de la herejía colosense enfrentando el legalismo (2:16-17), el misticismo (2:18-19) y el ascetismo (2:20-23).

EL LEGALISMO

Por tanto, nadie os juzgue en comida o en bebida, o en cuanto a días de fiesta, luna nueva o días de reposo, todo lo cual es sombra de lo que ha de venir; pero el cuerpo es de Cristo. (2:16-17)

El legalismo es la religión de los logros humanos. Arguye que la espiritualidad no se basa solo en Cristo, sino también en las obras. La medida de la espiritualidad se conforma entonces a las normas hechas por el hombre. Los creyentes, sin embargo, están completos en Cristo, el cual ha provisto completa salvación, perdón y victoria. No deben sacrificar su libertad en Cristo para someterse a reglas humanas. **Por tanto**, dice Pablo, que **nadie os juzgue**. Por cuanto “el fin de la ley es Cristo, para justicia a todo aquel que cree” (Ro. 10:4), someterse de nuevo a un sistema legalista resulta dañino e inútil. Pablo les recordó a los gálatas que habían sido seducidos por el legalismo: “Estad, pues, firmes en la libertad con que Cristo nos hizo libres, y no estéis otra vez sujetos al yugo de esclavitud” (Gá. 5:1).

El legalismo es ineficaz por cuanto no puede refrenar la carne. También es una ilusión peligrosa porque los cristianos que en su interior consienten la rebelión o la desobediencia, o incluso los mismos no creyentes, pueden ocultarlo adoptando con facilidad una serie de costumbres o rituales externos. Gardiner Spring, pastor norteamericano del siglo XIX advirtió:

Un hombre moralista puede mostrar gran preocupación por sus deberes hacia el prójimo, en tanto que desatiende por completo los deberes ante Dios, que son superiores en importancia. Nada sabe acerca de amar y servir a Dios. De todo lo que hace o deja de hacer, nada es para Dios. Es honrado en todos sus asuntos excepto para con Dios, a nadie roba sino a Dios, con nadie se muestra desagradecido e infiel sino con Dios, y hacia ningún otro siente desdén arguyendo reproches sino hacia Dios. En sus principios no hay cabida a una relación profunda con Dios y las obras que manifiesta así como su piedad tampoco constituyen el fruto de una relación alguna con Él. No solo es capaz de desconfiar de las Escrituras, sino que podría pasar toda su vida sin leerlas. No solo puede pasar por

alto la autoridad divina, sino toda forma de adoración divina, y puede vivir y morir como si Dios no existiera para él ni él para Dios. El carácter del joven que presenta el evangelio es un cuadro doloroso y patético de la imperfección de la moralidad externa (vea Mt. 19:16-22). A este no le faltó honradez ni verdad, no era impuro ni rebelde. Tampoco lo eran los mandamientos que había observado con esmero en su exterior. Aun llegó a decir: “todo esto lo he guardado”. No vivía una bondad esporádica, sino que llevaba un estilo de vida uniforme y continuo. Había cumplido con todo “desde su juventud”. Tampoco fue esto. Se mostró dispuesto a conocer todos los deberes que debía cumplir preguntando: “¿qué más me falta?”. Con todo, al llegar el momento de la prueba, este pobre joven se dio cuenta de que, con toda su moralidad jactanciosa, no podía negarse a sí mismo, tomar su cruz y seguir a Cristo (*The Distinguishing Traits of Christian Character* [Los rasgos distintivos del carácter cristiano] [Phillipsburg, N.J.: Presby. & Ref., s.f.], pp. 7-8).

Una preocupación constante de Pablo era que los cristianos no fueran intimidados por el legalismo. Ordenó a Tito no prestar atención “a fábulas judaicas, ni a mandamientos de hombres que se apartan de la verdad. Todas las cosas son puras para los puros, mas para los corrompidos e incrédulos nada les es puro; pues hasta su mente y su conciencia están corrompidas” (Tit. 1:14-15). Romanos 14-15 y 1 Corintios 8-10 también hablan de la libertad cristiana y la única razón legítima para restringirla: proteger a un hermano o a una hermana débil en su fe.

Los falsos maestros les decían a los colosenses que no era suficiente tener a Cristo, sino que necesitaban observar la ley ceremonial judía. Es muy probable que sus prohibiciones **en comida o en bebida** se basaran en las leyes de la dieta del Antiguo Testamento (cp. Lv. 11). Estas leyes fueron dadas a Israel como una marca distintiva del pueblo de Dios y para evitar que se entremezclaran con las naciones circunvecinas.

Ya que los colosenses estaban bajo el nuevo pacto, las leyes de la dieta del antiguo pacto no tenían ya ninguna relevancia. Jesús lo estableció con claridad en Marcos 7:

Y llamando a sí a toda la multitud, les dijo: Oídme todos, y entended: Nada hay fuera del hombre que entre en él, que le pueda contaminar; pero lo que sale de él, eso es lo que contamina al hombre. Si alguno tiene oídos para oír, oiga. Cuando se alejó de la multitud y entró en casa, le preguntaron sus discípulos sobre la parábola. El les dijo: ¿También vosotros estáis así sin entendimiento? ¿No entendéis que todo lo de fuera que entra en el hombre, no le puede contaminar, porque no entra en su corazón, sino en el vientre, y sale a la letrina? Esto decía, haciendo limpios todos los alimentos. (vv. 14-19)

Pablo les recuerda a los romanos que “el reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo” (Ro. 14:17). El hecho de que las leyes de la dieta ya no están más en vigencia se demostró con la visión de Pedro (Hch. 10:9-16) y se ratificó de manera formal por el concilio de Jerusalén (Hch. 15:28-29).

Los **días de fiesta** formaban parte del calendario judío de fiestas solemnes tales como la Pascua, Pentecostés y la fiesta de los tabernáculos (cp. Lv. 23). También se ofrecían sacrificios durante la **luna nueva** que corresponde al primer día del mes (Nm. 28:11-14).

A diferencia de lo que muchos pretenden hoy día, no es obligatorio para los cristianos guardar los **días de reposo** para la adoración. Ni el sábado ni los demás días santos del antiguo pacto que menciona Pablo son obligatorios bajo el nuevo pacto. Existe suficiente evidencia en las Escrituras que respaldan esta verdad. En primer lugar, el sábado era una señal para Israel en el antiguo pacto (Éx. 31:16-17; Neh. 9:14; Ez. 20:12). Puesto que ahora estamos bajo un nuevo pacto (He. 8), ya no se nos exige guardar las señales del antiguo pacto.

En segundo lugar, no existe un solo mandato en el Nuevo Testamento que ordene observar el día sábado.

Tercero, el único culto de adoración de la iglesia primitiva registrado en el Nuevo Testamento se realizó un domingo, el primer día de la semana (Hch. 20:7).

Cuarto, no existe alusión alguna de parte de Dios a exigir a las naciones gentiles la observancia del sábado, y tampoco se les condena por no hacerlo. En realidad resulta extraño exigirle a todos los pueblos la observancia del sábado.

Quinto, no hay evidencia de que se guardara el sábado antes del tiempo de Moisés, y tampoco existen mandatos para hacerlo antes de la ley revelada en el Monte Sinaí.

Sexto, el concilio de Jerusalén no impuso esta norma a los creyentes gentiles (Hch. 15).

Séptimo, Pablo amonestó a los gentiles acerca de muchos pecados diferentes en sus cartas, pero jamás mencionó la no observancia del sábado.

Octavo, Pablo reprendió a los gálatas por pensar que Dios les exigía guardar ciertos días (inclusive el sábado) (Gá. 4:10-11).

Noveno, Pablo enseñó que la observancia del sábado era un asunto de libertad cristiana (Ro. 14:5).

Décimo, los padres de la iglesia primitiva, desde Ignacio hasta Agustín, enseñaron que el día de reposo (el sábado) del Antiguo Testamento había sido abolido y que el primer día de la semana (el domingo) era el día de adoración para los cristianos. Esto rebate el argumento de que la adoración dominical solo se instituyó hasta el siglo IV.

Las leyes de la dieta, las fiestas solemnes, los sacrificios y la adoración en el día de reposo eran **sombra de lo que ha de venir; pero el cuerpo es de Cristo**. Una sombra no es la realidad, pues la realidad es la que produce la sombra. Jesucristo es la realidad tras la sombra. Por ejemplo, en lo tocante a las normas alimentarias, Él es “el pan que descendió del cielo” (Jn. 6:41). No es necesario que los cristianos observemos la Pascua, “porque nuestra pascua, que es Cristo, ya fue sacrificada por nosotros” (1 Co. 5:7). ¿Qué razón habría para exigirles a los gentiles observar el sábado cuando Dios les ha concedido el reposo eterno (He. 4:1-11)? Seguir preocupándose por las sombras cuando ya ha llegado la realidad es un esfuerzo vano.

Lo que Pablo enseña aquí es muy sencillo: la verdadera espiritualidad no consiste en observar normas externas, sino en gozar de una relación íntima con Jesucristo.

EL MISTICISMO

Nadie os prive de vuestro premio, afectando humildad y culto a los ángeles, entremetiéndose en lo que no ha visto, vanamente hinchado por su propia mente carnal, y no asiéndose de la Cabeza, en virtud de quien todo el cuerpo, nutriéndose y uniéndose por las coyunturas y ligamentos, crece con el crecimiento que da Dios. (2:18-19)

El misticismo podría definirse como la búsqueda de una experiencia religiosa subjetiva mayor o más profunda. Es la creencia de que la realidad espiritual se conoce por fuera del intelecto humano o de los sentidos naturales. Busca la verdad en las sensaciones internas tales como los sentimientos y la intuición más que en la información objetiva, observable y externa. El misticismo infiere su autoridad a partir de la iluminación interior que se actualiza y se valida a sí misma. Esta actitud irracional y en contra del intelecto es la antítesis de la teología cristiana. Los falsos maestros hacían alarde de tener una unión mística con Dios. Pablo exhorta a los colosenses a no permitir que alguno de estos falsos maestros los **“prive de [su] premio”**. Los herejes pretendían actuar como árbitros espirituales y reprobaban a los colosenses por no guiarse según sus normas.

Humildad viene de tapeinophrosunē, que por lo general se traduce como “humildad”. Algunas traducciones recalcan el uso negativo del término en este contexto. La humildad de los herejes colosenses era una falsa humildad. Estos, **afectando humildad**, hacían ver que su supuesta humildad no era más que un detestable orgullo. Su actitud era similar a la de Uriah Heep, uno de los personajes más despreciables de la literatura inglesa, que dijo: “soy muy consciente de ser la persona más humilde que existe” (capítulo 16 de *David Copperfield* de Charles Dickens).

No obstante, los falsos maestros padecían de un problema mucho más serio que la falsa humildad. También practicaban el **culto a los ángeles**, negando con ello la verdad de que “hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre” (1 Ti. 2:5).

La adoración a los ángeles era una herejía que se había difundido como una plaga en la región de Frigia (donde estaba ubicada la ciudad de Colosas) durante siglos. El comentarista William Hendriksen señala que en 363 d.C. se llevó a cabo un concilio eclesiástico en Laodicea, ciudad vecina a Colosas. Este declaró: “No está bien que los cristianos abandonen la iglesia de Dios y se aparten para invocar a los ángeles” (Canon 25; citado en *Philippians, Colossians, and Philemon*. [Filipenses, Colosenses y Filemón]. Comentario del Nuevo Testamento [Grand Rapids: Baker, 1981], p. 126). Teodoro, quien fuera padre de la iglesia primitiva, hablando acerca de Colosenses 2:18 dijo: “La enfermedad que San Pablo denuncia prosiguió durante un largo tiempo en Frigia y Pisidia” (citado en Hendriksen, p. 126). Se sabe que el arcángel Miguel era adorado en Asia Menor hasta 739 d.C. También se le atribuyeron sanidades milagrosas.

La Biblia prohíbe con vehemencia la adoración a los ángeles. “Escrito está”, le dijo Jesús a Satanás, “Al Señor tu Dios adorarás, y a él solo servirás” (Mt. 4:10).

Como podemos notar en la visión de Isaías, los ángeles mismos adoran a Dios:

En el año que murió el rey Uzías vi yo al Señor sentado sobre un trono alto y sublime, y sus faldas llenaban el templo. Por encima de él había serafines; cada uno tenía seis alas; con dos cubrían sus rostros, con dos cubrían sus pies, y con dos volaban. Y el uno al otro daba voces, diciendo: Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos; toda la tierra está llena de su gloria. Y los quiciales de las puertas se estremecieron con la voz del que clamaba, y la casa se llenó de humo. (Is. 6:1-4)

En Apocalipsis 5:11-12 Juan escribe: “Y miré, y oí la voz de muchos ángeles alrededor del trono, y de los seres vivientes, y de los ancianos; y su número era millones de millones, que decían a gran voz: El Cordero que fue inmolado es digno de tomar el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, la honra, la gloria y la alabanza”.

Cuando Juan se dispuso a adorar a un ángel, fue reprendido por hacerlo: “Yo me postré a sus pies para adorarlo. Y él me dijo: Mira, no lo hagas; yo soy consiervo tuyo, y de tus hermanos que retienen el testimonio de Jesús. Adora a Dios; porque el testimonio de Jesús es el espíritu de la profecía” (Ap. 19:10; cp. Ap. 22:9).

Además de practicar la falsa humildad y la adoración a los ángeles, los falsos maestros declaraban haber recibido visiones. Como muchos herejes y falsos cultos a lo largo de los siglos, pretendían apoyar sus aberrantes enseñanzas en visiones que alegaban haber experimentado. Algunos de los peores excesos del movimiento carismático de nuestros días se derivan de tales visiones. No hay necesidad de revelaciones adicionales extrabíblicas mediante visiones, porque “Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado *por el Hijo*” (He. 1:1-12, cursivas añadidas).

Pablo alerta a los colosenses a no sentirse intimidados por las declaraciones de los falsos maestros. Lejos de ser la élite espiritual que pretendían, estaban **vanamente hinchados por su propia mente carnal**. Al ser culpables de orgullo espiritual desmedido, carecían de cualquier respaldo del Espíritu Santo. Al pretender ir más allá de las enseñanzas de Cristo (cp. 2 Jn. 9), no se asieron **de la Cabeza** que es Cristo (cp. Col. 1:18). Él es **en virtud de quien todo el cuerpo, nutriéndose y uniéndose por las coyunturas y ligamentos, crece con el crecimiento que da Dios**. El crecimiento espiritual es el resultado de la unión con Cristo. Jesús dice en Juan 15:4-5: “Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí. Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer”.

En el ser humano existe la tendencia de pasar de la objetividad a la subjetividad; de apartar los ojos de Cristo para ponerlos en la experiencia. Esto ha sido siempre motivo de intimidación para los creyentes débiles y una amenaza para la iglesia.

Hoy día el misticismo se manifiesta con mayor frecuencia en el movimiento carismático donde a veces las Escrituras pasan a un segundo plano de importancia frente a las visiones y las revelaciones.

Cuando se produjo una intimidación de tendencia mística en los carismáticos del siglo XVI en la época de Lutero, el gran reformador se mostró enérgico con ellos, aferrándose a la revelación bíblica, a la suficiencia de Cristo y su lugar central y soberano. En particular, los seguidores de Thomas Munzer y los anabaptistas radicales concedieron gran importancia a la obra y los dones del Espíritu, así como al conocimiento místico. Su exclamación que expresaba las experiencias por encima de la Palabra era: “¡El Espíritu, el Espíritu!”. Lutero respondía: “No iré a donde su espíritu los conduce”. Cuando se les concedió una entrevista con Lutero, exclamaron como solían hacerlo: “¡El Espíritu, el Espíritu!”. El gran reformador no se sintió impresionado y por el contrario vociferó: “Abofeteo su espíritu en la nariz”.

Nosotros, al igual que los colosenses, no debemos sentirnos intimidados por quienes añaden otros requisitos aparte del conocimiento de Cristo y su Palabra en la búsqueda de la madurez espiritual. Cristo es todo suficiente, pues “todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad nos han sido dadas por su divino poder, mediante el conocimiento de aquel que nos llamó por su gloria y excelencia” (2 P. 1:3).

EL ASCETISMO

Pues si habéis muerto con Cristo en cuanto a los rudimentos del mundo, ¿por qué, como si vivieseis en el mundo, os sometéis a preceptos tales como: No manejes, ni gustes, ni aun toques (en conformidad a mandamientos y doctrinas de hombres), cosas que todas se destruyen con el uso? Tales cosas tienen a la verdad cierta reputación de sabiduría en culto voluntario, en humildad y en duro trato del cuerpo; pero no tienen valor alguno contra los apetitos de la carne. (2:20-23)

Un asceta es una persona cuya vida exhibe una estricta negación a sí mismo. Los herejes colosenses, además de practicar el legalismo y el misticismo, procuraban alcanzar la justicia mediante la negación a sí mismos.

Durante siglos la iglesia ha sido intimidada por quienes defienden la pobreza como un medio para alcanzar la espiritualidad. Vale la pena recordar que el dinero en sí no es la raíz de los males, sino el amor al dinero (cp. 1 Ti. 6:10). Algunos de los más prominentes siervos de Dios del Antiguo Testamento, tales como Abraham, Job y Salomón, eran ricos en extremo.

Si habéis muerto con Cristo en cuanto a los rudimentos del mundo, pregunta Pablo: “**¿por qué, como si vivieseis en el mundo, os sometéis a preceptos tales como: No manejes, ni gustes, ni aun toques...?** Mediante su unión con Cristo los redimidos fueron liberados de las normas humanas cuyo propósito es promover la espiritualidad. Pablo escribe que practicar el ascetismo equivale a adoptar el sistema religioso del mundo que se basa en **rudimentos**.

Como vimos antes, los falsos maestros enseñaban una forma de dualismo filosófico. Practicaban el ascetismo con la

intención de liberar al espíritu de su prisión que era el cuerpo.

La idea de que el cuerpo era malo logró abrirse paso en la iglesia. Según Atanasio, padre de la iglesia, Antonio, el fundador del monaquismo cristiano, nunca cambió su túnica ni lavó sus pies (*Life of Anthony* [Vida de Antonio], párr. 47). No obstante, fue superado por Simeón Estilita (390-459 d.C.), que pasó los últimos treinta y seis años de su vida encima de un pedestal de 15 metros de altura. Simeón pensó de manera equivocada que el camino hacia la espiritualidad consistía en maltratar su cuerpo y aislarse del mundo. Muchos han imitado estas costumbres a lo largo de la historia de la iglesia. Incluso Martín Lutero, antes de descubrir la verdad acerca de la justificación por la fe, casi acaba con su salud por practicar el ascetismo.

Es posible que Dios llame a algunas personas a una vida de negación a sí mismas. Muchos misioneros, por ejemplo, han llevado por necesidad una vida llena de privaciones. Con todo, no lo han hecho por voluntad propia para alcanzar la espiritualidad.

El ascetismo resulta inútil porque pone la mira en las cosas que **se destruyen con el uso**. “Las viandas para el vientre, y el vientre para las viandas; pero tanto al uno como a las otras destruirá Dios” (1 Co. 6:13). Someterse a **mandamientos y doctrinas de hombres** carece por completo de valor espiritual.

La razón por la cual el ascetismo es ineficaz se encuentra en 2:23. Aunque **tales cosas tienen a la verdad cierta reputación de sabiduría en culto voluntario, en humildad y en duro trato del cuerpo... no tienen valor alguno contra los apetitos de la carne**. El ascetismo puede lograr que una persona se vea espiritual porque ofrece la apariencia de la humildad y la pobreza, pero en realidad solo sirve para complacer a la carne. Resulta inútil tratar de parecer más santo que los demás. Jesús exhortó a sus discípulos acerca de esto: “Cuando ayunéis, no seáis austeros, como los hipócritas; porque ellos demudan sus rostros para mostrar a los hombres que ayunan; de cierto os digo que ya tienen su recompensa. Pero tú, cuando ayunes, unge tu cabeza y lava tu rostro, para no mostrar a los hombres que ayunas, sino a tu Padre que está en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público” (Mt. 6:16-18).

Alexander McClaren, el gran predicador escocés del siglo XIX, escribió acerca de la inutilidad del ascetismo en estas palabras: “Cualquier forma de ascetismo tiene que ver más con las preferencias de los hombres que con la negación a sí mismo. Estarían más dispuestos a clavar garfios en sus espaldas y a practicar el balanceo puja del hinduismo, antes que renunciar a sus pecados y rendir sus voluntades. Solo existe una cosa que puede sujetar con un collar el cuello del animal que existe en nuestro interior, y es el poder de Cristo en nosotros. La religión asceta desecha a Dios, pues quienes la practican en realidad se adoran a sí mismos. De manera que no debemos sentirnos intimidados por ella”.

El mensaje de Pablo a los colosenses también es una advertencia para nosotros. No debemos sentirnos intimidados por la falsa filosofía humana, ni por el legalismo, el misticismo o el ascetismo. Estos no son más que “cisternas rotas que no retienen agua” (Jer. 2:13). Debemos asirnos a Cristo, en quien estamos “completos” (Col. 2:10).

11. Viviendo la vida resucitada

Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra. Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria. (3:1-4)

Jesús dijo en Juan 17:18: “Como tú me enviaste al mundo, así yo los he enviado al mundo”. Y envió a sus discípulos diciéndoles: “Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo. Amén” (Mt. 28:19-20). Proclamar las buenas nuevas del evangelio “hasta lo último de la tierra” es tanto el privilegio como la seria responsabilidad de la iglesia (Hch. 1:8).

Aunque pueda parecer paradójico, es necesario que los cristianos abandonemos el mundo antes de alcanzarlo. En Gálatas 1:4 Pablo declaró que Cristo “se dio a sí mismo por nuestros pecados para librarnos del presente siglo malo”. Los cristianos pertenecemos al reino de Cristo, y su reino no es de este mundo (Jn. 18:36). Nosotros hemos vencido al mundo mediante la fe en Cristo (1 Jn. 5:4-5). Aunque estamos presentes en este mundo en nuestro cuerpo, nuestro espíritu tiene su ciudadanía en el cielo (Ef. 2:6).

Es necesario mantener una perspectiva correcta en este mundo a fin de alcanzar nuestro crecimiento, gozo y fructificación espirituales. Somos “extranjeros y peregrinos sobre la tierra” (He. 11:13) porque “no tenemos aquí ciudad permanente, sino que buscamos la por venir” (He. 13:14). “Mas nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo” (Fil. 3:20). Somos “extranjeros y peregrinos” en esta tierra (1 P. 2:11). Estamos en el mundo pero no somos del mundo. Y solo hasta que descubramos y vivamos esta verdad seremos capaces de alcanzar al mundo con la verdad del evangelio.

En una ocasión, un amigo de Robert Murray McCheyne, el devoto pastor y evangelista escocés del siglo XIX, dijo de él: “El hombre a quien hablaba parecía haber alcanzado la máxima estatura... y haber entrado en los lugares secretos de la santidad de Dios”. Cuando McCheyne predicaba el evangelio “los hombres que se veían fuertes, duros e inflexibles, se derretían como la cera delante del fuego. Sus pechos se henchían como si fueran a explotar, y todo el lugar se llenaba de llanto”. Él aprendió a vivir en los lugares celestiales para alcanzar a las almas sobre la tierra. Cumplía con el mandato de Romanos 12:2: “No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento”.

Solo cuando nos levantamos por encima del mundo podemos estimar la espantosa pobreza espiritual en la cual tantas personas viven, y aprender a poner nuestros ojos en las realidades celestiales. Nuestras bendiciones están en el cielo (Ef. 1:3) donde están los ángeles (Ef. 3:10) y Cristo (Ef. 1:20). Nosotros existimos en el reino celestial mediante nuestra unión con Él en su resurrección, (Ef. 2:6). Puesto que las cosas más valiosas para nosotros están en el cielo, no debemos enredarnos en los asuntos del mundo presente. Todos estos pasajes de las Escrituras conforman el telón de fondo para el mensaje de Pablo en 3:1-4 al proseguir con la parte práctica de la epístola. Comienza con un llamado a los lectores a preocuparse por la realidad celestial, que es el sello de la verdadera espiritualidad y el punto de partida de la santidad puesta en práctica. Hay cinco características que permiten desplegar el poder de la vida celestial sobre la tierra: la señal, la responsabilidad, la fuente, la razón y la revelación.

LA SEÑAL

Si, pues, habéis resucitado con Cristo, (3:1a)

La palabra **si** denota realidad, como en 2:20, y una mejor traducción sería “desde”. El creyente que ha sido **resucitado con Cristo** no vive en incertidumbre. El verbo significa en realidad “ser resucitado con”. Se trata de un hecho cumplido.

Desde el punto de vista espiritual, los creyentes han participado en la muerte y la resurrección de Cristo en el momento de su salvación. Gálatas 2:20 dice: “Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí”. En este versículo el apóstol muestra la unión del creyente con el Señor mediante la cual comparten una misma vida. Romanos 6:3-4 nos enseña la misma verdad: “¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte? Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como

Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva”.

El bautismo al cual se refiere aquí no es el bautismo en agua, sino la inmersión en la muerte y la resurrección del Salvador. Mediante su unión con Cristo, los creyentes han muerto, han sido sepultados y han resucitado con Él. A través de la fe salvadora han entrado en una nueva dimensión. Son poseedores de una vida divina y eterna que no consiste solo en una existencia sin fin, sino en una calidad de vida celestial que pueden disfrutar gracias al Señor que vive en ellos. Por lo tanto, están vivos en Cristo para experimentar las realidades del reino divino.

En virtud de lo anterior, los cristianos tenemos el deber de vivir una vida consecuente con esa realidad. Pablo habla de manera específica acerca de este deber en Romanos 6:11-19:

Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro. No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que lo obedezcáis en sus concupiscencias; ni tampoco presentéis vuestros miembros al pecado como instrumentos de iniquidad, sino presentaos vosotros mismos a Dios como vivos de entre los muertos, y vuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia. Porque el pecado no se enseñoreará de vosotros; pues no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia. ¿Qué, pues? ¿Pecaremos, porque no estamos bajo la ley, sino bajo la gracia? En ninguna manera. ¿No sabéis que si os sometéis a alguien como esclavos para obedecerle, sois esclavos de aquel a quien obedecéis, sea del pecado para muerte, o sea de la obediencia para justicia? Pero gracias a Dios, que aunque erais esclavos del pecado, habéis obedecido de corazón a aquella forma de doctrina a la cual fuisteis entregados; y libertados del pecado, vinisteis a ser siervos de la justicia. Hablo como humano, por vuestra humana debilidad; que así como para iniquidad presentasteis vuestros miembros para servir a la inmundicia y a la iniquidad, así ahora para santificación presentad vuestros miembros para servir a la justicia.

Esta vida nueva es real y poderosa. No obstante, esto también es cierto para el pecado que resta. Aunque el pecado ya no es nuestro amo, aún puede ejercer dominio sobre nosotros si no nos presentamos ante Dios como siervos de la justicia (para profundizar el estudio de esta valiosa enseñanza, puede ver mis comentarios sobre Romanos 6-8 en *Romanos 1-8*, Comentario MacArthur del Nuevo Testamento [Grand Rapids: Editorial Portavoz, 2001]).

La espiritualidad, tal como lo señala Pablo en Filipenses 2:12, logra manifestar esa vida mediante la realidad de nuestra unión con Cristo. En Él tenemos todos los recursos necesarios para vivir la vida cristiana (cp. 2 P. 1:3). Pablo insiste en el papel central de Cristo en Colosenses 3:1-4. Al utilizar frases como **con Cristo** (3:1), **donde está Cristo** (3:1), **con Cristo** (3:3), **cuando Cristo** (3:4) y **con él** (3:4), Pablo recalca de nuevo la total suficiencia de Cristo (cp. 2:10). Resulta desafortunado que muchos cristianos no logren entender ni alcanzar la plenitud de Cristo. Al pasar por alto lo que dicen las Escrituras o al fallar en la aplicación de las mismas, pueden caer víctimas de la intimidación al pensar que necesitan algo más para vivir su vida cristiana aparte de Cristo. Así se convierten con facilidad en víctimas de la falsa filosofía, del legalismo, del misticismo o del ascetismo.

Pablo trae a la memoria de los colosenses el hecho de haber resucitado con Cristo. Este es el camino hacia la santidad, no la abnegación, ni la experiencia con ángeles, ni los rituales. Ya no viven la vida vieja que llevaban antes de su salvación, sino que poseen la vida eterna de Cristo y han resucitado para vivir en otra dimensión. No deben ignorar ni olvidar su identidad en Cristo ni la manera como hay que vivirla. Podemos controlar y vencer toda pasión pecaminosa mediante el poder de Cristo que mora en nosotros y nuestra unión con Él.

LA RESPONSABILIDAD

buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra. (3:1b-2)

El tiempo presente de *zēteō* (**buscad**) indica una acción continua. La norma de vida para cada creyente consiste en ocuparse de las realidades eternas que le pertenecen en Cristo. Jesús lo declaró de la siguiente manera: “Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas” (Mt. 6:33). Pablo no está defendiendo aquí alguna forma de misticismo. Antes bien, manifiesta a los colosenses su deseo de permitir en su vida terrenal que la dimensión celestial gobierne. Ocuparse de las cosas celestiales es ocuparse de aquel que reina sobre ellas, así como de sus propósitos, planes, determinaciones y poder. También implica ver las cosas, las personas y los sucesos en este mundo a través de sus ojos y desde una perspectiva eterna.

Las cosas de arriba se refiere al reino celestial y a los valores espirituales que caracterizan a Cristo, tales como la ternura, la bondad, la mansedumbre, la paciencia, la sabiduría, el perdón, la fortaleza, la pureza y el amor.

Cuando los creyentes se concentran en las realidades celestiales pueden disfrutar en

toda su plenitud el mundo que su Padre celestial ha creado. Como lo expresó el autor del himno “Suyo soy y mío es Él”:

En lo alto el azul del cielo es más tenue

En derredor el verde de la tierra es más dulce

Tras cada matiz algo vive

Algo que sin Cristo los ojos jamás contemplaron

Cantos más alegres exaltan las aves

Fulguran de hermosura las flores

Desde que sé, como ahora sé,

Que suyo soy y mío es Él.

Cuando los cristianos comenzamos a vivir en los lugares celestiales y nos consagramos a las riquezas de “la Jerusalén de arriba” (Gá. 4:26) somos capaces de manifestar en este mundo los valores del reino celestial para la gloria de Dios.

En 3:2 Pablo instruye acerca de la manera como se deben buscar las cosas de arriba diciendo: **Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra. Poned la mira** viene de *phroneō* y podría traducirse “pensar” o “tener cierta disposición interior”.

Una vez más, el tiempo presente indica una acción continua. Lightfoot parafrasea la idea de Pablo así: “Ustedes deben *buscar* solamente el cielo y *pensar* en el cielo” (*St. Paul’s Epistles to the Colossians and to Philemon* [Las epístolas de San Pablo a los colosenses y a Filemón] [1879, Grand Rapids: Zondervan, 1959, reimpresión], p. 209; cursivas en el original). Toda la vida del cristiano debe estar orientada hacia lo celestial, **donde está Cristo**, de la misma manera que una brújula se orienta siempre hacia el norte.

Los pensamientos que se centran en las realidades celestiales y que deben llenar la mente del creyente deben provenir de las Escrituras. La Biblia es la única fuente confiable de conocimiento acerca del carácter de Dios y de los valores celestiales. Pablo señala esta preocupación al decir: “transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento” (Ro. 12:2). Es así como logramos pensar en todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre y en toda virtud (cp. Fil. 4:8).

Cuando estos valores celestiales prevalecen en la mente se produce como resultado un comportamiento piadoso. El pecado es vencido y vienen a establecerse la humildad, la seguridad, y un espíritu sacrificado.

LA FUENTE

donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. (3:1c)

El recurso que tiene a su disposición el creyente no es otro, sino aquel en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento: el Cristo resucitado y glorificado, **sentado a la diestra de Dios** en un lugar de honor y majestad. La Biblia menciona con frecuencia la posición de exaltación de Cristo. El Salmo 110:1 dice: “Jehová dijo a mi Señor: siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies”. Jesús les dijo a quienes lo acusaban en el juicio: “Pero desde ahora el Hijo del Hombre se sentará a la diestra del poder de Dios” (Lc. 22:69). En su sermón que tuvo lugar en el día de Pentecostés, Pedro le dijo a la multitud que Jesús había sido “exaltado por la diestra de Dios” (Hch. 2:33). Pedro y los demás apóstoles hablaron de Jesús ante el sanedrín como a quien “Dios ha exaltado con su diestra por Príncipe y Salvador” (Hch. 5:31). En el momento de padecer el martirio, Esteban exclamó: “He aquí, veo los cielos abiertos, y al Hijo del Hombre que está a la diestra de Dios” (Hch. 7:56). Pablo, a su vez, describe a Jesús como “el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros” (Ro. 8:34) porque Dios actuó “resucitándole de los muertos y sentándole a su diestra en los lugares celestiales” (Ef. 1:20). El autor de Hebreos dice que Cristo “habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados por medio de sí mismo, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas” (He. 1:3). Por esta razón “tenemos tal sumo sacerdote, el cual se sentó a la diestra del trono de la Majestad en los cielos” (He. 8:1). Él es “quien habiendo subido al cielo está a la diestra de Dios; y a él están sujetos ángeles, autoridades y potestades” (1 P. 3:22).

Ya que Cristo fue coronado y exaltado a la diestra del Padre, se establece como la fuente de bendición para su pueblo. Jesús les dijo a sus discípulos: “Y todo lo que pidieris al Padre en mi nombre, lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. Si algo pidieris en mi nombre, yo lo haré” (Jn. 14:13-14; cp. 15:16; 16:23-24, 26). Los creyentes podemos

tener la certeza de que nuestra búsqueda concluye en Él “porque todas las promesas de Dios son en él Sí, y en él Amén” (2 Co. 1:20).

LA RAZÓN

Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. (3:3)

Pablo subraya la razón por la cual una vida dirigida hacia lo celestial debe ser la norma a seguir para el creyente. Los creyentes hemos muerto al sistema del mundo mediante nuestra unión de fe con Cristo en su muerte y su resurrección. Pablo escribió en Gálatas 6:14: “Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo”. El tiempo pasado de apothnēskō (**habéis muerto**) indica que se muere en el momento de la salvación. “Si alguno está en Cristo”, escribe Pablo a los corintios, “nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas” (2 Co. 5:17).

¿En qué sentido se afirma que el creyente muere? En el sentido del pago que debía hacerse como castigo por el pecado. La paga del pecado es la muerte, así que nosotros mereceríamos morir. Mediante nuestra unión con Jesucristo, experimentamos en Él la muerte que nos correspondía, de manera que se cancela la deuda y el pecado no puede atarnos de nuevo. Hemos muerto al pecado en el sentido de pagar el castigo que este trae. La presencia y la fuerza del pecado aún nos afectan, pero no pueden condenarnos.

El creyente no solo ha muerto al pecado, sino que también su vida está **escondida con Cristo en Dios**. ¿Qué significa **con Cristo en Dios**? En primer lugar, los creyentes compartimos una vida común con el Padre y con el Hijo. Pablo escribe en 1 Corintios 6:17: “el que se une al Señor, un espíritu es con él”. Los creyentes son “participantes de la naturaleza divina” (2 P. 1:4).

En segundo lugar, la nueva vida está escondida del mundo. Los no creyentes son incapaces de comprender toda la dimensión de la nueva vida del creyente, pues “el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente” (1 Co. 2:14). Pablo señaló que la verdadera manifestación de los hijos de Dios aún está por suceder en el mundo venidero, así que en el presente las personas no pueden ver lo que son en realidad los creyentes (Ro. 8:19). El apóstol Juan se refirió a esta verdadera identidad al escribir: “Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser” (1 Jn. 3:2). Los falsos maestros que perturbaban a los colosenses no podían captar la verdad de que éstos ya poseían vida y conocimiento espiritual trascendentales, así que sus falsas enseñanzas estaban por completo fuera de lugar.

En tercer lugar, los creyentes gozamos de seguridad por la eternidad, estando escondidos y protegidos de cualquier adversario espiritual. Las bendiciones de la salvación son “una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible, reservada en los cielos para vosotros” (1 P. 1:4). Nuestro gran sumo sacerdote “puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos” (He. 7:25). A quienes el Hijo da vida eterna “no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano”, dijo Jesús (Jn. 10:28). Están escondidos bajo el amparo de su Dios.

Ningún otro pasaje declara esta gloriosa verdad con tanta elocuencia como Romanos 8:31-39:

Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros? El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas? ¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica. ¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió; más aun, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros. ¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada? Como está escrito: Por causa de ti somos muertos todo el tiempo; somos contados como ovejas de matadero. Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó. Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro.

Todas las riquezas del Dios eterno pertenecen a quienes tienen su vida escondida en Él por su Hijo.

LA REVELACIÓN

Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria. (3:4)

Aunque el mundo sea incapaz de reconocer a aquellos cuya vida está escondida con Cristo en Dios, no será así para

siempre. **Cuando Cristo... se manifieste** en su segunda venida, nosotros seremos también manifestados con Él en gloria. El apóstol Juan describe la escena en Apocalipsis 19:11-13, 15-16:

Entonces vi el cielo abierto; y he aquí un caballo blanco, y el que lo montaba se llamaba Fiel y Verdadero, y con justicia juzga y pelea. Sus ojos eran como llama de fuego, y había en su cabeza muchas diademas; y tenía un nombre escrito que ninguno conocía sino él mismo. Estaba vestido de una ropa teñida en sangre; y su nombre es: EL VERBO DE DIOS... De su boca sale una espada aguda, para herir con ella a las naciones, y él las regirá con vara de hierro; y él pisa el lagar del vino del furor y de la ira del Dios Todopoderoso. Y en su vestidura y en su muslo tiene escrito este nombre: REY DE REYES Y SEÑOR DE SEÑORES.

Además de la descripción de nuestro Señor en su regreso para juzgar, la visión declara que lo hará acompañado de sus santos. Juan también escribió: “los ejércitos celestiales, vestidos de lino finísimo, blanco y limpio, le seguían en caballos blancos” (v. 14).

El veredicto de la eternidad revocará los veredictos hechos en los límites del tiempo. Ese día se sabrá con absoluta certeza quiénes pertenecen en realidad al Señor. “Conoce el Señor a los que son suyos” (2 Ti. 2:19), y los revelará al mundo. Lightfoot comenta: “El velo que ahora oculta su vida superior a los ojos de otros, y aun a los nuestros en parte, será quitado entonces. El mundo que persigue, desprecia y relega en el presente será al final cegado por la deslumbrante gloria de la revelación” (Lightfoot, p. 210). Juan escribió: “sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es” (1 Jn. 3:2).

Pablo complementa esta verdad añadiendo una maravillosa idea. Describe a Cristo como nuestra **vida**. Cristo no solo da vida, Él es la vida. Pablo dijo: “Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Gá. 2:20). Declaró a los corintios que la vida de Jesús se manifestaba en su cuerpo (2 Co. 4:10). Cuando estaba a punto de padecer el martirio pudo decir: “Porque para mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia” (Fil. 1:21).

La clave para vivir la vida resucitada es tener una vida centrada en Cristo. El Hijo, y no el mundo presente, es el centro del universo del creyente.

12. Hacer morir el pecado

Haced morir, pues, lo terrenal en vosotros: fornicación, impureza, pasiones desordenadas, malos deseos y avaricia, que es idolatría; cosas por las cuales la ira de Dios viene sobre los hijos de desobediencia, en las cuales vosotros también anduvisteis en otro tiempo cuando vivíais en ellas. Pero ahora dejad también vosotros todas estas cosas: ira, enojo, malicia, blasfemia, palabras deshonestas de vuestra boca. No mintáis los unos a los otros, (3:5-9a)

Quizás nos parezca sorprendente notar que la vida resucitada implica hacer morir el pecado. ¿Acaso Pablo no acaba de decir que esto ya debía haberse hecho? En el momento de la salvación “nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado” (Ro. 6:6). Ahora bien, esto debe hacerse real en la vida del creyente en el ámbito práctico. Ni la santidad ni la madurez pueden existir en una vida que no pone freno al pecado.

Hemos muerto respecto a la paga del pecado, pero el poder de este aún puede permanecer fuerte y nuestra carne es débil. Esta es la razón por la cual debemos hacer morir el pecado sin cesar, rindiéndonos al Espíritu Santo (Ro. 8:13). El pecado es como un monarca destronado que ya no reina ni tiene autoridad para condenar, pero que se empeña en debilitar y destruir a sus antiguos súbditos. El pecado aún tiene fuerza, y lograr vencerlo requiere el poder del Espíritu. El principio de Zacarías 4:6 se aplica a la victoria sobre Satanás. Éste declara: “No con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu”. Y el arma que utiliza el Espíritu es la Palabra (Ef. 6:17). En la medida en que el creyente esté fortalecido en la Palabra, habrá “vencido al maligno” (1 Jn. 2:14). Ser lleno del poder del Espíritu Santo (Ef. 5:18) es lo mismo que permitirle a la Palabra morar en abundancia en nosotros (Col. 3:16). Es cierto que el creyente ha muerto en el sentido de pagar la deuda del pecado al estar unido a Cristo en su muerte. Pero también es cierto que el pecado aún ataca su humanidad no redimida (cp. Ro. 8:23). Éste debe ser muerto por el poder del Espíritu mediante la Palabra, lo cual se logra al considerarlo como un enemigo mortal. Así que mientras aguardamos “la redención de nuestro cuerpo” (Ro. 8:23), el espíritu redimido y fortalecido por el Espíritu Santo debe hacer morir el pecado que ataca a la carne.

Por consiguiente, hacer morir el pecado no es una opción para la vida cristiana. El puritano Richard Baxter escribió: “Trate al pecado como este lo trata a usted. No se compadezca de él así como él no se compadece de usted. Trátelo como debe tratarse a un asesino. Hágalo morir antes que él lo haga con usted, y aunque lo lleve a usted hasta la tumba, como le hizo a su Cabeza, no podrá mantenerlo allí” (citado en I. D. E. Thomas, *A Puritan Golden Treasury* [Tesoros de los puritanos] [Edinburgh: Banner of Truth, 1977], p. 281). Ser cristiano es morir a uno mismo, a la ambición, al ego y al orgullo. Es postrarse en humilde sumisión al señorío de Cristo. Es obedecer el mandamiento del Señor dado en Lucas 9:23: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame”. Es seguir el ejemplo de Pablo mismo, quien les dijo a los corintios: “cada día muero” (1 Co. 15:31).

Haced morir viene de *nekroō* y su significado literal es “matar” o “llevar a la muerte”. Los creyentes debemos tomar una decisión radical de hacer morir el pecado sometiendo la carne a la nueva naturaleza llena del Espíritu.

A menudo las personas interpretan de manera incorrecta las palabras de Pablo en este pasaje, lo cual sucede también con las palabras de Jesús en Mateo 5:29-30 y 18:8. Al tomar estos pasajes de manera textual, muchos han llegado incluso a lesionar su cuerpo. De acuerdo con la tradición, Orígenes, uno de los grandes teólogos de la iglesia primitiva, se castró por su propia voluntad (basado en una mala interpretación de Mateo 19:12). Durante la edad media era usual ver en las ciudades europeas a un grupo conocido como los flagelantes. Desfilaban por las calles en procesiones solemnes azotándose como castigo por sus pecados. Pero este tipo de errores en la interpretación no es cosa del pasado. Una vez conocí a un hombre que llevaba un cinturón lleno de clavos que continuamente laceraban su cuerpo. Él creía que con esta acción mataba la carne y pagaba la deuda por sus pecados.

Sin embargo, Pablo no está defendiendo el ascetismo que vimos en el capítulo 2. En cambio, hace un llamado a eliminar todo lo que en la vida del creyente sea contrario a la santidad. A los romanos dijo: “porque si vivís conforme a la carne, moriréis; mas si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis” (Ro. 8:13). Solo entonces el creyente podrá experimentar la plenitud espiritual que Dios quiere para él.

La batalla contra el pecado está presente en todos los creyentes, incluso en Pablo (cp. Ro. 7:14-25). El anhelo del nuevo hombre de llevar una vida agradable a Dios se ve frenado por la carne pecaminosa y todos sus hábitos que vinieron como consecuencia de la caída. Aunque los creyentes son nuevas criaturas en su interior (2 Co. 5:17), éstas

habitan en cuerpos viejos. Con todo, nuestro cuerpo puede ser instrumento de justicia o de iniquidad. Por esto Pablo escribió en Romanos 12:1-2: “Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional. No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta”.

El uso de la palabra **pues** hace alusión a las verdades de 3:1-4. Pablo enlaza siempre la doctrina y la práctica en sus epístolas. Puesto que los creyentes compartimos la muerte y la resurrección de Cristo, nuestra vida está escondida y un día seremos manifestados con Él en gloria, es necesario que destruyamos el pecado. Como ciudadanos del cielo debemos cortar todos los lazos que nos atan a los hábitos pecaminosos de nuestra antigua vida.

La teología no es un ejercicio académico artificial y rígido que está reservado a los especialistas. La teología que profundiza en las verdades bíblicas es indispensable para el crecimiento espiritual. Como vimos en el capítulo anterior, Romanos 6 muestra también la concordancia entre la doctrina y la práctica. En 6:1-10 Pablo enseña a los creyentes la verdad de su unión con Cristo en su muerte, sepultura y resurrección. Sobre esa base él escribe: “Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro. No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que lo obedezcáis en sus concupiscencias; ni tampoco presentéis vuestros miembros al pecado como instrumentos de iniquidad, sino presentaos vosotros mismos a Dios como vivos de entre los muertos, y vuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia” (Ro. 6:11-13).

Aunque la fuerza del pasaje es atenuada en algunas traducciones, el texto griego dice que debemos matar **los miembros de nuestro cuerpo terrenal** (no solo considerarlos como muertos). Pablo utiliza una figura literaria conocida como metonimia. Cuando habla de matar las partes o miembros del cuerpo en realidad se está refiriendo a los pecados relacionados con esos miembros. Debemos notar que esta afirmación choca con el dualismo colosense en cuanto al cuerpo y el espíritu. Pablo está afirmando que el cuerpo debe ser santo y que debe actuar bajo el control del espíritu redimido, y un cuerpo controlado por el Espíritu debe hacer lo bueno. Esto sucederá el día en que el cuerpo sea redimido (Ro. 8:23).

En 3:5-9a, Pablo ofrece dos listas de pecados que debemos hacer morir a manera de ejemplo. Las listas comprenden algunos de los pecados más comunes y molestos que enfrentamos los creyentes. Sin embargo, estas listas no son exhaustivas. La primera, en 3:5, contiene pecados en relación con el amor pervertido. La segunda, en 3:8-9a contiene pecados relacionados con el odio. La primera lista comienza con los actos y prosigue con las motivaciones, en tanto que la segunda comienza con las motivaciones y termina con los actos. La primera lista encierra pecados personales y la segunda pecados sociales. La primera lista atañe a los sentimientos y la segunda a la conversación. En medio de las dos listas (3:6-7) Pablo revela dos motivos por los cuales debemos hacer morir el pecado.

PECADOS DEL AMOR PERVERTIDO

fornicación, impureza, pasiones desordenadas, malos deseos y avaricia, que es idolatría; (3:5b)

Estos son pecados personales relacionados con nuestros sentimientos. Pablo los presenta en una progresión que va desde el acto de maldad hasta el motivo subyacente. La fornicación, que es el acto, se origina en la impureza. La impureza nace de las pasiones desordenadas y de los malos deseos, que a su vez proceden de la avaricia que es la raíz de todos los pecados.

Fornicación traduce porneia y se refiere al pecado sexual. La palabra *pornografía* viene de porneia y de graphē, que significa escritura. Así que pornografía es una escritura (o una imagen) que proyecta el pecado sexual. *Porneia* se refería originalmente a prostitución (una palabra relacionada, pornē, es la palabra griega que designa “prostituta”). En el Nuevo Testamento, sin embargo, su significado abarca cualquier forma de sexo ilícito. La Biblia establece un agudo contraste con la idea predominante en el mundo antiguo al prohibir cualquier tipo de actividad sexual entre un hombre y una mujer fuera de los límites del matrimonio.

El concilio de Jerusalén ordenó a los creyentes gentiles que se apartaran de la fornicación (Hch. 15:20, 29; 21:25). Pablo se sintió muy asustado al saber que la fornicación había surgido en la iglesia de los corintios (1 Co. 5:1) y les dijo que huyeran de ella (1 Co. 6:18). La fornicación encabeza la lista de las obras de la carne (Gá. 5:19) y es un asunto por completo impropio de los santos (Ef. 5:3). El concepto bíblico de la fornicación se resume en 1 Tesalonicenses 4:3: “pues la voluntad de Dios es vuestra santificación; que os apartéis de fornicación; que cada uno de vosotros sepa tener su propia esposa en santidad y honor”.

Impureza es la traducción de *akatharsia*, palabra de la cual deriva el término *catarsis* o “limpieza”. La letra alfa privativa del término (*a*) denota una negación, dándole el significado de “inmundicia” o “impureza”. Es un término más general que inmoralidad, pues va más allá del acto para señalar los malos pensamientos y las intenciones de la mente.

Jesús dijo: “Pero yo os digo que cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón” (Mt. 5:28), porque “de dentro, del corazón de los hombres, salen los malos pensamientos, los adulterios, las fornicaciones, los homicidios, los hurtos, las avaricias, las maldades, el engaño, la lascivia, la envidia, la maledicencia, la soberbia, la insensatez” (Mr. 7:21-22). La impureza también es una de las obras de la carne (Gá. 5:19). No debe admitirse por los creyentes (Ef. 5:3) porque “no nos ha llamado Dios a inmundicia, sino a santificación” (1 Ts. 4:7).

La conducta pecaminosa se origina en los malos pensamientos. Esto significa que la batalla contra el pecado, y en especial contra el pecado sexual, comienza en la mente. Los malos pensamientos producen conductas pecaminosas y los pensamientos puros derivan en una conducta virtuosa. Por eso Pablo aconseja: “Por lo demás, hermanos, todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza, en esto pensad” (Fil. 4:8) y “la palabra de Cristo more en abundancia en vosotros” (Col. 3:16).

La diferencia entre **pasiones** y **malos deseos** es bastante sutil. *Pathos* (**pasiones**) se refiere a la pasión sexual liberada en el cuerpo, como lo indican las dos referencias que la contienen en el Nuevo Testamento (cp. Ro. 1:26; 1 Ts. 4:5). En este contexto, **malos deseos** sin duda se refiere a la lujuria sexual que se origina en la mente (cp. Stg. 1:15). Quizás la diferencia entre los dos términos radica en que las **pasiones** se concentran en el cuerpo y los **malos deseos** representan el aspecto mental del mismo vicio. Los dos términos aparecen juntos en 1 Tesalonicenses 4:5, donde Pablo ordena a los cristianos a no vivir “en pasión de concupiscencia, como los gentiles que no conocen a Dios”. Estas conductas son por completo impropias de los creyentes.

Pablo menciona la **avaricia** o codicia en último lugar porque es el pecado que constituye la raíz de la cual surgen todos los anteriores. También se menciona en los Diez Mandamientos (cp. Éx. 20:17; Dt. 5:21). *Pleonexia* (**avaricia**) procede de dos palabras griegas: *pleon*, “más”, y *exō*, “tener”. Es el insaciable deseo de tener más y de tener lo que es prohibido. Como tal, es la fuente de todas las guerras y pleitos (Stg. 4:2), así como de la lujuria, la pasión y el pecado.

La avaricia, al poner sus deseos egoístas por encima de la obediencia a Dios, cae en la **idolatría**. La avaricia es la raíz de todos los pecados. William Barclay escribió: “Este es un pecado que se extiende a muchas áreas. Si se trata del deseo por tener dinero, lleva al robo. Si es el deseo por tener prestigio, conduce a la ambición perniciosa. Si es el deseo por tener poder, conduce a la cruel tiranía. Si es el deseo por una persona, conduce al pecado sexual” (*The Letters to the Philippians, Colossians, and Thessalonians* [Las cartas a los filipenses, colosenses y tesalonicenses] [Louisville, Ky.: Westminster, 1975], p. 152).

Siempre que las personas pecan, detrás de sus acciones subyace el deseo egoísta por encima de la voluntad de Dios. Esto es, en esencia, la adoración a uno mismo en vez de a Dios, lo cual es idolatría. El puritano Stephen Charnock escribió:

Todo el pecado se basa en un ateísmo silencioso... todas las inclinaciones malignas del corazón... son chispas de un fuego latente cuyo lenguaje es siempre: “Seré mi propio señor y no tendré Dios alguno por encima de mí”... en los pecados de omisión pasamos por alto a Dios al desatender sus mandatos, y en los pecados de comisión ponemos cualquier deseo en el lugar que solo a Dios le corresponde y a ése le rendimos el honor que solo debemos dar a nuestro Hacedor... negamos su soberanía cuando transgredimos sus leyes... cada pecado atropella los derechos de Dios y lo priva de alguna de sus perfecciones... cada pecado es una manera de maldecir a Dios en el corazón, un intento por destruir su propio ser, no de manera real sino implícita... el hombre, con cada pecado, pretende establecer su propia voluntad como la norma, y su propia gloria como el fin de sus acciones en contra de la voluntad y la gloria de Dios (*The Existence and Attributes of God* [Existencia y atributos de Dios] [Grand Rapids: Baker, 1979, reimpresión], 1:93-94).

En Efesios 5:3-5 Pablo enlaza la fornicación, la avaricia y la idolatría: “Pero fornicación y toda inmundicia, o avaricia, ni aun se nombre entre vosotros, como conviene a santos; ni palabras deshonestas, ni necedades, ni truhanerías, que no convienen, sino antes bien acciones de gracias. Porque sabéis esto, que ningún fornicario, o inmundo, o avaro, que es idólatra, tiene herencia en el reino de Cristo y de Dios”.

El Antiguo Testamento también asocia el pecado sexual con la idolatría. Las personas adoraban deidades paganas porque las orgías, que formaban parte de sus cultos, les permitían legitimar y satisfacer sus pasiones inmorales. Números 25:1-3 establece una clara relación entre el pecado de idolatría de Israel y la inmoralidad sexual: “Moraba Israel en

Sitim; y el pueblo empezó a fornicar con las hijas de Moab, las cuales invitaban al pueblo a los sacrificios de sus dioses; y el pueblo comió, y se inclinó a sus dioses. Así acudió el pueblo a Baal-peor; y el furor de Jehová se encendió contra Israel”.

El antídoto contra la avaricia es el contentamiento. Una persona que está contenta con lo que tiene no tendrá el deseo de abusar de otra sexualmente, y tampoco codiciará cosa alguna de otro. Una persona que puede decir con Pablo: “he aprendido a contentarme, cualquiera que sea mi situación” (Fil. 4:11) no será propensa a luchar con la avaricia. El contentamiento es el resultado de confiar en Dios, y la base de esa confianza es el conocimiento de Él y de sus propósitos para su pueblo, tal como han sido revelados en las Escrituras.

El contentamiento es lo opuesto a la avaricia. Mientras que la persona avara y codiciosa se rinde adoración a ella misma, la persona contenta adora a Dios. El puritano Jeremiah Burroughs escribió:

Se llega a adorar más a Dios mediante el [contentamiento] que al escuchar un sermón, pasar muchas horas en oración o al celebrar sacramentos. Estos son actos de adoración a Dios, pero escuchar, orar y celebrar sacramentos son solo actos externos de adoración. El [contentamiento] es la adoración del alma, al someter la propia voluntad y luego rendirla a Dios... en obediencia activa adoramos a Dios haciendo lo que a Él le agrada, en tanto que en obediencia pasiva también lo adoramos al contentarnos y agradarnos con lo que Él hace (*The Rare Jewel of Christian Contentment* [La excepcional joya del contentamiento cristiano] [Edinburgh: Banner of Truth, 1979, reimpresión], p. 120).

Al atacar la avaricia se ataca la raíz del pecado. Cuando el contentamiento se pone en el lugar que ocupa la avaricia, ésta no puede dar inicio al proceso que culmina en un acto pecaminoso.

RAZONES PARA HACER MORIR EL PECADO

cosas por las cuales la ira de Dios viene sobre los hijos de desobediencia, en las cuales vosotros también anduvisteis en otro tiempo cuando vivíais en ellas. (3:6-7)

Después de haber presentado la primera lista de pecados, Pablo hace una pausa antes de proseguir con la segunda. Aquí ofrece dos razones de gran fuerza que nos motivan para hacer morir el pecado.

EL PECADO ACARREA EL JUICIO DE DIOS

cosas por las cuales la ira de Dios viene sobre los hijos de desobediencia, (3:6)

La **ira** de Dios es “su eterno aborrecimiento de toda impiedad. Es el desagrado y la indignación contra el mal, producto de la justicia divina. Es la santidad de Dios movida a actuar en contra del pecado” (Arthur W. Pink, *The Attributes of God* [Los atributos de Dios] [Grand Rapids: Baker, 1975], p. 83). La ira de Dios es su constante e invariable reacción frente al pecado.

Los no creyentes experimentarán la ira eterna de Dios con toda su fuerza.

Pablo escribe en Romanos 1:18: “Porque la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres que detienen con injusticia la verdad”. Ya que el no creyente rehúsa creer en Cristo, “no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él” (Jn. 3:36; cp. Ro. 2:8). La Palabra dice acerca del inconverso: “atesoras para ti mismo ira para el día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios” (Ro. 2:5). Los creyentes no debemos participar de los pecados generales que Pablo acaba de mencionar, pues la ira de Dios viene por nosotros. El pecado acarrea ira, no bendición. Nunca trae verdadera felicidad. Ya que los creyentes han sido librados “de la ira venidera” (1 Ts. 1:10) y no caerán bajo la ira de Dios (1 Ts. 5:9), Pablo no está diciendo que si pecamos experimentaremos la terrible ira de Dios. Más bien está afirmando que quienes son de Cristo y han sido unidos a Él, lo aman y le sirven, con toda certeza no desearán participar de esos actos y pensamientos que sí corresponden al estilo de vida de quienes experimentarán la eterna ira de Dios.

Aunque los creyentes hemos sido librados de la ira de Dios (cp. Ro. 5:9), estamos sometidos a su disciplina. Hebreos 12:5-6 insta a no olvidar “la exhortación que como a hijos se os dirige, diciendo: Hijo mío, no menosprecies la disciplina del Señor, Ni desmayes cuando eres reprendido por él; Porque el Señor al que ama, disciplina, y azota a todo el que recibe por hijo”. Dios siempre reacciona en contra del pecado. El no creyente sufrirá su eterna ira, mientras que el

cristiano experimentará su disciplina amorosa. De todas formas, todo aquel que practique el pecado sufrirá las consecuencias.

EL PECADO ES PARTE DEL PASADO DEL CREYENTE

en las cuales vosotros también anduvisteis en otro tiempo cuando vivíais en ellas. (3:7)

Pablo nos ofrece una segunda razón por la cual debemos hacer morir el pecado diciendo de alguna manera: “ustedes saben bien lo que era vivir en pecado. Lo odiaban y eso los condujo a Cristo: para ser librados de esa manera de vivir”. Pablo dijo también a los creyentes efesios:

Y él os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados, en los cuales anduvisteis en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia, entre los cuales también todos nosotros vivimos en otro tiempo en los deseos de nuestra carne, haciendo la voluntad de la carne y de los pensamientos, y éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás. Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos). (Ef. 2:1-5)

Con base en esto, Spurgeon cuestiona:

Cristiano, ¿qué tienes que ver tú con el pecado? ¿no te ha costado ya demasiado? Habiéndote quemado ya, ¿jugarás ahora con el fuego? ¡Qué! Si ya has estado entre las garras del león, ¿caerás de nuevo en su foso? ¿acaso no has recibido lo suficiente de la serpiente antigua? ¿no fue ella la que inoculó veneno en tus venas, y ahora vas a jugar alrededor de su nido y poner otra vez tu mano en la cueva del basilisco? ¡Oh, no seas tan perverso! ¡tan loco! ¿Alguna vez el pecado te procuró verdadero placer? ¿te permitió encontrar satisfacción duradera? Si así fue, vuelve entonces a tu antigua rutina, y ponte de nuevo las cadenas, si eso te complace. Pero por cuanto el pecado jamás te concedió lo que prometió darte, sino que te ilusionó con mentiras, no te dejes atrapar una vez más por este viejo cazador: ¡sé libre, deja que la reminiscencia de tu antiguo cautiverio te impida volver de nuevo a la red! (*Evening by Evening* [Noche tras noche] [Grand Rapids: Baker, 1979, reimpresión], p. 151; cursivas en el original).

¿Cómo es posible que alguien que se ha enriquecido quiera volver a una vida de pobreza? ¿Cómo puede una nueva criatura actuar como si fuera vieja? (cp. 2 Co. 5:17). “¿Qué, pues, diremos? ¿Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde? En ninguna manera. Porque los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él?” (Ro. 6:1-2).

LOS PECADOS DE ODIOS

Pero ahora dejad también vosotros todas estas cosas: ira, enojo, malicia, blasfemia, palabras deshonestas de vuestra boca. No mintáis los unos a los otros, (3:8-9a)

Los pecados que conforman esta segunda lista son más de índole social que personal, pues atentan contra otras personas. Utilizando un orden inverso al de la lista precedente, Pablo comienza con los motivos y culmina citando los actos. **Dejad** viene de *apotithēmi*, una palabra utilizada para referirse a la acción de quitarse la ropa (cp. Hch. 7:58; 1 P. 2:1). De la misma manera que una persona se despoja de su ropa sucia al final del día, los creyentes debemos abandonar los harapos sucios y andrajosos de nuestra vida vieja. Pablo podría tener aquí en mente la práctica del bautismo en la iglesia primitiva. Quienes habían sido bautizados se despojaron de sus viejas vestiduras antes de ser bautizados y se les concedió luego una túnica blanca nueva. Pablo exhorta a los creyentes a desechar los vestigios de su vida vieja.

Orgē (**ira**) es una amargura profunda e intensa cargada de resentimiento. Es la actitud arraigada en el corazón de una persona airada. La ira no se produce como reacción a una provocación, sino que revela la actitud permanente de la persona y le brinda la ocasión de expresar su furor. Esto no tiene cabida en la vida del cristiano (cp. Ef. 4:31). En cambio, el creyente debe ser “tardo para airarse; porque la ira del hombre no obra la justicia de Dios” (Stg. 1:19-20).

A diferencia de orgē, thumos (**enojo**) denota un arranque de ira. Los griegos lo comparaban a la paja encendida en el fuego, la cual se quema en poco tiempo y se acaba. Se utiliza al hablar de quienes en la sinagoga de Nazaret estallaron en ira al escuchar las enseñanzas de Jesús (Lc. 4:28). También se usa de manera similar acerca de los obreros de Éfeso que se llenaron de ira por la predicación de Pablo (Hch. 19:28). La ira es una de las obras de la carne (Gá. 5:20) y es una conducta que no conviene en la vida del cristiano (Ef. 4:31).

La **ira** y el **enojo** están íntimamente relacionados. La ira que se encuentra latente bajo la superficie a menudo explota en arranques de ira. Y muchos no creyentes viven con un resentimiento arraigado en lo profundo de su ser, que alimenta

la ira. Tal vez no comprenden la razón por la cual están vivos y soportan sufrimientos en la vida. No escogieron tales circunstancias y no saben cómo manejarlas. Todo eso aviva el fuego de su ira y los hace más propensos a manifestar explosiones de ira cuando ésta es provocada.

Malicia es la traducción de *kakia*, un término general para designar los males morales. J. B. Lightfoot la define como “el carácter vicioso que busca hacer daño a otros” (*St. Paul’s Epistles to the Colossians and to Philemon* [Las epístolas de San Pablo a los Colosenses y a Filemón] [1879, Grand Rapids: Zondervan, 1959, reimpresión], p. 214). Es probable que en este contexto se refiera al daño causado por las malas conversaciones.

La ira, el enojo y la malicia a menudo acaban en **blasfemia**, cuyo término original en griego es *blasphēmia*. Cuando se emplea en relación con Dios se traduce “blasfemia”. Cuando se emplea en relación con las personas significa “calumnia”. No obstante, calumniar a las personas es blasfemar a Dios por cuanto Él creó al ser humano (cp. Stg. 3:9). No se debe tomar este tipo de conversación con ligereza. Nuestro Señor nos amonesta con vehemencia en Mateo 5:22 que “cualquiera que diga: Necio, a su hermano, será culpable ante el concilio; y cualquiera que le diga: Fatuo, quedará expuesto al infierno de fuego”. Las personas deben ser tratadas con dignidad porque son creadas a imagen de Dios. La conversación del cristiano no debe estar contaminada con insultos o comentarios de menosprecio contra otros. Santiago deplora que “de una misma boca proceden bendición y maldición” (Stg. 3:10).

El fruto de la ira, el enojo y la malicia son las **palabras deshonestas**. Esta expresión se refiere a las palabras repulsivas y desdeñosas cuyo propósito es herir y hacer daño a alguien. Podría traducirse como “abuso malhablado” (Lightfoot, p. 214). Dicha conversación se sanciona de manera expresa en la Palabra. “Ni palabras deshonestas, ni necedades, ni truhanerías, que no convienen, sino antes bien acciones de gracias” (Ef. 5:4). Jesús dijo: “El hombre bueno, del buen tesoro del corazón saca buenas cosas; y el hombre malo, del mal tesoro saca malas cosas” (Mt. 12:35). Más adelante nuestro Señor subraya la seriedad de velar sobre nuestras palabras al advertirnos que “de toda palabra ociosa que hablen los hombres, de ella darán cuenta en el día del juicio” (Mt. 12:36).

Pablo se refiere a un último pecado amonestando a los creyentes diciendo: **no mintáis los unos a los otros**. Quizás resulte un estudio provechoso (y requiera también mucho tiempo) el descubrir cada mentira registrada en la Biblia comenzando desde Génesis. Satanás mintió al engañar a Adán y a Eva (Gn. 3:4-5). Caín mintió a Dios después de asesinar a Abel (Gn. 4:9). Abraham mintió al afirmar que Sara era su hermana y no su esposa (Gn. 12:11-19; 20:2). Sara mintió a los tres ángeles visitantes (Gn. 18:15) y al rey de Gerar (Gn. 20:5). Isaac mintió al negar que Rebeca era su esposa (Gn. 26:7-10). Rebeca e Isaac mintieron para llevar a cabo la conspiración por la primogenitura de Esaú (Gn. 27:6-24). Esta lista ni siquiera ha agotado los ejemplos registrados en el libro de Génesis.

La mentira es un rasgo característico de Satanás (Jn. 8:44), no de Dios (Tit. 1:2).

Cuando los creyentes mentimos estamos imitando a Satanás y no a nuestro Padre celestial. De entre todas las personas del mundo, somos los cristianos los que deberíamos decir la verdad. Así que resulta provechosa la exhortación de Pablo a hacer morir el pecado a quienes están completos en Cristo y participan de su vida resucitada. También lo es porque cada cristiano debe enfrentar en su vida diaria la batalla por alcanzar la santidad. Es por esta batalla que Pablo escribió: “nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo” (Ro. 8:23). Ese gran día nuestra carne será redimida y nunca más seremos susceptibles a la tentación. Tendremos un nuevo hombre exterior que obra en santidad y que actúa en perfecta armonía con el hombre interior que ama desde el presente la santidad.

¿Cómo podemos salir victoriosos en nuestra lucha contra el pecado? Por un lado, dejándolo morir de hambre. No alimente la ira ni el resentimiento. No consienta la lujuria ni la codicia. Y por el otro, poniendo en su lugar los valores positivos: “Por lo demás, hermanos, todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza, en esto pensad” (Fil. 4:8). “La palabra de Cristo more en abundancia en vosotros” (Col. 3:16).

13. Vestir el nuevo hombre

habiéndoos despojado del viejo hombre con sus hechos, y revestido del nuevo, el cual conforme a la imagen del que lo creó se va renovando hasta el conocimiento pleno, donde no hay griego ni judío, circuncisión ni incircuncisión, bárbaro ni escita, siervo ni libre, sino que Cristo es el todo, y en todos. Vestíos, pues, como escogidos de Dios, santos y amados, de entrañable misericordia, de benignidad, de humildad, de mansedumbre, de paciencia; soportándoos unos a otros, y perdonándoos unos a otros si alguno tuviere queja contra otro. De la manera que Cristo os perdonó, así también hacedlo vosotros. Y sobre todas estas cosas vestíos de amor, que es el vínculo perfecto. Y la paz de Dios gobierne en vuestros corazones, a la que asimismo fuisteis llamados en un solo cuerpo; y sed agradecidos. La palabra de Cristo more en abundancia en vosotros, enseñándoos y exhortándoos unos a otros en toda sabiduría, cantando con gracia en vuestros corazones al Señor con salmos e himnos y cánticos espirituales. Y todo lo que hacéis, sea de palabra o de hecho, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él. (3:9b-17)

La manera de vestir de las personas en nuestra sociedad actual dice mucho acerca de lo que son. Las personas llevan el atuendo correspondiente a su profesión, sean jugadores de béisbol o conductores de autobuses, carteros o policías. Lo que somos determina lo que vestimos y no vestirse “de manera acorde” podría acarrear situaciones vergonzosas. Hace muchos años encontraron a un hombre muy rico de una ciudad del sur de California en los alrededores del club local vistiendo ropas andrajosas. Pronto fue apresado por los guardias de seguridad y en su contra se levantaron cargos por vagancia, aunque en realidad era el dueño del club. El único problema es que no se vistió de manera acorde con su identidad.

Este es el punto exacto que trata Pablo en 3:9b-17. Los cristianos debemos vestirnos en lo espiritual de manera acorde con nuestra nueva identidad. Hemos muerto con Cristo y hemos resucitado a una vida nueva. La salvación conlleva pues una responsabilidad doble para nosotros los creyentes. En un sentido restrictivo, debemos despojarnos del vestido de nuestro pasado estilo de vida pecaminoso, como señaló Pablo en 3:5-9a. En el sentido positivo, debemos vestir el estilo de vida del nuevo hombre. Para lograrlo, debemos entender la posición, el progreso, la compañía, la realización, la perfección y las prioridades del nuevo hombre.

LA POSICIÓN DEL NUEVO HOMBRE

habiéndoos despojado del viejo hombre con sus hechos, y revestido del nuevo, (3:9b-10a)

Este pasaje se relaciona con 3:5-9a, que expone aquello de lo cual debemos despojarnos los creyentes, y con 3:12-17 que describe lo que debemos vestir. Actúa como puente de transición en el abismo que separa al viejo hombre del nuevo, un abismo que los creyentes jamás habríamos cruzado a menos que Jesús nos hubiera hecho nuevas criaturas. **Habiéndoos** señala que la transición ya es un hecho. El creyente ya se ha despojado del **viejo hombre con sus hechos**.

La relación entre el **viejo hombre** y el **nuevo** hombre ha sido objeto de múltiples discusiones. Muchos sostienen que mediante la salvación los creyentes no solo recibimos un nuevo hombre, sino que también conservamos el viejo. Así pues, la salvación en vez de transformar, solo añade. Argumentan que la lucha en la vida cristiana proviene de la batalla entre estos dos.

Dicha visión de las cosas, sin embargo, no se ajusta con precisión a la enseñanza bíblica. Mediante la salvación el viejo hombre fue proscrito. Pablo les dijo a los corintios: “De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas” (2 Co. 5:17). A su vez, escribió a los romanos: “sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado” (Ro. 6:6). La salvación es transformación, el viejo hombre se va y en su lugar viene el nuevo. R. C. H. Lenski escribió: “El viejo hombre no puede experimentar la conversión ni puede ser renovado. Solo puede ser sustituido por el nuevo” (*The Interpretation of St. Paul's Epistles to the Colossians, to the Thessalonians, to Timothy, to Titus and to Philemon* [Interpretación de las epístolas de Pablo a los colosenses, tesalonicenses, a Timoteo, Tito y Filemón] [Mineápolis: Augsburg, 1964], p. 162).

¿Qué es el **viejo hombre**? Es el hombre no regenerado, la anterior manera de vivir que heredamos de Adán. El viejo hombre, pecaminoso, corrompido y detestable está “viciado conforme a los deseos engañosos” (Ef. 4:22). Este viejo hombre es sustituido por el hombre regenerado. Argüir que los creyentes vivimos tanto con el viejo como con el nuevo hombre es afirmar que una parte del alma es regenerada y la otra no. Pero esta bipartición espiritual no halla respaldo en las Escrituras.

El **nuevo** hombre, por su parte, es el hombre regenerado. Representa lo que cada creyente es en Cristo. El nuevo hombre es la nueva criatura que Pablo menciona en 2 Corintios 5:17. Su andar es diferente al del mundo (Ef. 4:17), pues anda en amor (Ef. 5:2), en la luz de la verdad de Dios (Ef. 5:8) y en sabiduría (Ef. 5:15), ama la ley de Dios y al Hijo de

Dios, odia el pecado y procura la justicia.

La Biblia ve a los hombres de dos maneras: en Cristo o en Adán. No existe un punto intermedio. El puritano Thomas Goodwin escribió: “Solo existen dos tipos de hombre ante los ojos de Dios, que son Adán y Jesucristo; y de los lomos de estos dos hombres se desprenden todos los demás” (citado en William Hendriksen, *Philippians, Colossians, and Philemon* [Filipenses, Colosenses y Filemón], Comentario del Nuevo Testamento [Grand Rapids: Baker, 1981], p. 150).

Pablo establece el contraste entre Adán y Cristo en Romanos 5:12-21, uno de los pasajes más preciosos y profundos en su teología del Nuevo Testamento. El pecado y la muerte vinieron por medio de Adán (vv. 12-14), mientras la gracia y la justicia vinieron por medio de Cristo (vv. 15-18). Debido a la desobediencia de Adán todos los hombres son pecadores, mientras que gracias a la obediencia de Cristo las personas son justificadas (v. 19). Al igual que es imposible estar en Adán y en Cristo al mismo tiempo, es imposible ser o tener un nuevo y un viejo hombre a la vez.

Pero surge entonces la pregunta de por qué los creyentes pecamos si el viejo hombre se ha ido. Los creyentes pecamos porque el nuevo hombre habita en un cuerpo viejo y por lo tanto debe luchar contra la carne. Pablo lo demuestra a través del conflicto que plantea en Romanos 7:14-25. Allí establece con claridad que el pecado no está en el hombre interior, el “yo” que ama lo santo, sino en la carne. “La carne no es el cuerpo en sí, sino el cuerpo usado y oprimido por el pecado. Es el cuerpo dominado por el pecado y por el mal, en tanto que el pecado habita en él durante su vida terrenal” (D. Martyn Lloyd-Jones, *Romans: The New Man: Exposition of Chapter Six* [Romanos: el nuevo hombre: exposición del capítulo seis] [Grand Rapids: Zondervan, 1978], p. 76). El concepto “carne” encierra todos los deseos, impulsos y pasiones pecaminosos relacionados con nuestra condición humana. La presencia de la carne no redimida nos lleva a gemir “dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo” (Ro. 8:23).

EL PROGRESO DEL NUEVO HOMBRE

el cual conforme a la imagen del que lo creó se va renovando hasta el conocimiento pleno, (3:10b)

Tener un nuevo hombre significa que el creyente tiene una vida nueva, pero no la madurez espiritual inmediata. La carne deja ver los vestidos del viejo hombre frente al nuevo para tentarlos a volver a usarlos en el transcurso de su vida. El nuevo hombre está completo, pero tiene la capacidad de crecer, así como un bebé al nacer está completo y puede crecer. Pablo escribió que el hombre “interior no obstante se renueva de día en día” (2 Co. 4:16), de manera que puede salir adelante a pesar del hombre exterior que se desgasta.

El nuevo hombre **se va renovando hasta el conocimiento pleno**. **Se va renovando** se refiere a ser nuevo en calidad. La preposición (*ana*) que antecede al verbo (*kaioō*) indica el contraste respecto a lo que estaba antes. Se trata de una nueva calidad de vida que nunca antes se había experimentado. A diferencia de la naturaleza depravada que va en decadencia, la nueva vida está siendo constantemente renovada por Dios. Epignōsis (**conocimiento pleno**) se refiere a un conocimiento completo y profundo (cp. 1:9). El proceso de renovación trae consigo un mayor conocimiento. William Hendriksen escribió: “Cuando un hombre es guiado hasta las aguas de la salvación, al principio éstas solo llegan hasta sus tobillos, pero a medida que progresa su profundidad llega hasta las rodillas, luego alcanza sus lomos y finalmente solo es posible atravesarlas nadando (cp. Ez. 47:3-6)” (*Philippians, Colossians, and Philemon* [Filipenses, Colosenses y Filemón] [Grand Rapids: Baker, 1981], p. 150). Es imposible crecer en la vida cristiana sin el conocimiento: “No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta” (Ro. 12:2). “Renovaos en el espíritu de vuestra mente” (Ef. 4:23). La vida santa fluye de un conocimiento maduro.

La fuente de conocimiento es la Biblia. Pablo escribió a Timoteo: “Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra” (2 Ti. 3:16-17). Pedro exhorta a los creyentes diciendo: “desead, como niños recién nacidos, la leche espiritual no adulterada, para que por ella crezcáis para salvación” (1 P. 2:2). La Palabra de Dios es el alimento que hace posible el crecimiento del nuevo hombre. La rapidez con la cual crecemos los creyentes depende de la cantidad de conocimiento que pongamos en práctica en la vida de cada uno de nosotros.

La meta del conocimiento es que el creyente se conforme a la imagen de Aquel que lo creó. El nuevo hombre se vuelve cada vez más como el Señor Jesús, que lo creó. Primera Corintios 15:49 nos dice: “Y así como hemos traído la imagen del terrenal, traeremos también la imagen del celestial”. El plan de Dios es hacer que los creyentes lleguemos a ser como Jesucristo. “Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos” (Ro. 8:29). El nuevo hombre continuará progresando hacia la semejanza de Cristo hasta que muera o hasta que el Señor vuelva. El apóstol Juan escribió: “Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es” (1 Jn. 3:2).

LA COMPAÑÍA DEL NUEVO HOMBRE

donde no hay griego ni judío, circuncisión ni incircuncisión, bárbaro ni escita, siervo ni libre, sino que Cristo es el todo, y en todos. (3:11)

La vida resucitada también trae consecuencias para la iglesia. De la misma manera que los creyentes nos despojamos de los hábitos del viejo hombre, la iglesia se despoja de las antiguas barreras que separaban a las personas. Allí no hay lugar para las barreras raciales, ni para las pretensiones sociales o culturales. Dios ha unido a todos los creyentes en Cristo Jesús (cp. Gá. 3:28; Ef. 2:15). Esta fue una revelación increíble y asombrosa a los ojos del mundo del primer siglo. Las barreras raciales, religiosas, culturales y sociales que separaban a las personas estaban tan arraigadas y tenían tanta fuerza como sucede en nuestros días.

El **griego** y el **judío**, el que estaba bajo la **circuncisión** y el que no, estaban separados por barreras raciales y religiosas que parecían infranqueables. Eran completamente extraños entre sí. Los judíos rehusaban entrar a la casa de un gentil. Tampoco aceptaban una comida preparada por gentiles ni compraban carne a sus carniceros. Cuando regresaban a Israel mostraban su desprecio hacia los gentiles sacudiendo el polvo de sus vestidos y calzado. Aun los apóstoles se mostraban reacios a aceptar a los gentiles en igualdad dentro de la iglesia (cp. Hch. 10-11). Es obvio que los gentiles manifestaban los mismos sentimientos hacia los judíos.

Pero el evangelio rompió esas barreras, y judíos y gentiles son uno solo en Cristo. Pablo describió ese suceso prodigioso en Efesios 2:13-16:

Pero ahora en Cristo Jesús, vosotros que en otro tiempo estabais lejos, habéis sido hechos cercanos por la sangre de Cristo. Porque él es nuestra paz, que de ambos pueblos hizo uno, derribando la pared intermedia de separación, aboliendo en su carne las enemistades, la ley de los mandamientos expresados en ordenanzas, para crear en sí mismo de los dos un solo y nuevo hombre, haciendo la paz, y mediante la cruz reconciliar con Dios a ambos en un solo cuerpo, matando en ella las enemistades.

Fuertes barreras culturales también invadían el mundo antiguo. Los griegos o judíos que poseían un importante bagaje cultural miraban con desdén al **bárbaro** y al **escita**. Bárbaro es un término onomatopéyico que se utilizaba para referirse a pueblos cuyo dialecto simulaba un tartamudeo o parecía inarticulado. La intención de los griegos al utilizar ese término era burlarse de quienes no pertenecían a la élite (por ejemplo, ellos mismos). De entre todos los bárbaros, los escitas eran los más odiados y temidos. Eran un pueblo belicoso y nómada que invadió la media luna fértil en el siglo VII a.C. Los escitas se destacaban por su salvajismo. William Hendriksen anota varias referencias históricas que permiten describirlos con mayor precisión (*Colossians*, p. 154). Herodoto, el historiador griego, escribió acerca de ellos:

Invadieron Asia después de haber desterrado a los cimerios de Europa... convirtiéndose en los amos de toda Asia. Desde entonces se avanzaron contra Egipto, y cuando pasaban por la región siria llamada Palestina, Samético, rey de Egipto, se encontró con ellos y logró persuadirlos mediante regalos y ruegos para impedir que avanzaran... dominaron Asia durante veintiocho años y toda la tierra fue devastada por causa de su violencia y arrogancia... en su gran mayoría fueron entretenidos y embriagados para luego ser asesinados por Ciaxares y los medos. Tenían como costumbre beber la sangre de la primera persona que mataban en la guerra. Además, hacían servilletas con el cuero cabelludo y vasijas para beber con los cráneos de sus víctimas. Tenían los hábitos más sucios y nunca se lavaban con agua. (4.64, 65, 75).

El historiador judío Josefo añadió: “Los escitas se deleitaban en matar a las personas y eran poco más que bestias salvajes” (*Against Apion* [Contra Apión], 2.269). Tertuliano, padre de la iglesia primitiva, no encontró peor insulto para calificar al hereje Marción que llamarlo “más sucio que un escita” (*Against Marcion* [Contra Marción], 1.1).

En el mundo antiguo era impensable reunir en comunión fraternal a griegos, judíos y escitas. Sin embargo, eso es precisamente lo que ocurrió en la iglesia. Cristo derribó las barreras culturales que separaban a los hombres.

Había otra barrera que separaba a los hombres libres de los esclavos. En palabras de Aristóteles, se veía al esclavo como “una herramienta viviente”. No obstante, tanto esclavos como libres, llegaban a la salvación y se convertían en hermanos en Cristo, pues “fuimos todos bautizados en un cuerpo, sean judíos o griegos, sean esclavos o libres; y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu” (1 Co. 12:13). Pablo les recordó a los gálatas que “no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay varón ni mujer; porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús” (Gá. 3:28). Le dijo a Filemón que viera a Onésimo, su esclavo fugitivo, “no ya como esclavo, sino como más que esclavo, como hermano amado” (Flm. 16).

La unidad entre esclavos y libres se demostró de manera dramática en la arena de

Cartago en 202 d.C. Perpetua, una mujer proveniente de una familia noble, y Felicitas, una niña esclava, sufrieron el martirio por causa de Cristo. Al enfrentarse a las fieras salvajes unieron sus manos. Una esclava y una mujer libre murieron juntas por amor al mismo Señor (M. A. Smith, *From Christ to Constantine* [De Cristo a Constantino] [Downers Grove, Ill: InterVarsity, 1973], p. 107).

Las barreras que erigen los hombres no tienen cabida en la iglesia, ya que **Cristo es el todo, y en todos**. Puesto que Cristo habita en cada creyente, todos somos iguales. Cristo rompe todas las barreras raciales, religiosas, culturales y sociales, y une a todos los creyentes como un solo hombre (Ef. 2:15).

LA REALIZACIÓN DEL NUEVO HOMBRE

Vestíos, pues, como escogidos de Dios, santos y amados, de entrañable misericordia, de benignidad, de humildad, de mansedumbre, de paciencia; soportándoos unos a otros, y perdonándoos unos a otros si alguno tuviere queja contra otro. De la manera que Cristo os perdonó, así también hacedlo vosotros. (3:12-13)

En 3:5-9a, Pablo instruye a los creyentes acerca de lo que debían quitarse, mientras que en 3:9b-11 habla acerca de su nueva identidad en Cristo. En 3:12 Pablo señala lo que los creyentes debemos vestir. En 3:9b-11 describe lo que Dios ha hecho por el creyente, y en 3:12-17, lo que Dios espera del creyente como respuesta. Una identidad justa debe dar como resultado un comportamiento justo. Dicho comportamiento es la manifestación externa de la transformación interna, y constituye la única prueba segura de que esta transformación ha sucedido.

Nadie se hace cristiano solo por su propia elección. En cambio, los creyentes somos **escogidos de Dios**. La Palabra enseña con claridad la verdad de la elección divina. Efesios 1:4 dice que Dios “nos escogió en él [Cristo] antes de la fundación del mundo”. Pablo confiaba que Dios había escogido a los tesalonicenses (1 Ts. 1:4) y le daba gracias a Dios por ello: “Pero nosotros debemos dar siempre gracias a Dios respecto a vosotros, hermanos amados por el Señor, de que Dios os haya escogido desde el principio para salvación, mediante la santificación por el Espíritu y la fe en la verdad” (2 Ts. 2:13). Dios no nos llamó debido a nuestras buenas obras, “sino según el propósito suyo y la gracia que nos fue dada en Cristo Jesús antes de los tiempos de los siglos” (2 Ti. 1:9). Los nombres de los creyentes fueron escritos en el libro de la vida desde antes de la fundación del mundo (cp. Ap. 13:8; 17:8). El plan y la iniciativa de Dios preceden nuestra respuesta a su gracia soberana.

Gracias a la elección de Dios, los creyentes somos **santos y amados**. *Hagios (santo)* significa “separado” o “apartado”. Dios escogió a los creyentes de entre todos los seres humanos y los atrajo hacia Él. Somos diferentes del mundo. Cuando los creyentes no actuamos de forma diferente al mundo, arruinamos el propósito de su llamado.

Los creyentes somos **amados** por Dios. Esto significa que somos el objeto de su especial amor. La elección de Dios no es una doctrina impersonal ni fatalista. Por el contrario, se basa en su incomprensible amor por sus elegidos: “según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él, en amor habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad” (Ef. 1:4-5).

Escogidos (Dt. 7:6; 14:2; 1 Cr. 16:13; Sal. 105:43; 135:4; Is. 41:8; 44:1; 45:4), **santos** (Éx. 19:6; Lv. 19:2; Jer. 2:3) y **amados** (1 R. 10:9; 2 Cr. 9:8; Os. 11:1) son términos utilizados en el Antiguo Testamento para referirse a Israel. Lo que fue cierto para ellos como nación elegida es ahora una realidad para nosotros mediante la fe en Cristo. Por un tiempo Israel ha sido excluido y los gentiles han sido injertados (cp. Ro. 9-11). Quienes han llegado a la salvación en la iglesia son escogidos por Dios. Somos llamados “los escogidos” (cp. Jn. 15:16; Ro. 8:33; 2 Ti. 2:10; Tit. 1:1; 1 P. 1:1). Hechos 13:46-48 habla de quienes han sido destinados por Dios para recibir vida eterna:

Entonces Pablo y Bernabé, hablando con denuedo, dijeron: A vosotros a la verdad era necesario que se os hablase primero la palabra de Dios; mas puesto que la deseáis, y no os juzgáis dignos de la vida eterna, he aquí, nos volvemos a los gentiles. Porque así nos ha mandado el Señor, diciendo: Te he puesto para luz de los gentiles, A fin de que seas para salvación hasta lo último de la tierra. Los gentiles, oyendo esto, se regocijaban y glorificaban la palabra del Señor, y creyeron todos los que estaban ordenados para vida eterna.

Romanos 9:13-16, 19-22 declara la soberanía de Dios al escoger a quienes Él desea:

Como está escrito: A Jacob amé, mas a Esaú aborrecí. ¿Qué, pues, diremos? ¿Que hay injusticia en Dios? En ninguna manera. Pues a Moisés dice: Tendré misericordia del que yo tenga misericordia, y me compadeceré del que yo me compadezca. Así que no depende del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia.

Pero me dirás: ¿Por qué, pues, inculpa? porque ¿quién ha resistido a su voluntad? Mas antes, oh hombre, ¿quién eres tú, para que alterques con Dios? ¿Dirá el vaso de barro al que lo formó: ¿Por qué me has hecho así? ¿O no tiene potestad el alfarero sobre el barro, para hacer de la misma masa un vaso para honra y otro para deshonra? ¿Y qué, si Dios, queriendo mostrar su ira y hacer notorio su poder, soportó con mucha paciencia los vasos de ira preparados para destrucción?

Romanos 11:4-5 habla del remanente “escogido por gracia”. Efesios 1:4 afirma que los creyentes son “[escogidos] en él antes de la fundación del mundo”. Los tesalonicenses fueron “[escogidos] desde el principio para salvación” (2 Ts. 2:13). Es posible que 2 Timoteo 1:8-9 sintetice esta verdad mejor que cualquier otro pasaje: “Por tanto, no te avergüences de dar testimonio de nuestro Señor, ni de mí, preso suyo, sino participa de las aflicciones por el evangelio según el poder de Dios, que nos salvó y nos llamó con llamamiento santo, no conforme a nuestras obras, sino según el propósito suyo y la gracia que nos fue dada en Cristo Jesús antes de los tiempos de los siglos”.

La doctrina de la elección divina abate el orgullo humano, exalta a Dios, produce gozo y gratitud hacia Él. Asimismo, concede privilegios y seguridad eterna, suscita la santidad, la valentía y el vigor en quienes han sido escogidos por Dios para la vida eterna, de manera que no hay persona ni cosa alguna que pueda causarles temor.

Vestíos viene de enduō, que significa “vestirse” o “cubrirse”. Las cualidades que Pablo cita deben ser las vestiduras del nuevo hombre.

El primer rasgo de carácter que debe marcar al nuevo hombre es la **entrañable misericordia**. **Entrañable** viene de *splanchna*, un modismo hebraico que se refiere literalmente a las partes internas del cuerpo humano (corazón, pulmones, hígado, riñones, etcétera). Como vimos al comentar el versículo 2:2, se utiliza a menudo en el Nuevo Testamento para hablar en sentido figurado del lugar en el cual residen las emociones. Este es el uso en este versículo. **Oiktirmos (misericordia)** significa “piedad”, “simpatía” o “compasión”. Al reunir estas definiciones podríamos traducir así la frase: “vístanse de una compasión profunda” o “tengan un sentimiento de compasión interna y apremiante”. Esta cualidad divina (Lc. 6:36; Stg. 5:11), demostrada en su máxima expresión en Jesús (Mt. 9:36), era requerida con urgencia en el mundo antiguo. Por ejemplo, las personas enfermas, ancianas o heridas eran con frecuencia abandonadas a su propia suerte. Como resultado, muchas morían. Los creyentes no debemos ser indiferentes al sufrimiento, sino que debemos preocuparnos por suplir las necesidades de las personas.

La **benignidad** está muy relacionada con la misericordia. El término griego se refiere a la gracia que penetra todo el ser de una persona y que suaviza toda dureza. Jesús utilizó esta palabra al afirmar: “mi yugo es fácil” (Mt. 11:30), no es duro ni cruel. La persona benigna se preocupa tanto por el bienestar de su prójimo como por el suyo propio. Dios es benigno hasta con las personas ingratas y malvadas (Lc. 6:35). En efecto, fue su benignidad la que nos llevó al arrepentimiento (Ro. 2:4; cp. Tit. 3:4). La benignidad de Jesús se manifestó al lanzarnos su invitación: “Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas; porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga” (Mt. 11:29-30). La parábola del buen samaritano ilustra muy bien la benignidad (Lc. 10:25-37) y nos muestra el ejemplo a seguir.

Tapeinophrosunē (humildad) y otras palabras relacionadas, siempre tienen una connotación negativa en el griego clásico (cp. H. H. Esser, “*tapeinos*”, en Colin Brown, ed., *The New International Dictionary of New Testament Theology* [Nuevo diccionario internacional de teología del Nuevo Testamento] [Grand Rapids: Zondervan, 1977], 2:259). Fue el cristianismo el que elevó la humildad al nivel de una virtud. Es el antídoto contra el amor propio que envenena las relaciones. Pablo defiende la verdadera humildad condenando la aparente humildad de los falsos maestros (cp. 2:18, 23). La humildad caracteriza a Jesús (Mt. 11:29) y es la virtud cristiana más estimada (Ef. 4:2; Fil. 2:3ss; 1 P. 5:5).

Prautēs (mansedumbre) también está muy relacionada con la humildad. No es debilidad de carácter ni flaqueza. La persona mansa reconoce que es también pecadora y está dispuesta a soportar las cargas que los pecados de otros le infligen. Esa mansedumbre solo viene como fruto del Espíritu Santo (cp. Gá. 5:22-23) y debería caracterizar la conducta permanente del cristiano, incluso en circunstancias que requieran restaurar a un hermano en pecado (Gá. 6:1) o defender la fe ante los hostigamientos de los no creyentes (2 Ti. 2:25; 1 P. 3:15).

Paciencia es la traducción de *makrotumia*. La persona paciente no se enoja contra otros. William Barclay escribió: “Es el espíritu que nunca pierde la paciencia con su prójimo. Su insensatez y terquedad nunca lo llevan al cinismo o a la desesperación; sus insultos y agravios nunca producen en él amargura o ira” (*The Letters to the Philippians, Colossians, and Thessalonians* [Las cartas a los filipenses, colosenses y tesalonicenses] [Louisville: Westminster, 1975], p. 158). La paciencia es lo opuesto al resentimiento y la venganza. Fue también una cualidad del carácter de Jesucristo. Pablo le escribió a Timoteo: “Pero por esto fui recibido a misericordia, para que Jesucristo mostrase en mí el primero toda su clemencia, para ejemplo de los que habrían de creer en él para vida eterna” (1 Ti. 1:16). Si no fuera por la paciencia de Dios nadie alcanzaría la salvación (2 P. 3:15).

Soportándoos unos a otros quiere decir “resistir, perdurar a pesar de la persecución, de las amenazas, de los agravios,

de la indiferencia y de cualquier mal, sin buscar vengarse”. Esta actitud caracterizó a Pablo, quien les dijo a los corintios: “nos maldicen, y bendecimos; padecemos persecución, y la soportamos” (1 Co. 4:12). Sin embargo, no fue una cualidad que caracterizó a los corintios, que se acusaban unos a otros ante la justicia. Pablo exclama: “¿Por qué no sufrís más bien el agravio? ¿Por qué no sufrís más bien el ser defraudados?” (1 Co. 6:7). Los creyentes deben ser pacientes (Ef. 4:2). Ese fue el ejemplo de los tesalonicenses, de quienes Pablo escribió: “nosotros mismos nos gloriamos de vosotros en las iglesias de Dios, por vuestra paciencia y fe en todas vuestras persecuciones y tribulaciones que soportáis [*anexomai*, la misma palabra usada aquí en 3:13]” (2 Ts. 1:4).

No solo la paciencia debe caracterizar a los cristianos. Pablo prosigue diciendo: **perdonándoos unos a otros**. La palabra griega *charizomenoi* significa literalmente “ser benigno”, y el texto utiliza un pronombre reflexivo, así que quiere decir “perdonándose a ustedes mismos”. La iglesia en su conjunto debe ser benigna y perdonarse mutuamente. Al incluir la frase **“de la manera que Cristo os perdonó, así también hacedlo vosotros”**, Pablo establece a Cristo como el modelo de perdón. Así como Él nos ha perdonado a nosotros, nosotros debemos perdonar a otros (Ef. 4:32; cp. Mt. 18:21-35). La frase **si alguno tuviere queja contra otro** se refiere a ocasiones en las cuales alguien nos agravia por error, por su pecado o por una deuda. El Señor Jesús es nuestro modelo a seguir para perdonar porque Él perdonó todos nuestros pecados, errores y deudas. También es el modelo a seguir en lo que atañe a todas las demás virtudes señaladas en este pasaje.

LA PERFECCIÓN DEL NUEVO HOMBRE

Y sobre todas estas cosas vestíos de amor, que es el vínculo perfecto. (3:14)

Siguiendo la misma analogía de ponerse la vestidura, el amor es el cinto que ajusta **todas estas cosas** que acaban de mencionarse (cp. Fil. 2:1-5). El amor es la cualidad moral más importante en la vida del creyente, pues es como el pegamento que hace posible la unidad en la iglesia. Los creyentes nunca disfrutaremos de la comunión fraternal mediante la misericordia, la benignidad, la humildad, la mansedumbre y la paciencia, así como perdonarnos ni soportarnos mutuamente, a menos que nos amemos unos a otros. De hecho, podemos resumir los mandatos de 3:12-13 diciendo: “ámense unos a otros”. Pablo dijo en Romanos 13:10: “El amor no hace mal al prójimo; así que el cumplimiento de la ley es el amor”. Tratar de practicar todas las cualidades descritas en 3:12-13 sin amor resulta en puro legalismo. Todas deben fluir del amor, que es el fruto de una vida llena del Espíritu (Gá. 5:22). Nada es aceptable ante Dios a menos que esté motivado por el amor (1 Co. 13:1-3). Esto también se aplica al conocimiento (Fil. 1:9), a la fe (Gá. 5:6) y a la obediencia (Jn. 14:15). En el amor reside la belleza del cristiano, pues disipa los horribles pecados de la carne que destruyen la unidad.

LAS PRIORIDADES DEL NUEVO HOMBRE

Y la paz de Dios gobierne en vuestros corazones, a la que asimismo fuisteis llamados en un solo cuerpo; y sed agradecidos. La palabra de Cristo more en abundancia en vosotros, enseñándoos y exhortándoos unos a otros en toda sabiduría, cantando con gracia en vuestros corazones al Señor con salmos e himnos y cánticos espirituales. Y todo lo que hacéis, sea de palabra o de hecho, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él. (3:15-17)

Pablo concluye el tema de las cualidades del estilo de vida del nuevo hombre citando tres prioridades. Se trata de las vestiduras exteriores del nuevo hombre que cubren a todas las demás. El nuevo hombre se interesa por la paz de Cristo, por la Palabra de Cristo y por el nombre de Cristo.

LA PAZ DE CRISTO

Y la paz de Dios gobierne en vuestros corazones, a la que asimismo fuisteis llamados en un solo cuerpo; y sed agradecidos. (3:15)

Eirēnē (**paz**) encierra tanto la idea de un acuerdo, pacto o trato, como el de un estado de descanso y seguridad. En el sentido objetivo los creyentes estamos en paz con Dios: “Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo” (Ro. 5:1). El conflicto que existía entre el creyente y Dios ya no es más, y la tregua fue pagada por la sangre de Cristo. Por esta razón los creyentes gozamos de descanso y seguridad. Pablo les dijo a los filipenses: “Y la paz de Dios... guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús” (Fil. 4:7). Con frecuencia alude a la paz de Cristo pues se trata de la paz que Él otorga (cp. Jn. 14:27; Ef. 2:14).

Gobierne se deriva de *brabeuō*, una palabra utilizada solo en esta ocasión en el Nuevo Testamento (aunque una forma compuesta de la misma aparece en Col. 2:18). Se usaba para describir la actividad de un árbitro en el momento de

decidir el resultado en una competición atlética. La paz de Cristo nos guía cuando debemos tomar decisiones. Cuando el creyente enfrenta un dilema, debe tener en cuenta dos factores. El primero es evaluar si su decisión está de acuerdo con su pertenencia a Cristo y con la paz que goza en Él. En otras palabras, evaluar si ésta preserva su unión con el Señor, que es su posesión como creyente. Primera Corintios 6:17-18 ofrece una excelente ilustración acerca de este punto: “Pero el que se une al Señor, un espíritu es con él. Huid de la fornicación”. Es nuestra unión con Cristo la que nos impulsa a llevar una vida pura. El segundo factor radica en determinar si su decisión traerá como resultado una paz profunda y permanente en su corazón. Estos dos son los principales factores que le impiden pecar al creyente. Puesto que el pecado ofende a Cristo, con quien él está en paz, aquel podría acabar con el descanso y la seguridad que hay en su corazón.

La paz no es solo objetiva y subjetiva, sino también relacional. Los creyentes estamos **llamados** a vivir en paz **en un solo cuerpo**. Quienes gozan de paz con Cristo y en lo interno de su corazón vivirán en unidad y armonía con otros.

Para poder guardar un corazón en paz es necesario ser **agradecidos**. El agradecimiento es un tema constante en colosenses (cp. 1:3, 12; 2:7; 3:15, 16, 17; 4:2).

La gratitud es la respuesta natural del creyente a todo lo que Dios ha hecho (Ef. 5:20; Fil. 4:6; 1 Ts. 5:18; He. 13:15), mientras que la ingratitud caracteriza al no creyente (Ro. 1:21). Es indiscutible que un espíritu humilde y agradecido hacia Dios tendrá una influencia positiva en las relaciones con otras personas. La paz y la gratitud están estrechamente ligadas.

LA PALABRA DE CRISTO

La palabra de Cristo mora en abundancia en vosotros, enseñándoos y exhortándoos unos a otros en toda sabiduría, cantando con gracia en vuestros corazones al Señor con salmos e himnos y cánticos espirituales. (3:16)

La palabra de Cristo se refiere a la revelación que Él trajo al mundo, es decir, a las Escrituras. La paz y la gratitud, así como la unidad, el amor y todas las virtudes que de él se desprenden fluyen de una mente controlada por las Escrituras. **More** viene de *enoikeō* y significa “habitar” o “estar en casa”. Pablo exhorta a los creyentes a permitir que la Palabra de Dios halle en sus vidas su morada o habitación. *Plousiōs* (**en abundancia**) podría traducirse también “abundante de manera copiosa y exuberante”. Las verdades de las Escrituras deberían impregnar cada área de la vida del creyente y controlar cada uno de sus pensamientos, palabras y actos. La Palabra mora en nosotros cuando la escuchamos (Mt. 13:9), la usamos (2 Ti. 2:15), la guardamos (Sal. 119:11) y nos aferramos a ella (Fil. 2:16). Para lograrlo, es necesario que el cristiano lea, estudie y viva la Palabra. Hacer que **la palabra de Cristo mora en abundancia** es lo mismo que estar lleno del Espíritu (cp. Ef. 5:18). La Palabra que mora en el corazón y en la mente es la que permite al Espíritu inclinar nuestra voluntad. Está claro que estos dos conceptos son idénticos porque los pasajes que siguen a cada uno son muy similares.

Colosenses 3:18–4:1 es un pasaje paralelo aunque más breve que Efesios 5:19–6:9. El resultado que trae el estar lleno del Espíritu Santo es el mismo que se produce cuando dejamos morar la Palabra en abundancia en nosotros. Por lo tanto, se trata de dos realidades espirituales iguales vistas desde dos lados diferentes. Ser lleno del Espíritu Santo es estar controlado por su Palabra. Dejar que la Palabra mora en abundancia es estar controlado por su Espíritu. Puesto que el Espíritu Santo es el autor y el poder de la Palabra, estas expresiones son equivalentes.

Pablo menciona luego dos resultados específicos de la Palabra de Cristo cuando mora en el creyente; un resultado es afirmativo y el otro restrictivo: **enseñándoos y exhortándoos unos a otros en toda sabiduría**. Por una parte, la enseñanza consiste en impartir la verdad en el sentido afirmativo. Y por la otra, la exhortación es el aspecto restrictivo de la enseñanza. Significa advertir a las personas acerca de las consecuencias de su conducta. Ambos son el resultado de una vida en la cual fluye en abundancia la Palabra de Cristo.

Permitir que la Palabra de Cristo mora en abundancia en nosotros no solo proporciona información, sino emoción. Produce en nosotros esta respuesta: **cantando con gracia... al Señor con salmos e himnos y cánticos espirituales**. Los **salmos** eran tomados del libro de Salmos del Antiguo Testamento y les ponían música, tal como hacemos hoy día. Los **himnos** eran la expresión de alabanza a Dios. Se ha llegado a pensar que algunos pasajes del Nuevo Testamento (tales como Col. 1:15-20 y Fil. 2:6-11) se cantaban como himnos en la iglesia primitiva. Los **cánticos espirituales** destacaban el aspecto del testimonio (cp. Ap. 5:9-10), pues expresan en canciones lo que Dios ha hecho por nosotros. (Para profundizar en este tema, véase mi comentario *Efesios*, Comentario MacArthur del Nuevo Testamento [Grand Rapids: Editorial Portavoz, 2002]).

Los comentaristas tienen diversas opiniones acerca de la traducción de *chariti* (**gracia**), que se ha traducido como “gracia”, y en otras versiones como “gratitud”. Es probable que el uso del término en este pasaje se refiera a ambos significados, pues los creyentes cantan con gratitud por la gracia de Dios. Cuando Pablo dice que los creyentes deben cantar en sus **corazones**, no quiere decir que no deban cantar con su voz. Más bien, recalca la importancia de que haya acuerdo entre lo que se dice con la boca y lo que hay en el corazón (cp. Am. 5:23). Los cánticos deben dirigirse a Dios

como alabanza y adoración para su deleite y su gloria. Como resultado adicional a este propósito primordial, el cristiano se edifica a sí mismo.

EL NOMBRE DE CRISTO

Y todo lo que hacéis, sea de palabra o de hecho, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él. (3:17)

El método más práctico y simple de vivir la vida cristiana es hacer todo, **sea de palabra o de hecho, en el nombre del Señor Jesús**. Hacer todo en el nombre de Jesús significa actuar de manera consecuente con su carácter y su voluntad. Pablo expresa esta misma verdad en 1 Corintios 10:31: “Si, pues, coméis o bebéis, o hacéis otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios”. Una vez más, Pablo señala que todo debe hacerse de buena voluntad y con confianza, no haciendo las cosas como una obligación legalista, sino **dando gracias a Dios Padre**.

Vestir la nueva vida es vestirse de Cristo. Este es el deber de todo creyente: “sino vestíos del Señor Jesucristo, y no proveáis para los deseos de la carne” (Ro. 13:14). La meta de la vida cristiana es alcanzar la semejanza de Cristo.

Guy H. King relata la siguiente historia:

Hace algunos años me encontraba dirigiendo la misión de servicio especial de niños en uno de nuestros lugares de recreo en la costa sur. Al dirigirme a la playa una mañana, un niño que caminaba con su madre dijo al verme: “Mami, aquí viene el hombre Jesús”. Con esto quería decir que yo era el hombre que les hablaba a los niños acerca del Salvador. Pero ese día su comentario significó mucho más que eso para mí. ¿Qué derecho tenía o tengo yo para ser llamado un “hombre Jesús”? ¿Hasta qué punto me parezco a Él en realidad?

Quizás usted haya leído alguna vez la conmovedora historia de Jerome K. titulada *El huésped del tercer piso de atrás*. En términos generales, la historia habla de una casa de alquiler de clase baja donde vivía un grupo muy diverso de personas menesterosas y desvalidas. Entre ellas había una niña que trabajaba como criada, pobre, ignorante y sucia, dispuesta a vender su virtud por cualquier baratija. Un día llegó un huésped que se alojó en la parte de atrás del tercer piso y que se veía diferente de los demás. Muy pronto dio muestras de tener un corazón y un modo de ser amable. Siempre tenía una palabra amable para la pequeña criada que por lo general era ignorada y maltratada. Ella casi profesaba adoración por él. Los otros huéspedes también le debían mucho por sus buenas obras y su gran ayuda. Siempre estaba ayudando a alguno de manera compasiva y benévola. Por fin llegó el día en el que debía partir para instalarse en otro lugar. La pequeña criada le observó con sus ojos bien abiertos mientras él se dirigía hacia la puerta con su diminuto equipaje. Después de mirarla con una sonrisa y de darle una suave palmada en la espalda, la niña se despidió a su vez diciendo: “Por favor, dígame, ¿es usted Él?” (*Crossing the Border* [Cruzando la frontera] [Fort Washington, Pa.: Christian Literature Crusade, 1974], pp. 92-93).

Los creyentes deberíamos vestir a Cristo de tal modo que cuando otras personas nos vean, vean a Cristo.

14. El nuevo hombre edifica un nuevo hogar

Casadas, estad sujetas a vuestros maridos, como conviene en el Señor. Maridos, amad a vuestras mujeres, y no seáis ásperos con ellas. Hijos, obedeced a vuestros padres en todo, porque esto agrada al Señor. Padres, no exasperéis a vuestros hijos, para que no se desalienten. Siervos, obedeced en todo a vuestros amos terrenales, no sirviendo al ojo, como los que quieren agradar a los hombres, sino con corazón sincero, temiendo a Dios. Y todo lo que hagáis, hacedlo de corazón, como para el Señor y no para los hombres; sabiendo que del Señor recibiréis la recompensa de la herencia, porque a Cristo el Señor servís. Mas el que hace injusticia, recibirá la injusticia que hiciere, porque no hay acepción de personas. Amos, haced lo que es justo y recto con vuestros siervos, sabiendo que también vosotros tenéis un Amo en los cielos. (3:18–4:1)

El mayor problema social que enfrenta la sociedad actual es la incapacidad de las personas para relacionarse unas con otras. Desde la rivalidad entre niños pasando por la desintegración de los matrimonios, hasta los crímenes y conflictos entre los grandes poderes internacionales, el problema es el mismo. La razón por la cual existe este problema podría resumirse brevemente: ausencia de moral, desconocimiento y alienación. La ausencia de moral significa que el hombre separado de Dios no tiene patrones morales ni éticos con los cuales regular su conducta. El hombre también lucha con el desconocimiento. No sabe quién es ni por qué razón está en el mundo. Por lo tanto, su vida carece de significado desde su propia perspectiva. Por último, las personas viven en un estado de alienación. Como Francis Schaeffer señaló en su libro *True Spirituality* ([La verdadera espiritualidad] [Wheaton, Ill.: Tyndale], 1973), la caída no solo llevó al hombre a ser un extraño para Dios, sino para sí mismo y para otros.

Estos tres problemas se deben a la separación del hombre de su Dios. Las personas viven una vida inmoral y sin patrones morales porque aparte de Dios no existen normas morales absolutas. Están condenadas al relativismo moral y a la ética situacional.

El hombre separado de Dios también se enfrenta al desconocimiento o al vacío. Atrapado en un universo impersonal parece no ser más que una “combinación casual de átomos en medio de la corriente caprichosa de una historia aleatoria y sin sentido” (Francis A. Schaeffer, *Death In the City* [Muerte en la ciudad] [Downers Grove, Ill.: InterVarsity, 1972], p. 19).

Por último, el hombre sin Dios enfrenta un terrible sentimiento de alienación o de soledad. Sin alguien en el universo que pueda darle sentido a sus aspiraciones termina sintiéndose solo y aislado.

Un hombre que carece de normas morales y que enfrenta el vacío y la soledad en su vida, verá a las demás personas como una amenaza en su búsqueda de felicidad. Su negativismo y desesperanza lo llevarán con frecuencia a retraerse aún más en su egoísmo y alienación. Esto provoca conflictos con los demás. Santiago escribe: “¿De dónde vienen las guerras y los pleitos entre vosotros? ¿No es de vuestras pasiones, las cuales combaten en vuestros miembros? Codiciáis, y no tenéis; matáis y ardéis de envidia, y no podéis alcanzar; combatís y lucháis, pero no tenéis lo que deseáis, porque no pedís” (Stg. 4:1-2).

Cuando una persona se hace cristiana, estos tres problemas dejan de existir. La Palabra de Dios provee normas morales absolutas que están enraizadas en la naturaleza misma de Dios. El creyente ya no es un desconocido, sino un hijo de Dios y coheredero con Jesús (Ro. 8:17). Tampoco el creyente padece de soledad ni alienación, pues es ahora un hijo amado de su Padre celestial y forma parte de la familia de creyentes.

El cristianismo no solo involucra al individuo, sino también sus relaciones. La vida del nuevo hombre es una vida que se desarrolla en compañía de otros como él. El nuevo hombre también está llamado a ejercer un efecto positivo en la sociedad donde vive. Esta responsabilidad del creyente es el tema en 3:18–4:1, donde se trata la relación del nuevo hombre con los demás.

La enseñanza acerca de las relaciones del creyente y su efecto en la sociedad no es exclusiva de la Epístola a los Colosenses. Jesús dijo en Mateo 5:13-14: “Vosotros sois la sal de la tierra; pero si la sal se desvaneciere, ¿con qué será salada? No sirve más para nada, sino para ser echada fuera y hollada por los hombres. Vosotros sois la luz del mundo; una ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder”. Pablo exhortó a los filipenses diciendo: “para que seáis irreprochables y sencillos, hijos de Dios sin mancha en medio de una generación maligna y perversa, en medio de la cual resplandecéis como luminarias en el mundo” (Fil. 2:15). Pedro aconsejó por su parte: “manteniendo buena vuestra

manera de vivir entre los gentiles; para que en lo que murmuran de vosotros como de malhechores, glorifiquen a Dios en el día de la visitación, al considerar vuestras buenas obras” (1 P. 2:12; cp. Mt. 25:31-46; Stg. 2:15-16). Es pues evidente que el cristianismo no es una religión de monjes y ermitaños. Los creyentes no estamos llamados a aislarnos de la sociedad, sino a influir en ella por causa de Cristo, y de manera muy especial a través de nuestras relaciones.

A lo largo de la historia el cristianismo ha ejercido un influjo positivo en la sociedad. J. C. Wenger escribió acerca de la iglesia primitiva:

El cristianismo irrumpió en medio de un mundo corrupto con el resplandor de una nueva moral... el nivel moral de la sociedad era deprimente y el pecado prevalecía en todas sus formas... en medio de este mundo sin esperanza llegó Cristo y sus discípulos transformados por su Espíritu, llenos de gozo santo, motivados por un amor que iba más allá de la comprensión de los gentiles, proclamando las buenas nuevas, que Dios había enviado a un Salvador... estos cristianos vivían en pequeñas comunidades unidas en el poder del Espíritu Santo como pequeñas colonias celestiales. Se veían a sí mismos como peregrinos en su caminar hacia la ciudad celestial, y sin embargo mostraban gran interés en manifestar el amor de Cristo en todas sus relaciones humanas.

Estos cristianos primitivos subrayaban la importancia de someter toda su vida al señorío de Cristo... hombres y mujeres que exhiben tal pureza moral son quienes contribuyen a tejer la integridad y la fortaleza dentro de la sociedad.

La vida no valía mucho en el mundo anterior a la era cristiana. Asesinatos, abortos, niños en riesgo, guerras en las cuales morían multitudes de hombres sin que alguien se sintiera culpable estaban a la orden del día. Los cristianos de la iglesia primitiva trajeron consigo una nueva preocupación social por estos temas (“Evangelical Social Concern”, en *Baker’s Dictionary of Christian Ethics* [Diccionario de ética cristiana de Baker], ed. Carl F. H. Henry [Grand Rapids: Baker, 1973], pp. 223-224).

En tiempos más recientes, la mayoría de las reformas sociales del mundo occidental han estado ligadas al cristianismo. Los líderes del avivamiento evangélico del siglo XVIII, como Juan Wesley, a menudo protestaban contra los males de la sociedad. John Howard, contemporáneo de Juan Wesley, trabajó sin descanso por lograr la reforma en las prisiones. Su trabajo prosiguió gracias a la colaboración de Elizabeth Gurney Fry. El gran avivamiento de principios del siglo XVIII en Estados Unidos, guiado por predicadores de la talla de Jonathan Edwards y George Whitefield, trajo consigo el establecimiento de varias universidades. La presión ejercida por algunos evangélicos liderados por William Wilberforce produjo la abolición del tráfico de esclavos en Gran Bretaña en 1807 y la prohibición de la esclavitud en todas sus formas en 1833. Los cristianos estadounidenses también participaron en la lucha contra la esclavitud que culminó en la Proclamación de Emancipación de 1863. Lord Shaftesbury, un cristiano británico del siglo XIX, fue protagonista de la promulgación de leyes que regularan el trabajo infantil ante el Parlamento. También lo fue en el logro de un mejor trato para los enajenados mentales. Agencias tales como la YMCA, la YWCA y el Ejército de Salvación también participaron de manera activa en el trabajo social durante el siglo XIX. William Carey, misionero en la India, trabajó para lograr la abolición de la pena de muerte por incineración contra las viudas y el sacrificio de niños. Los misioneros en África lucharon contra la poligamia y el tráfico de esclavos, y construyeron escuelas y hospitales.

Sin embargo, en ningún otro lugar el aspecto social del nuevo hombre se hace tan evidente como en el hogar, la institución social por excelencia. El cristianismo genuino comprende tanto la doctrina como la manifestación de una vida santa. El Nuevo Testamento señala en muchos pasajes que el conocimiento intelectual de nuestra fe debe existir junto con una vida que acredite la realidad de la fe. Y esa vida solo puede ser real mediante el comunicación vital con Dios en Cristo. Es difícil demostrar que el cristianismo puede tener un efecto positivo en la sociedad si es incapaz de transformar el propio hogar de los creyentes.

Los dos principios básicos que menciona Pablo, que son la autoridad y la sumisión, no son conceptos exclusivos del cristianismo. Dentro del plan de Dios siempre ha estado el funcionamiento del hogar según estos principios. No obstante, el cristianismo incorpora nuevos elementos a la organización del hogar. En primer lugar, trajo una nueva presencia en el hogar, que es la persona del Señor Jesucristo (cp. 3:18, 20, 23-24; 4:1). Esta nueva presencia trae consigo un nuevo poder. Cristo está allí, y su Espíritu da el poder para que la familia alcance su pleno desarrollo. En segundo lugar, trae un nuevo propósito: “Y todo lo que hacéis, sea de palabra o de hecho, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús” (3:17). Por último, expone una nueva norma para el hogar: “Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella” (Ef. 5:25). El nuevo modelo a seguir es Cristo.

En este pasaje, Pablo ofrece instrucciones breves y directas sobre el andar cristiano en el hogar. Habla acerca de las

tres relaciones del hogar de ese entonces: la relación entre esposos (3:18-19), entre padres e hijos (3:20-21) y entre amos y siervos (3:22-4:1). Da instrucciones a las esposas, a los esposos, a los hijos, a los padres, a los siervos y a los amos.

INSTRUCCIONES PARA LAS ESPOSAS

Casadas, estad sujetas a vuestros maridos, como conviene en el Señor. (3:18)

Una exhortación en el pasaje paralelo en Efesios amplía este sencillo mandato: “Las casadas estén sujetas a sus propios maridos, como al Señor; porque el marido es cabeza de la mujer, así como Cristo es cabeza de la iglesia, la cual es su cuerpo, y él es su Salvador. Así que, como la iglesia está sujeta a Cristo, así también las casadas lo estén a sus maridos en todo” (Ef. 5:22-24). A pesar de la franca claridad de este pasaje, sus declaraciones han sido puestas en tela de juicio en nuestros días, hasta por parte de personas que profesan ser evangélicas. Muchos arguyen que las enseñanzas de Pablo en este tema no son inspiradas por el Espíritu, sino que reflejan una actitud hacia las mujeres de corte chovinista y sesgada por su trasfondo rabínico. Estas personas pretenden usurpar el lugar que solo le corresponde a Dios y deciden por sí mismas cuáles son los pasajes inspirados dentro del conjunto de las Escrituras. Aún hay otros que insisten en afirmar que Pablo está haciendo un comentario equivocado acerca de Génesis 2 en vez de Génesis 1. Sostienen que Génesis 1 enseña la igualdad entre los sexos y fue inspirado por Dios, mientras que Génesis 2, que señala al hombre como cabeza, es considerado como un comentario rabínico posterior y no inspirado. Este argumento, sin embargo, se basa en la hipótesis documentaria del Pentateuco que ya ha sido desacreditada por completo. Por último, otros afirman que la enseñanza de Pablo acerca de la autoridad y la sumisión es de índole cultural y, por lo tanto, no es aplicable a nuestra sociedad actual. No obstante, ninguno de estos críticos sostendría que la declaración de Pablo en 3:19 es cultural, y que ya no es aplicable que los hombres amen a sus esposas. Todos los ataques contra este claro principio de comportamiento producen graves heridas en el matrimonio. Cuando una esposa se somete al liderazgo amoroso de su esposo y obedece al plan de Dios para su vida, tanto ella como su esposo se sienten plenos. Los esfuerzos dirigidos a invertir o confundir los deberes de la esposa y del esposo destruyen la bendición que cada uno debe ser para el otro.

Los principios de autoridad y de sumisión dentro de la relación matrimonial están presentes en todo el Nuevo Testamento. Pablo escribe en 1 Corintios 11:3: “Cristo es la cabeza de todo varón, y el varón es la cabeza de la mujer”. Asimismo anotó este principio en 1 Corintios 14:34-35: “vuestras mujeres callen en las congregaciones; porque no les es permitido hablar, sino que estén sujetas, como también la ley lo dice. Y si quieren aprender algo, pregunten en casa a sus maridos; porque es indecoroso que una mujer hable en la congregación”. También le escribió a Timoteo: “La mujer aprenda en silencio, con toda sujeción. Porque no permito a la mujer enseñar, ni ejercer dominio sobre el hombre, sino estar en silencio. Porque Adán fue formado primero, después Eva; y Adán no fue engañado, sino que la mujer, siendo engañada, incurrió en transgresión. Pero se salvará engendrando hijos, si permaneciere en fe, amor y santificación, con modestia” (1 Ti. 2:11-14).

Pablo prosigue diciendo que la mujer se libera del estigma de inferioridad ante el hombre mediante la bendita labor de criar hijos en el temor de Dios (v. 15). Cabe notar que Pablo asocia la sumisión de la mujer con el orden original de la creación, no como una consecuencia de la caída. En Tito 2:5 enseña a las mujeres “a ser prudentes, castas, cuidadosas de su casa, buenas, sujetas a sus maridos, para que la palabra de Dios no sea blasfemada”. La obediencia de Sara a su esposo Abraham es un modelo que otras mujeres deben seguir (1 P. 3:6).

Estar **sujetas** viene de *hupotassō*, y significa “someterse a sí mismo”. Encierra la idea de ponerse a sí mismo abajo (*hupo*), no por coacción, sino por voluntad propia. El término se utiliza en Lucas 2:51 al referirse a la sujeción de Jesús a sus padres, y en Lucas 10:17 para describir a los demonios que se sometían a los discípulos. En Romanos 8:7 Pablo emplea esta palabra para referirse a la sumisión a los mandamientos de la ley de Dios. También la usa en Romanos 13:1, 5 para hablar acerca de la sumisión que se requiere de cada persona ante las autoridades del gobierno establecidas por Dios. Tanto en 1 Corintios 15:27-28 como en Efesios 1:22, el verbo utilizado hace alusión al tiempo en el cual todas las cosas del universo serán sometidas a Cristo y a Dios en la gloria eterna.

La exhortación de Pablo a las esposas se funda en la sumisión a sus esposos. No les pide que se sometan a una autoridad impersonal ni despreocupada. En cambio, les pide someterse al hombre con quien comparten una relación personal, íntima y vital. Efesios 5:22 añade la palabra “sus” (sus propios maridos) con el fin de demostrar el carácter único y exclusivo de esta sumisión.

Resulta provechoso aclarar algunas ideas falsas acerca de la sumisión. En primer lugar, la sumisión no significa inferioridad. Gálatas 3:28 afirma con toda claridad que desde el punto de vista espiritual no existe diferencia alguna entre hombres y mujeres. Jesús se sometió al Padre durante su vida en la tierra y sin embargo, no era de ninguna manera inferior a Él. En segundo lugar, la sumisión no es absoluta. En este pasaje, la obediencia está reservada a los hijos y a los siervos. Hay ocasiones en las cuales una esposa debe rehusar someterse a los deseos de su esposo (cuando estos infringen la Palabra de Dios). Por último, la autoridad del esposo no debe ejercerse de manera autoritaria ni arrogante.

La sumisión de la esposa se da en el ámbito de una relación de amor.

La sumisión de las esposas a sus esposos debe ser **como conviene en el Señor**. La forma en griego para esta frase expresa un sentido de obligación, de un deber necesario. Es lo que el Señor ha mandado y establecido para que la familia funcione de manera adecuada.

INSTRUCCIONES PARA LOS ESPOSOS

Maridos, amad a vuestras mujeres, y no seáis ásperos con ellas. (3:19)

En Efesios 5:25 Pablo escribió: “Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella”. Es obvio que a pesar de las flaquezas de la iglesia, Cristo la ha amado siempre con su gracia y misericordia perdonadora, y por lo tanto jamás ha albergado ira debido a sus múltiples pecados. Pablo dirige dos mandamientos a los esposos. El primero es amar a sus **mujeres**. El tiempo presente del imperativo *agapate* (**amad**) indica una acción continua. El verbo en sí parece entenderse mejor en el Nuevo Testamento como un amor voluntario, no un amor pasional o emocional, sino el amor fruto de una decisión, el amor que requiere un pacto. Podría traducirse como “seguir amando”. El amor que existía al comienzo del matrimonio debe continuar a todo lo largo del mismo y no debe dar lugar a la amargura. Este amor voluntario que es el resultado de un pacto implica el sacrificio de sí mismo en acción. Es un afecto profundo que ve a la esposa como a una hermana en el Señor y como la beneficiaria de una promesa que debe cumplirse. El amor que Pablo ordena permite que el esposo vea a su esposa como a un vaso más frágil que debe cuidar pues es al mismo tiempo su coheredera de la gracia (cp. 1 P. 3:7), como a su mejor amiga y a su compañera para toda la vida. Isaac manifestó esta clase de amor hacia Rebeca. “Y la trajo Isaac a la tienda de su madre Sara, y tomó a Rebeca por mujer, y la amó” (Gn. 24:67).

Efesios 5:22-28 expresa la naturaleza de este amor con gran belleza:

Las casadas estén sujetas a sus propios maridos, como al Señor; porque el marido es cabeza de la mujer, así como Cristo es cabeza de la iglesia, la cual es su cuerpo, y él es su Salvador. Así que, como la iglesia está sujeta a Cristo, así también las casadas lo estén a sus maridos en todo. Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra, a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha. Así también los maridos deben amar a sus mujeres como a sus mismos cuerpos. El que ama a su mujer, a sí mismo se ama. (Para profundizar acerca de este pasaje, véase Efesios, Comentario MacArthur del Nuevo Testamento) [Grand Rapids: Editorial Portavoz, 2002])

Dios ideó la sumisión de la mujer a su esposo en un contexto de amor. De esa manera ella se encuentra protegida porque un hombre que ama verdaderamente a su esposa nunca la forzaría a someterse a algo degradante, humillante, o que perturbe su conciencia. Un esposo piadoso ama a su esposa como Cristo ama a la iglesia.

Los esposos también están llamados a no airarse contra sus esposas. El imperativo *pikrainesthe* (**no seáis ásperos**) podría traducirse “dejar de ser áspero” o “no tener el hábito de ser áspero” (A. T. Robertson, *Word Pictures In the New Testament* [Ilustraciones del Nuevo Testamento] [Grand Rapids: Baker, 1931], 4:506). En los otros versículos donde este término aparece (Ap. 8:11; 10:9, 10) se refiere a algo de sabor amargo. En pocas palabras, Pablo les dice a los esposos que no llamen a sus esposas “mi dulce amor” cuando en realidad actúan con ellas como vinagre. No deben mostrar un carácter duro ni cruel hacia sus esposas. Tampoco deben provocarles irritación ni desesperación, sino que por el contrario, deben ejercer un liderazgo de amor en su hogar.

Pablo hace una observación adicional en 1 Corintios 7:33-34 al hablar acerca del interés mutuo en el matrimonio. El esposo debe buscar “cómo agradar a su mujer”, y la esposa, a su vez, debe buscar “cómo agradar a su marido”. Aunque la autoridad y la sumisión han sido establecidas por Dios, existe asimismo la igualdad espiritual y el mutuo deseo de cada cónyuge de agradar al otro. Lo que más complace al esposo es la sumisión amorosa de su esposa, y lo que más agrada a la esposa es un esposo que ejerce su autoridad con amor.

INSTRUCCIONES PARA LOS HIJOS

Hijos, obedeced a vuestros padres en todo, porque esto agrada al Señor. (3:20)

El texto paralelo en Efesios es casi idéntico: “Hijos, obedeced en el Señor a vuestros padres, porque esto es justo” (Ef. 6:1). Ahora Pablo habla acerca de la segunda relación en el hogar, que es la relación entre padres e hijos. Ésta no puede funcionar bien, a menos que la relación entre esposos esté en orden. *Tekna* (**hijos**) es un término general para designar a los hijos y no se limita a un grupo determinado de edad. Se refiere a cualquier hijo que aún vive en la casa con sus

padres y que está bajo su tutela. El tiempo presente del imperativo *hupakouete* (**obedeced**) insta a una obediencia continua.

La enseñanza acerca de la honra y la obediencia que los hijos deben a los padres está presente de manera reiterada en las Escrituras. Aparece en los Diez Mandamientos: “Honra a tu padre y a tu madre, para que tus días se alarguen en la tierra que Jehová tu Dios te da” (Éx. 20:12). En el Antiguo Testamento herir o maldecir a los padres acarrea como castigo la pena de muerte (Éx. 21:15-17; Lv. 20:9), al igual que la desobediencia persistente (Dt. 21:18-21). Los hijos deben estar atentos a la instrucción de sus padres y obedecerla (Pr. 1:8; 6:20). Las consecuencias de faltar al respeto a los padres se ilustran así en Proverbios 30:17: “El ojo que escarnece a su padre y menosprecia la enseñanza de la madre, los cuervos de la cañada lo saquen, y lo devoren los hijos del águila” (cp. Mt. 15:4-5; Mr. 7:10-13).

La desobediencia a los padres es una característica de los impíos: “Porque habrá hombres amadores de sí mismos, avaros, vanagloriosos, soberbios, blasfemos, desobedientes a los padres, ingratos, impíos” (2 Ti. 3:2; cp. Ro. 1:30).

Los hijos deben obedecer a sus padres **en todo**. El único límite establecido para la obediencia de los hijos es cuando un padre pide algo que está en contra de la ley de Dios. Jesús sabía que a algunos hijos les sería necesario enfrentarse a sus padres para poder seguirlo en una vida de fe. En Lucas 12:51-53 nuestro Señor dice: “¿Pensáis que he venido para dar paz en la tierra? Os digo: No, sino disensión. Porque de aquí en adelante, cinco en una familia estarán divididos, tres contra dos, y dos contra tres. Estará dividido el padre contra el hijo, y el hijo contra el padre; la madre contra la hija, y la hija contra la madre; la suegra contra su nuera, y la nuera contra su suegra”. Luego, en Lucas 14:26 dice: “Si alguno viene a mí, y no aborrece a su padre, y madre, y mujer, e hijos, y hermanos, y hermanas, y aun también su propia vida, no puede ser mi discípulo”. La salvación puede traer división a la familia haciendo que los hijos deban rechazar los mandatos de los padres si son contrarios a las Escrituras.

La razón por la cual se debe obedecer es que **esto agrada al Señor**. De la misma manera que se complace con su propio Hijo (Mt. 3:17), Dios quiere sentirse complacido con sus otros hijos. Muchos jóvenes luchan buscando la voluntad de Dios para su vida. La obediencia a los padres es el lugar correcto para comenzar a encontrarla.

INSTRUCCIONES PARA LOS PADRES

Padres, no exasperéis a vuestros hijos, para que no se desalienten. (3:21)

En Efesios 6:4 también existe un versículo paralelo para esta instrucción de Pablo: “Y vosotros, padres, no provoquéis a ira a vuestros hijos, sino criadlos en disciplina y amonestación del Señor”. Los deberes en la relación entre padres e hijos no existen en una sola dirección. Los padres también tienen obligaciones que deben cumplir hacia sus hijos. *Pateres* (**padres**) se refiere tanto al padre como a la madre, como es el caso en Hebreos 11:23. La exhortación de Pablo para los padres es “**no exasperéis a vuestros hijos**”. Exasperar viene de *erethizō* y significa provocar, incitar, irritar o enojar. Otra manera de traducir el mandato de Pablo sería: “dejen de molestar a sus hijos”. Si los padres no cumplen con esto, lo que esto produce es que los hijos **se desalienten**. El sentido de esta expresión es “perder el ánimo o el espíritu”, y encierra la idea de estar apático, malhumorado, desanimado o abatido. Los padres pueden provocar desánimo en sus hijos cuando no los disciplinan con amor ni los instruyen en el camino del Señor de manera equitativa y justa.

Los padres pueden desalentar a los hijos de muchas formas.

Primero, protegiéndolos de manera excesiva. Los padres que protegen en exceso a sus hijos restringen toda libertad en ellos. Establecen normas estrictas en todos los aspectos y sin importar lo que los hijos hagan, estos padres no confían en sus hijos. Dado que resulta imposible ganar la confianza de sus padres, los hijos pierden la esperanza y llegan a creer que su comportamiento es irrelevante. Esto puede llevar a la rebeldía. Los padres deben establecer normas y directivas para sus hijos, pero estas no deben convertirse en un lazo que los ahogue. Por encima de todo, los padres deben hacerle saber a sus hijos que confían en ellos.

Una segunda manera de desalentar a los hijos es teniendo favoritismos en el hogar. A menudo esto sucede de manera inadvertida cuando se compara a un niño con sus hermanos o con sus compañeros de escuela. El niño que se siente como la oveja negra de la familia por la actitud de sus padres puede llegar a experimentar un terrible sentimiento de frustración.

Una tercera forma de causar desaliento en los hijos es desestimando su valor. Muchos hijos crecen con la convicción de que lo que hacen y lo que sienten es insignificante. Esto sucede cuando perciben que no son importantes. Muchos padres menosprecian el valor de sus hijos negándose a escucharlos. Los hijos que no son escuchados pueden darse por vencidos en su intento por comunicarse y caen en el desánimo, la timidez y la apatía.

Una cuarta manera de provocar desaliento en los hijos es imponerles metas poco realistas. Los padres pueden provocar esto al no recompensarlos o nunca hacerles sentir que han tenido éxito en algo. Nada es suficiente para ellos, así que los

hijos nunca perciben la aprobación completa. Padres como estos intentan a menudo hacer de sus hijos algo que ellos mismos no lograron. Los resultados pueden ser desastrosos. Algunos hijos llegan a sentirse tan frustrados que se suicidan.

En quinto lugar, los padres pueden exasperar a sus hijos cuando son incapaces de expresarles amor. Los padres deben comunicar amor a sus hijos con manifestaciones físicas y verbales. Al no hacerlo, los hijos se sienten desanimados y extraños.

En sexto lugar, algunos padres exasperan a sus hijos al no suplir sus necesidades. Los niños necesitan privacidad, un lugar para jugar, ropa limpia, un lugar para estudiar, tener sus propias cosas y buena alimentación. Al suplir estas necesidades los padres muestran respeto y preocupación por sus hijos.

En séptimo lugar, los padres pueden exasperar a sus hijos al no establecer normas en el hogar. Este es el lado opuesto de la protección excesiva. Cuando los padres no disciplinan a sus hijos o lo hacen de manera inconsistente, los hijos terminan abandonados a su propia suerte. Luego son incapaces de manejar esa libertad excesiva y terminan sintiéndose inseguros y poco amados.

En octavo lugar, los padres pueden exasperar a sus hijos por medio de la crítica. Haim Ginott escribió: “Un niño aprende lo que vive. Si vive bajo la crítica no aprende a ser responsable. Aprende a condenarse a sí mismo y a encontrar las fallas en otros. Aprende a poner en duda su propio juicio, a menospreciar sus propias capacidades y a desconfiar de las intenciones de los demás. Y por encima de todo, aprende a vivir con el constante temor de la condenación inminente” (*Between Parent and Child* [Entre padre e hijo] [Nueva York: Macmillan, 1965], p. 72). Los padres también pueden exasperar a sus hijos al ser negligentes. El ejemplo clásico de este punto es Absalón. David fue indiferente hacia él y el resultado fue la rebelión, la guerra civil y la muerte de su hijo. Los padres deben participar en la vida de sus hijos.

Por último, los padres pueden exasperar a sus hijos ejerciendo una disciplina excesiva. Los padres pueden abusar de sus hijos de manera verbal, emocional o física. Son padres que pronuncian palabras contra sus hijos que no se atreverían a pronunciar contra otras personas. Los padres nunca deben disciplinar a sus hijos con ira. En cambio, deben corregirlos con amor, al igual que su Padre celestial lo hace con ellos.

El influjo que los padres tienen en la vida de los hijos fue resumido en un texto de Dorothy Law Nolte titulado “Los niños aprenden lo que viven”:

Si un niño vive en medio de la crítica,

Aprende a condenar.

Si un niño vive con hostilidad,

Aprende a pelear.

Si un niño vive con la burla,

Aprende a ser temeroso.

Si un niño vive con vergüenza,

Aprende a sentirse culpable.

Si un niño vive con tolerancia,

Aprende a ser paciente.

Si un niño vive siendo alentado,

Aprende a vivir confiado.

Si un niño vive con alabanzas,

Aprende a apreciar.

Si un niño vive con equidad,

Aprende justicia.

Si un niño vive con seguridad,

Aprende a tener fe.

Si un niño vive con aprobación,

Aprende a amarse a sí mismo.

Si un niño vive con aceptación y amistad,

Aprende a encontrar amor en el mundo.

(1982, derechos reservados por Dorothy Law Nolte. Usado con permiso).

Es indispensable que los padres no exasperen a sus hijos a fin de criarlos “en disciplina y amonestación del Señor” (Ef. 6:4).

INSTRUCCIONES PARA LOS SIERVOS

Siervos, obedeced en todo a vuestros amos terrenales, no sirviendo al ojo, como los que quieren agradar a los hombres, sino con corazón sincero, temiendo a Dios. Y todo lo que hagáis, hacedlo de corazón, como para el Señor y no para los hombres; sabiendo que del Señor recibiréis la recompensa de la herencia, porque a Cristo el Señor servís. Mas el que hace injusticia, recibirá la injusticia que hiciere, porque no hay acepción de personas. (3:22-25)

La última relación que hay en un hogar, y en especial en los hogares de los tiempos de Pablo, es la relación entre siervos y amos. De nuevo, Pablo escribe un pasaje paralelo en Efesios 6:5-9. En nuestros días esta relación puede compararse a la de los empleados y sus patrones. Cabe aclarar que aunque la Palabra de Dios nunca se muestra a favor de la esclavitud, sí la reconoce como un elemento integrante de nuestra sociedad y que por lo tanto resulta provechoso tanto para amos como para siervos establecer buenas relaciones.

Sin pretender abolir la esclavitud, el Señor y los apóstoles utilizan esta figura para ilustrar sus enseñanzas espirituales al comparar al creyente, quien pertenece a Cristo y le sirve, con un esclavo. El Nuevo Testamento acepta la esclavitud como una realidad social e instruye a quienes se encuentran inmersos en ese sistema sobre la conducta apropiada en ese caso. Sin duda, Pablo resalta los deberes de amos y siervos en su carta a Filemón (escrita en la misma época de Colosenses). A aquel envió de regreso a su esclavo fugitivo, Onésimo. Pablo le pide a Filemón que trate a su esclavo con amabilidad y perdón, restaurando la relación al orden establecido por Dios.

En vez de ordenarles a los esclavos a rebelarse contra la esclavitud, Pablo les dice: **“obedeced en todo a vuestros amos terrenales”**. Sin la estructura social, esclavitud o libertad, carece de importancia siempre y cuando la relación sea correcta y esté fundada en la piedad. Al igual que en el caso de las relaciones entre esposos y entre padres e hijos, el principio de autoridad y sumisión es el eje del pensamiento de Pablo. **En todo**, hace ver que el versículo comprende tanto los deberes agradables como los que resultan gravosos. La obediencia que se exige de parte de los siervos cristianos no es un servicio externo que se cumple con una actitud displicente, **como los que quieren agradar a los hombres**, sino **con corazón sincero, temiendo a Dios** para agradarle en toda obra. La motivación adecuada radica en tener en gran estima a Dios y su voluntad. Deben trabajar **de corazón** (consagrando todo su ser en la realización de sus deberes), **como para el Señor y no para los hombres**, sirviendo a sus amos como servirían al Señor mismo.

Pablo recalca a Timoteo que la obediencia y el honor que los siervos manifiestan hacia sus amos impiden que “sea blasfemado el nombre de Dios y la doctrina” (1 Ti. 6:1).

Pablo ofrece dos razones por las cuales los siervos (o los empleados) deben obedecer a sus amos. En el sentido positivo, el Señor mismo los recompensará por su fidelidad. Es probable que en el presente sufran desigualdad, pero tienen esta certeza: **sabiendo que del Señor recibiréis la recompensa de la herencia**. Es probable que el amo o el jefe aquí en la tierra le niegue a su siervo lo que le corresponde, pero el Señor lo recompensará. Él es quien asegura la recompensa eterna de lo que es debido (cp. Ap. 20:12-13). Los siervos cristianos también son herederos de una recompensa eterna. De la misma manera que un empleado sirve a su empresa o un siervo al hogar, los cristianos sirven al Señor Jesucristo, y Él les recompensará con gracia y generosidad.

Luego Pablo ofrece una razón de censura para obedecer. Dice: **Mas el que hace injusticia, recibirá la injusticia que hiciere, porque no hay acepción de personas**. Advierte que Dios va a juzgar sin parcialidad los casos de desobediencia (cp. Gá. 6:7). Pablo reconocía que Onésimo, el esclavo cristiano, era responsable de resarcir a Filemón. El siervo cristiano no debe usar su cristianismo como excusa para desobedecer. Como hijos de Dios nosotros también cosecharemos lo que sembramos porque, Dios es imparcial en sus juicios (cp. Hch. 10:34).

INSTRUCCIONES PARA LOS AMOS

Amos, haced lo que es justo y recto con vuestros siervos, sabiendo que también vosotros tenéis un Amo en los cielos. (4:1)

Por su parte, los amos deben tratar a sus siervos de modo **justo y recto**, tal como ellos esperan ser tratados por su **Amo en los cielos**. Dios juzgará a los amos que maltratan a sus siervos así como juzga a los siervos que no sirven bien a sus amos. Como vimos en el comentario de 3:11, los esclavos y los amos son iguales ante Dios en Cristo. Por lo tanto, los amos deben tratar a sus siervos cristianos como a hermanos en Cristo, manifestando hacia ellos todas las virtudes que corresponden a la comunión de los santos. Deben tratar a sus empleados de la misma manera que desean ser tratados por el Señor Jesús.

Si todos los cristianos exhibiéramos en nuestras relaciones todas las cualidades descritas en este pasaje, los resultados serían sorprendentes. Los creyentes seríamos en verdad como luminares brillando en medio de la oscuridad.

15. La conversación del nuevo hombre

Perseverad en la oración, velando en ella con acción de gracias; orando también al mismo tiempo por nosotros, para que el Señor nos abra puerta para la palabra, a fin de dar a conocer el misterio de Cristo, por el cual también estoy preso, para que lo manifieste como debo hablar. Andad sabiamente para con los de afuera, redimiendo el tiempo. Sea vuestra palabra siempre con gracia, sazónada con sal, para que sepáis cómo debéis responder a cada uno. (4:2-6)

Cuando nuestro Señor les dijo a los fariseos que “de la abundancia del corazón habla la boca” (Mt. 12:34), estableció un importante principio espiritual: nuestra conversación refleja el tipo de persona que somos. Puesto que la lengua habla con tanta facilidad y es difícil de controlar, la conversación de una persona es el indicador más confiable de su estado espiritual (cp. Mt. 12:37).

La Biblia habla mucho acerca de la conversación que procede de una boca regenerada y de una que no lo ha sido aún. Esta última se caracteriza por la maldad (Pr. 15:28), la inmoralidad sexual (Pr. 5:3), el engaño (Jer. 9:8), la maledicencia (Sal. 10:7), la opresión (Sal. 10:7), la mentira (Pr. 12:22), la destrucción (Pr. 11:11), la vanidad (2 P. 2:18), la adulación (Pr. 26:28), la necedad (Pr. 15:2), la locura (Ec. 10:12-13), la desidia (Mt. 12:36), la jactancia (Ro. 1:30), la falsa doctrina (Tit. 1:11), las maquinaciones (Sal. 37:12), el odio (Sal. 109:3), el exceso de palabras (Ec. 10:14) y los chismes (Pr. 26:22).

En franco contraste con lo anterior, la conversación de una boca redimida se caracteriza por la confesión de pecado (1 Jn. 1:9), la confesión de Cristo (Ro. 10:9-10), la conversación edificante (Ef. 4:29), la proclamación de la ley de Dios (Éx. 13:9), la alabanza (He. 13:15), la bendición de los enemigos (1 P. 3:9), la conversación centrada en Dios (Sal. 66:16), la sabiduría y la bondad (Pr. 31:26), la amabilidad (Pr. 15:1). El ejemplo a seguir es el Señor Jesús que habló con gracia (Lc. 4:22), de manera constructiva (Mt. 5:2), intachable (Lc. 11:54) y sin engaño (1 P. 2:22).

En 4:2-6 Pablo prosigue tratando el tema del nuevo hombre en Cristo que comenzó en 3:5. En 3:5-17 habló acerca de las cualidades personales del nuevo hombre. En 3:18-4:1 habló acerca de su vida en el hogar. En este pasaje amplía el alcance del tema al incluir a los no creyentes (cp. 4:5). Se centra sobre todo en la conversación del nuevo hombre, puesto que se trata de un aspecto que el mundo observa con gran atención en el momento de juzgar al cristianismo. Junto con los pensamientos, las actitudes y las motivaciones, esta es el área que presenta las mayores dificultades para el creyente en el momento de ejercitar el control.

Una vieja historia relata que Bios, un hombre sabio de la antigua Grecia, recibió un animal para ser sacrificado. Se le solicitó que devolviera al oferente las mejores y peores partes del cuerpo del animal, y este le envió la lengua. La lengua es, en efecto, lo mejor y lo peor del hombre. Santiago concuerda con esta apreciación:

Porque todos ofendemos muchas veces. Si alguno no ofende en palabra, éste es varón perfecto, capaz también de refrenar todo el cuerpo. He aquí nosotros ponemos freno en la boca de los caballos para que nos obedezcan, y dirigimos así todo su cuerpo. Mirad también las naves; aunque tan grandes, y llevadas de impetuosos vientos, son gobernadas con un muy pequeño timón por donde el que las gobierna quiere. Así también la lengua es un miembro pequeño, pero se jacta de grandes cosas. He aquí, ¡cuán grande bosque enciende un pequeño fuego! Y la lengua es un fuego, un mundo de maldad. La lengua está puesta entre nuestros miembros, y contamina todo el cuerpo, e inflama la rueda de la creación, y ella misma es inflamada por el infierno. Porque toda naturaleza de bestias, y de aves, y de serpientes, y de seres del mar, se doma y ha sido domada por la naturaleza humana; pero ningún hombre puede domar la lengua, que es un mal que no puede ser refrenado, llena de veneno mortal. Con ella bendecimos al Dios y Padre, y con ella maldecimos a los hombres, que están hechos a la semejanza de Dios. De una misma boca proceden bendición y maldición. Hermanos míos, esto no debe ser así. ¿Acaso alguna fuente echa por una misma abertura agua dulce y amarga? Hermanos míos, ¿puede acaso la higuera producir aceitunas, o la vid higos? Así también ninguna fuente puede dar agua salada y dulce. (Stg. 3:2-12)

En su examen sobre la conversación del nuevo hombre, Pablo subraya cuatro áreas que ésta comprende: la oración, la proclamación, la conducta y la perfección.

LA ORACIÓN

Perseverad en la oración, velando en ella con acción de gracias; (4:2)

Resulta muy apropiado que Pablo comience con la oración, pues es el tipo de conversación más importante que el nuevo hombre puede expresar. La oración es lo que da fuerza a la comunión del cristiano con el Señor y es la fuente de todo su poder en contra de Satanás y de sus ángeles (cp. Ef. 6:18). Mediante la oración, los creyentes confiesan sus pecados, ofrecen alabanza a Dios e invocan al Sumo Sacerdote (He. 4:15-16) que se compadece de ellos. La oración que proviene de un corazón puro (Sal. 66:18) debe dirigirse a Dios (Mt. 6:9), debe conformarse a la mente y a la voluntad del Espíritu Santo (Ef. 6:18), debe hacerse en el nombre de Cristo y debe glorificar al Padre (Jn. 14:13).

En 4:2, Pablo menciona la perseverancia, un aspecto de la oración que con frecuencia se pasa por alto. **Perseverad** viene de *proskartereō* que es una palabra compuesta por *kartereō* (“ser constante” o “permanecer”) y una preposición que refuerza su significado. El verbo significa “persistir con valentía”, “mantenerse y no claudicar”. Pablo anima con vehemencia a los creyentes a perseverar en la oración, pues están llamados a orar “en todo tiempo” (Ef. 6:18; cp. Lc. 18:1), “sin cesar” (1 Ts. 5:17) y a consagrarse a la oración (Ro. 12:12). Al hacerlo, siguen el ejemplo de Cornelio (Hch. 10:2) y de los apóstoles (Hch. 6:4).

Orar en todo tiempo no significa hacerlo de manera audible y sin detenerse. Más bien, se refiere a un estado de sensibilidad y conciencia que nos lleva a vivir en Dios cada experiencia de la vida. Sin embargo, esto no descarta la necesidad de persistir con seriedad en la oración. Esta persistencia se ilustra en varios pasajes de las Escrituras. Los ciento veinte discípulos reunidos en el aposento alto “perseveraban unánimes en oración y ruego” (Hch. 1:14). La iglesia primitiva siguió luego su ejemplo (cp. Hch. 2:42).

Nuestro Señor habló mediante dos parábolas acerca de la importancia de perseverar en la oración:

También les refirió Jesús una parábola sobre la necesidad de orar siempre, y no desmayar, diciendo: Había en una ciudad un juez, que ni temía a Dios, ni respetaba a hombre. Había también en aquella ciudad una viuda, la cual venía a él, diciendo: Hazme justicia de mi adversario. Y él no quiso por algún tiempo; pero después de esto dijo dentro de sí: Aunque ni temo a Dios, ni tengo respeto a hombre, sin embargo, porque esta viuda me es molesta, le haré justicia, no sea que viniendo de continuo, me agote la paciencia. Y dijo el Señor: Oíd lo que dijo el juez injusto. ¿Y acaso Dios no hará justicia a sus escogidos, que claman a él día y noche? ¿Se tardará en responderles? Os digo que pronto les hará justicia. Pero cuando venga el Hijo del Hombre, ¿hallará fe en la tierra? (Lc. 18:1-8).

Les dijo también: ¿Quién de vosotros que tenga un amigo, va a él a medianoche y le dice: Amigo, préstame tres panes, porque un amigo mío ha venido a mí de viaje, y no tengo qué ponerle delante; y aquél, respondiendo desde adentro, le dice: No me molestes; la puerta ya está cerrada, y mis niños están conmigo en cama; no puedo levantarme, y dártelos? Os digo, que aunque no se levante a dárselos por ser su amigo, sin embargo por su importunidad se levantará y le dará todo lo que necesite. Y yo os digo: Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá. Porque todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá. (Lc. 11:5-10)

El punto central de estas dos parábolas compara a los seres humanos con nuestro Padre celestial. Los hombres que son malos y perversos honran la perseverancia, así que con mayor razón Dios, que es santo y amoroso lo hará.

Virgina Stem Owens escribió lo siguiente acerca de la lucha por perseverar en la oración:

Los cristianos siempre han interpretado el rompimiento del velo del templo en el momento de la crucifixión como un símbolo de la libertad, antes *mediada*, para entrar en la presencia de Dios. En lo sucesivo serían “libres” para acercarse a Él sin impedimento —lo cual es casi lo mismo que ser “libre” para poner su cabeza entre las fauces del león. Porque una vez que empieza a orar, nada le garantiza que usted no termine frente al faraón, vestido de oveja en una isla desierta o en un foso con leones.

No nos estamos acercando a un gran osito de peluche para mimarlo. Uno de los niños de las *Crónicas de Narnia* de C. S. Lewis se refirió a Él diciendo: “No es un león *domesticado*”. [Jacques] Ellul cree que la oración para quienes viven en la era tecnológica implica una lucha, no solo con el mal, sino con la sociedad en la que vive, o aun con su propio yo dividido, pero todavía más que eso, una lucha con Dios mismo. Debemos luchar con Él como lo hizo Jacob en Peniel cuando fue llamado Israel, “el que lucha con Dios”. También debemos estar listos a decir: “No te dejaré hasta que no me bendigas”.

Recordemos a Moisés, intercediendo vez tras vez ante Dios por los israelitas para aplacar su ira, a Abraham rogando por Sodoma, a la viuda clamando justicia ante un juez injusto. Pero en su lucha con Dios, advierte Ellul, debemos estar dispuestos a asumir las consecuencias: "...La cadera de Jacob se dislocó y regresó cojo. Con todo, en la mayoría de los casos Dios pondrá a trabajar a la persona que ha clamado ante Él... cualquiera que persevera con Dios en oración pone toda su vida en juego".

Hay cosas desagradables que suceden a las personas que oran. A menudo se interrumpen sus planes. A veces terminan en lugares extraños. Abraham "salió sin saber a dónde iba"... Tras la maravillosa oración de María en la anunciación se enfrentó al completo repudio de la sociedad en Nazaret. ...Cuán tentador resulta bajar el nivel y hacer de la oración un simple producto de consumo. Cuán vergonzoso resulta admitir que la oración no solo puede encerrarlo en una cárcel, como le sucedió a Jeremías, sino también acumular una larga lista de lamentos y preguntas sin respuesta delante de Dios, destrozado en medio de un foso lleno de lodo. ¿Cómo vamos a decirles que podrían terminar lisiados y como vagabundos si se aferran a este Dios? ("Prayer: Into the Lion's Jaws" [Oración: en las fauces del león], *Christianity Today*, noviembre 19, 1976, pp. 222-223; cursivas en el original).

Esto contrasta notablemente con las oraciones fáciles y egoístas de nuestros días. Gran parte de la iglesia contemporánea ha perdido la reverencia hacia Dios. A menudo se piensa que Él es una especie de cajero automático. Si oprimimos el código correcto, está obligado a darnos lo que queremos. Sin duda el Señor podría preguntarle a la iglesia del siglo XX lo mismo que les preguntó a los sacerdotes rebeldes de la época de Malaquías: "El hijo honra al padre, y el siervo a su señor. Si, pues, soy yo padre, ¿dónde está mi honra? y si soy señor, ¿dónde está mi temor? dice Jehová de los ejércitos a vosotros, oh sacerdotes, que menospreciáis mi nombre. Y decís: ¿En qué hemos menospreciado tu nombre?" (Mal. 1:6).

La verdadera oración a menudo supone luchar con Dios y manifestarle las preocupaciones más profundas de nuestro corazón. La oración debe ser una lucha persistente y valiente de la cual el creyente sale cojeando.

Este tipo de oración le confiere al creyente el valor que necesita para orar con vigor cuando está convencido de la voluntad de Dios, tal como lo muestra el siguiente ejemplo:

En 1540 el gran amigo y colaborador de Lutero, Friedrich Myconius, cayó gravemente enfermo y se esperaba que muriera en poco tiempo. En su cama escribió con manos temblorosas una nota afectuosa para despedirse. Lutero recibió la carta y envió una respuesta: "Te ordeno en el nombre de Dios que vivas, porque aún tengo necesidad de ti en la obra de reformar a la iglesia... el Señor nunca me permitirá escuchar que has muerto, sino que te concederá sobrepasarme en años. Esta es mi oración, esta es mi voluntad, y que mi voluntad se cumpla pues mi único anhelo es glorificar el nombre de Dios".

Estas palabras podrían sonar extrañas a nuestros oídos pero es obvio que proceden de un corazón ardiente. Aunque Myconius ya había perdido su capacidad de habla cuando llegó la carta de Lutero, se recuperó por completo y vivió seis años más sobrepasando en vida a Lutero por dos meses.

Existe un conflicto entre la valentía en la oración y el aprender a esperar en la voluntad de Dios. Este conflicto se resuelve mediante la persistencia y la aceptación final de la respuesta de Dios.

La verdadera oración también entraña un sentido de alerta (**velando en ella**). En su sentido más básico esto significa que debemos permanecer despiertos y no dormir durante nuestros tiempos de oración. Cuando estaba en Getsemaní, Jesús "Vino luego a sus discípulos, y los halló durmiendo, y dijo a Pedro: ¿Así que no habéis podido velar conmigo una hora? Velad y orad, para que no entréis en tentación; el espíritu a la verdad está dispuesto, pero la carne es débil" (Mt. 26:40-41). Es imposible orar mientras se duerme. Los cristianos debemos escoger tiempos convenientes en los cuales estemos despiertos para orar.

No obstante, la idea de Pablo en este pasaje va mucho más allá que el simple estar alerta para no dormirse. También se refiere a estar atento a las peticiones o motivos de oración. A veces los cristianos hacemos oraciones imprecisas y ambiguas que dificultan la respuesta de Dios porque en realidad no pedimos algo específico. Consagrarse a la oración también requiere motivos de oración precisos. Nunca persistiremos en oración por cosas que no nos interesan, y para interesarnos por las cosas debemos estar alerta a las necesidades específicas que encontramos a nuestro paso.

Un tercer elemento en la oración es la **acción de gracias**. Esta es la quinta ocasión en la cual Pablo menciona la gratitud en esta epístola. Los creyentes debemos expresar gratitud por nuestra salvación (1:12), por la comunión con Cristo y con su iglesia (3:15), por la oportunidad de servirle (3:17) y, como lo indica este versículo, por la promesa que Dios responderá nuestras oraciones de acuerdo con su propósito. Su respuesta siempre resultará en lo que es mejor para nosotros aquí en la tierra y en nuestra gloria en la eternidad.

Cuando los creyentes oramos podemos comenzar dando gracias por las múltiples bendiciones y privilegios que gozamos. Ante todo, debemos estar agradecidos por la presencia de Dios. En el Salmo 75:1, el salmista escribe: “Gracias te damos, oh Dios, gracias te damos, pues cercano está tu nombre”. En segundo lugar, debemos dar gracias por la provisión de Dios. Cuando Pablo vagaba a la deriva en medio de una tormenta, también dio gracias a Dios por los alimentos provistos por Dios: “tomó el pan y dio gracias a Dios en presencia de todos, y partiéndolo, comenzó a comer” (Hch. 27:35). En tercer lugar, los creyentes debemos dar gracias a Dios por su perdón. Pablo dijo en Romanos 6:17: “Pero gracias a Dios, que aunque erais esclavos del pecado, habéis obedecido de corazón a aquella forma de doctrina a la cual fuisteis entregados”. Los cristianos debemos mostrarnos agradecidos por nuestra salvación. En cuarto lugar, los creyentes debemos dar gracias por la promesa de Dios: “Mas gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo” (1 Co. 15:57; cp. 2 Co. 2:14). “Porque todas las promesas de Dios son en él Sí, y en él Amén, por medio de nosotros, para la gloria de Dios” (2 Co. 1:20). Por último, los creyentes debemos dar gracias por el propósito de Dios: “Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados” (Ro. 8:28).

LA PROCLAMACIÓN

orando también al mismo tiempo por nosotros, para que el Señor nos abra puerta para la palabra, a fin de dar a conocer el misterio de Cristo, por el cual también estoy preso, para que lo manifieste como debo hablar. (4:3-4)

Pablo pasa de la oración, que es la conversación dirigida a Dios, a la proclamación del evangelio, que es la conversación dirigida a los hombres. Después de haber exhortado a los colosenses a la oración, les hace una petición específica: **orando también al mismo tiempo por nosotros**. El pronombre plural **nosotros** quizás comprende la lista de amigos y colaboradores de Pablo que comienza en 4:7. El contenido de la petición de Pablo era el siguiente: **que el Señor nos abra puerta para la palabra, a fin de dar a conocer el misterio de Cristo**. En el contexto del Nuevo Testamento, una *puerta* denota por lo general una oportunidad. En 1 Corintios 16:8-9 Pablo escribe: “Pero estaré en Éfeso hasta Pentecostés; porque se me ha abierto puerta grande y eficaz, y muchos son los adversarios”. Más adelante escribe a los corintios acerca de la puerta que se abrió para él en Troas (2 Co. 2:12).

Los creyentes estamos llamados a orar porque se abran puertas, pues es Dios quien las abre. Al final del primer viaje misionero de Pablo, él y Bernabé informaron a la iglesia “cuán grandes cosas había hecho Dios con ellos, y cómo había abierto la puerta de la fe a los gentiles” (Hch. 14:27). En Hechos 16, después que muchas puertas se habían cerrado, “se le mostró a Pablo una visión de noche: un varón macedonio estaba en pie, rogándole y diciendo: Pasa a Macedonia y ayúdanos” (v. 9). Después de ver la visión, Lucas escribe: “en seguida procuramos partir para Macedonia, dando por cierto que Dios nos llamaba para que les anunciásemos el evangelio” (Hch. 16:10). Apocalipsis 3:7 describe a Jesús como “el que abre y ninguno cierra, y cierra y ninguno abre”. Eso fue precisamente lo que sucedió cuando Dios abrió las puertas de la cárcel para liberar a Pedro a fin de que siguiera predicando el evangelio (Hch. 12:1-11).

Pablo anhelaba ver una puerta abierta **a fin de dar a conocer el misterio de Cristo**. Como vimos al estudiar 1:26-27, el término *misterio* se refiere a algo que estaba oculto en el Antiguo Testamento pero que se manifestó en el Nuevo. En este contexto señala al contenido del evangelio. Pablo les pide a los colosenses que oren para tener una puerta abierta que le permita proclamar toda la verdad del evangelio.

Pablo estaba **preso** por causa del evangelio. En Jerusalén, al final de su tercer viaje misionero, fue acusado falsamente de haber traído a los gentiles al área del templo que les era prohibida. Fue rescatado por los romanos de manos de la furiosa multitud y al final enviado a Félix, gobernador de Judea. Después de padecer bajo custodia durante dos años, Pablo ejerció su derecho como ciudadano romano y apeló al César (Hch. 25:11). Después de un atormentado viaje durante el cual naufragó debido a una terrible tormenta, llegó a Roma. El libro de Hechos termina relatando el arresto domiciliario de Pablo (Hch. 28:16, 30).

El encarcelamiento de Pablo no significó el fin de su ministerio. Fue durante este período que escribió Colosenses, Efesios, Filipenses y Filemón. También evangelizó a todos aquellos que lo rodeaban, entre los cuales se encuentran la turba de Jerusalén (Hch. 22:1ss), Félix (Hch. 24:10ss), Herodes Agripa (Hch. 26:1ss), los soldados romanos (Fil. 1:13), los miembros de la casa del César (Fil. 4:22) y los miembros de la comunidad judía de Jerusalén (Hch. 28:17ss). La actividad de Pablo durante su encarcelamiento en Roma se resume en Hechos 28:30-31: “Y Pablo permaneció dos años enteros en una casa alquilada, y recibía a todos los que a él venían, predicando el reino de Dios y enseñando acerca del

Señor Jesucristo, abiertamente y sin impedimento”. Para Pablo no existían circunstancias devastadoras, solo oportunidades únicas.

Pablo les pide además a los colosenses que oren para que, una vez abierta la puerta para el evangelio, **“lo manifieste como debo hablar”**. **Debo** puede interpretarse de dos maneras. La primera interpretación se refiere al apremio que sentía Pablo de predicar el evangelio. Esta era la carga permanente en su vida. Escribió a los romanos: “Porque no me avergüenzo del evangelio, porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree; al judío primeramente, y también al griego” (Ro. 1:16). En 1 Corintios 9:16 dijo: “Pues si anuncio el evangelio, no tengo por qué gloriarme; porque me es impuesta necesidad; y ¡ay de mí si no anunciare el evangelio!”. La segunda interpretación alude al mandato establecido por Dios para presentar el evangelio. Pablo predicó el evangelio “testificando a judíos y a gentiles acerca del arrepentimiento para con Dios, y de la fe en nuestro Señor Jesucristo” (Hch. 20:21). “Testificando” viene de *diamarturomai*, que significa dar un testimonio completo y cabal. El evangelio debe ser proclamado con claridad y valentía (Ef. 6:19), con sabiduría (Pr. 25:11) y con gracia (Ef. 4:15).

Hay tres tipos conocidos de evangelización acerca de los cuales este pasaje nos previene. El primero es la evangelización basada en la experiencia. Este resulta inadecuado porque no se centra en la explicación del mensaje del evangelio a partir de las Escrituras, sino en el testimonio basado en las experiencias y sentimientos personales. El peligro evidente de este método es que las personas no llegan a entender con claridad el evangelio y, sin embargo, pueden dar una respuesta emocional y pensar que son salvas.

Un segundo tipo de evangelización que debe evitarse es el que se centra en el yo. Esta evangelización promociona a Jesús como la panacea para todos los problemas de la vida y como la fuente de comodidad terrenal, de bienestar y de prosperidad. Promete que la felicidad sin límite y la libertad de todos los problemas están a su disposición por medio de Él. En pocas palabras, es un mensaje centrado en el hombre y no en Dios. Aunque la salvación trae gozo y paz, no promete una vida sin dificultades. Pablo advirtió: “Es necesario que a través de muchas tribulaciones entremos en el reino de Dios” (Hch. 14:22). Jesús les dijo a los discípulos: “El siervo no es mayor que su señor. Si a mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán; si han guardado mi palabra, también guardarán la vuestra” (Jn. 15:20; cp. Mt. 5:11, 44; 10:23). En efecto, Jesús prometió: “En el mundo tendréis aflicción; pero confiad, yo he vencido al mundo” (Jn. 16:33).

Una tercera y última forma de evangelización que debe evitarse es la evangelización de la conveniencia. Este método equivocado utiliza tácticas de presión, de manipulación, de estimulación emocional o cualquier otra que fuerza a las personas a realizar compromisos. Este también resulta en falsas profesiones de fe (Mt. 13:19-22; cp. Stg. 2:14-26).

Pablo deseaba que los creyentes oraran para que él pudiera proclamar el evangelio como es debido, como Dios quería que lo hiciera. Esta debe ser también nuestra oración por cada persona que proclama a Cristo.

LA CONDUCTA

Andad sabiamente para con los de afuera, redimiendo el tiempo. (4:5)

La conducta del creyente es lo que confiere credibilidad a sus palabras. Como vimos en el estudio de 1:9, la sabiduría comprende la correcta evaluación de las circunstancias y la toma de buenas decisiones. Los creyentes estamos llamados a llevar una vida organizada, coherente y justa.

Si quienes profesan ser creyentes viven como necios, **los de afuera** o los no creyentes (cp. 1 Co. 5:12-13; 1 Ts. 4:12; 1 Ti. 3:7) van a denigrar de la fe y a rehuir el evangelio. Solo si los creyentes viven de manera sabia, el mundo que es testigo a su alrededor verá el poder de Dios obrando en ellos. La advertencia no sobra, pues hay creyentes que viven como necios. Una manera de hacerlo es vivir en función del dinero. Pablo nos advierte al respecto en 1 Timoteo 6:9: “Porque los que quieren enriquecerse caen en tentación y lazo, y en muchas codicias necias y dañosas, que hundan a los hombres en destrucción y perdición”.

Otra manera de vivir como necio es llevando la vida cristiana de manera legalista. Pablo les dijo a los gálatas: “¡Oh gálatas insensatos! ¿quién os fascinó para no obedecer a la verdad, a vosotros ante cuyos ojos Jesucristo fue ya presentado claramente entre vosotros como crucificado? ¿Tan necios sois? ¿Habiendo comenzado por el Espíritu, ahora vais a acabar por la carne?” (Gá. 3:1, 3). Otras formas en las que incluso los creyentes podemos mostrar nuestra necesidad es actuando con envidias y ambiciones egoístas, las cuales son contrarias a la sabiduría (Stg. 3:16).

Por otro lado, existen varias fuentes de sabiduría. La primera es la adoración: “El temor de Jehová es el principio de la sabiduría, y el conocimiento del Santísimo es la inteligencia” (Pr. 9:10). La segunda es la oración: “Y si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídale a Dios, el cual da a todos abundantemente y sin reproche, y le será dada” (Stg. 1:5). La tercera es el estudio de la Biblia: “La palabra de Cristo more en abundancia en vosotros, enseñándoos y exhortándoos unos a otros en toda sabiduría” (Col. 3:16). La cuarta es la instrucción en la piedad: “a quien anunciamos,

amonestando a todo hombre, y enseñando a todo hombre en toda sabiduría, a fin de presentar perfecto en Cristo Jesús a todo hombre” (Col. 1:28). Solo mediante una vida sabia las palabras de los creyentes tendrán algún significado. La iglesia primitiva no contaba con los medios modernos para promocionar el evangelio, tales como la televisión, la radio, los folletos, los libros, las revistas o las calcomanías para los automóviles, y mucho menos con los escándalos y los hipócritas. Con todo, viviendo en absoluta sencillez la verdad del evangelio en su vida personal y comunitaria, transformaron por completo el mundo en el que vivían. Dios quiera que lo mismo se diga de nosotros.

Vivir una vida sabia también abarca el aprovechamiento del **tiempo**. Moisés oró en el Salmo 90:12: “Enseñanos de tal modo a contar nuestros días, que traigamos al corazón sabiduría”. Las oportunidades son efímeras. La vida es corta y cada día más personas mueren sin Cristo. “La noche viene, cuando nadie puede trabajar” (Jn. 9:4). Nuestro Señor puede regresar en cualquier momento. Pablo expresó la necesidad urgente de aprovechar el tiempo en Romanos 13:11-14:

Y esto, conociendo el tiempo, que es ya hora de levantarnos del sueño; porque ahora está más cerca de nosotros nuestra salvación que cuando creímos. La noche está avanzada, y se acerca el día. Desechemos, pues, las obras de las tinieblas, y vistámonos las armas de la luz. Andemos como de día, honestamente; no en glotonerías y borracheras, no en lujurias y lascivias, no en contiendas y envidia, sino vestíos del Señor Jesucristo, y no proveáis para los deseos de la carne.

Ya es hora de que los cristianos prediquemos con nuestras vidas.

LA PERFECCIÓN

Sea vuestra palabra siempre con gracia, sazonada con sal, para que sepáis cómo debéis responder a cada uno. (4:6)

Una vida consistente debe ir acompañada de una conversación consistente. Pablo no habla aquí de la predicación del evangelio, sino de la conversación cotidiana del creyente. Cada **palabra** debe decirse **siempre con gracia**, como lo hizo Cristo (Lc. 4:22). Es inaceptable que la conversación del creyente admita cualquier elemento de una boca no redimida. Sin importar si se encuentra padeciendo persecución, presiones, dificultades o injusticias con nuestro cónyuge, nuestros hijos, o con otros creyentes o no creyentes, en todas las circunstancias los creyentes debemos mantener una conversación agradable. Hablar **con gracia** significa decir lo que es espiritual, prudente, digno, amable, conveniente, significativo, pertinente, gentil, verdadero, amoroso y considerado. Pablo escribió en Efesios 4:29: “Ninguna palabra corrompida salga de vuestra boca, sino la que sea buena para la necesaria edificación, a fin de dar gracia a los oyentes”.

La conversación del nuevo hombre también debe ser **sazonada... con sal**. No solo debe ser con gracia, sino que también debe producir un efecto positivo en otros. La sal puede arder cuando se pone sobre una herida (cp. Pr. 27:6). Pero también evita la descomposición. La conversación del creyente debe actuar como una fuerza purificadora que redime las conversaciones de la suciedad en la cual se sumergen tan a menudo. La sal también da sabor, así que la manera de hablar del nuevo hombre debe añadir gusto e ingenio a las conversaciones.

Los creyentes también debemos saber cómo **responder a cada uno**. Debemos ser capaces de decir lo apropiado en el momento apropiado. En palabras de Pedro, debemos estar “siempre preparados para presentar defensa con mansedumbre y reverencia ante todo el que os demande razón de la esperanza que hay en vosotros” (1 P. 3:15).

La conversación del nuevo hombre es de una importancia vital: “Porque todos ofendemos muchas veces. Si alguno no ofende en palabra, éste es varón perfecto, capaz también de refrenar todo el cuerpo” (Stg. 3:2). A diferencia de los impíos que dicen: “Por nuestra lengua prevaleceremos” (Sal. 12:4), como creyentes debemos unirnos a la oración del salmista en Salmo 141:3: “Pon guarda a mi boca, oh Jehová; guarda la puerta de mis labios”.

16. Con un poco de ayuda de mis amigos

Todo lo que a mí se refiere, os lo hará saber Tíquico, amado hermano y fiel ministro y conservo en el Señor, el cual he enviado a vosotros para esto mismo, para que conozca lo que a vosotros se refiere, y conforte vuestros corazones, con Onésimo, amado y fiel hermano, que es uno de vosotros. Todo lo que acá pasa, os lo harán saber. Aristarco, mi compañero de prisiones, os saluda, y Marcos el sobrino de Bernabé, acerca del cual habéis recibido mandamientos; si fuere a vosotros, recibidle; y Jesús, llamado Justo; que son los únicos de la circuncisión que me ayudan en el reino de Dios, y han sido para mí un consuelo. Os saluda Epafras, el cual es uno de vosotros, siervo de Cristo, siempre rogando encarecidamente por vosotros en sus oraciones, para que estéis firmes, perfectos y completos en todo lo que Dios quiere. Porque de él doy testimonio de que tiene gran solicitud por vosotros, y por los que están en Laodicea, y los que están en Hierápolis. Os saluda Lucas el médico amado, y Demas. Saludad a los hermanos que están en Laodicea, y a Ninfas y a la iglesia que está en su casa. Cuando esta carta haya sido leída entre vosotros, haced que también se lea en la iglesia de los laodicenses, y que la de Laodicea la leáis también vosotros. Decid a Arquipo: Mira que cumplas el ministerio que recibiste en el Señor. La salutación de mi propia mano, de Pablo. Acordaos de mis prisiones. La gracia sea con vosotros. Amén. (4:7-18)

Al finalizar su carta a Colosenses, Pablo nombra a varios de sus colaboradores en el ministerio durante su encarcelamiento en Roma, como adjuntando una fotografía descrita en palabras. Resalta la labor de algunos héroes olvidados del Nuevo Testamento poniendo la vida de cada uno de ellos como ejemplo e incentivo para quienes leen la carta. Este pasaje añade un toque cálido y personal a una carta de índole doctrinal. Se parece a las alusiones personales del capítulo 16 de Romanos. La mención de muchas personas que habían perseverado al lado de Pablo durante años indica la tremenda fidelidad que él inspiraba.

Para Pablo, estas personas eran indispensables y de gran valor para su ministerio. Él sabía muy bien que no podía hacerlo solo, y de hecho nadie puede. Los siervos de Dios siempre han dependido de otros para sostenerlos en su trabajo. Éxodo 17:8-13 ilustra esta verdad:

Entonces vino Amalec y peleó contra Israel en Refidim. Y dijo Moisés a Josué: Escógenos varones, y sal a pelear contra Amalec; mañana yo estaré sobre la cumbre del collado, y la vara de Dios en mi mano. E hizo Josué como le dijo Moisés, peleando contra Amalec; y Moisés y Aarón y Hur subieron a la cumbre del collado. Y sucedía que cuando alzaba Moisés su mano, Israel prevalecía; mas cuando él bajaba su mano, prevalecía Amalec. Y las manos de Moisés se cansaban; por lo que tomaron una piedra, y la pusieron debajo de él, y se sentó sobre ella; y Aarón y Hur sostenían sus manos, el uno de un lado y el otro de otro; así hubo en sus manos firmeza hasta que se puso el sol. Y Josué deshizo a Amalec y a su pueblo a filo de espada.

Con la ayuda de Aarón y de Hur, Moisés pudo guiar a Israel hasta conseguir una gran victoria.

Moisés, al igual que el apóstol Pablo, reconoció que necesitaba ayuda para poder cumplir con su ministerio. En otra ocasión, hastiado por las quejas de los israelitas, clamó a Dios:

¿Por qué has hecho mal a tu siervo? ¿y por qué no he hallado gracia en tus ojos, que has puesto la carga de todo este pueblo sobre mí? ¿Concebí yo a todo este pueblo? ¿Lo engendré yo, para que me digas: Llévalo en tu seno, como lleva la que cría al que mama, a la tierra de la cual juraste a sus padres? ¿De dónde conseguiré yo carne para dar a todo este pueblo? Porque lloran a mí, diciendo: Danos carne que comamos. No puedo yo solo soportar a todo este pueblo, que me es pesado en demasía. Y si así lo haces tú conmigo, yo te ruego que me des muerte, si he hallado gracia en tus ojos; y que yo no vea mi mal. (Nm. 11:11-15)

El Señor le contestó ofreciéndole ayuda:

Entonces Jehová dijo a Moisés: Reúneme setenta varones de los ancianos de Israel, que tú sabes que son ancianos del pueblo y sus principales; y tráelos a la puerta del tabernáculo de reunión, y esperen allí contigo. Y yo descenderé y hablaré allí contigo, y tomaré del espíritu que está en ti, y pondré en ellos; y llevarán contigo la carga del pueblo, y no la llevarás tú solo. (Nm. 11:16-17)

Gracias a su colaboración, Moisés recibió de Dios la capacidad para llevar a cabo cosas que nunca hubiera logrado solo.

Los líderes son más eficaces cuando reciben ayuda de otros. Proverbios 27:17 dice: “Hierro con hierro se aguza; y así

el hombre aguza el rostro de su amigo”. Eclesiastés 4:9-12 añade: “Mejores son dos que uno; porque tienen mejor paga de su trabajo. Porque si cayeren, el uno levantará a su compañero; pero ¡ay del solo! que cuando cayere, no habrá segundo que lo levante. También si dos durmieren juntos, se calentarán mutuamente; mas ¿cómo se calentará uno solo? Y si alguno prevaleciere contra uno, dos le resistirán; y cordón de tres dobleces no se rompe pronto”.

Pablo nunca sirvió solo en el ministerio. Compartió su primera oportunidad para servir en la iglesia de Antioquía con otros cuatro hombres, y todos los años siguientes de viajes misioneros estuvo siempre acompañado. La única ocasión en la cual lo vemos solo en el libro de Hechos es por un breve tiempo en Atenas (Hch. 17). Aunque estaba prisionero mientras escribía Colosenses, tampoco allí estaba solo. Los ocho hombres que menciona no son personajes muy conocidos. Sin embargo, cada uno era especial para Pablo. Y cada uno estaba dispuesto a pagar el precio que implica estar al lado de un prisionero. En este pasaje encontramos al hombre con corazón de siervo, al hombre con un pasado oscuro, al hombre con un corazón simpatizante, al que tiene un futuro inesperado, al hombre de gran compromiso, al hombre con una sola aspiración, al hombre con un talento especializado y al hombre del futuro sombrío.

EL HOMBRE CON CORAZÓN DE SIERVO

Todo lo que a mí se refiere, os lo hará saber Tíquico, amado hermano y fiel ministro y consiervo en el Señor, el cual he enviado a vosotros para esto mismo, para que conozca lo que a vosotros se refiere, y conforte vuestros corazones, (4:7-8)

Tíquico significa “fortuito” o “afortunado”. En efecto, era un hombre afortunado al haber servido al lado de Pablo durante tantos años. Se menciona en cinco ocasiones en el Nuevo Testamento y aunque las referencias son breves, arrojan información suficiente acerca de él.

La primera mención de Tíquico se encuentra en Hechos 20:4. Pablo estaba en Éfeso y se acercaba el fin de su tercer viaje misionero. Planificaba regresar a Jerusalén por Macedonia, donde pensaba recoger una ofrenda. Luego llevaría las ofrendas de Galacia y Acaya a los creyentes necesitados de Jerusalén (cp. 1 Co. 16:1-9). Mediante este acto, Pablo esperaba fortalecer los lazos entre las iglesias fuera de Palestina, en su mayoría gentiles, y la iglesia de Jerusalén, compuesta en su mayoría por judíos. También tenía planificado llevar a algunos de los creyentes gentiles de Grecia hasta Asia Menor en calidad de representantes de sus iglesias ante la iglesia de Jerusalén. Entre ellos se encontraba Tíquico.

La disposición de Tíquico para viajar con Pablo a Jerusalén muestra que tenía un corazón de siervo. Este viaje no debía emprenderse con ligereza. Los viajes en el mundo antiguo eran mucho más difíciles y peligrosos que en nuestros días. El viaje a Jerusalén sería arduo, y Tíquico tendría que separarse de su familia, sus amigos y su iglesia por un largo período. Durante el trayecto, Pablo recibió varias advertencias sobre las pruebas que le esperaban en Jerusalén. Aunque con seguridad Tíquico escuchó estas advertencias, decidió permanecer al lado de Pablo.

Cuando Pablo escribió Colosenses ya habían transcurrido más de dos años desde su arresto en Jerusalén. Desde entonces había sobrevivido a una conspiración de los líderes judíos para asesinarlo, al juicio ante Félix, Festo y Agripa, y a un espantoso viaje a Roma. Tíquico había acompañado a Pablo todo ese tiempo y con toda certeza también estuvo con él durante su encarcelamiento en Roma. Después de que Pablo fue liberado, Tíquico se quedó con él. Cuando Pablo necesitaba un suplente temporal para Tito como pastor de la iglesia de Creta, Tíquico estuvo entre los posibles candidatos (Tit. 3:12). Tíquico, que había comenzado como mensajero, ahora era candidato para ocupar el lugar de un gran hombre como Tito.

Hacia el final de la vida de Pablo, durante su segundo encarcelamiento en Roma, Tíquico aún estaba con él. Cuando se disponía a enfrentar una ejecución inminente, Pablo manifestó deseos de ver a Timoteo por última vez. Puesto que Timoteo no podía dejar a su congregación en Éfeso sin un suplente, Pablo envió a Tíquico (2 Ti. 4:12). Una vez más, su nombre aparece para ocupar el cargo de uno de los más prominentes colaboradores de Pablo. Esto dice mucho acerca de su carácter.

Mientras se escribía Colosenses, Tíquico estaba en Roma con Pablo durante su primer encarcelamiento. Ya en ese tiempo habían transcurrido cerca de cuatro años desde que Tíquico se había unido a él en Éfeso. Ya que era un hombre con una fidelidad a toda prueba, Pablo tenía una importante misión para encomendarle: llevar la carta a los colosenses. Y no solo llevó la carta a los colosenses, sino también a los efesios (cp. Ef. 6:21) y es probable que lo haya hecho también para Filemón (cp. 4:9). El viaje de Roma a Colosas fue difícil. Tíquico debía atravesar gran parte de Italia a pie, luego navegar a través del Mar Adriático. Después de cruzar Grecia a pie debía zarpar por el Mar Egeo hasta la costa de Asia Menor. Después de todo esto, aún le esperaba una jornada de más de 160 kilómetros a pie para llegar a Colosas. El hecho de que Pablo le haya confiado la entrega de tres libros inspirados de las Escrituras muestra la gran confianza que tenía en él.

Tíquico no solo entregó la Epístola a los Colosenses, sino que también trajo noticias a los colosenses para hacerles saber **todo lo que a [Pablo] se refiere**. Esto incluye información acerca de su salud, de sus esperanzas y de sus proyectos futuros. También confortaría sus **corazones** mediante las palabras de ánimo de Pablo en su carta y respondería las inquietudes relacionadas con su situación.

Pablo cita tres cualidades de Tíquico que lo hacían apto para ser su enviado personal. La primera es que era un **amado hermano** en el Señor. Al llamarlo **hermano**, Pablo hace saber que formaba parte de la familia de creyentes. Su carácter como persona le había hecho merecedor del título de **amado** por nada menos que Pablo mismo. Lo describe además como un **fiel ministro**. Nunca alcanzó un papel prominente, pero ejerció un importante servicio como vínculo entre Pablo y las iglesias. Fue un **fiel** administrador de su ministerio: el más alto elogio que Pablo podía dar (cp. 1 Co. 4:2). Por último, Pablo lo llama un **consiervo en el Señor**. Era un *diakonos* (**siervo**) con relación a Pablo, pero un *sundoulos* (**consiervo**) de Pablo con relación al **Señor**.

EL HOMBRE CON UN PASADO OSCURO

con Onésimo, amado y fiel hermano, que es uno de vosotros. Todo lo que acá pasa, os lo harán saber. (4:9)

Onésimo, el hombre con un pasado oscuro, es el esclavo fugitivo cuyo regreso a su amo llevó a Pablo a escribir la carta de Filemón.

Filemón era uno de los líderes de la iglesia de Colosas, y es probable que la iglesia se reuniera en su casa. Onésimo había sido esclavo en la casa de Filemón hasta que se escapó para llegar a Roma. Allí conoció al apóstol Pablo que lo guió a conocer a Cristo. Ahora regresaba a Colosas y a su amo. Pablo le escribe a Filemón para recomendarle que perdone a Onésimo por haber huido y por haberlo defraudado. También le pide que reciba a Onésimo como a un hermano en la fe.

Aunque Onésimo era un esclavo fugitivo, Pablo lo describe como un **amado y fiel hermano**. Cuando una persona pone su fe en Jesucristo, el pasado queda atrás. “De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas” (2 Co. 5:17). Onésimo daba testimonio del poder de Dios para transformar una vida. Pablo les dice a los colosenses que el esclavo fugitivo de Colosas ahora regresaba como **uno de vosotros**. Por lo tanto, debía ser tratado como un miembro de la iglesia, pues en Cristo no hay esclavo ni libre (Gá. 3:28). Pablo muestra su consideración hacia él, así como con Tíquico, al encomendarle la tarea de informar a los colosenses acerca de su situación. Un estudio más completo sobre Onésimo está en mi comentario a Filemón.

EL HOMBRE CON UN CORAZÓN SIMPATIZANTE

Aristarco, mi compañero de prisiones, os saluda, (4:10a)

Aristarco era un creyente judío pero tenía nombre griego como muchos judíos de la diáspora. Era nativo de Tesalónica (Hch. 20:4; 27:2). Aristarco aparece por primera vez durante el ministerio de Pablo en Éfeso, el cual duró tres años. Fue capturado por la turba que allí se alborotó cuando lo identificaron como uno de los compañeros de Pablo (Hch. 19:29). Acompañó a Pablo en su viaje de regreso a Jerusalén (Hch. 20:4) y en su viaje a Roma (Hch. 27:4). También es probable que haya permanecido junto a Pablo durante su encarcelamiento en Palestina. Cuando Pablo escribe Colosenses, Aristarco está a su lado.

La expresión **compañero de prisiones** viene de *aichmalōtos*, cuyo significado textual es “uno que fue atrapado por una lanza”. Hace referencia a los cautivos o prisioneros. Es improbable que Aristarco haya sido en realidad un prisionero, pero Pablo se refiere a él en esos términos puesto que compartía la vida que Pablo llevaba en prisión. Su decisión de hacer del estilo de vida de Pablo el suyo propio hace ver que tenía un corazón simpatizante y solícito. Renunció a su propia libertad para suplir las necesidades de Pablo. Cualquier líder se sentiría dichoso de tener a su lado a un hombre tan fiel como Aristarco en medio de las pruebas. La obra de Dios no podría hacerse a menos que hubiera personas como Aristarco, que de manera humilde asumió un arduo y penoso trabajo renunciando a la fama que gozaban aquellos a quienes servía.

EL HOMBRE CON UN FUTURO INESPERADO

y Marcos el sobrino de Bernabé, acerca del cual habéis recibido mandamientos; si fuere a vosotros, recibidle; (4:10b)

Juan **Marcos** tenía una carrera ministerial muy diferente a la de Tíquico y a la de Aristarco. Fue compañero de Pablo y

Bernabé en su primer viaje misionero (Hch. 13:5), pero desertó cuando la situación se puso muy difícil. Hechos 13:13 relata la historia: “Habiendo zarpado de Pafos, Pablo y sus compañeros arribaron a Perge de Panfilia; pero Juan, apartándose de ellos, volvió a Jerusalén”. La deserción de Marcos se convirtió más adelante en una fuente de desavenencia entre Pablo y Bernabé. Bernabé quería llevar a su primo consigo en el segundo viaje misionero, pero Pablo se negó a aceptarlo pues no confiaba en su fidelidad. Esto desencadenó un desacuerdo tan serio entre Pablo y Bernabé que al fin se separaron (Hch. 15:37-39).

Afortunadamente, la historia no terminó ahí. Cuando Pablo escribe Colosenses, Marcos era ya un hombre transformado. Había sido restaurado en su servicio a Dios, quizás a través del ministerio de Pedro (el cual tampoco era ajeno al fracaso) en su vida (1 P. 5:13). En Filemón 24 Pablo lo nombra entre sus colaboradores. El hombre a quien Pablo rechazara en el pasado se convirtió en uno de sus mayores ayudantes. En 2 Timoteo 4:11 Pablo le dice a Timoteo: “Toma a Marcos y tráele contigo, porque me es útil para el ministerio”.

Pablo les dice a los colosenses que si Marcos viene a ellos deben obedecer los **mandamientos** emitidos acerca de él (los cuales provenían de Pablo, de Pedro o de Bernabé) y recibirle. No debían rechazarlo por sus faltas cometidas en el pasado.

También podríamos llamar a Marcos el hombre de la segunda oportunidad. Su vida sirvió como testimonio del poder de Dios para extraer lo bueno de los fracasos humanos. En efecto, a Marcos se le concedió más adelante un privilegio que solo otros tres hombres tuvieron en la historia: escribir uno de los Evangelios.

EL HOMBRE DE GRAN COMPROMISO

y Jesús, llamado Justo; que son los únicos de la circuncisión que me ayudan en el reino de Dios, y han sido para mí un consuelo. (4:11)

Nada se sabe acerca de **Jesús, llamado Justo**, aparte de lo que dice este versículo. Es posible que haya sido uno de los judíos de Roma que creyeron el mensaje de Pablo (Hch. 28:24). El nombre **Jesús** es la forma griega de Josué, que significa “salvador”. Es muy probable que resultara difícil llevar este nombre, pero su sobrenombre, **Justo** (“justo”), indica que de alguna manera daba honor a su nombre. Pablo se refirió a Jesús Justo, a Marcos y a Aristarco como “**los únicos de la circuncisión que me ayudan en el reino de Dios**”. No cabe duda de que la falta de respuesta por parte de los judíos llenaba de pena el corazón de Pablo. Los líderes judíos en Jerusalén rechazaron su mensaje, conspiraron para matarlo y lo denunciaron ante las autoridades romanas. Gran parte de la oposición que experimentó durante sus viajes misioneros provenía de sus propios compatriotas (cp. 2 Co. 11:26). Incluso los que creían el mensaje (cp. Hch. 28:24) parecían poco comprometidos con él. (Muchos gentiles que aparentaban haber recibido su mensaje también lo abandonaron pronto, según 2 Ti. 1:15). Solo estos tres hombres demostraron ser **un consuelo** para Pablo. Parēgoria (**consuelo**) solo aparece en esta ocasión en el Nuevo Testamento. Podría traducirse como “aliento”. Jesús Justo, Marcos y Aristarco eran para Pablo un consuelo y un motivo de ánimo.

La actitud dispuesta de Jesús Justo para dejar a su pueblo e identificarse con Pablo hace ver en él un compromiso muy grande. Estuvo dispuesto a tomar su lugar junto a Pablo por causa de Jesucristo sin importar cuánto podría costarle.

EL HOMBRE CON UNA SOLA ASPIRACIÓN

Os saluda Epafras, el cual es uno de vosotros, siervo de Cristo, siempre rogando encarecidamente por vosotros en sus oraciones, para que estéis firmes, perfectos y completos en todo lo que Dios quiere. Porque de él doy testimonio de que tiene gran solicitud por vosotros, y por los que están en Laodicea, y los que están en Hierápolis. (4:12-13)

Como vimos en la introducción, **Epafras** fue el fundador de la iglesia de Colosas y lo más probable es que también haya sido su pastor. Había viajado hasta Roma para informar a Pablo acerca de la peligrosa herejía que amenazaba a las iglesias del valle del Lico. Al igual que Tíquico y el mismo Pablo, Epafras es llamado *doulos* (**siervo**) de Jesucristo. Puesto que “**es uno de vosotros**”, “**os saluda**” junto con Pablo.

Aunque estaba lejos, Epafras aún servía a las iglesias del valle del Lico. Lo hacía **siempre rogando encarecidamente** por ellos **en sus oraciones**. **Rogando encarecidamente** viene de *agōnizomai*, palabra que dio origen al término *agonizar*. Se usa en 1 Corintios 9:25 para referirse a la agotadora competencia que deben soportar los atletas en los juegos olímpicos. En Juan 18:36 se traduce como “pelea”. Algunas palabras relacionadas con este término aparecen en Romanos 15:30 para referirse al combate en la oración, y en Lucas 22:44 al hablar de la agonía que experimentó Jesús en Getsemaní. Epafras era un vivo ejemplo del mandato de Pablo a los colosenses en 4:2 que dice: “Perseverad en la oración”.

El fin de las oraciones de Epafras era que los colosenses estuvieran **firmes, perfectos y completos en todo lo que Dios quiere**. **Perfectos** viene de *teleios* y significa “completo”, “maduro” o “enteramente desarrollado”. **Firmes y completos** viene de *plērophoreō* y podría traducirse como “convencido” o “plenamente satisfecho”. Epafras, al igual que Pablo (cp. 2:2, donde se usa una palabra relacionada), anhelaba que los colosenses llegaran a la madurez y estuvieran convencidos **en todo lo que Dios quiere**. Solo quienes viven en obediencia a la voluntad de Dios pueden alcanzar la plenitud de Cristo y vivir en contentamiento (cp. Ef. 4:13-14).

Pablo había sido testigo directo de la vida que llevaba Epafras, así que podía dar **testimonio de que tiene gran solicitud por** los colosenses y por **los que están en Laodicea, y... en Hierápolis**. Sus oraciones fervientes y angustiosas, así como su única aspiración de ver la madurez desarrollada en las personas que tenía a su cargo, debieron ser una fuente de aliento para Pablo y para todos sus colaboradores.

EL HOMBRE CON UN TALENTO ESPECIALIZADO

Os saluda Lucas el médico amado, (4:14a)

Lucas fue el **médico** personal de Pablo y también su amigo cercano. Era un creyente gentil (cp. 4:11) que acompañó con frecuencia a Pablo en sus viajes misioneros. De hecho, es muy probable que las continuas enfermedades de Pablo durante el primer viaje misionero fueran el motivo de la presencia de Lucas durante el segundo viaje. Al igual que Pablo, era un hombre educado y culto, como podemos constatar por la calidad literaria de su Evangelio y del libro de Hechos en el idioma griego. Es indiscutible que sus conversaciones con Pablo resultarían muy estimulantes.

Lucas es mencionado solo en otras dos ocasiones en el Nuevo Testamento y siempre se cita su nombre (cp. Fil. 24; 2 Ti. 4:11). Después de unirse a Pablo en su segundo viaje misionero permaneció con él durante casi el resto de su vida.

No conocemos con exactitud los antecedentes de Lucas. Según Eusebio y Jerónimo, padres de la iglesia, nació en Antioquía de Siria. Algunos han teorizado que Lucas fuera hermano de Tito, que conoció a Pablo cuando era estudiante en Tarso y que era un esclavo liberado de la casa de Teófilo (mencionado en el prólogo de Hechos). Sin embargo, estas teorías no pueden probarse.

Lucas era el prototipo del médico misionero. En el servicio al Señor no todos estamos llamados a tener el mismo nivel educativo. La obra de Dios también requiere especialistas. Lucas entregó su talento a Dios renunciando a todo lo que podría ganar mediante la práctica de su oficio. A cambio, Dios le concedió el privilegio de escribir un aparte considerable del Nuevo Testamento y de convertirse en el amado compañero del apóstol Pablo.

EL HOMBRE DEL FUTURO SOMBRÍO

y Demas. (4:14b)

Demas es el último hombre incluido en la fotografía descrita por Pablo, y constituye la única mosca en el perfume. Había hecho un importante compromiso con la obra de Dios y estuvo con Pablo durante los dos encarcelamientos. Pero a diferencia de los otros colaboradores de Pablo, su futuro fue sombrío. Pablo relata la tragedia de la desertión de Demas en 2 Timoteo 4:9-10: “Procura venir pronto a verme, porque Demas me ha desamparado, amando este mundo, y se ha ido a Tesalónica”. La presión del mundo se volvió insoportable para Demas y al fin terminó abandonando a Pablo y al ministerio. Jesús tuvo a su Judas, y Pablo a su Demas. Y cualquiera que haya estado en el ministerio el tiempo suficiente, también habrá compartido esta desgarradora experiencia. No obstante, esta situación no refleja la condición del ministerio de una persona. Es alentador saber que hasta los líderes más prominentes que el mundo ha conocido fueron defraudados por otros.

COMENTARIOS FINALES

Saludad a los hermanos que están en Laodicea, y a Ninfas y a la iglesia que está en su casa. Cuando esta carta haya sido leída entre vosotros, haced que también se lea en la iglesia de los laodicenses, y que la de Laodicea la leáis también vosotros. Decid a Arquipo: Mira que cumplas el ministerio que recibiste en el Señor. La salutación de mi propia mano, de Pablo. Acordaos de mis prisiones. La gracia sea con vosotros. Amén. (4:15-18)

Pablo termina su Epístola a los Colosenses enviando un saludo **a los hermanos que están en Laodicea**. Los manuscritos presentan una variación en el nombre de **Ninfas**, que aparece tanto en femenino como en masculino, así como en el pronombre correspondiente. **La iglesia que está en su casa** pudo haber sido la iglesia de Laodicea o la de Hierápolis, que de otra manera iría sin nombre. **La iglesia de los laodicenses** debía leer la carta a los colosenses, y a su vez, los colosenses debían leer la carta que vendría de Laodicea. La identidad de la carta de Laodicea ha sido objeto de múltiples discusiones. Se ha pensado que quizá fuese una carta de los laodicenses para Pablo, o una carta escrita por

Pablo desde Laodicea, o que exista una carta apócrifa a los laodicenses y que la carta original se perdiera. Es probable, sin embargo, que Pablo se refiera a la Epístola a los Efesios. Los manuscritos más antiguos de Efesios no contienen las palabras “en Éfeso” (Ef. 1:1) señalando quizás que se trataba de una carta dirigida a varias iglesias que debía circular entre ellas. Es posible que Tíquico haya llevado la carta de Efesios a los laodicenses, de manera que Pablo les manda a éstos y a los colosenses intercambiar las cartas.

Arquipo solo se menciona en este pasaje y en Filemón 2. Pablo le ordena: **mira que cumplas el ministerio que recibiste en el Señor**. Los ejemplos dejados por los colaboradores ya mencionados en la carta constituirían un gran incentivo para él. Lo que el Señor espera de todos nosotros es que cumplamos con nuestro ministerio.

Era la costumbre de Pablo servirse de un amanuense (un secretario que tomaba nota) cuando escribía sus cartas, pero a menudo añadía **la salutación de su propia mano** (cp. 1 Co. 16:21; 2 Ts. 3:17; Fil. 19). Les pide que se acuerden de sus **prisiones** en sus oraciones, y concluye con su conocida salutación **“la gracia sea con vosotros”** (cp. Ro. 16:24; 1 Co. 16:23; 2 Co. 13:14; 1 Ts. 5:28; 2 Ts. 3:18; 1 Ti. 6:21; 2 Ti. 4:22; Tit. 3:15).

Esta frase resume el mensaje de Colosenses: la salvación es por gracia mediante la fe en Cristo, que es en todo suficiente, y no mediante las obras humanas que defienden los falsos maestros.

Bibliografía

- Abbott, T. K. *A Critical and Exegetical Commentary on the Epistles to the Ephesians and to the Colossians* [Comentario crítico y exegético de las epístolas a los efesios y a los colosenses]. Edinburgh: T & T Clark, 1985.
- Barclay, William. *The Letters to the Philippians, Colossians, and Thessalonians* [Las cartas a los filipenses, colosenses y tesalonicenses]. Rev. ed. Filadelfia: Westminster, 1975.
- Barnes, Albert. *Barnes' Notes on the Old & New Testaments: Ephesians, Philippians, and Colossians* [Comentario de Barnes sobre el Antiguo y Nuevo Testamentos: Efesios, Filipenses y Colosenses]. Grand Rapids: Baker, 1974.
- Barrett, William. *Irrational Man* [El hombre irracional]. Garden City, N.Y.: Doubleday, 1962.
- Bruce, F. F. *The Epistles to the Colossians, to Philemon, and to the Ephesians* [Las epístolas a los colosenses, a Filemón y a los efesios]. Grand Rapids: Eerdmans, 1984.
- Carson, Herbert M. *The Epistles of Paul to the Colossians and Philemon* [Las epístolas de Pablo a los colosenses y a Filemón]. Grand Rapids: Eerdmans, 1982.
- Chesnut, D. Lee. *The Atom Speaks* [El átomo habla]. San Diego: Creation-Science Research Center, 1973.
- Dana, H. E., y Julius R. Mantey. *A Manual Grammar of the Greek New Testament* [Manual de gramática del Nuevo Testamento]. Nueva York: Macmillan, 1927.
- DeYoung, Donald B. "Design In Nature: The Anthropic Principle" [Diseño en la naturaleza: el principio antrópico]. Impact 149 (Noviembre 1985).
- Eadie, John. *A Commentary on the Greek Text of the Epistle of Paul to the Colossians* [Comentario del texto griego de la epístola de Pablo a los colosenses]. Grand Rapids: Baker, 1979, reimpresión.
- Erdman, Charles R. *The Epistles of Paul to the Colossians and to Philemon* [Las epístolas de Pablo a los colosenses y a Filemón]. Filadelfia: Westminster, 1966.
- Gromacki, Robert G. *Stand Perfect In Wisdom: An Exposition of Colossians and Philemon* [Permanecer perfectos en sabiduría: una exposición de Colosenses y Filemón]. Grand Rapids: Baker, 1981.
- Guinness, Os. *The Dust of Death* [El polvo de la muerte]. Downers Grove, Ill.: InterVarsity, 1973.
- Guthrie, Donald. *New Testament Introduction* [Introducción al Nuevo Testamento]. Downers Grove, Ill.: InterVarsity, 1970.
- Harrison, Everett F. *Colossians: Christ All-Sufficient* [Colosenses: Cristo es todo suficiente]. Chicago: Moody, 1971.
- Hendriksen, William. *Philippians, Colossians and Philemon* [Filipenses, Colosenses y Filemón]. Grand Rapids: Baker, 1964.
- Henry, Matthew. *Matthew Henry's Commentary on the Whole Bible* [Comentario bíblico de Mathew Henry]. Vol. 6. Old Tappan, N.J. Revell, s.f.
- Ironside, H. A. *Lectures on the Epistle to the Colossians* [Sermones sobre la Epístola a los Colosenses]. Nueva York: Loizeaux, 1928.
- Jastrow, Robert, y Malcolm H. Thompson. *Astronomy: Fundamentals and Frontiers* [Astronomía: principios y fronteras]. Nueva York: John Wiley & Sons, 1977.
- Kent, Homer A. *Treasures of Wisdom: Studies In Colossians & Philemon* [Tesoros de sabiduría: estudios sobre Colosenses y Filemón]. Grand Rapids: Baker, 1978.
- Lenski, R. C. H. *The Interpretation of St. Paul's Epistles to the Colossians, to the Thessalonians, to Timothy, to*

Titus and to Philemon [La interpretación de las epístolas de San Pablo a los colosenses, tesalonicenses, a Timoteo, Tito y Filemón]. Mineápolis: Augsburg, 1946.

Lightfoot, J. B. *St. Paul's Epistles to the Colossians and to Philemon* [Epístolas de San Pablo a los colosenses y a Filemón]. 1879. Grand Rapids: Zondervan, 1959, reimpresión.

Maclaren, Alexander. *The Epistles of St. Paul to the Colossians and Philemon* [Las epístolas de San Pablo a los colosenses y a Filemón]. Nueva York: A. C. Armstrong e hijo, 1903.

Morris, Henry M. *The Biblical Basis for Modern Science* [La base bíblica de la ciencia moderna]. Grand Rapids: Baker, 1984.

Moule, H. C. G. *Colossian Studies* [Estudios sobre Colosenses]. Nueva York: Hodder and Stoughton, s.f.

Nieder, John, y Thomas Thompson. *Forgive and Love Again* [Perdonar y amar otra vez]. Eugene, Oreg.: Harvest House, 1991.

Richardson, Cyril C. *Early Christian Fathers* [Los padres de la iglesia primitiva]. Nueva York: Macmillan, 1978.

Rienecker, Fritz, y Cleon Rogers. *Linguistic Key to the Greek New Testament* [Llave lingüística del griego del Nuevo Testamento]. Grand Rapids: Zondervan, 1982.

Robertson, A. T. *Word Pictures In the New Testament. Vol. 4, The Epistles of Paul* [Las epístolas de Pablo]. Nashville: Broadman, 1931.

Rosenberger, Donald A. "What Happened to the Man Who Led the Attack on Pearl Harbor?" [¿Qué sucedió al hombre que dirigió el ataque a Pearl Harbor?]. *Command*, otoño/invierno, 1991.

Schaeffer, Francis. *Escape from Reason* [Escape a la razón]. Downer's Grove, Ill.: InterVarsity, 1972.

_____. *He Is There and He Is Not Silent* [Él está presente y no calla]. Wheaton, Ill.: Tyndale, 1972.

_____. *The God Who Is There* [El Dios que está presente]. Downers Grove, Ill.: InterVarsity, 1968.

Schlatter, Adolf. *The Church In the New Testament Period* [La iglesia en el período del Nuevo Testamento]. Londres: SPCK, 1955.

Smith, M. A. *From Christ to Constantine* [De Cristo a Constantino]. Downer's Grove, Ill.: InterVarsity, 1973.

Vaughan, Curtis. "Colossians". En *The Expositor's Bible Commentary* [Comentario expositivo de la Biblia], vol. 11. Grand Rapids: Zondervan, 1978.

Vincent, Marvin R. *Word Studies In the New Testament. Vol. 3, The Epistles of Paul* [Las epístolas de Pablo]. Nueva York: Scribner's, 1904.

Vine, W. E. *An Expository Dictionary of New Testament Words* [Diccionario expositivo de palabras del Nuevo Testamento]. Old Tappan, N.J.: Revell, 1966.

Wuest, Kenneth S. *Wuest's Word Studies from the Greek New Testament* [Estudios de Wuest del Nuevo Testamento griego], vol. 1. Grand Rapids: Eerdmans, 1973.

Índice de palabras griegas

agapate, [a](#)

agōn, [a](#)

agōnizomai, [a](#), [b](#)

aichmalōtos, [a](#)

akatharsia, [a](#)

amōmos, [a](#)

anakaioō, [a](#)

aneglētos, [a](#)

anexomai, [a](#)

apallotrioō, [a](#)

apatēs, [a](#)

aphesin, [a](#)

apokatallassō, [a](#)

apokeimai, [a](#)

apokruphos, [a](#)

apolutrōsis, [a](#)

apothnēskō, [a](#)

apotithēmi, [a](#)

archē, [a](#)

arrabōn, [a](#)

bebaioumenoi, [a](#)

blasphēmia, [a](#)

blepō, [a](#)

brabeuō, [a](#)

charaktēr, [a](#)

chariti, [a](#)

charizomenoi, [a](#)

cheirographos, [a](#)

diakonos, [a](#)

diamarturomai, [a](#)

dogmasin, [a](#)

doulos, [a](#), [b](#)

doxa, [a](#)

dunamoumenoi, [a](#)

echthros, [a](#)

eikōn, [a](#)

eirēnē, [a](#)

eis, [a](#)

en, [a](#)

enduō, [a](#)

energeia, [a](#)

enoikeō, [a](#)

epi, [a](#), [b](#)

epignōsis, [a](#), [b](#)

epoikodomoumenoi, [a](#)

erethizō, [a](#)

errizōmenoi, [a](#)

euangelion, [a](#)

exaleiphō, [a](#)

exousias, [a](#)

gnōsis, [a](#), [b](#)

hagiōn, [a](#)

hagios, [a](#), [b](#), [c](#)

hikanoō, [a](#)

hikanōsanti, [a](#)

hupakouete, [a](#)

hupomonē, [a](#)

hupotassō, [a](#)

kai, [a](#)

kakia, [a](#)

katallassō, [a](#)

katangellō, [a](#)

katoikeō, [a](#)

kopiaō, [a](#)

kratos, [a](#)

ktiseōs, [a](#)

makrotumia, [a](#), [b](#)

meta charis, [a](#)

metanoia, [a](#)

methistēmi, [a](#)

monogenēs, [a](#)

mustērion, [a](#)
nekroō, [a](#)
noutheteō, [a](#)
oikonomia, [a](#)
oiktirmos, [a](#)
orgē, [a](#), [b](#)
paradosis, [a](#)
parakaleō, [a](#), [b](#), [c](#)
pateres, [a](#)
pathos, [a](#)
peithō, [a](#)
peplērōmenoi, [a](#)
perisseuontes, [a](#)
phileō, [a](#)
philosophia, [a](#)
phroneō, [a](#)
pikrainesthe, [a](#)
pistis, [a](#)
pleonexia, [a](#)
plērōma, [a](#), [b](#), [c](#)
plēroō, [a](#), [b](#)
plērophoreō, [a](#)
plousiōs, [a](#)
porneia, [a](#)
prautēs, [a](#)
proskartereō, [a](#)
prōtotokos, [a](#), [b](#), [c](#)
ruomai, [a](#)
sophia, [a](#), [b](#), [c](#)
splanchna, [a](#)
stereōma, [a](#)
stoicheia, [a](#)
sulagōgeō, [a](#)
sumbibazō, [a](#)
sundoulos, [a](#), [b](#)
sunesis, [a](#), [b](#)
tapeinophrosunē, [a](#), [b](#)
taxis, [a](#)

tekna, [a](#)

teleios, [a](#)

thlipsis, [a](#)

thumos, [a](#)

tou huiou, [a](#)

tou klērou, [a](#)

zēteō, [a](#)

Índice temático

Administración divina, [a](#)

Afecto, demostración de, [a](#), [b](#), [c](#), [d](#), [e](#), [f](#)

Aflicción. Véase Sufrimiento

Agradecimiento, [a](#), [b](#), [c](#), [d](#), [e](#), [f](#)

Alienación, [a](#), [b](#)

Amargura. Véase Perdón

Amonestación, [a](#), [b](#)

Amor

hacia la esposa, [a](#)

hacia los hermanos creyentes, [a](#)

Andar cristiano, [a](#)

Ángeles

adoración, [a](#), [b](#), [c](#)

autoridad sobre los, [a](#)

Ánimo, [a](#), [b](#), [c](#), [d](#), [e](#), [f](#), [g](#)

Anonimato, [a](#)

Antonio, ascetismo de San, [a](#)

Aristarco, [a](#), [b](#), [c](#), [d](#)

Arístides (sobre el gozo cristiano), [a](#)

Arquipo, [a](#), [b](#), [c](#)

Arrepentimiento, [a](#), [b](#), [c](#)

Ascetismo, [a](#), [b](#), [c](#), [d](#), [e](#), [f](#), [g](#), [h](#), [i](#)

Atanasio (sobre San Antonio), [a](#)

Ateísmo

desesperanza del, [a](#)

pecado y, [a](#)

Autoridad

sobre Satanás y los demonios, [a](#), [b](#)

sumisión y, [a](#), [b](#)

Avaricia, [a](#), [b](#), [c](#), [d](#), [e](#)

Barclay, William (sobre la avaricia), [a](#)

Barrett, William (sobre el ateísmo de Sartre), [a](#)

Bautismo, salvación y, [a](#)

Baxter, Richard (sobre tratar al pecado sin piedad), [a](#)

Benignidad, [a](#), [b](#), [c](#), [d](#), [e](#), [f](#)

Biblia. Véase Escrituras

Bios, ilustración sobre la lengua, [a](#)

Bondad, [a](#), [b](#), [c](#), [d](#), [e](#), [f](#)

Burroughs, Jeremiah (sobre el contentamiento), [a](#)

Calumnia, [a](#)

Cantar. Véase Música

Carey, William, (reformas sociales de), [a](#)

Carnalidad, [a](#), [b](#)

Carson, Herbert (sobre la filosofía), [a](#)

Ceremonialismo. Véase Tradición

Charnock, Stephen (sobre el pecado y el ateísmo), [a](#)

Chesnut, D. Lee (sobre las fuerzas atómicas), [a](#)

Cielo, centrarse en el, [a](#), [b](#), [c](#), [d](#), [e](#), [f](#), [g](#), [h](#), [i](#), [j](#), [k](#), [l](#), [ll](#), [m](#), [n](#), [ñ](#), [o](#), [p](#), [q](#), [r](#), [s](#), [t](#), [u](#), [v](#), [w](#), [x](#)

Ciencia, Dios y, [a](#)

Circuncisión, [a](#), [b](#), [c](#), [d](#), [e](#), [f](#), [g](#), [h](#), [i](#), [j](#)

Codicia. Véase Avaricia

Colosas, [a](#), [b](#), [c](#), [d](#), [e](#), [f](#), [g](#), [h](#), [i](#), [j](#), [k](#), [l](#), [ll](#), [m](#), [n](#), [ñ](#), [o](#), [p](#), [q](#), [r](#), [s](#), [t](#), [u](#), [v](#), [w](#), [x](#), [y](#)

Compasión, [a](#), [b](#)

Comprensión espiritual, [a](#)

Comunión, ejemplos de, [a](#)

Conocimiento piadoso, [a](#)

Contentamiento, [a](#), [b](#), [c](#), [d](#)

Conversación

impía, [a](#), [b](#), [c](#), [d](#), [e](#), [f](#), [g](#), [h](#), [i](#), [j](#)

piadosa, [a](#), [b](#), [c](#), [d](#), [e](#), [f](#), [g](#), [h](#), [i](#)

Corazón, significado bíblico del término, [a](#)

Creación

magnitud de la, [a](#), [b](#), [c](#)

maldición de la, [a](#)

Crecimiento espiritual, [a](#), [b](#), [c](#), [d](#), [e](#), [f](#), [g](#), [h](#), [i](#)

Crítica, [a](#), [b](#)

Cumming, Robert DeNoon (sobre el existencialismo de Sartre), [a](#)

Darrow, Karl K. (sobre las fuerzas atómicas), [a](#)

Demas, [a](#), [b](#), [c](#)

Demonios. Véase Satanás y demonios

Desesperanza filosófica, [a](#), [b](#)

DeYoung, Donald B. (sobre el principio antrópico del universo), [a](#)

Dickens, Charles (sobre el carácter de Uriah Heep), [a](#)

Dios

como Creador, [a](#)

soberanía, [a](#)

Dualismo filosófico, [a](#), [b](#), [c](#), [d](#)

Ecumenismo, [a](#)

Edwards, Jonathan (reformas sociales de), [a](#)

Ejército de salvación, reformas sociales del, [a](#)

Elección divina, [a](#), [b](#), [c](#)

Elliot, Jim (sobre la ganancia celestial), [a](#)

Emociones, [a](#), [b](#), [c](#), [d](#)

Empleo. Véase Trabajo

Enseñanza, [a](#), [b](#), [c](#), [d](#), [e](#), [f](#), [g](#), [h](#), [i](#), [j](#), [k](#), [l](#), [ll](#), [m](#), [n](#), [ñ](#), [o](#), [p](#), [q](#), [r](#), [s](#), [t](#), [u](#), [v](#)

Epafras, [a](#), [b](#), [c](#), [d](#), [e](#), [f](#), [g](#), [h](#), [i](#), [j](#), [k](#)

Erdman, Charles R. (sobre la dignidad de Cristo), [a](#)

Escrituras

amor por las, [a](#)

comprensión de las, [a](#)

conocimiento de las, [a](#), [b](#), [c](#), [d](#), [e](#)

Esenios, secta de los, [a](#), [b](#), [c](#), [d](#)

Esperanza, [a](#), [b](#), [c](#), [d](#), [e](#), [f](#), [g](#), [h](#), [i](#), [j](#), [k](#), [l](#), [ll](#), [m](#), [n](#), [ñ](#), [o](#), [p](#), [q](#), [r](#), [s](#), [t](#), [u](#), [v](#), [w](#), [x](#), [y](#)

Espiritualidad. Véase Santidad

Esposas, instrucciones para las, [a](#)

Esposos, instrucciones para los, [a](#), [b](#)

Evangelio, el, [a](#)

esencia del, [a](#)

universalidad del, [a](#)

verdad del, [a](#)

Evangelización

centrado en la experiencia, [a](#)

centra en el yo, [a](#)

manipulador, [a](#)

oportunidades para el, [a](#)

Existencialismo, desesperanza del, [a](#)

Expiación, la

alcance de la, [a](#)

sangre de la, [a](#)

Falsos maestros, enfrentar, [a](#), [b](#), [c](#)

Favoritismo, [a](#)

Fe

definición de, [a](#)

objetivo de la, [a](#)

salvadora, [a](#), [b](#), [c](#), [d](#), [e](#)

Felicitas y Perpetua, martirio de, [a](#)

Filemón, [a](#), [b](#), [c](#), [d](#), [e](#), [f](#), [g](#), [h](#), [i](#), [j](#), [k](#), [l](#), [ll](#), [m](#), [n](#), [ñ](#), [o](#), [p](#), [q](#), [r](#), [s](#), [t](#), [u](#)

Filosofía, [a](#), [b](#), [c](#), [d](#), [e](#), [f](#), [g](#), [h](#), [i](#), [j](#), [k](#), [l](#), [ll](#), [m](#), [n](#), [ñ](#), [o](#), [p](#)

Flagelación. Véase Ascetismo

Fortaleza espiritual, [a](#)

Fructificación espiritual, [a](#)

Fry, Elizabeth Gurney (reformas de las prisiones), [a](#)

Fuerzas atómicas, límites de las, [a](#), [b](#), [c](#)

Gamow, George (sobre las fuerzas atómicas), [a](#)

Ginott, Haim (sobre la crítica), [a](#)

Gnosticismo, [a](#), [b](#), [c](#)

Gracia, [a](#), [b](#), [c](#), [d](#), [e](#), [f](#), [g](#), [h](#), [i](#), [j](#), [k](#), [l](#), [ll](#), [m](#), [n](#), [ñ](#), [o](#), [p](#), [q](#), [r](#), [s](#), [t](#), [u](#), [v](#), [w](#), [x](#), [y](#), [z](#), [aa](#), [ab](#), [ac](#), [ad](#), [ae](#), [af](#), [ag](#), [ah](#), [ai](#), [aj](#), [ak](#), [al](#), [all](#), [am](#), [an](#), [añ](#)

Gran explosión, teoría de la, [a](#)

Gratitud. Véase Agradecimiento

Guinness, Os (sobre inquietudes filosóficas), [a](#)

Hanna, Mark M. (sobre la filosofía en Colosas), [a](#)

Heep, Uriah, [a](#)

Hendriksen, William

sobre la adoración a ángeles, [a](#)

sobre la salvación progresiva, [a](#)

sobre los escitas, [a](#)

Herejes. Véase Falsos maestros

Herencia espiritual, [a](#)

Himnos. Véase Música

Hombres, mujeres y, [a](#), [b](#)

Howard, John (sus reformas en las prisiones), [a](#)

Hume, David (su desesperanza filosófica), [a](#)

Humildad

falsa, [a](#)

verdadera, [a](#)

Iglesia, la, [a](#), [b](#), [c](#), [d](#), [e](#), [f](#), [g](#), [h](#), [i](#), [j](#), [k](#), [l](#), [ll](#), [m](#), [n](#), [ñ](#), [o](#), [p](#), [q](#), [r](#), [s](#), [t](#), [u](#), [v](#), [w](#), [x](#), [y](#), [z](#), [aa](#), [ab](#), [ac](#), [ad](#), [ae](#), [af](#), [ag](#), [ah](#), [ai](#), [aj](#), [ak](#), [al](#), [all](#), [am](#), [an](#), [añ](#), [ao](#), [ap](#), [aq](#), [ar](#), [as](#), [at](#), [au](#), [av](#), [aw](#), [ax](#), [ay](#), [az](#), [ba](#), [bb](#), [bc](#), [bd](#), [be](#), [bf](#), [bg](#), [bh](#), [bi](#), [bj](#), [bk](#), [bl](#), [bll](#)

[bm](#), [bn](#), [bñ](#), [bo](#), [bp](#), [bq](#), [br](#), [bs](#)

relación de Cristo con, [a](#), [b](#), [c](#)

Ignacio (sobre el obispo Onésimo), [a](#)

Imagen de Dios, [a](#), [b](#), [c](#), [d](#), [e](#)

Inmoralidad. Véase Lujuria

Intimidación espiritual, [a](#), [b](#), [c](#), [d](#)

Intolerancia, destrucción de la. Véase Unidad

Ira, [a](#), [b](#), [c](#), [d](#), [e](#), [f](#), [g](#), [h](#), [i](#), [j](#), [k](#), [l](#), [ll](#), [m](#), [n](#), [ñ](#), [o](#), [p](#), [q](#), [r](#), [s](#)

Ira de Dios. Véase Juicio

Jesucristo

autoridad de, [a](#)

como Creador, [a](#)

deidad de, [a](#)

nombre de, [a](#), [b](#)

preeminencia de, [a](#)

sangre de, [a](#)

suficiencia de, [a](#)

Josefo

sobre las sectas judías, [a](#)

sobre los escitas, [a](#)

Juan Marcos. Véase Marcos

Justicia. Véase Santidad

Justo, Jesús, [a](#)

King, Guy H. (sobre la semejanza de Cristo), [a](#)

Legalismo, [a](#), [b](#), [c](#), [d](#), [e](#), [f](#), [g](#), [h](#), [i](#), [j](#)

Lengua, la. Véase Conversación

Lenski, R. C. H. (sobre el nuevo hombre), [a](#)

Liderazgo. Véase Ministerio

Lightfoot, J. B.

sobre descarriarse, [a](#)

sobre kakia, [a](#)

sobre la filosofía en Colosas, [a](#)

sobre pleroma, [a](#)

Lippmann, Walter (sobre la perfección limitada), [a](#)

Lloyd-Jones, D. Martyn (sobre la carne), [a](#)

Lucas, [a](#), [b](#), [c](#), [d](#), [e](#), [f](#), [g](#), [h](#), [i](#), [j](#), [k](#), [l](#)

Lujuria, [a](#), [b](#)

Lutero, Martín

sobre las buenas obras, [a](#)
su censura a los místicos, [a](#)
su himno, [a](#)
su valiente oración por un amigo moribundo, [a](#), [a](#)
Madurez espiritual, [a](#), [b](#), [c](#), [d](#)
Maldición, revocación de la, [a](#), [b](#)
Marcos, [a](#), [b](#), [c](#), [d](#), [e](#), [f](#)
Matrimonio, principios para el [a](#)
McCheyne, Robert Murray (su santidad), [a](#)
Mentira, [a](#), [b](#)
Milenio, reino del. Véase Reino
Ministerio
alcance del, [a](#)
ayuda en el, [a](#), [b](#)
gozo del, [a](#), [b](#), [c](#), [d](#)
trabajo arduo en el, [a](#), [b](#)
Misioneros, su ascetismo por necesidad, [a](#)
Misterios divinos, [a](#)
Misticismo, [a](#), [b](#), [c](#), [d](#), [e](#), [f](#), [g](#), [h](#), [i](#), [j](#), [k](#)
Moisés, sus colaboradores, [a](#)
Monaquismo. Véase Ascetismo
Moralismo. Véase Legalismo
Movimiento carismático, misticismo del, [a](#)
Mujeres, hombres y, [a](#), [b](#), [c](#), [d](#)
Mundanalidad, rechazo de la, [a](#), [b](#)
Munzer, Thomas (seguidores de), [a](#)
Música, emociones y, [a](#)
Myconius, Friedrich (su recuperación gracias a la oración de Lutero), [a](#)
Negación a sí mismo. Véase Ascetismo
Negligencia, [a](#)
Nietzsche, Friedrich (su desesperanza filosófica), [a](#)
Niños aprenden lo que viven, [a](#)
Niños, principios para los, [a](#)
Nolte, Dorothy Law (poema sobre los niños), [a](#)
Nuevo hombre frente a viejo hombre, [a](#)
Obediencia
en la familia, [a](#)
fe, [a](#)

Onésimo, [a](#), [b](#), [c](#), [d](#), [e](#), [f](#), [g](#), [h](#)

Oración

agradecida, [a](#), [b](#), [c](#), [d](#)

continua, [a](#)

intensa, [a](#)

para el crecimiento espiritual, [a](#), [b](#)

persistente, [a](#)

reverente, [a](#)

valor en la, [a](#), [b](#), [c](#)

Orígenes, su castración voluntaria, [a](#)

Owen, John (sobre la gloria de Cristo), [a](#)

Owens, Virginia Stem (sobre la oración), [a](#)

Pablo

su amor por la iglesia, [a](#), [b](#)

su conversión, [a](#)

sus colaboradores, [a](#), [b](#), [c](#)

sus sufrimientos, [a](#)

su visión del ministerio, [a](#)

Paciencia. Véase Perseverancia, Humildad

Padres, instrucciones para los, [a](#)

Paz, espiritual, [a](#), [b](#)

Pecado, enfrentar el, [a](#)

Pecado sexual

Lujuria. Véase Perseverancia, Humildad

Penitencia. Véase Ascetismo

Perdón, completo, [a](#), [b](#)

Perpetua y Felicitas, martirio de, [a](#)

Persecución. Véase Sufrimiento

Perseverancia, [a](#), [b](#), [c](#), [d](#), [e](#)

Pesimismo mundano, [a](#)

Pink, Arthur (sobre la ira divina), [a](#)

Planck, Max (sobre el orden en el universo), [a](#)

Plenitud

de Cristo. Véase Jesucristo, [a](#)

de los cristianos. Véase Madurez, [a](#)

Poder. Véase Fortaleza

Pragmatismo, [a](#)

Predestinación. Véase Elección

Predicación, [a](#), [b](#), [c](#), [d](#), [e](#), [f](#)

Prejuicios, abolición de los. Véase Unidad

Principio antrópico, [a](#)

Protección excesiva, [a](#)

Pruebas. Véase Sufrimientos

Purgatorio, [a](#)

Reconciliación divina, [a](#)

Redención, [a](#), [b](#), [c](#), [d](#), [e](#), [f](#), [g](#), [h](#), [i](#), [j](#), [k](#), [l](#), [ll](#), [m](#)

Reformas sociales evangélicas, [a](#)

Reino presente y futuro, [a](#)

Relaciones rotas, [a](#), [b](#), [c](#), [d](#), [e](#), [f](#)

Relativismo, [a](#)

Responsabilidad, [a](#), [b](#), [c](#), [d](#), [e](#), [f](#), [g](#), [h](#), [i](#), [j](#), [k](#), [l](#)

Ritualismo. Véase Tradición

Sábado, [a](#)

Sabiduría piadosa, [a](#)

Sacrificio. Véase Expiación

Salvación

completa, [a](#), [b](#), [c](#), [d](#)

progreso de la, [a](#), [b](#)

transformación de la, [a](#), [b](#), [c](#)

y fe. Véase Fe. Véase Fe

Sangre de Cristo. Véase Jesucristo

Sanidad divina, [a](#)

Santidad, [a](#), [b](#), [c](#), [d](#), [e](#), [f](#), [g](#), [h](#), [i](#), [j](#), [k](#), [l](#), [m](#)

Santificación. Véase Madurez

Sartre, Jean Paul (su desesperanza filosófica), [a](#)

Satanás y demonios, autoridad sobre, [a](#), [b](#), [c](#)

Sauer, Erich (sobre la reconciliación divina), [a](#)

Schaeffer, Francis

sobre la alienación, [a](#)

sobre las inquietudes filosóficas, [a](#), [b](#), [c](#)

sobre la unidad de la iglesia, [a](#)

Schlatter, Adolf (sobre filosofía antigua), [a](#)

Segunda ley de la termodinámica, [a](#)

Segunda venida, revelación en la, [a](#)

Sensibilidad, [a](#), [b](#)

Sentimientos. Véase Emociones

Servicio. Véase Ministerio

Shaftesbury, Lord (reformas sociales de), [a](#)

Smith, M. A. (sobre la unidad cristiana), [a](#)

Soledad, [a](#), [b](#)

Spring, Gardiner (sobre el legalismo), [a](#)

Spurgeon, Charles

sobre dos hombres en un bote, [a](#)

sobre no jugar con el pecado, [a](#)

Suficiencia

de Cristo. Véase Jesucristo

de los cristianos. Véase Madurez, [a](#)

Sufrimiento, beneficios del, [a](#), [b](#), [c](#), [d](#), [e](#), [f](#), [g](#), [h](#)

Sumisión, autoridad y, [a](#)

Sustitución divina. Véase Expiación

Tertuliano (sobre los escitas), [a](#)

Tíquico, [a](#), [b](#), [c](#), [d](#), [e](#), [f](#), [g](#)

Trabajo, relaciones en el, [a](#)

Tradicción, excesivo enfoque en la, [a](#), [b](#), [c](#)

Traslado espiritual, [a](#)

Universalismo, error del, [a](#)

Universo el. Véase Creación

Venganza. Véase Perdón

Victoria espiritual, [a](#)

Vine, W. E. (sobre la obediencia), [a](#)

Voluntad de Dios, conocer la, [a](#), [b](#), [c](#), [d](#), [e](#), [f](#), [g](#), [h](#), [i](#), [j](#), [k](#), [l](#), [ll](#), [m](#), [n](#), [ñ](#), [o](#), [p](#)

Wenger, J. C. (sobre reformas sociales evangélicas), [a](#)

Wesley, Juan (sobre reformas sociales), [a](#)

Whitefield, George (reformas sociales de), [a](#)

Wilberforce, William (reformas en la esclavitud), [a](#)

YMCA, YWCA (reformas sociales de la), [a](#)